LA ILÍADA LATINA

DIARIO DE LA GUERRA DE TROYA DE DICTIS CRETENSE

HISTORIA DE LA DESTRUCCIÓN DE TROYA DE DARES FRIGIO

INTRODUCCIONES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

M.ª FELISA DEL BARRIO VEGA

Y

VICENTE CRISTÓBAL LÓPEZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 295

Asesores para la sección latina: José Javier Iso y José Luis Moralejo.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por Antonio Ruiz de Elvira.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2001.
www.editorialgredos.com

Las introducciones, traducciones y notas de este volumen han sido realizadas por M.ª Felisa del Barrio Vega *(La Ilíada Latina)* y Vicente Cristóbal López *(Diario de la Guerra de Troya de Dictis Cretense* e *Historia de la destrucción de Troya de Dares Frigio)*.

Depósito Legal: M. 50228-2001.

ISBN 84-249-2313-8.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2001.

Encuadernación Ramos.

LA ILÍADA LATINA

INTRODUCCIÓN

La *Ilíada Latina* se inserta dentro de uno de los ciclos épicos que mayor desarrollo y difusión alcanzó en la Antigüedad y el Medievo: el ciclo troyano. El progresivo desconocimiento del griego, entre otras causas, hizo que ya en época romana la leyenda de Troya dejase poco a poco de ser conocida por la *Ilíada* de Homero y proliferaran las traducciones, paráfrasis y resúmenes en latín de la obra griega, que aparecen ya en el siglo I a. C. De algunas de estas traducciones tenemos noticia: la de Cn. Macio y la de Ninnio Craso, y, en época imperial, la de Acio Labeón; el mismo Polibio publicó también una paráfrasis de Homero en latín; pero de todas estas obras, hasta nosotros ha llegado solamente la que nos ocupa.

Se trata de un resumen de la *Ilíada* de Homero, un drástico resumen, que condensa en 1.070 hexámetros latinos los 15.693 hexámetros de aquélla. Desde el final de la Antigüedad y durante toda la Edad Media —hasta que en 1358 Leoncio Pilato difunde su traducción al latín del texto griego, iniciando la serie de las versiones humanísticas de la *Ilíada*—, el poema latino fue la única vía por la que se conservó el conocimiento del poema homérico en la cultura europea occidental. Por este motivo, el poema se conoció en

esta época como *Liber Homeri,* o simplemente *Homerus* o, en razón de su brevedad, *Omerulus*[1].

De la difusión de la obra son un buen documento algunos de los *canones* medievales de lecturas escolares: a partir del s. x la *Ilíada Latina* entrará a formar parte de los *Libri Catoniani* —miscelánea de textos entre los que se incluyen los *Disticha Catonis*—, en los que el poema sería el componente de carácter épico. De este uso escolar el testimonio más antiguo es el de Gualterio de Espira que en torno al año 975 enseñaba a sus alumnos, junto a Virgilio, Horacio, Persio, Juvenal, Boecio, Estacio, Terencio y Lucano, al *Homerus latinus,* es decir el resumen latino de la *Ilíada;* en 1086 Aimerico de Gâtinaux en su *De arte lectoria* coloca entre los *communes auctores* del currículum eclesiástico el *Homerulus.* La inclusión de la *Ilíada Latina* en la lista de autores se repite hasta el s. XIII.

A partir de estos datos, algunos han apuntado la posibilidad de que estemos ante la obra de un maestro de escuela que se propusiera ofrecer, con ciertas pretensiones literarias, un resumen más de la *Ilíada* en latín que resultara útil en la enseñanza. Pero la difusión de la obra en este ámbito, atestiguada en toda la Edad Media, da prueba fehaciente del uso que se hacía de ella, no de las intenciones de su autor en el momento de redactarla, según todos los indicios, hacia mediados del s. I. d. C.

---

[1] Así titulan la obra la mayoría de los códices que la han conservado: *Incipit liber (H)omeri poetae; (hic) incipit liber (H)omeri; incipit (H)omerus; incipit liber primus (H)omeri de troiano bello...*

Autor y fecha de composición

Desde finales de la Antigüedad y hasta época bien reciente la obra se consideró anónima, aunque durante todo este tiempo no han faltado las atribuciones más o menos caprichosas y los intentos de fijar su autoría.

En el siglo VI Lactancio Plácido cita alguno de sus versos, atribuyéndolos a Homero. A finales del s. XI el poema aparece atribuido a un tal *Pindarus,* que en los siglos XIV y XV se difunde bajo la forma de *Pindarus Thebanus*. Tal atribución se trató de explicar de diferentes maneras: a partir de una posible corrupción paleográfica lo hace R. Sabbadini[2], para quien el error arrancaría de la costumbre de citar las obras no por el título sino por su comienzo, en este caso *Liber «iram pande...»*, que con una transposición daría *liber «pande iram...»*, que acabaría transformándose en *Liber Pandari,* y finalmente en *Liber Pindari.* Ingeniosa es también la hipótesis de M. Scaffai[3], y, en cierto modo, semejante a la anterior: la transmisión manuscrita de nuestro poema corre pareja, al menos en parte, a la de las otras dos obras traducidas en este volumen, la de Dares y la de Dictis, especialmente, a la de Dares Frigio, a la que suele preceder en los códices que incluyen las dos; piensa Scaffai que en estos, se leería un encabezamiento como *Homerus dein Dares,* que por una corrupción, paleográficamente explicable, se convertiría en *Peindares,* entendido como el nombre de

---

[2] R. SABBADINI, «Il titolo dell'*Ilias Latina*», *Riv. di Filol. e d'Istruz. Class.* 26 (1898), 125.

[3] M. SCAFFAI, «Pindarus seu Homerus. Un'ipotesi sul titolo dell'*Ilias Latina*», *Latomus* 38 (1978), 932-999; puede encontrarse aquí una exposición de los intentos de explicación que se han hecho al respecto.

un autor desconocido y sustituido por otro más familiar, *Pindarus*. Quizás la más simple de las explicaciones, y por ello tal vez la más razonable sea la debida a F. Plessis[4]: *Pindarus* es, en realidad, el nombre latinizado de un copista medieval, tomado luego por el del autor.

En 1875 O. Seyffert identifica dos acrósticos, uno al comienzo y otro al final del poema, que, leídos consecutivamente desvelaban, en parte, el nombre del autor: ITALIC⟨V⟩S SCRIPSIT.

Iram pande mihi Pelidae, Diva, superbi,
Tristia quae miseris iniecit funera Grais
Atque animas fortes heroum tradidit Orco
Latrantumque dedit rostris volucrumque trahendos
Illorum exsangues, inhumatis ossibus, artus.
Confiebat enim summi sententia regis,
†protulerant† ex quo discordia pectora pugnas,
Sceptriger Atrides et bello clarus Achilles.
(vv. 1-8)

Sed iam siste gradum finemque impone labori,
Calliope, vatisque tui moderare carinam,
Remis quem cernis stringentem litora paucis,
Iamque tenet portum metamque potentis Homeri.
Pieridum comitata cohors, summitte rudentes
Sanctaque virgineos lauro redimita capillos
Ipsa tuas depone lyras. Ades, inclita Pallas,
Tuque fave cursu vatis iam, Phoebe, peracto.
(vv. 1063-1070)

Años después, en 1898, Vollmer lee, en los seis primeros versos e inmediatamente después de la cesura pentemí-

[4] F. PLESSIS, *La poésie latine*, París, 1909, pág. 533.

mera, el mesóstico PI(H)ERIS, es decir, la Musa *(diva)* a la que el poeta invoca en el comienzo de la obra[5].

A partir del primer acróstico, la atribución al autor de los *Punica,* Silio Itálico, resultó inevitable; la *Ilíada Latina* habría sido un ejercicio poético de juventud, compuesto en época de Claudio, hacia los años 45/46 d. C. Tal paternidad no fue, sin embargo, unánimemente aceptada, fundamentalmente por razones de análisis interno de la obra, y prácticamente se abandonó cuando, en 1890, H. Schenkl[6] descubrió en un códice humanístico de Viena, el *Vindobonensis Latinus 3509,* el nombre de *Baebius Italicus* en la *inscriptio* que encabeza el poema:

BEBII ITALICI POETAE CLARISSIMI EPITHOME IN QVATVOR VIGINTI LIBROS HOMERI ILIADOS

Se conocía ya la existencia de un personaje con ese nombre en el s. I, perteneciente a una familia de orden senatorial originaria de *Canusium.* El autor de nuestro poema sería el *P. Baebius Italicus* que se menciona en una inscrip-

---

[5] La lectura del primer acróstico presenta problemas, pues el texto transmitido por la tradición en el verso 7, *protulerant (per-) ex quo* no permite leer el nombre completo del autor; de ahí, las varias conjeturas para restituir el texto necesario: *Vt primum tulerant,* que ofrece BAEHRENS en su edición, *versarant ex quo,* de DÖRING, y otras por el estilo. Aunque parece imponerse la adopción de alguna de estas conjeturas, por no incidir gravemente en la traducción, mantenemos el texto transmitido, entre *cruces*, tal como lo presenta la edición de SCAFFAI. También presentaba un problema el último acróstico, pero menor y de más fácil solución: el verso 1065 tal como se edita, *Remis quem...*, resulta de un cambio en el orden de las palabras del texto que ofrecen los códices, *Quem remis...* Sobre estos acrósticos puede consultarse R. S. KILPATRICK, «The *Ilias Latina* Acrostic: a Milder Remedy», *Latomus* 51 (1992), 857-859.

[6] H. SCHENKL, «Zur *Ilias Latina* des Italicus», *Wiener Studien* XII (1890), 317-318.

ción griega hallada en la ciudad Licia de Tlos: un alto funcionario de la administración —*clarisimus* en el epígrafe anterior— que, empezando su carrera con la *quaestura* bajo Vespasiano y tras distinguirse en la expedición de Domiciano contra los germanos en el 83, fue gobernador en Licia en el 85, llegando a ser en el 90 cónsul *suffectus*[7].

Nuestro autor, que habría nacido en torno al 45 d. C., debió de componer esta su única obra en la juventud, alrededor del año 65, posiblemente como un ejercicio escolar. Apoyaría además tal identificación el análisis interno del poema que permite datarlo en época de Nerón[8]. Bebio pudo pertenecer, antes de iniciar su carrera política y militar, a aquel círculo de jóvenes poetas de escasa fama que el emperador, según testimonio de Tácito *(Ann.* XIV 16, 1), había reunido en torno a sí, en una especie de cenáculo literario; se puede recordar el interés que el propio emperador demostró componiendo él mismo una obra, dentro del ciclo troyano, que pudo alentar la *Troiae halosis* incluida en el *Satiricón,* y quizás los *Iliaca* de Lucano.

---

[7] En relación con los documentos epigráficos que informan sobre la existencia en *Canusium* de la *gens* a la que perteneció Bebio Itálico, véase G. Camodeca, «Ascesa al senato e rapporti con i territori d'origine. Italia: Regio I.II.III.», en *Tituli* 4 *(= Atti del Colloquio Intern. AIEGL su 'Epigrafia e ordine senatorio', Roma 14-20 maggio 1981, II),* Roma, 1982.

[8] Véase G. Scheda, «Zur Datierung der *Ilias Latina*», *Gymnasium* 72 (1965), 303-307, que, a partir de los vv. 899-902, señala como término *ante quem* la extinción de la casa julio-claudia, es decir el 68 d. C., y C. Morelli, «Nerone poeta e i poeti intorno a Nerone», *Athenaeum* 2 (1914), 117-152, donde intenta demostrar que la obra refleja el ambiente de esta época, basándose en los rasgos de propaganda neroniana que observa en algunos pasajes, especialmente los vv. 875-891 y 899-902 (véase nota 148 a la traducción). Cf. más recientemente G. Broccia, «Questioni vecchie e nuove sulla cosiddetta *Ilias Latina*», *Ann. della Fac. di Lett. e Filos. dell'Univ. di Macerata* 18 (1985), 27-45.

Pese a la plausibilidad de todos estos datos, la ausencia de toda otra noticia sobre Bebio Itálico en los ambientes literarios de la época, y la persistencia de defensores de la atribución de la obra al autor de los *Punica*[9], hacen que hoy se tenga por segura la datación del poema en época neroniana o, a lo sumo flavia, pero como cuestión *sub iudice* la identidad de su autor[10].

La transmisión del texto. La Ilias Latina *en España*

Seguramente es su utilización como libro escolar, favorecida por su misma brevedad, y el progresivo desconocimiento del griego, como ya hemos dicho, lo que explica que esta obra, carente de otros méritos, al menos literarios, haya sobrevivido y llegado hasta nosotros tan bien representada desde el punto de vista textual.

De la *Ilias Latina* se conserva una treintena de manuscritos, los más antiguos de los siglos x/xi. Hasta la edad carolingia, son escasísimos los testimonios sobre el poema: antes de la cita de algunos de sus versos por Lactancio Plácido en el s. vi, que hemos mencionado más arriba, había sido imitado por Draconcio, a finales del siglo v.

---

[9] Propugnan dicha atribución, entre otros, L. Herrmann, «Recherches sur l'*Ilias Latina*», *L'Antiquité classique* 16 (1947), 241-251, y «Pindarus Philosophus», *Latomus* 40 (1981), 831; J. P. Sullivan, *Literature and Politics in the Age of Nero*, Ítaca-Londres, 1985, pág. 33; y de forma menos explícita, G. Broccia, «Questioni vecchie...», págs. 31-36 y *Prolegomeni all' «Omero Latino»*, Pubbl. della Fac. di Lett. e Filos., Univ. degli Studi di Macerata, 1992.

[10] Sobre las cuestiones de autoría y datación de la obra, véase un resumen en M. Scaffai, *Baebii Italici Ilias Latina. Introduzione, edizione critica, traduzione italiana e commento*, Bolonia, 1982, en la introducción, págs. 11-29, y *Baebii Italici...*, 1997, *Addenda*, pág. 477.

El arquetipo, como el de tantas obras de la Antigüedad, remontaría a la época carolingia. Frente a la opinión de F. Vollmer[11], para quien habría sido un códice de origen hispano escrito en letra visigótica, Scaffai[12] lo identifica con el ejemplar que, a comienzos del siglo IX, Angilberto hizo copiar para la abadía de St. Riquier, en el noreste de Francia. Fuera de esta área, tenemos noticias de códices de la *Ilíada Latina,* en el s. IX, en la Francia central y en la Alemania meridional, de donde procede en los siglos siguientes una importante familia de testimonios.

La historia del texto de la *Ilias Latina,* vinculada siempre a la de otras obras de contenido análogo, aparece condicionada por su inclusión en los cánones de lecturas escolares, y, dentro de éstos, por la categoría de textos a la que fue asignada.

Con anterioridad al s. X, el poema se transmitió, sobre todo, junto con las otras dos obras del ciclo troyano que se traducen en este mismo volumen: la *Ephemeris belli Troiani,* atribuida a Dictis y el *De excidio Troiae,* atribuido a Dares. A partir del s. X el poema se difunde ampliamente, tomando un camino distinto del de estas dos obras. La *Ilíada Latina* entrará, entonces, a formar parte de los *Libri Catoniani* —de carácter literario y moral—, mientras que las obras de Dictis y Dares se incluirán entre los *Libri Manuales* —de carácter histórico y documental—. Por último, a finales del s. XIII, el poema se separa de los *Libri Catoniani,* para formar miscelánea con otros textos, preferentemente épicos, como la *Aquileida* de Estacio.

[11] F. VOLLMER, *Zum Homerus Latinus Kritischer Apparat mit Kommentar und Überlieferungsgeschichte,* Múnich, 1913, pág. 144.

[12] M. SCAFFAI, *Baebii Italici Ilias Latina...,* introducción, págs. 30-31.

El hecho de que la *Ilias Latina,* desde muy pronto, se convirtiera en un texto de uso escolar, independientemente de que ésa fuera la intención de su autor, hizo que el poema se viera expuesto a continuos cotejos y necesitado de aclaraciones, que debieron de introducirse ya en el arranque mismo de la tradición. Por ello, buena parte de los problemas de crítica textual que plantea son los característicos de una recensión abierta, con una fuerte contaminación: lagunas y trasposición de versos, variantes introducidas a partir de glosas explicativas o paráfrasis, distorsiones y sustituciones de los nombres propios, etc.

Algunas de las variantes «irreconciliables» debían de estar ya en el arquetipo. Al arquetipo remontan también, sin duda, algunos errores en pasajes especialmente difíciles, verdaderos *loci desperati* para los editores, en los que es prácticamente imposible decidir con un razonable porcentaje de seguridad cuál debió de ser el texto original[13]. Frente al pesimismo que mostraba Vollmer respecto del estado en que ha llegado a nosotros el texto de la *Ilias Latina,* lleno de corrupciones que remontan ya al arquetipo, Scaffai considera

---

[13] A estos pasajes conflictivos nos veremos obligados a referirnos en esta introducción y en las notas a la traducción de los lugares correspondientes. Cf. M. Scaffai, *Baebii Italici Ilias Latina...*, introducción, págs. 48-49, donde da una relación de los lugares difíciles, en los que el error parece remontar al arquetipo, ocho en total, de los que cuatro no han encontrado todavía una solución satisfactoria. Véanse además, A. Grillo, «Critica del testo e imitatio. Per la restituzione di alcuni tormentati versi dell'*Ilias Latina*», *Sandalion* 4 (1981), 149-163; A. Grillone, «Sur quelques points controversés de l'*Ilias Latina* de Baebius Italicus», *Rev. de Philol., de Litt. et d'Hist. anciennes* 66 (1992), 85-87; —, «Scorrendo l'ultima edizione di Bebio Italico», *Rev. Belge de Philol. et d'Hist.* 70 (1992), 135-153; P. Venini, «A proposito di una recente edizione della *Ilias Latina*», *Riv. di Filol. e d'Istruz. Class.* 111 (1983), 234-245.

que, a pesar de todo, el establecimiento del texto puede hacerse sin excesiva dificultad[14].

Los testimonios conservados se reparten en dos ramas de la tradición, una representada sólo por dos manuscritos, *P* y *W*, de los siglos x/xi, a los que los editores conceden un mayor crédito, y otra rama, a la que pertenecen el resto, organizados en tres familias; como ya se ha dicho, la relación horizontal entre las familias es grande, siendo característica de algunos códices, especialmente contaminados. Para los detalles sobre la descripción de los testimonios conservados en Europa, su valor y sus relaciones, remitimos a la introducción de la edición de M. Scaffai[15]. Daremos, sin embargo, noticia somera de los códices existentes en nuestro país, que, de manera general, ignoran los editores del texto latino. Son cinco los manuscritos con texto de la *Ilias Latina* que se

[14] Fr. Vollmer, «Ilias Latina», *RE* IX 1 (1914), coll. 1057-1060, espec. col. 1060; M. Scaffai, *Baebii Italici*..., pág. 48. Habría que añadir, sin embargo, que la facilidad a la que alude Scaffai implica, en más de una ocasión, no la ausencia de problemas, sino inclinarse por el mal menor, y que cuanto más se conoce el texto, más cerca está uno de la opinión de Vollmer, por muy radical o poco práctica que pueda parecer a la hora de disponer una edición.

[15] Cf. M. Scaffai, *Baebii Italici Ilias*..., introducción, págs. 29-56, donde se ofrece también un *stemma codicum*, que mantiene la bipartición de la tradición en dos ramas que ya había establecido Vollmer; además, del mismo autor, «Tradizione manoscrita dell'*Ilias Latina*», en *In verbis verum amare, Miscel. dell'Ist. di Filol. Lat. dell'Univ. di Bologna*, Florencia, 1980, págs. 205-277. P. K. Marshall, *Ilias Latina*, en L. D. Reynolds, *Texts and Transmission*, Oxford, 1983, págs. 191-194; puede consultarse además F. Vollmer, *Zum Homerus Latinus*... Para problemas de crítica textual, cf. L. Hermann, «Recherches sur...»; y L. Havet, «Étude de critique verbale: les passages parallèles dans l'*Ilias Latina*», *Rev. de Phil., de Litt. et d'Hist. anciennes* 48 (1924), 62-74.

conservan en las bibliotecas españolas, de los que sólo tres ofrecen el texto completo. Estos cinco códices son [16]:

1) Tortosa, Archivo Capitular, ms. 195, escrito por varias manos entre los siglos XII y XIV; conserva un fragmento del comienzo del poema (vv. 1-38).
2) Barcelona, Archivo Capitular, ms. 13, s. XV; conserva en los dos primeros folios el final del poema (vv. 960 a 1070).
3) El Burgo de Osma, Biblioteca de la Catedral, ms. 122, s. XV; conserva la obra entera.
4) El Escorial, Monasterio de San Lorenzo, ms. S.III.16, s. XV; conserva la obra entera.
5) Salamanca, Biblioteca Universitaria, ms. 72, s. XV; conserva la obra entera.

Aparte de estos manuscritos, el conocimiento de la obra en España está bien documentado. Además de la opinión de F. Vollmer sobre el origen hispano del arquetipo, se puede constatar la presencia del poema latino en alguna de las más significativas obras de nuestra literatura medieval: así, por ejemplo, según G. Cirot la *Ilíada Latina* está presente, de modo innegable, en el anónimo *Libro de Alexandre,* en concreto en el relato de la guerra de Troya [17].

---

[16] Para la tradición manuscrita de la *Ilias* en España, véase A. López Fonseca, «La *Ilias Latina* en los manuscritos *S* III 16, Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial; 122, Archivo Capitular de El Burgo de Osma; 72, Biblioteca Universitaria de Salamanca», *Cuad. de Filol. Clás. Est. Lat.* 2 (1992), 41-56; J. O'Callaghan, «*Ilias Latina* con notas interlineales (vv. 960-1070) en el códice 13 del Archivo capitular de Barcelona», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt (ANRW)* II, 32.3, Berlín-Nueva York, 1985, págs. 1942-1957.

[17] Cf. G. Cirot, «La guerre de Troie dans le *Libro de Alexandre*», *Bulletin Hispanique* 39 (1937), 329; opinión refrendada más tarde por E. Alarcos, *Investigaciones sobre el Libro de Alexandre,* Madrid, 1948, págs. 92-93, para quien «la digresión de la Guerra de Troya (...) es fundamentalmente una paráfrasis, fiel en unos casos, muy libre en otros de la

Por otra parte, cuando Juan de Mena, en 1442, cumpliendo con el encargo de traducir la *Ilíada* al castellano que le había hecho el rey Juan II de Castilla, le envía la obra conocida como *Yliada en romance* o bien *Omero romançado,* y que él titula *Sumas de la Yliada de Omero,* advirtiendo en el prefacio que no es la traducción de la obra completa sino de una resumida, el texto que el poeta cordobés tradujo fue, evidentemente, la *Ilias Latina.*

Precisamente la obra de Juan de Mena confiere un interés especial al manuscrito de El Burgo de Osma, un códice con abundantes glosas, ya que, si no fue el ejemplar utilizado por el poeta como base para su traducción castellana, puede servir por sus características, para reconstruirlo[18]. Este manuscrito es, además, el único de los códices españoles que, aunque en algún caso aislado, es tenido en cuenta por los editores del texto de la *Ilias.*

Ilias Latina del Pindarus Thebanus (estrofas 417-719: desde la disputa de Aquiles y Agamenón hasta la muerte de Héctor)». En general, para la presencia de la obra en España, cf. M.ª R. LIDA DE MALKIEL, *La tradición clásica en España,* Barcelona, 1975, págs. 119-164; F. RICO, «Sobre las letras latinas del siglo XII en Galicia, León y Castilla», *Abaco* 2 (1969), págs. 80-81, G. WEST, «Una nota sobre la 'Historia Silense' y la '*Ilias Latina*'», *Bol. de la Real Acad. Esp.*, LV, cuaderno CCV (mayo-agosto 1975), págs. 383-387; M. C. DÍAZ Y DÍAZ, «La transmisión de los textos antiguos en la Península Ibérica en los siglos VII-XI», en *La cultura antica nell'Occidente latino dal VII all'XI secolo,* Spoleto, 1975, págs. 133-175.

[18] Cf. T. GONZÁLEZ ROLÁN – M.ª F. DEL BARRIO VEGA - A. LÓPEZ FONSECA, *Juan de Mena, La* Ilíada *de Homero (edición crítica de las* Sumas de la Yliada de Omero *y del original latino reconstruido, acompañada de un glosario latino-romance),* Madrid, 1996. La introducción incluye además un amplio estudio (págs. 7-51) sobre la presencia del ciclo troyano en España durante Edad Media y Renacimiento.

Contenido y estructura de la obra

La *Ilíada Latina* llega a la Edad Media dividida en veinticuatro libros, el mismo número que el de los cantos del poema homérico, aunque no existe entre ellos una correspondencia exacta, como veremos. Seguramente, la división en libros no se debe al autor de la obra sino a los copistas antiguos[19]. Sin embargo todos los códices presentan esta división de forma más o menos clara: muchos lo hacen mediante un *explicit* y un *incipit* en los lugares correspondientes; otros sin tal indicación expresa, dejan un espacio de separación mayor entre los versos y empiezan con capital grande y ornada.

Damos a continuación la correspondencia entre los versos de la *Ilíada Latina* y los cantos del poema homérico, partiendo de la división en libros del poema latino que presenta la tradición manuscrita:

Ilíada Latina (libros)		*Ilíada* de Homero (cantos)
I: vv. 1-110	(110 vv.)	< I (611 vv.)
II: vv. 111-251	(141 vv.)	< II (877 vv.)
III: vv. 252-343	(92 vv.)	< III (461 vv.)
IV: vv. 344-388	(45 vv.)	< IV (544 vv.)
V: vv. 389-537	(149 vv.)	< V (909 vv.)

[19] Baehrens opinaba que la división en libros había que atribuirla al autor del poema; Vollmer, y con él Scaffai, piensan que es obra de los copistas de la Antigüedad; la división podría remontar también al uso del texto en las escuelas, y tendría la finalidad de facilitar la consulta. Uno de los argumentos en que se sustenta la hipótesis de que el autor no dividió el poema en libros es el hecho de que la transición entre un libro y otro en alguna ocasión es poco clara, y, en algún caso, parece darse dentro del mismo verso.

VI: vv. 538-563		
	(37 vv.: 538-574)	< VI (529 vv.)
VII: vv. 564-649	(75 vv.: 575-649)	< VII (482 vv.)
VIII: vv. 650-685	(36 vv.)	< VIII (565 vv.)
IX: vv. 686-695	(10 vv.)	< IX (713 vv.)
X: vv. 696-740	(45 vv.)	< X (579 vv.)
XI: vv. 741-757	(17 vv.)	< XI (848 vv.)
XII: vv. 758-771	(14 vv.)	< XII (471 vv.)
XIII: vv. 772-778	(7 vv.)	< XIII (837 vv.)
XIV: vv. 779-789	(11 vv.)	< XIV (522 vv.)
XV: vv. 790-804	(15 vv.)	< XV (746 vv.)
XVI: vv. 805-835	(31 vv.)	< XVI (867 vv.)
XVII: vv. 836-838	(3 vv.)	< XVII (761 vv.)
XVIII: vv. 839-891	(53 vv.)	< XVIII (617 vv.)
XIX: vv. 892-910	(4 vv.: 892-895)	< XIX (424 vv.)
	(10 vv.: 896-905)	< XX (503 vv.)
XX: vv. 911-930	(25 vv.: 906-930)	< XXI (611 vv.)
XXI: vv. 931-943		
	(73 vv.: 931-1003)	< XXII (515 vv.)
XXII: vv. 944-1003		
XXIII: vv. 1004-1014	(11 vv.)	< XXIII (897 vv.)
XXIV: vv. 1015-1070	(48 vv.: 1015-1062)	< XXIV (804 vv.)
	(epílogo:1063-1070)	

Como puede verse, la división en libros que presentan los códices coincide, de forma general, con los cantos homéricos, salvo en los casos en que se indica en el esquema y que comentaremos más adelante.

Por otra parte, la extensión de los libros es muy desigual y el autor no mantiene las proporciones de los diferentes cantos homéricos, en contra de lo que es normal en los epítomes, es decir, no hace una reducción metódica y regular de cada libro, o, lo que es lo mismo, no hace un resumen complexivo, sino selectivo. Se observa también la tendencia a una mayor brevedad a medida que se avanza en la narra-

ción, resultando los episodios de la *Ilíada* cada vez más abreviados en la versión latina, como si al autor no le interesaran o estuviera ya cansado. Así, mientras que la primera mitad del material homérico está resumida en 779 versos, la segunda sólo en 291. La extremada condensación de algunos cantos (los 761 versos del canto XVII se resumen en tres) los convierte en simples pasajes de transición. Al resumir excesivamente algunos de los cantos homéricos, el poema latino funde, a veces, en un único episodio varios del modelo, y, en consecuencia, se le atribuyen a un mismo personaje acciones que en Homero corresponden a personajes distintos.

Las partes de la obra en las que la división en libros de los códices no coincide con los cantos homéricos son dos:

En primer lugar, los libros VI y VII distribuyen irregularmente el contenido de los cantos VI y VII de Homero: el libro VI empieza en el v. 538 y termina en el v. 563, es decir, no contiene completo el canto VI, cuyo contenido se extiende hasta el v. 574; el libro VII, que empieza en el v. 564 y termina en el v. 649, contiene el resto del canto VI, más el canto VII completo.

En segundo lugar, tampoco hay coincidencia entre los cantos XIX al XXII y los libros correspondientes: el libro XIX, que empieza en el v. 892 y acaba en el v. 910, se corresponde con el canto XIX (vv. 892-895 del poema latino), más el canto XX completo (versos 896-905 del poema latino) y el comienzo del XXI (vv. 906-910 del poema latino); el libro XX, que empieza en el v. 911 y acaba en el v. 930, se corresponde con el resto del canto XXI; el libro XXI, que empieza en el v. 931 y acaba en el v. 943, se corresponde con una parte del canto XXII; y finalmente, el libro XXII,

que empieza en el v. 944 y acaba en el v. 1003, se corresponde con el resto del canto XXII[20].

Por último, una parte de los códices une el resumen de los cantos VIII y IX en un único libro, el VIII, y, en consecuencia, tienen, en total, veintitrés libros en lugar de veinticuatro; algún códice tiene veintidós libros.

Es lógico preguntarse por la razón de estas desigualdades, por no decir incoherencias. La crítica formuló ya de antiguo la hipótesis de que tales deficiencias podrían deberse a que la relación de Bebio Itálico con el original homérico no fue directa.

El comienzo de la *Ilíada Latina* —los doce primeros versos—, con la tópica invocación a la Musa, es prácticamente traducción literal de la invocación homérica, que, sin duda, el traductor sabía de memoria. Frente a esto, la considerable reducción de los episodios homéricos, aunque sin olvidar ninguno de los importantes, las graves confusiones de nombres de personajes secundarios —algunas posiblemente atribuibles a corrupciones en la transmisión, otras explicables quizás por alguna intención del poeta y otras debidas simplemente a *lapsus* de memoria— han llevado a algunos a sospechar que tal vez no tradujera directamente del texto griego, sino sobre alguno de los resúmenes y paráfrasis en prosa que sabemos existieron del poema homérico. El poema latino parece ser el resultado de un doble proceso de elaboración[21]: una fase, que remontaría al uso escolar, de

---

[20] En notas a la traducción nos referimos con más detalle a esta reorganización del contenido.

[21] Así lo apunta, creo que muy acertadamente, M. SCAFFAI, *Baebii Italici Ilias Latina*..., 1997, pág. 480. La hipótesis de que entre el poema homérico y la *Ilias Latina* hubiera actuado como filtro una paráfrasis en prosa del poema griego, que explicaría la organización de los episodios

abreviación del poema homérico, en latín y en prosa, y una segunda fase, de reelaboración en verso de ese *breviarium*, por parte del autor de la *Ilias Latina* recreando de forma selectiva, y con ciertas pretensiones artísticas, el contenido de la epopeya griega.

La forma de condensar el texto homérico parece indicar que, como sugeríamos más arriba, la *Ilíada Latina* no pretendió ser, aunque ese acabara siendo su destino, un simple resumen del original griego destinado a la escuela, lo que haría esperar un resumen más equilibrado del original, sino más bien una antología de distintos episodios de la *Ilíada*, extractados y tratados ya en latín por otros autores, que podrían circular con cierta autonomía. Esto explicaría, en la opinión general, que algunos de estos episodios tengan en la *Ilíada Latina* una extensión similar a la que tienen en el poema homérico, cuando de hecho resultan, por su contenido, más adecuados que otros para ser eliminados de lo que pretendiera ser sólo un resumen del argumento: y es que se trataría de pasajes para los que nuestro autor tenía mayores posiblidades de imitación por contar con modelos latinos; fáciles de narrar en estilo virgiliano u ovidiano, asequibles, por tanto, a su limitado talento poético[22].

Sin negar que esto sea efectivamente cierto, si se observa cúales son los cantos del poema homérico que han sido más ampliamente trasladados al latín, podemos encontrar otras razones del interés del autor por unos episodios frente

---

en el resumen versificado, remonta a L. MÜLLER, «Homerus Latinus», *Philologus* 15 (1860), 475-507.

[22] Cf. M. SCAFFAI, «Aspetti compositivi ed stilistici dell'*Ilias Latina*», *Studi Ital. di Filol. Class.* 44 (1972), 89-121. Frente a esta opinión general, G. BROCCIA, «Questioni vecchie...», págs. 27-45, intenta demostrar que nuestro autor practica una intencionada independencia respecto de Homero, realizada con dotes literarias y pericia compositiva.

a otros, razones que explican además por qué en ocasiones se aparta completamente del poema griego ampliando y «recreando» algunos pasajes de menor extensión en el modelo, añadiendo incluso otros inexistentes en aquel. Veamos:

La Ilias Latina *frente al modelo homérico*

El resumen de los cinco primeros cantos constituye la mitad del poema (vv. 1-536); de estos cinco cantos, el cuarto es, con diferencia, el más resumido; ¿cúal es el contenido de los otros cuatro? El primer canto narra el castigo que Apolo inflige al ejército griego, por negarse a la devolución de la hija de su sacerdote Crises, y el enfrentamiento subsiguiente entre Agamenón y Aquiles por Briseida. El canto II se dedica al catálogo de las tropas griegas y, más brevemente, de las troyanas. El canto III cuenta el enfrentamiento en el campo de batalla entre Menelao y Paris por Helena, y termina con una escena entre los amantes. El canto V narra el combate entre Eneas y Menelao, y en él se insiste en el futuro reservado por los dioses a Eneas como fundador de la estirpe Julia. El canto IV ocupado por distintos combates, no le interesa y lo resume mucho más.

Además de estos cantos, son otros dos, el VII y el XXII, los que más ampliamente traslada el autor. El canto VII presenta el encuentro entre Héctor y Áyax, que acaba con una anagnórisis modelada sobre la de Diomedes y Glauco del canto VI, más importante en la *Ilíada,* pero que a B. Itálico le interesa mucho menos que ésta otra; además al resumen del canto VII se le ha incorporado, al comienzo, el encuentro entre Héctor y Andrómaca, que en Homero cierra el canto anterior. Por último el canto XXII, repartido entre los libros XXI y XXII, tiene como tema central el episodio con

que culmina el poema homérico: el enfrentamiento entre Aquiles y Héctor y la muerte de éste.

Podemos decir, pues, que al autor le interesan especialmente los contenidos siguientes:

1) Los episodios de carácter sentimental: el tema del amor filial que desarrolla ampliamente en dos escenas, las súplicas de Crises ante Agamenón para que le devuelva a su hija, seguidas de las quejas del sacerdote ante el altar de Febo, todo en el canto I; y, en el canto XXII, un episodio paralelo, el de las súplicas de Príamo ante Aquiles para que le devuelva el cadáver de su hijo. El amor conyugal, del que es paradigma el encuentro entre Héctor y Andrómaca, escena puesta de relieve al trasladarla, si la división fue obra del autor, del final del resumen del canto VI al principio del VII y, por último, el tema de la pasión amorosa, de funestas consecuencias, en dos historias: el enfrentamiento de Aquiles y Agamenón por Briseida y el enfrentamiento de Menelao y Paris por Helena.

2) Los episodios protagonizados por Héctor y por Eneas, que en la obra latina son los personajes en los que se concentra el interés del autor, en virtud del cambio radical del enfoque desde el que se narran los acontecimientos, como veremos más adelante.

3) Episodios tópicos en la poesía épica, como el catálogo de las naves, a pesar de su aridez, que era una parte de la *Ilíada* muy conocida e imitada.

Al margen de la especial atención prestada a un elemento emblemático del género, como el catálogo, que podía constituir un «desafío» literario, la relación del autor con los episodios «tópicos» resulta significativa. En general, B. Itálico, muestra predilección por los contenidos susceptibles de un tratamiento oratorio, según el modelo de las *declamationes* de las escuelas de retórica de la época, caracterizado por

el gusto por la hipérbole y el patetismo (ridiculizados por Petronio en el *Satiricón)*. Reflejo de esta actitud son tanto el tratamiento rápido, mecánico, monótono de las repetidas escenas de combate, como el detenimiento, la recreación practicada —entre reiteración y *variatio*— con las escenas de súplica: de Crises a Apolo (vv. 32-43); de Dolón a Ulises y Diomedes (vv. 715-727); y las dirigidas a Aquiles por Héctor (vv. 980-995) y Príamo (vv. 1028-1042).

Frente a esto, lo que menos le interesa son los relatos de asambleas —de los hombres o de los dioses— con sus largos discursos o diálogos, que resume drásticamente, hasta hacerlas desaparecer. Posiblemente sea ésta una de las causas de que en la *Ilíada Latina* haya desaparecido el tono heroico-aristocrático de la epopeya griega; sin la desmesura de sus palabras, sin su primitivismo, los héroes homéricos son más bien generales de un ejército descrito sobre el modelo del romano, con evidentes anacronismos.

La gran distancia que existe entre las dos obras se observa también en el papel y el carácter de los dioses: en la *Ilíada Latina,* como en Virgilio, los epítetos homéricos de los dioses que hacen referencia a cualidades físicas son sustituidos por los de índole moral; también como en Virgilio, los dioses han perdido la espontaneidad y el primitivismo que compartían con los héroes, para aparecer revestidos de una mayor majestad[23]. Por último, junto con las asambleas y banquetes olímpicos, el autor elimina casi por completo la intervención de los dioses en las batallas y sus interpelacio-

---

[23] Como ejemplo baste comparar la disputa, salpicada de insultos y amenazas, entre Zeus y Hera, en el canto I, con el pasaje correspondiente de la *Ilíada Latina* (vv. 98-103), del que ha desaparecido el tono doméstico y la comicidad del modelo: Juno que en la *Ilíada* encabeza sus improperios a Júpiter llamándole *dolomêta* («urdidor de dolos»), aquí le trata de *optime coniunx* («excelente esposo»).

nes a los héroes, con lo que muchas de las acciones que en la *Ilíada* son provocadas por un dios, en el poema latino se deben únicamente a la iniciativa humana.

La Ilias Latina *y sus modelos literarios*

Algunos de los rasgos que distinguen a la *Ilíada Latina* del poema homérico aparecen estrechamente vinculados con los modelos latinos en los que forjó su lenguaje y estilo literarios el autor del epítome. La contaminación de Homero con Virgilio explica determinadas divergencias entre el resumen latino y el modelo griego[24]; otras se deben al influjo de la elegía erótica latina, en particular de Ovidio, verdadero filtro por el que llega la tradición épica griega al autor de la *Ilias Latina*[25].

La presencia de Virgilio, en especial de la *Eneida,* como modelo de dicción poética es ubicua en la *Ilias Latina:* no solamente en los episodios comunes a la tradición épica, que el propio Virgilio debía a Homero y que propiciaban la contaminación de elementos de las dos epopeyas, sino en escenas que no podían aparecer en la obra virgiliana, para las que el autor recurre a otra situación análoga. Así, por ejemplo, la expedición nocturna de Diomedes y Ulises *(Il.* X) está narrada sobre la de Niso y Euríalo *(En.* IX)[26], y el enfrentamiento entre Aquiles y Héctor *(Il.* XXII), sobre el de Turno y Eneas *(En.* XII)[27].

---

[24] P. Venini, «Sull'imitatio virgiliana nell'*Ilias Latina*», *Vichiana* 11 (1982), 311-317.

[25] M. Scaffai, «Su una presunta doppia redazione in Omero», *Studi Ital. di Filol. Class.* 46 (1974), 22-40.

[26] Cf. M. Scaffai, «Ilias Latina», en *Enciclopedia Virgiliana,* vol. II, Roma, 1985, pág. 911.

[27] Cf. P. Venini, «Sull'imitatio...», págs. 311-317.

Podemos añadir más ejemplos: la visita del Sueño a Agamenón *(Il. Lat.* 113-122), está hecha sobre la de Mercurio a Eneas *(En.* IV 222-226); la entrevista de Tetis con Júpiter y la posterior disputa entre Júpiter y Juno *(Il. Lat.* 87-105) apenas se parecen a la escena homérica que resume; sin embargo recuerdan muy de cerca a la entrevista que Venus tiene con Júpiter, al principio de la *Eneida* (I 229 ss.), consonando en especial las palabras que Júpiter dirige a las diosas en uno y otro pasaje *(Il. Lat.* 93-94 y *En.* I 256-258); y las que Juno le dirige a Júpiter en la *Ilíada Latina* (vv. 98-103) con el monólogo de la diosa en la *Eneida* (I 46-47).

La presencia de Virgilio en la *Ilíada Latina* no se reduce al influjo poco menos que inexcusable de la *Eneida.* Algunos pasajes del poema son claros ejemplos de la influencia de las *Geórgicas,* especialmente uno: aquel en el que Crises llora desconsoladamente la pérdida de su hija en poder de los dánaos *(Il. Lat.* 13-20), modelado, con significativos paralelismos formales, sobre uno de los pasajes virgilianos más hermosos y con más repercusión en la literatura posterior, el canto lastimero de Orfeo por la pérdida de Eurídice *(Geór.* IV 511-516)[28].

Además de la influencia de Virgilio sobre el poema, algunos han señalado posibles ecos de las otras composiciones épicas de la época flavia, en primer lugar, por razones obvias, de Silio Itálico, además de Estacio, Valerio Flaco y Lucano. Pero la valoración de las posibles semejanzas —que se las considere imitación consciente (sin excluir la auto-

---

[28] Cf. M.ª F. DEL BARRIO, «Originalidad de la *Ilias Latina* frente al texto homérico», *Actas del II Congr. Andaluz de Est. Clás.*, Málaga, 1988, vol. II, págs. 147-59. Véase al respecto la nota 9 de la traducción. Algún otro posible eco del episodio virgiliano de Orfeo en la *Ilíada Latina* se señala en nota a la traducción (n. 162).

imitación) o pura coincidencia en el recurso a formas de expresión comunes a toda la épica posvirgiliana— va inseparablemente unida a la posición de cada crítico acerca de la datación y autoría del poema[29].

El poema latino muestra respecto de Homero un cambio de perspectiva general en varios aspectos. En primer lugar, presentando los acontecimientos desde una postura filotroyana. Para explicarlo, algunos han supuesto una segunda redacción de determinados pasajes de la obra griega, fruto de una tradición paralela favorable a Paris, que habría sido recogida por la obra latina[30].

Los pasajes más elocuentes del «filotroyanismo» de la *Ilíada Latina*, son los dos versos que cierran el resumen del canto II, ajenos a Homero[31], en los que se alude a la posibilidad de la victoria troyana vetada por los hados, y la repetida exaltación de Eneas como descendiente de dioses, futuro fundador del pueblo romano y —lo que en modo alguno está en la *Ilíada*— antepasado de la *gens Iulia* y de Augusto[32].

---

[29] G. Broccia, («Prolegomeni...») no excluye ni la posible influencia de la épica posvirgiliana sobre el autor de la *Ilias*, ni la autoría de Silio, posiciones que recíprocamente se refuerzan; en cambio para M. Scaffai, *Baebii Italici...*, 1997, págs. 477-480, que se inclina por Bebio, los únicos autores en relación a los cuales puede afirmarse una dependencia directa de éste son Virgilio, Ovidio y Séneca trágico.

[30] Esta es la tesis de Q. Cataudella, «Un'aporia dell'Iliade (III 428 ss.)», en *Studi in onore di Vittorio de Falco*, Nápoles 1971, págs 3 ss.; véase al respecto M. Scaffai, «Su una presunta...».

[31] *Il. Lat.* 250-251: *His se defendit ducibus Neptunia Troia/ vicissetque dolos Danaum, ni fata fuissent.*

[32] Así en el v. 236: *et sacer Aeneas, Veneris certissima proles*, repetido con una ligera variación en v. 483: *emicat interea Veneris pulcherrima proles*, y, especialmente, en vv. 895-902: *vidit Cythereius/.... quem nisi servasset magnarum rector aquarum/ ut profugus laetis Troiam re-*

Teniendo en cuenta que el autor de estos versos ha bebido sobre todo de la *Eneida,* y que la misma *Eneida,* celebración fundacional del pueblo romano (y coyuntural, del *princeps),* es ya protroyana y antihelénica, la sola inspiración virgiliana basta para explicar la posición de la *Ilias,* divergente de Homero, sin necesidad de tener que recurrir a otra fuente[33].

La influencia de Ovidio es grande, y no sólo de la obra elegíaca, sino también de las *Metamorfosis.* Esta influencia, que modifica sustancialmente la naturaleza del poema homérico en su reflejo en la *Ilíada Latina,* se aprecia sobre todo en el episodio inicial del enfrentamiento entre Aquiles y Agamenón, donde el amor, que en la epopeya homérica no era relevante, pasa aquí a un primer plano como motor de los acontecimientos e impulso de las acciones individuales: es la fuerza de la pasión amorosa la que produce la discordia entre los dos héroes, Agamenón, tirano dominado por la lujuria, y Aquiles, guerrero ofendido en su honor, pero, sobre todo, amante entristecido por la pérdida de su amada. Y así se plasma en el uso de un vocabulario propio del género elegíaco[34], herencia de inmediatos precedentes ovidianos[35].

---

pararet in arvis/ Augustumque genus claris submitteret astris,/ non clarae gentis nobis mansisset origo.

[33] Sobre otro interesante ejemplo de clara divergencia, aunque parcial, con el original homérico, el episodio de la fabricación de las armas de Aquiles *(Il. Lat.* 862-891, esp. 878-884), véase la nota 148 a la traducción del pasaje.

[34] Véase, por ejemplo, vv. 70-73: *non tamen Atridae Chryseidis excidit ardor/ maeret et amissos deceptus luget amores.../ solaturque suos alienis ignibus ignes;* o vv. 25-26: *ferus ossibus imis/ haeret amor spernitque preces damnosa libido;* o bien vv. 585-586: *Achilles/ et cithara dulci dirum lenibat amorem;* el amor es *ardor, ignes, flammas, furor, damnosa libido.*

En este contexto se explicaría la única discrepancia importante de la *Ilíada Latina* respecto de Homero en los doce primeros versos, que por lo demás son —como se ha dicho ya— traducción literal del griego: la lectura *praecordia* (v. 11: *infestus regi pestem in praecordia misit)* que ofrecen todos los códices, frente a la conjetura *praetoria,* propuesta por algún editor, con un fuerte apoyo, en cambio, en el modelo homérico (canto I 10).

Este cambio de óptica que da énfasis al tema amoroso en la poesía épica, ya tenía un precedente en el libro IV de la *Eneida,* en el episodio del amor entre Dido y Eneas, un episodio extraño en su tratamiento a la épica tradicional y «elegiaco», según se le ha calificado a menudo, que fue compuesto por Virgilio sobre el de Jasón y Medea de las *Argonáuticas* del poeta helenístico Apolonio de Rodas. Pero es naturalmente en la poesía elegíaca donde se acentúa la visión «sentimental» de los temas y personajes de la tradición épica. Podemos recordar, en este sentido, la pasión de Aquiles por Briseida presentada como paradigma, por ejemplo, en Ovidio[36], el rapto de Briseida figurando entre los episodios preferidos por el público, o el amor apasionado de Paris y Helena convertido en lugar común de los autores elegíacos, especialmente en Ovidio, y que en la *Ilíada Latina* es puesto de relieve.

En la *Ilíada Latina,* en efecto, el texto que sigue a la vergonzosa huída de Paris ante Menelao (vv. 253-259) narra el encuentro de los dos amantes (vv. 317-338). Pues bien, lo que encontramos en estos versos no es, como en Homero, el desprecio de una mujer que, avergonzada por el comporta-

[35] Compárese, por ejemplo con Ovidio, *Arte de amar* I 281 *(damnosa libido), Met.* III 395 *(sed tamen haeret amor), Met.* X 342, *(retinet malus ardor amantem), Met.* II 313 bis *(et saevis compescuit ignibus ignes).*

[36] *Amores* I 9, 33: *ardet in abducta Briseide maestus Achilles.*

miento de su amante, le recrimina con frases sarcásticas, sino los suspiros de una heroína de las *Heroidas* de Ovidio, con los mismos rasgos: minucia en el análisis de las emociones más íntimas, el mismo *sermo amatorius (mea flamma, meus ardor...),* la misma entonación retórica[37].

Tampoco en este caso la distancia existente entre el texto homérico y el latino obedece, por tanto, a la revalorización de Paris, difundida a través de una supuesta doble redacción del texto homérico, pues ninguna simpatía despierta el personaje de Paris, al que se presenta como sensual y cobarde y ruina de Troya[38], sino más bien —como propone Scaffai— a la influencia de la elegía erótica: «Los autores elegíacos, renunciando al juicio moral de un Paris condenable, violador de la hospitalidad y mujeriego, encontraron en la conducta anticonvencional del héroe un modelo y una justificación para su propio amor; el voluptuoso amor de Paris y Helena se vuelve así uno de los *loci communes* más del gusto de los autores de la elegía erótica latina, que, siguiendo la poética de gusto alejandrino, adornaban sus poemas con sutiles alusiones y referencias a la épica»[39].

Por todo lo dicho la *Ilíada Latina* parece ya lejos del original homérico que resume y, en general, de la epopeya

---

[37] Cf. M. Scaffai, «Su una presunta...», págs. 39-40. Por otra parte, observa Scaffai, a este tono de la elegía se contrapone en algunos versos —véase la condena de la pasión de Agamenón o las palabras de Héctor a Paris— una pátina de diatriba moralizante totalmente extraña a Homero, eco de interpretaciones cínico-estoicas de los poemas homéricos documentadas por ejemplo en Horacio, y que llegaron hasta los neoplatónicos del s. II d. C.

[38] Cf. vv. 234-235, *hunc sequitur.../ belli causa Paris...;* vv. 253-259: *Paris exitium Troaie....dedecus...aeternum patriae...*

[39] M. Scaffai, «Su una presunta...», pág. 33.

—aunque formalmente pertenezca al género épico— y bastante cerca, en cambio, de otros géneros literarios derivados en parte de aquélla, pero con un espíritu muy distinto, acorde con los nuevos tiempos: la elegía especialmente, el epilio[40], y en cierto modo, incluso la novela, especialmente la novela heroica.

Técnica compositiva. Lengua y estilo

Desde el punto de vista formal, la *Ilíada Latina* se caracteriza, ciertamente, por el estilo repetitivo y la monotonía expresiva: expresiones similares se repiten en situaciones análogas. El duelo entre Héctor y Patroclo (vv. 825 ss.) está calcado del de Héctor y Áyax (vv. 590 ss.); la invocación de Aquiles a su madre tras la muerte de Patroclo (vv. 854 ss.) reproduce la invocación inicial tras la disputa con Agamenón (vv. 81); con idénticas palabras se describe el vuelo de Tetis en ayuda de su hijo (vv. 85-6; v. 96), el del Sueño (v. 129) y el de Venus huyendo del combate tras ser herida por Diomedes (vv. 464); al mismo tiempo, esta huida de Venus se describe casi con idéntica expresión que la de Marte herido por Palas (vv. 471 y 536); la súplica de Príamo a Aquiles (vv. 1034 ss.) reproduce las últimas palabras de Héctor moribundo (vv. 984 ss.). Las reiteraciones son constantes en el catálogo de las naves.

Esta característica, que nos parece negativa y censurable desde un punto de vista literario, tiene hasta cierto punto una justificación o una disculpa en la propia naturaleza de la

[40] Como un epilio define el poema el autor de la traducción francesa, G. Fry, *Récits inédits sur la guerre de Troie (Iliade latine, Éphéméride de la guerre de Troie, Histoire de la destruction de Troie), traduits et comentés par G.F.*, París, Les Belles Lettres, 1998; véase introducción, págs. 21-24.

obra: se trata, al fin y al cabo, de una traducción-resumen de un contenido, el de la epopeya homérica, con un fuerte componente de reiteración en sí mismo; se trata además de un resumen esencial, esquemático, hecho a una escala que sólo permite representar los trazos más gruesos, sin el margen de variación en los detalles que permite diluir los efectos de la reiteración a quien trabaja a una escala mayor... Por eso, al censurar en él la falta o la pobreza de inventiva se podría incurrir en el «abuso» de exigirle algo de lo que no es totalmente responsable, que ni pretende, ni está obligado a dar.

En lo que sí se justifica, en cambio, el reproche de pobreza de inventiva es en que, aun dentro de las limitaciones que le impone la naturaleza de la obra, el suyo no es un lenguaje de creación personal, sino, por así decir, prefabricado, creativo sólo en segundo grado y con escaso instinto poético.

Todas estas expresiones reiteradas hasta la saciedad, el autor las construye, frecuentemente, mediante la yuxtaposición de fragmentos y cláusulas, con los que forma hemistiquios o versos enteros, aplicando un sistema de memorización de ascendencia escolar, que está en la base de la técnica del centón[41]; es la técnica compositiva de la contaminación a distancia (entre distintos pasajes de una misma obra o entre distintas obras), que el autor practica con versos tomados de otros autores y también con versos o fragmentos de versos de su propia obra[42].

---

[41] Véase A. Ronconi, «Sulla tecnica delle antiche traduzioni latine da Omero», *Studi Ital. di Filol. Class.* 34 (1962), 5-20.

[42] M. Scaffai, «Aspetti compositivi...»; A. Ronconi, «Sulla tecnica...». Ni que decir tiene que este procedimiento de «cortar y pegar», en ocasiones, como se puede ver en alguno de los ejemplos citados más adelante, «produce monstruos»: acciones, movimientos, tan difíciles de imaginar como de traducir.

También en este aspecto de técnica centonaria, la obra es ante todo virgiliana y ovidiana: de Virgilio toma las expresiones formulares, por ejemplo, para la transición entre un episodio y otro, como la descripción de amaneceres y atardeceres; las descripciones de combates —la mayor parte de la obra—, las comparaciones de los guerreros con animales o fuerzas de la naturaleza, etc. En la mayoría de los casos se trata de clichés consolidados en la poesía épica que, en última instancia remontan a Homero, pero es de Virgilio de quien procede la formulación latina; de él toma cláusulas, hemistiquios, e incluso versos enteros sin ningún recato.

Esto puede observarse bien en dos tipos de episodios narrativos especialmente tópicos: los pasajes de transición con la indicación de la hora del día y la descripción de combates[43]. También en la formación de los epítetos de dioses y héroes, otro ingrediente típico de la lengua poética, se da la mecánica recurrencia a expresiones fijas, en este caso, el cómodo nexo formado por nombre + epíteto ornamental, reducido a puro comodín métrico[44].

[43] Cf. M. Scaffai, «Aspetti compositivi...», págs. 95-98 para el motivo del amanecer, y págs. 107-120 para la descripción de combates.

[44] Dentro de los epítetos, el texto de la *Ilias* presenta algunas formas léxicas, en algún caso *hapax legomena*, como *sceptriger* (v. 8), *Cygneide* (v. 337) y *Thetideius* (v.690), que merece la pena destacar (cf. M. Scaffai, «Aspetti...»): formaciones de segundo elemento verbal, prefiriendo las formadas mediante el sufijo *-ger (saetiger, armigera)* a las más clásicas (entiéndase más virgilianas y ovidianas) con el sufijo *-fer;* formaciones en *-potens (omni-, igni-, bellipotens),* de sabor enniano. Más difícil de valorar es si «hapax sintácticos» en apariencia, como la expresión *pernoctata loca* (v. 703), son fruto de un feliz atrevimiento del autor o testimonios esporádicos de usos generalizados.

Como ilustración de la técnica de composición centonaria característica del lenguaje de la *Ilias Latina* pondremos un ejemplo con cada uno de los dos motivos más típicos, descripción del amanecer y descripción de combates, tomados de Scaffai[45].

a) Descripción del amanecer. Los versos de la *Ilíada Latina* 117-119

haec illi mandata refer: cum crastina primum
extulerit Titana dies noctemque fugarit,
cogat in arma viros...

están construidos con los siguientes pasajes de Virgilio:

... *ubi* primos crastinus *ortus*
extulerit Titan *radiisque retexerit orbem*
(*Eneida* IV 118-119)

y

...et interea revoluta ruebat
matura iam luce dies noctemque fugarat
(*Eneida* X 256-257)

b) Descripción de combates. Los versos de la *Ilíada Latina* 514-515

Ille ruens ictu media inter lora rotasque
volvitur...

resultan de la fusión de los siguientes versos de Virgilio:

aurigam Turni media inter lora *Metiscum*
excutit...
(*Eneida* XII 469-470)

[45] Cf. las notas de su comentario a los pasajes respectivos.

inter lora rotasque *viros, simul arma iacere*
(*Eneida* IX 318)

La relación de ejemplos podría multiplicarse hasta prácticamente repetir los 1070 versos del poema. Se trata de una mecánica recurrencia a expresiones que, fijadas en la memoria del autor, constituyen una útil reserva. No exageraríamos mucho si dijéramos que todo el poema es un largo centón de versos de Virgilio y Ovidio[46]. Pero, ¿no sería precisamente esa habilidad el mayor orgullo literario del autor, aquello por lo que pretendía ser reconocido, o aspiraba a ser admirado?

Nota a la traducción

La traducción que ofrecemos está hecha a partir del texto editado por Marco Scaffai, concretamente en su 2.ª edición, publicada en 1997, que es en realidad una reimpresión de la 1.ª edición de 1982, más un capítulo de *Addenda,* en el que figuran algunas poquísimas modificaciones, que el autor acepta introducir en el texto anteriormente editado por él, atendiendo principalmente a las sugerencias de A. Grillo y P. Venini.

La elección, sin divergencias, de esta edición como base constante para la traducción, no quiere decir que en todos y cada uno de los pasajes discutibles estemos siempre de acuer-

[46] Una exhaustiva relación de los versos virgilianos y ovidianos, de los que el autor toma expresiones para construir los suyos puede encontrarse en el amplísimo y pormenorizado comentario que Scaffai ofrece tras el texto latino: M. SCAFFAI, *Bebii Italici...*, págs. 193-434. Precisamente la comparación con Virgilio y Ovidio puede permitir decidir algunas lecturas a la hora de establecer el texto latino: Cf. M. SCAFFAI, «Note al texto dell'*Ilias Latina*», *Studi Ital. di Filol. Class.* 50 (1978), 191-214; en contra de esta opinión, L. HAVET, «Étude de critique verbale...».

do con la elección hecha por el editor. Es más bien una decisión metodológica, pues, en general, se trata de opciones igualmente razonables, de las que ninguna se impone claramente a la otra. Por otra parte, la naturaleza del texto, como se ha señalado antes, hace que presente deficiencias de difícil arreglo. Sobre el acierto del editor en algún pasaje exponemos, no obstante, nuestras dudas en las notas que acompañan a la traducción.

Aunque es probable, como queda dicho, que la división en libros no se deba al autor, teniendo en cuenta que aparece en toda la tradición manuscrita, la mantenemos en la traducción, a la vez como reflejo del uso que la obra tuvo a lo largo de su historia, y como expediente que facilita la consulta del argumento y el cotejo con el modelo homérico.

En el aspecto literario, hemos procurado reflejar las características del original, manteniendo las mismas equivalencias léxicas y sintácticas en cada repetición de un mismo verso, hemistiquio, o epíteto fijo, salvo cuando razones de eufonía o la diversidad de contextos aconsejan cambiarlas.

En cuanto a las notas, para las de carácter mitológico hemos recurrido sistemáticamente al manual de A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica,* Madrid, Gredos, 1982[2], al que remitimos aquí al lector que requiera más información. En las citas de la *Ilíada* de Homero reproducimos la traducción de E. Crespo, *Homero. Ilíada,* Madrid, Gredos, 1991.

BIBLIOGRAFÍA

Ediciones y traducciones

La *editio princeps* de la *Ilias Latina* es la de Filippo di Pietro y apareció en Venecia, en torno al 1476, posiblemente precedida por una edición gótica holandesa de una antología de pasajes del texto; para otras ediciones incunables y las ediciones posteriores, anteriores a la primera edición crítica, remitimos a la introducción de la edición de M. Scaffai [1].

a) *Ediciones modernas (en orden cronológico)*

E. Baehrens, *Poetae Latini minores,* rec. et emend. Ae. B., vol. III, Leipzig, 1881.

F. Plessis, *De Italici Iliade Latina,* tesis doctoral, París, 1885.

F. Vollmer, *Poetae Latini minores,* post Ae. Baehrens iterum rec. Fr. V., vol. II,3. *Homerus latinus i.e. Baebii Italici Ilias Latina,* Leipzig, 1913.

M. Scaffai, *Baebii Italici Ilias Latina. Introduzione, edizione critica, traduzione italiana e commento,* Bolonia, 1982; aparece una segunda edición en 1997 (rec. R. Badalí, RFIC 126 [1998] 216-218).

[1] M. Scaffai, *Baebii Italici Ilias...,* págs. 45 ss.; para bibliografía y ediciones, págs. 437-438.

b) *Traducciones*

La única traducción al castellano de la *Ilias Latina* que conocemos es la de Juan de Mena de 1442; la *editio princeps* de la misma fue publicada por M. de Riquer:

M. DE RIQUER, (ed.), *Juan de Mena. La Yliada en Romance según la impresión de Arnao Guillén de Brocar (Valladolid, 1519).* Edición, prólogo y glosario, Barcelona, 1949.

Posteriormente se publicó una edición crítica de esta traducción acompañada del texto latino:

T. GONZÁLEZ ROLÁN, M.ª F. DEL BARRIO VEGA, A. LÓPEZ FONSECA, *Juan de Mena, La* Ilíada *de Homero (edición crítica de las* Sumas de la Yliada de Omero *y del original latino reconstruido, acompañada de un glosario latino-romance),* Madrid, 1996.

No sabemos de la existencia de ninguna traducción castellana moderna. Traducciones modernas de la obra, además de la italiana de Scaffai que acompaña a las dos ediciones, conocemos la francesa de:

G. FRY, *Récits inédits sur la guerre de Troie (Iliade latine, Éphéméride de la guerre de Troie, Histoire de la destruction de Troie), traduits et comentés par G.F.*, París, Les Belles Lettres, 1998.

ESTUDIOS

M.ª F. DEL BARRIO, «Originalidad de la *Ilias Latina* frente al texto homérico», *Actas del II Congreso Andaluz de Estudios Clásicos (Antequera-Málaga 24-26 de mayo 1984),* Málaga, 1988, vol. II, págs. 147-59.

—, «La *Ilias Latina* y el *Omero romançado* de Juan de Mena: notas de crítica textual a partir de la traducción», *Tradició Clàssica (Actes de l'XI Simposi de la Secció Catalana de la SEEC (Andorra-La Seu d'Urgell, 20-23 de octubre 1993),* Andorra, 1996, págs. 160-170.

G. BROCCIA, «Questioni vecchie e nuove sulla cosiddetta *Ilias Latina*», *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia dell'Univ. di Macerata* 18 (1985), 27-45.

—, «L'Omero latino ovvero l'infedeltà programmatica. Nota a *IL.* 252-343», *Euphrosyne* 16 (1988), 169-181.

—, *Prolegomeni all'«Omero Latino», Pubbl. della Fac. di Lettere e Filos. (Studi, 10),* 62 (1992), Univ. degli Studi di Macerata (rec. H.D. Jocelyn, *The Classical Review* 43 [1993] 278-279; rec. A. LÓPEZ FONSECA, *Emerita* 63 [1995], 357-359).

R. CANTARELLA, «Omero in Occidente e le origini dell'omerologia», *La Parola del Pasato* 22 (1967), 5-28.

J. CASAS RIGALL, «Sobre la adaptación de la *Ilias Latina* en el *Libro de Alexandre* y cuestiones conexas (de Dictis y Dares a Alfonso X)», en *Actes del VII Congrés de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval (Castellò de la Plana, 22-26 de setembre de 1997),* Castellón de la Plana, 1999, vol. II, págs. 39-53.

G. CIROT, «La guerre de Troie dans le *Libro de Alexandre*», *Bulletin Hispanique* 39 (1937), 328-338.

E. COURTNEY, «Some remarks on the *Ilias Latina*», *Classical Review* 18 (1968), 22-23.

N. DANE, «*Ilias Latina* 7», *The Classical Journal* 47 (1952), 189.

E. FARAL, *Les Arts Poétiques du XIIe et du XIIIe siècle. Recherches et documents sur la technique littéraire du Moyen Âge,* Paris, 1971.

G. FINSLER, *Homer in der Neuzeit,* Leipzig-Berlín, 1912.

H. FUCHS, «Apollo in der Schildsbeschreibung der *Ilias Latina*», *Museum Helveticum* 24 (1967), 57-58.

M. GIOVANI, «Le riprese dall'*Ilias Latina* nei *Gesta Berengarii imperatoris* (X sec.)», *Maia* 50 (1998), 499-510.

T. GONZÁLEZ ROLÁN, M.ª F. DEL BARRIO VEGA, «Juan de Mena y su versión de la *Ilias Latina*», *Cuadernos de Filología Clásica* 19 (1985), 47-84.

T. GONZÁLEZ ROLÁN, M.ª F. DEL BARRIO VEGA, A. LÓPEZ FONSECA, *Juan de Mena, La* Ilíada *de Homero (edición crítica de las* Sumas de la Yliada de Omero *y del original latino recons-*

truido, acompañada de un glosario latino-romance), Madrid, 1996.

A. GRILLO, «Critica del testo e imitatio. Per la restituzione di alcuni tormentati versi dell'*Ilias Latina*», *Sandalion* 4 (1981), 149-163.

—, *Critica del testo: imitazione e narratologia. Ricerche sull'*Ilias Latina *e la tradizione epica classica,* Florencia, 1982.

—, «Tra filologia e narratologia. *Ilias Latina*», en *Tra filologia e narratologia. Dai poemi omerici ad Apollonio Rodio, Ilias Latina, Ditti-Settimio, Darete Frigio, Draconzio,* Roma, 1988.

—, «La gara delle bighe nella tradizione epica da Omero all'*Ilias Latina*. Moduli narrativi e critica del testo», en *Poesia epica greca e latina* a cura di S. COSTANZA, Soveria M.lli 1988, págs. 1-26.

—, «Quando l'eroe si consola con la musica e col canto. Recorrenze tematico-espressive e testo di *Il.Lat.* 586», en AA.VV. *Miscellanea di studi in onore di A. Salvatore,* Nápoles, 1992, págs. 145-152.

A. GRILLONE, «In margine all'edizione più recente dell'*Ilias Latina* di Bebio Italico», *Hermes* 119 (1991), 333-355.

—, «Sur quelques points controversés de l'*Ilias Latina* de Baebius Italicus», *Revue de Philologie, de Littérature et d'Histoire anciennes* 66 (1992), 85-87.

—, «Scorrendo l'ultima edizione di Bebio Italico», *Revue Belge de Philologie et d'Histoire* 70 (1992), 135-153.

L. HAVET, «Étude de critique verbale: les passages parallèles dans l'*Ilias Latina*», *Revue de Philologie, de Littérature et d'Histoire anciennes* 48 (1924), 62-74.

L. HERRMANN, «Recherches sur l'*Ilias Latina*», *L'Antiquité classique* 16 (1947), 241-251.

E. KALINKA, «Zur *Ilias Latina*», *Philologische Wochenschrift,* 1932, págs. 984-988.

R. S. KILPATRICK, «The *Ilias Latina* Acrostic: a Milder Remedy», *Latomus* 51 (1992), 857-859.

A. LÓPEZ FONSECA, «La *Ilias Latina* en los manuscritos S III 16, Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial; 122,

Archivo Capitular de El Burgo de Osma; 72, Biblioteca Universitaria de Salamanca», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* n.s. 2 (1992), 41-56.

S. MARIOTTI, «Un esemplo inosservato di *nominis commutatio* riflessiva. *Ilias Latina* 946», *Acta Antiqua Academiae Scientarum Hungaricae* 30 (1982-1984 [1987]), 353-354.

P. K. MARSHALL, *Ilias Latina*, en L. D. REYNOLDS, *Texts and Transmission*, Oxford, 1983, págs. 191-194.

C. MÖHLER, *Hexameterstudien zu Lukrez, Vergil, Horaz, Ovid, Lukan, Silius Italicus und der* Ilias Latina, Berna, 1988.

C. MORELLI, «Nerone poeta e i poeti intorno a Nerone», *Athenaeum* 2 (1914), 117-152.

B. MUNK OLSEN, *I classici nel canone scolastico altomedievale*, Spoleto, 1991.

A. NATHANSKY, «Zur *Ilias Latina*», *Wiener Studien* 28 (1906) 306-329; 29 (1907), 260-288.

J. O'CALLAGHAN, «*Ilias Latina* con notas interlineales (vv. 960-1070) en el códice 13 del Archivo capitular de Barcelona», *ANRW* II, 32.3, Berlín-Nueva York, 1985, págs. 1942-1957.

J. PALLIT BONET, *Homero en España*, Barcelona, 1953.

E. PELLEGRIN, «Léonce Pilate et les premières traductions latines d'Homère», *Scriptorium* 21 (1967), 321-326.

P. RASI, «Sugli acrostici dell'*Ilias Latina*», *Rivista di Filologia e d'Istruzione Classica* 26 (1898), 399-411.

A. RONCONI, «Sulla tecnica delle antiche traduzioni latine da Omero», *Studi Italiani di Filologia Classica* 34 (1962), 5-20.

—, *Interpreti latini di Omero*, Turín, 1973, (rec. Collart, *Revue des Études Latines* 51 [1973], 405).

O. ROSSBACH, «Observationes in Iliadem Latinam», *Hermes* 17 (1882), 515-522.

M. SCAFFAI, «Aspetti compositivi ed stilistici dell'*Ilias Latina*», *Studi Italiani di Filologia Classica* 44 (1972), 89-121.

—, «Su una presunta doppia redazione in Omero», *Studi Italiani di Filologia Classica* 46 (1974), 22-40.

—, «Pindarus seu Homerus. Un'ipotesi sul titolo dell'*Ilias Latina*», *Latomus* 38 (1978), 932-999.

—, «Note al texto dell'*Ilias Latina*», *Studi Italiani di Filologia Classica* 50 (1978), 191-214.

—, «Tradizione manoscrita dell'*Ilias Latina*», en *In verbis verum amare, Miscellanea dell'Istituto di Filologia Latina dell'Univ. di Bologna,* Florencia, 1980, págs. 205-277.

—, «Aspetti e problemi dell'*Ilias Latina*», en *ANRW* II, 32.3, Berlín-Nueva York, 1985, págs. 1926-1941.

—, «Ilias Latina», en *Enciclopedia Virgiliana,* vol. II, Roma, 1985, págs. 911-912.

—, «Traduttori latini di Omero», en *La traduzione fra antico e moderno. Teorie e prassi (atti del Convegno, Firenze, 6-7 dicembre 1991),* Florencia, 1994, págs. 59-72.

G. Scheda, «Zur Datierung der *Ilias Latina*», *Gymnasium* 72 (1965), 303-307.

H. Schenkl, «Zur *Ilias Latina* des Italicus», *Wiener Studien* 12 (1890), 317-318.

—, «Der Dichter der *Ilias Latina*», *Rheinisches Museum,* N.F., 69 (1914), 575-576.

J. Tolkiehn, *Omero e la poesia latina. Introduzione ecc. a cura di* M. Scaffai, Bolonia, 1991 (Leipzig, 1900).

J. P. Sullivan, *Literature and Politics in the Age of Nero,* Ítaca-Londres, 1985.

P. Venini, «Sull'imitatio virgiliana nell'*Ilias Latina*», *Vichiana* 11 (1982), 311-317.

—, «A proposito di una recente edizione dell'*Ilias Latina*», *Riv. Filol. Istr. Class.* 111 (1983), 234-245.

—, «A proposito di *Ilias Latina* 261-62», en *Filologia e forme letterarie. Studi offerti a Francesco della Corte,* IV, Urbino, 1987, págs. 43-46.

—, «Fedeltà e infedeltà a Omero nell'*Ilias Latina*», *RFIC* 117 (1989), 316-324.

R. Verdière, «L'authenticité ovidienne de l'*Halieuticon* et l'*Ilias Latina*», *Les Études Classiques* 54 (1986), 85-87.

F. Vollmer, «De recensendo Homero Latino», en *Festschrift Vahlen,* Berlín, 1900, págs. 467-489.

—, *Zum Homerus Latinus Kritischer Apparat mit Kommentar und Überlieferungsgeschichte,* Múnich, 1913.

E. WEBER, «Über den Homerus Latinus», *Philologus* 61 (1902), 528-539.

G. WEST, «Una nota sobre la 'Historia Silense' y la '*Ilias Latina'*», *Boletín de la Real Academia Española,* LV, cuaderno CCV (mayo-agosto 1975), págs. 383-387.

M.ª FELISA DEL BARRIO

LA ILÍADA LATINA

[Libro I (vv. 1-110)[1]: Invocación del poeta a la Musa y breve exposición del motivo desencadenante de los hechos relatados en el poema homérico. El sacerdote Crises se dirige al campamento de los griegos a rogar a Agamenón que le devuelva a su hija Criseida. Tras ser expulsado por éste, implora ante el altar de Apolo la venganza del dios; como respuesta, Apolo envía una terrible peste sobre los griegos. Éstos, reunidos en asamblea, deciden devolver a Criseida. Agamenón no acepta quedarse sin la esclava y le quita a Aquiles la suya. Aquiles, ofendido, pide venganza a su madre, Tetis; la diosa le aconseja que se retire de la guerra, y traslada las quejas de su hijo a Júpiter, que la tranquiliza; a continuación, Juno, celosa, le acusa de favorecer a los troyanos.]

Relátame, ¡oh diosa!, la cólera del altivo Pelida[2], que trajo a los desdichados griegos luctuosas muertes y envió al Orco[3] las almas valerosas de sus héroes, entregando a la voracidad de perros y aves sus cuerpos sin vida para que los desgarraran, quedando insepultos sus huesos. Pues así se

[1] Normalmente, los libros en que se divide el poema latino resumen el canto correspondiente de la obra de Homero; cuando no sea así, se indicará en nota a pie de página.

[2] Aquiles, hijo de Peleo.

[3] Uno de los nombres del Hades o el Infierno, morada de los muertos.

cumplía el designio del rey supremo[4], desde que se enfrentaron abiertamente dos corazones rivales, el Atrida[5], portador del cetro, y Aquiles, famoso en el combate.

¿Qué dios les empujó a reñir, llevados de una ira funesta?: el vástago de Latona y del poderoso Júpiter[6]; él, irritado contra el rey de los pelasgos[7], sembró en sus entrañas la peste, e infectó los cuerpos de los dánaos con una grave enfermedad. Pues, tiempo atrás, Crises, ceñidas sus sienes con la cinta sagrada[8], lloró a la que era su consuelo, su hija raptada, mientras los días odiosos y las odiosas horas de la noche las pasaba llenando el aire con sus continuos lamentos[9].

---

[4] Júpiter o Zeus, dios supremo y rey de dioses y hombres.

[5] Son dos los Atridas que aparecen en la obra, Agamenón y Menelao, hijos de Atreo; en este caso se trata de Agamenón, rey de Micenas y jefe del ejército griego.

[6] Se trata de Febo o Apolo, del que era sacerdote Crises, el padre de la doncella cautiva de los griegos y entregada a Agamenón como parte del botín obtenido en el asalto a Crisa, ciudad de Asia Menor.

[7] Pelasgos, dánaos y aqueos son nombres de distintos pobladores de la península helénica y, por extensión en la poesía latina, de todos los griegos. Algunos editores corrigen el texto transmitido en el verso que aquí se traduce *(infestam regi... praecordia)* en *infestus regi... praetoria* («irritado contra el rey... (envió) al campamento»), a partir de la comparación con el correspondiente pasaje de Homero *(Il.* I 10); en su 2.ª edición, Scaffai acepta la corrección de *infestam* en *infestus,* manteniendo, sin embargo *praecordia,* que ofrece la tradición manuscrita y que puede entenderse en relación con los versos 25-26; en relación con estos versos, la «peste» que introduce el dios en el corazón de Agamenón es la peste del amor.

[8] La cinta sagrada o ínfulas que llevaban los sacerdotes en la cabeza al oficiar.

[9] Como señalábamos en la Introducción (pág. 30), la descripción del sufrimiento de Crises por la pérdida de su hija, que difiere del relato de Homero, en el que apenas se repara en el dolor paterno, está muy próxima, incluso verbalmente, al pasaje de las *Geórgicas* (IV 511-516) donde se describe la pena de Orfeo por la pérdida de Eurídice, sirviéndose de la célebre comparación con el llanto del ruiseñor; aunque en la *Ilíada Lati-*

Y puesto que no había día alguno que su alma aliviara del duelo, ni consuelo alguno que calmara su llanto de padre, marcha al campamento de los dánaos, e, hincado de rodillas, al Atrida le suplica, desdichado, por los dioses celestiales y por el honor real, que le sea devuelta su hija, única razón de su vida; al tiempo, le ofrece regalos. Sus lágrimas conmueven a los mirmidones[10], que acuerdan que Criseida le sea devuelta a su padre, pero el Atrida se niega y ordena a Crises salir del campamento, desdeñando toda piedad, pues hasta la médula de los huesos tiene clavado un amor fiero y la malsana pasión le hace despreciar las súplicas[11].

Rechazado, el sacerdote vuelve al templo de Febo y, en su aflicción, hiere violentamente con las uñas su rostro arrugado, se mesa los cabellos y golpea sus sienes cargadas de años. Luego, cuando se acallaron sus gemidos y cesaron las lágrimas, fustiga los sagrados oídos del dios profético[12] con estas palabras: «¿De qué me sirve haber adorado tu divinidad, señor de Delfos, y haber llevado una vida pura a lo largo de tantos años? ¿Qué me aprovecha haber mantenido el fuego sagrado en tus altares, si yo, tu sacerdote, soy ahora

---

na no se menciona el lamento del pájaro ni se establece explícitamente la comparación, la situación de Crises, mucho más aún que la de Orfeo, es absolutamente paralela a la del ave a la que el *durus arator,* en este caso el *ferus Atrida,* ha robado sus crías, motivo que ya está en Homero. Para los paralelismos formales concretos, cf. M.ª F. del Barrio, «Originalidad de la *Ilias Latina*...», especialmente págs. 151-153.

[10] Pueblo de Tesalia cuyo rey era Aquiles; aquí utilizado, con valor genérico, por todos los griegos.

[11] Estos versos son un buen ejemplo del tratamiento elegíaco que se da en el poema al tema amoroso frente al texto homérico; la expresión *amor (ferus) haeret ossibus* (o *medullis)* es habitual en la poesía amorosa. Cf. lo dicho al respecto en la Introducción, págs. 32 ss.

[12] Apolo, dios de los oráculos, entre los que el más importante era el de Delfos; de ahí el título de «Señor de Delfos» *(Delphice* en latín) que se le da en el verso 32.

humillado por un enemigo extranjero? ¿Es ésta la recompensa que se da a mi vejez solitaria? Si te soy grato, quede yo bajo el amparo de tu venganza; pero si he cometido, sin saberlo, alguna falta por la que deba sufrir el castigo apropiado a la gravedad del delito, ¿por qué no actúa tu diestra? Pide tu arco sagrado y contra mí dirige tus flechas: al menos, será un dios el autor de mi muerte. Heme aquí: si es culpable, atraviesa al padre; ¿por qué expía la hija los pecados de su progenitor, y se ve obligada, infeliz, a someterse al lecho de un cruel enemigo?». Así habló; el dios, conmovido por la plegaria de su vate, hostiga a los dánaos con lutos amargos y extiende la peste por toda la población: por doquier caen en masa los griegos, y apenas queda suelo para las piras, apenas aire para las hogueras, y falta tierra para los túmulos.

Ya las estrellas de la novena noche se habían ocultado y el décimo día iluminaba el orbe de la tierra, cuando el ilustre Aquiles reúne a los príncipes de los dánaos en asamblea, y exhorta al Testórida[13] a que exponga las causas de la terrible peste. Entonces Calcante consulta a las divinidades, descubriendo, a un tiempo, la causa de los males y su remedio, y, aunque teme hablar, confiado en la protección de Aquiles, dice esto: «Aplaquemos la hostilidad del dios Febo contra nosotros y devolvamos a la casta Criseida a su piadoso padre, dánaos, si queremos encontrar un puerto de salvación». Así habló. De inmediato se inflamó la ira del rey: increpa primero al Testórida con duras palabras y le llama embustero; luego acusa al gran Aquiles, y escucha, a su vez, las recriminaciones del héroe invicto. Se oyó un murmullo general. Al fin, acallado el clamor, se ve forzado, a su pesar, a liberar a la que él obligaba a amarle, y devuelve a Crisei-

[13] El adivino Calcante, hijo de Téstor.

da, sana y salva, a su piadoso padre, añadiendo muchos regalos; Ulises, bien conocido por todos, la condujo, a bordo de una nave, hasta los alcázares de su patria, y de nuevo puso rumbo hacia la escuadra de los dánaos.

Al punto se aplaca la hostilidad del dios Febo contra ellos, y a los aqueos les vuelven las fuerzas ya casi exhaustas. Pero no se calma la pasión del Atrida por Criseida: se entristece y, frustrado, llora la pérdida de su amor. Después priva al gran Aquiles de Briseida[14], arrebatándosela, y mitiga el fuego de su pasión a costa de la pasión ajena. Mas el fiero Eácida[15], desenvainando rápidamente la espada, se lanza contra el Atrida y le amenaza con una muerte cruel si no le devuelve la merecida recompensa de sus hazañas; aquel se dispone, a su vez, a defenderse de su ataque. Y si la casta Palas no hubiera sujetado con su mano a Aquiles, el ciego amor hubiera dejado eterno oprobio al pueblo argólico[16]. Despreciando las palabras y las amenazas de aquel, el Pelida invoca la divinidad de su marina madre[17], pidiéndole que no consienta que él quede sin venganza de la afrenta del Plisténida[18]. Tetis, atendiendo el ruego de su hijo, abandona

---

[14] Hija de Brises; cautiva también de los griegos, le correspondió en el reparto del botín a Aquiles; Agamenón, al verse privado de Criseida, se la arrebata, como compensación.

[15] Aquiles, hijo de Peleo y nieto de Éaco.

[16] Argólico o argivo son adjetivos relativos a la ciudad de Argos y a la región de la Argólide, a la que pertenecía también la ciudad de Micenas, patria de Agamenón; en la poesía latina se usan como denominación genérica de todos los griegos.

[17] Tetis, casada con Peleo y madre de Aquiles; es hija del dios marino Nereo y de la Oceánide Dóride (cf. *infra* v. 99), por lo tanto una de las Nereidas y diosa del mar; más adelante se hace referencia a su padre y sus hermanas (cf. vv. 871-874).

[18] Es decir Agamenón. Se trataba de un pasaje difícil, hasta la restitución de la forma *Plistheniden* por Bergk, a partir del texto transmitido, *plus thetis*. Plístenes era hijo de Pélope y hermano de Tiestes y Atreo, el

las aguas y al punto llega al campamento de los mirmidones: le aconseja que mantenga su brazo lejos de las armas y de los combates; luego cruza veloz las brisas etéreas y se dirige a las doradas regiones astrales.

Entonces, abrazada a las rodillas del rey, con sus cabellos sueltos[19], dice: «Vengo como madre en favor de mi hijo: heme aquí, suplicante, ante tu divina majestad, padre supremo; vénganos del Atrida a mí y al que es carne de mi carne; pues si se le permite a él ultrajar impunemente a la amada de mi hijo Aquiles, vergonzosamente sucumbirá el valor, vencido por la lujuria».

Y Júpiter le responde así: «Pon fin a tus tristes quejas, diosa del espacioso mar, a mi cuidado quedará esa tarea. Tú consuela el corazón afligido de tu hijo». Así habló. Y ella, deslizándose por las ligeras brisas del cielo, alcanza las riberas paternas y las aguas gratas a sus hermanas.

Pero Juno se sintió ofendida: «¿Tanto puede, mi excelente esposo, la hija de Dóride? ¿Tanta consideración merece Aquiles, que te dispones a abatir a los aqueos —muy queridos por mí, que soy llamada tu esposa y llevo el dulce título de hermana tuya—, y a renovar las fuerzas de los troyanos para el combate? ¿Éste es, pues, el regalo que me ofreces? ¿así es como me amas?». Con tales palabras increpa, airada, al Tonante[20] y escucha a su vez las recriminaciones del rey supremo. Por último, la intervención del Igni-

---

padre de Agamenón y Menelao; en otras fuentes mitográficas aparece en cambio como padre de éstos e hijo de Atreo, que sería así abuelo y no padre de los héroes homéricos.

[19] El rey es Júpiter; los cabellos sueltos en la Antigüedad eran un signo externo del luto o la súplica.

[20] Epíteto frecuente de Júpiter, dios del trueno.

potente[21] puso fin a la disputa, y el padre de los dioses disuelve la asamblea del Olimpo[22]. Entretanto, el sol se aleja tras recorrer el Olimpo, y los dioses reconfortan sus cuerpos con abundantes manjares; luego se dirigen a sus lechos, buscando el placentero don del descanso.

[LIBRO II (vv. 111-251): Durante la noche, Júpiter envía al Sueño a visitar a Agamenón con la orden de que, al día siguiente, ataque a los troyanos. Agamenón relata su sueño a la asamblea; la intervención de Tersites, partidario de abandonar la guerra y regresar a la patria, excita los ánimos; a continuación, Néstor los serena. Catálogo de las naves griegas y, a continuación, más brevemente, de las tropas troyanas.]

Había caído la noche y las estrellas brillaban en todo el firmamento, la calma reinaba sobre la raza de los hombres y de los dioses, cuando el padre omnipotente llama al Sueño y le habla así: «¡Ea!, ve a través de las tenues brisas, tú el más agradable de los dioses, y alcanza en rápido vuelo el campamento del caudillo argólico[23]; y mientras está dormido profundamente bajo tu dulce peso, transmítele estas órdenes: que, tan pronto como el nuevo día haya hecho salir al Titán[24] y ahuyentado la noche, reúna a sus hombres para la lucha y ataque el enemigo por sorpresa». Sin demora, el Sueño se aleja y con alas ligeras vuela por los aires hasta

---

[21] Vulcano, dios del fuego, hijo de Júpiter y Juno. Con respecto a esta escena, cf. Introducción, pág. 28, n. 24.

[22] Se indica el final de una asamblea, que tiene lugar en el poema homérico, pero que, según su costumbre, el autor ha suprimido por completo, sin haber indicado siquiera su comienzo.

[23] Es decir, Agamenón.

[24] El Sol, hijo de Hiperión, uno de los Titanes, hijos de la Tierra y el Cielo.

el lecho de Agamenón, que, tendido, tenía su cuerpo sumido en un agradable sueño. Y así le habla el que alivia de penas y fatigas: «Rey de los dánaos, Atrida, despierta y escucha las órdenes del Tonante que, por su encargo, te traigo, deslizándome desde el cielo: tan pronto como el Titán surja de las aguas, ordena a tus compañeros ajustar las armas a sus fuertes brazos y marchar en orden de batalla a las llanuras de Ilio[25]». Así habló y volvió a los aires por los que poco antes había llegado.

Entretanto, la lámpara de fuego había iluminado la tierra. Atónito ante tales órdenes, el héroe Pelopeo[26] reúne a los príncipes en asamblea y, en orden, les revela a todos lo sucedido; a una le prometen unir sus fuerzas para la batalla, y animan a su caudillo. El rey alaba con sus palabras el valor de sus corazones y les da las gracias a todos por igual. Entonces Tersites, el más contrahecho y deslenguado de cuantos habían llegado a Troya, se opone a que se entablen más combates y les exhorta a emprender el camino de regreso a las costas patrias: Ulises, famoso por sus consejos, tras recriminarle de palabra, le golpea con su cetro de marfil. Entonces sí que, con la disputa que se origina, se inflama la ira: apenas hay un brazo desprovisto de armas, el clamor se levanta hasta las estrellas y a todos les arrastra el deseo ardiente de luchar. Finalmente Néstor, prudente por la experiencia de una larga vida, calmó el alboroto, reprimiéndolo con su ánimo apaciguador, y amonestó a los caudillos con sus palabras, recordando el vaticinio del tiempo en que se vió en Áulide cómo una serpiente devoraba en el árbol ocho polluelos y luego, tras dar muerte a sus crías, a la propia

---

[25] Troya.

[26] Agamenón, nieto de Pélope, que era hijo de Tántalo y héroe epónimo del Peloponeso.

madre que le hacía frente con su débil cuerpo. Y el anciano dice: «Así pues, os lo recuerdo y os lo volveré a recordar, aqueos: nuestras penalidades están en el décimo año, en el que Calcante predijo que caería Ilio bajo las armas victoriosas de los dánaos»[27]. Todos asintieron, alabando la longevidad de Néstor, y al punto se disuelve la asamblea. El rey les ordena aprestar las armas y preparar los ánimos y los corazones para la lucha. Y tan pronto como el nuevo día dispersó las calladas sombras y el Titán asomó entre las aguas su cabeza iluminada por los rayos, el impetuoso Atrida, al momento, ordena a sus compañeros armarse y marchar en orden de batalla a las llanuras de Ilio.

Vosotras, Musas, ahora —pues ¿qué no conocéis en su orden?— recordadme los nombres ilustres de los caudillos, sus ilustres padres y sus dulces patrias: pues en esto consiste vuestro oficio. Digamos cuántas naves condujo cada uno a Pérgamo[28] y llevemos a término la obra emprendida; y que Apolo sea su inspirador y aliente, de buen grado, nuestra obra en cada una de sus partes[29].

---

[27] Estando los griegos reunidos en Áulide, a punto de partir para Troya, celebran un sacrificio a Apolo; durante la celebración, se produce el portento de la serpiente que aquí se relata y que el adivino Calcante interpreta diciendo que los ocho polluelos y la madre representan los nueve años que Troya tardará en caer, los mismos años que llevan ya los griegos luchando frente a Troya cuando empieza la *Ilíada*. En el poema homérico, es Ulises y no Néstor quien recuerda este vaticinio.

[28] Pérgamo era el nombre de la acrópolis de Troya, donde estaba el palacio de Príamo.

[29] El catálogo de las tropas griegas está muy resumido y desordenado respecto del modelo, y se ha hecho, como señala Scaffai, reagrupando a los jefes según el número de naves que conducen. Varios de los nombres propios, como en el resto de la obra, han sido restituidos por conjetura de los editores; es difícil saber si las alteraciones que han sufrido se deben a la transmisión manuscrita o al propio autor, que mantiene, en cambio, con bastante exactitud el número de naves de cada jefe o pueblo. La in-

Con Penéleo al frente y Leito, impetuoso en el combate, y el terrible Arcesilao y Protenor y Clonio, los beocios llevaron cincuenta embarcaciones y cruzaron las hinchadas olas con una fuerte tripulación. Detrás, Agamenón, nacido dentro de las murallas de Micenas, a quien Grecia, en pie de guerra, había elegido como su rey, llevó cien barcos llenos de soldados armados. Y le sigue el fogoso Menelao[30] con sesenta naves, y con otras tantas va la feroz ira de Agapenor[31]; tras ellos Néstor, digno de confianza por su sabiduría e influyente por sus consejos, avanza con dos de sus hijos[32], equipado para la guerra con noventa embarcaciones. Y Esquedio, poderoso por su valor, y el colosal Epístrofo, gloria de los mirmidones[33], dos baluartes en el fragor de la batalla, cruzaron el ancho mar con cuarenta embarcaciones. Y cua-

---

vocación a Apolo, como protector de la poesía, no está en Homero pero tiene bastantes paralelos en la literatura latina; sobre su posible función en este proemio, véase, más adelante, nota 148.

[30] Rey de Esparta y marido de Helena, marcha al frente de los lacedemonios. Él y su hermano Agamenón organizan la expedición contra Troya a la que obligan a ir a todos los reyes y príncipes de Grecia que habían sido pretendientes de Helena, en cumplimiento de un juramento prestado: son los caudillos que aparecen en este catálogo de naves.

[31] Caudillo de los arcadios.

[32] Néstor, rey de Pilos, el más anciano de los que acudieron a Troya, por su larga experiencia es el más respetado de los griegos; por su edad no estuvo entre los pretendientes de Helena, aunque sí su hijo Antíloco, que le acompaña. De los siete hijos que al parecer tuvo, solo es famoso éste, al que se nombra por primera vez en el v. 360. En el catálogo de las tropas griegas del poema homérico no se hace referencia a su descendencia.

[33] Esquedio y Epístrofo son los dos caudillos de los focenses, pueblo situado entre Etolia y Beocia; como en el v. 23, mirmidones está usado aquí con el valor genérico de griegos. Otro Epístrofo aparece entre los jefes del ejército troyano (v. 242).

renta navíos equiparon Polipetes y Leonteo[34], cargados de valerosos soldados. Los capitanes Euríalo y Esténelo y el Tidida[35], valiente en el combate, cruzaron el ponto con una fuerte tripulación: ochenta embarcaciones botaron, cargadas de guerreros. Y el poderoso Ascálafo y Yálmeno[36], impetuosos ambos, abastecieron de fuerte tripulación treinta naves. Y Áyax, el más valiente de los locros[37], equipó cuarenta barcos, y otros tantos el hijo de Evemón[38]. Tras ellos

---

[34] Polipetes, hijo de Pirítoo e Hipodamía y nieto de Zeus; lo acompaña Leonteo, nieto de Ceneo, el lapita más célebre después de Pirítoo.

[35] Esténelo, hijo de Capaneo, uno de los caudillos de la famosa expedición conocida como de «los siete contra Tebas». Euríalo —que también participa en la expedición de los Argonautas— es hijo de Mecisteo, que según algunas versiones participa también en la guerra contra Tebas. El Tidida es Diomedes, hijo de Tideo, otro de los «siete». Los tres guerreros, Euríalo, Esténelo y Diomedes, antes de luchar en Troya, participaron en una segunda expedición contra Tebas, organizada por los hijos de los «siete», conocidos como los epígonos. Diomedes, jefe de los argivos, es uno de los guerreros más destacados del poema homérico, participa con Ulises en la incursión nocturna al campamento enemigo que se narra en el canto X, y protagoniza buena parte de los combates singulares que se narran en los cantos V y VI.

[36] Ascálafo y Yálmeno son hijos de Ares o Marte y aparecen también entre los Argonautas; en la *Ilíada* van al frente de los habitantes de las ciudades beocias de Aspledón y Orcómeno.

[37] Son dos los guerreros de nombre Áyax que participan en la guerra contra Troya: este Áyax es hijo de Oileo y jefe de los locros; perece en el regreso a su patria, castigado por Palas Atenea por haber ultrajado a su sacerdotisa Casandra en la toma de Troya. Hemos preferido la forma «locros», que aconseja M. Fernández Galiano para el pueblo habitante de la Lócride, frente a las formas «locrenses» o «locrios», más usuales pero menos justificables.

[38] Se trata de Eurípilo, si efectivamente la conjetura *Euhaemone*, aceptada de forma general por los editores, es correcta frente a la forma *Euchenore* que ofrecen los códices.

marcha Aquiles, salvaguarda de los griegos, atravesando con cincuenta naves las maternas aguas[39].

Avanzaban los jóvenes tesálicos, Fidipo y Ántifo[40], que cruzaron el profundo mar con treinta embarcaciones, y llevando tres naves hiende las aguas Teucro[41], y con nueve el rodio Tlepólemo[42], a los que sigue, impetuoso por su fuerza, Eumelo, que había partido con una nave menos de las que conducía el hijo de Telamón, el salaminio Áyax[43]. Y el magnete[44] Prótoo, hijo de Tentredón, y con él Elefenor, nacido en los dilatados confines de Eubea, y el duliquio[45] Meges y, descollando en arrojo y en armas, Toante, del pueblo etolio, hijo de Andremón; todos éstos condujeron cada uno cuarenta embarcaciones. Y doce naves condujo la sagacidad

---

[39] Es decir, las aguas habitadas por Tetis, diosa del mar y madre de Aquiles.

[40] Fidipo y Ántifo eran hijos de Tésalo, uno de los Heraclidas (cf. *Il.* II 676-679); con la traducción mantenemos la posible ambigüedad del latín *thessalici,* que hace pensar que el autor, a partir del nombre propio del padre, ha derivado un adjetivo geográfico (cf. M. Scaffai, *Baebii Italici...,* págs. 242-243). Otro Ántifo se nombra en el catálogo de tropas troyanas, al frente de los lidios (v. 244); además, entre los hijos de Príamo se incluye uno con el mismo nombre, que aparece en el v. 366.

[41] Teucro, hijo de Telamón y nieto de Éaco, es hermanastro de Áyax, al que sobrevive; gran arquero, participa también en la guerra de Troya aunque no aparece nombrado en el catálogo de las naves homérico; a partir de Homero *(Il.* 2, 671-674), donde se nombra a Nireo, llevando también tres naves, algunos editores han propuesto sustituir la forma *Teucer,* de toda la tradición manuscrita, por la forma *Nireus;* sin embargo, mantenemos la forma *Teucer* que edita Scaffai, pues el error, que sin duda estaba en el arranque de la tradición, puede remontar al autor mismo.

[42] Tlepólemo es uno de los muchos hijos de Hércules.

[43] Es decir, doce naves: cf. vv. 204-205.

[44] De Magnesia, región oriental de Tesalia.

[45] De Duliquio, isla del mar Jonio, que formaba parte del reino de Ulises.

del de Ítaca[46], a quien sigue, con otros tantos navíos, Áyax Telamonio[47], poderoso por su extraordinario valor; también Guneo[48] navegaba para acudir a la terrible guerra, con veintidós barcos. Idomeneo y Meríones, ambos cretenses, iban equipados con ochenta naves. Y el ateniense Menesteo, de ilustre linaje, condujo el mismo número de barcos que el contingente con que marcha Aquiles[49]; el feroz Anfímaco[50] y Talpio, nacidos en la Élide, y Polixeno, de esclarecido valor, y Diores cuarenta embarcaciones botaron, cargadas de guerreros. Y Protesilao y el valiente Podarces[51] llevan equipados tantos navíos cuantos conducía Áyax Oileo[52]; y en siete barcos transportó su ejército el hijo de Peante[53], al

---

[46] Ulises, el más astuto y artero de los griegos; a él se debe, como es sabido, la famosa treta del caballo con la que los griegos consiguen tomar la ciudad de Troya.

[47] Mayor y mucho más famoso que Áyax Oileo es Áyax de Salamina, hijo de Telamón y nieto de Éaco como Aquiles, y, después de éste, el más valiente de los guerreros griegos, según Homero; protagoniza algunos de los episodios más heroicos de la guerra, como la defensa de las naves griegas frente a los troyanos (canto XIV); se le acaba de mencionar en el v. 198.

[48] Guneo marcha al frente de los enienes y los perebos.

[49] Es decir cincuenta naves (cf. *supra* v. 192); según algunas fuentes, Menesteo ocupó el trono de Atenas después de expulsar de él a Teseo.

[50] Anfímaco, Talpio, Polixeno y Diores eran los jefes de los epeos; otro Anfímaco aparece entre los guerreros troyanos (cf. v. 241).

[51] A Protesilao se le nombra en el catálogo homérico diciendo que ya está muerto, pues cae nada más desembarcar en Troya, cumpliéndose así una profecía que anunciaba la muerte para el primer griego que pusiera pie en tierra; su esposa Laodamía le llora desconsoladamente y acaba suicidándose; en su lugar se hace cargo del mando de su gente Podarces.

[52] Es decir, cuarenta; este Áyax, hijo de Oileo, es el caudillo de los locros que aparecía en el v. 189.

[53] Filoctetes, hijo de Peante, uno de los Argonautas; Peante es una conjetura de los editores, pues los códices ofrecen una forma *Phetonte* o similar; apoya la conjetura el hecho de que Filoctetes sí aparece nombra-

que siguen de cerca Podalirio y Macaón, que surcaron el profundo mar con treinta embarcaciones.

Con estos paladines arribó a las costas troyanas la flota griega, con un total de mil ciento ochenta y seis naves[54].

Y ya habían anclado presurosos las naves y ocupaban las llanuras[55], cuando el padre Saturnio[56] envía ante Príamo[57] a Iris[58], para anunciarle que los valientes pelasgos han llegado para la guerra. Y sin demora, obedeciendo de inmediato la orden de su padre, el Priamida Héctor[59] toma las armas, ordena a toda la juventud aprestarse al combate y saca al ejército por las puertas abiertas. Un casco, refulgente de oro, le cubría por completo la juvenil cabeza, una coraza protegía su pecho y el escudo guarnecía su izquierda, su derecha la lanza, y la espada adornaba su costado; también

---

do en el catálogo de las naves de la *Ilíada* (canto II 718 y 725), con el mismo número de naves, siete. Filoctetes no viaja a Troya con los demás griegos: víctima de una herida que exhala un olor insoportable es relegado por Agamenón a la isla de Lemnos, en la que permanece hasta que en el final del décimo año de la guerra, es decir el que narra Homero, los griegos envían una embajada en su busca, pues el adivino Calcante había vaticinado que Troya no sería tomada sin la ayuda del arco y las flechas de Hércules, que entonces estaban en poder de Filoctetes. Ya en el campamento griego es curado de su herida, bien por Podalirio o bien por Macaón, que aparecen nombrados en el catálogo precisamente a continuación.

[54] Homero añade, tras el catálogo de las naves griegas, una breve relación de los caballos que llevó a Troya el ejército griego, que omite el poema latino.

[55] El catálogo de las naves griegas se hace de forma retrospectiva, situándose el autor en el momento de la llegada del ejército griego a Troya, años antes del comienzo del poema homérico.

[56] Júpiter, hijo de Saturno.

[57] Rey de Troya.

[58] Mensajera de los dioses, Homero la llama «la de pies raudos como el viento».

[59] Héctor es hijo de Príamo y el mejor de los héroes troyanos.

cubren sus largos muslos unas grebas resplandecientes, como convenían a Héctor. Le sigue, superior en belleza y, entonces, valiente en el combate, Paris[60], causa de la guerra, funesta perdición de su patria, y con él Deífobo y Héleno, y también el valiente Polites y el divino Eneas[61], indiscutible descendencia de Venus, y Arquéloco y el feroz Acamante[62], hijos de Anténor. Y también marchaban el noble vástago de Licaón, Pándaro[63], y Glauco, muy valeroso en la guerra, y Anfio y Adrasto y Asio y además Pileo. Iban también Anfímaco y Nastes, insignes ambos, y los magnánimos capitanes Odio[64] y el colosal Epístrofo y el feroz Eufemo y Pirecmes, descollante por su juventud, y con ellos llegaron Mestles y Ántifo e Hipótoo, excelente en el combate, y Acamante y con él Píroo, y los hijos de Arsínoo, Cromio y Énnomo, ambos varones en la flor de la edad, a los que sigue

[60] En el catálogo de caudillos troyanos del texto homérico no se menciona a Paris, que sí aparece descrito como un hermoso guerrero al principio del siguiente canto, ni a los otros hijos de Príamo, Deífobo, Héleno y Polites, que aparecen ya en los combates de los cantos siguientes.

[61] Hijo de la diosa Venus y del troyano Anquises; puesto que a él remontan sus orígenes los romanos, en todo el epítome se le concede una especial relevancia, que también tiene en el correspondiente pasaje homérico (*Il.* II 819-821).

[62] Aparecen dos guerreros con este nombre en el catálogo de las tropas troyanas: éste, hijo de Anténor, caudillo de los dardanios, pueblo de la Tróade, y un segundo, en el v. 245, hijo de Eusoro y caudillo de los tracios.

[63] Hábil arquero, que será el responsable, en el canto IV, de la ruptura de la tregua entre troyanos y griegos, al disparar una flecha contra Menelao. Glauco, que en el poema homérico aparece al final del catálogo, junto con Sarpedón (aquí en v. 249), era, como éste, jefe de los licios.

[64] De nuevo se trata de una conjetura; todos los códices ofrecen la forma *R(h)odius*.

Forco y el colosal Ascanio, y también el ínclito vástago de Júpiter, Sarpedón[65], y Corebo[66] nacido en una tierra ilustre. Con estos paladines se defendió la neptunia[67] Troya, y habría vencido los engaños de los dánaos, si no hubiera sido otro su destino.

[Libro III (vv. 252-343): Los dos ejércitos se encuentran frente a frente en el campo de batalla; por iniciativa de Héctor se establece una tregua para que Menelao y Paris decidan en un combate singular el resultado de la contienda. Cuando el héroe griego está a punto de matar al troyano Paris, Venus le salva la vida alejándole del campo de batalla y conduciéndole junto a Helena, que le reprocha su temeridad.]

Ya estaban, frente a frente, los dos ejércitos con sus relucientes armas, cuando Paris, fuego funesto y ruina para Troya[68], distingue, en la línea de batalla contraria, a Menelao con sus armas, y, despavorido, como si hubiera visto una serpiente, se refugia entre sus compañeros, fuera de sí. Cuando Héctor le ve, vergonzosamente ofuscado por el pánico, le dice: «¡Oh, deshonor eterno de la patria y oprobio de nuestra estirpe!, ¿vuelves la espalda? Pues, en aquella ocasión, no vacilaste en asaltar el lecho de tu anfitrión, ese

[65] Hijo de Júpiter, que morirá a manos de Patroclo.

[66] No aparece en Homero este personaje que pertenece ya a la épica poshomérica (cf. Virgilio, *En.* II 341).

[67] Posidón (o Neptuno) y Apolo levantaron las murallas de Troya, cuando reinaba Laomedonte, padre de Príamo.

[68] Cf. *infra* v. 338. Los dos versos aluden al sueño de Hécuba, encinta de Paris, que soñó dar a luz una antorcha: el pasaje de este sueño, que está en uno de los fragmentos de Ennio, pasa a Virgilio, *En.* VII 321, y Ovidio, *Ep. Her.* XVI 45 ss.). Véase M. Scaffai, *Baebii Italici...*, pág. 255.

cuyas armas ahora rehuyes temiendo su violencia. ¿Dónde están tus fuerzas, dónde el arrojo que conocimos antaño en las distintas competiciones atléticas? Muestra aquí tu coraje; de nada sirve en la guerra el prestigio que da la hermosura: Marte se complace con el soldado recio. Mientras tú yaces con tu amada, nosotros, naturalmente, combatiremos, y derramaremos nuestra sangre en medio del enemigo. Más justo será que se enfrente contigo en el combate el infatigable Atrida, y que el pueblo de los dánaos y de los frigios[69] os contemple, tras dejar las armas. Vosotros, tras sellar un pacto, trabad vuestras manos en la lucha, dirimid la contienda con la espada». Así habló. Y el héroe Priameo[70] le respondió brevemente: «¿Por qué me increpas con palabras tan injuriosas, hermano, gloria de nuestra patria? Pues para mí, ni una esposa ni la depravada lujuria son preferibles al reconocimiento que da el valor; no rehuiré probar las fuerzas ni la diestra del marido, siempre que al vencedor le siga la esposa, junto con la paz». Héctor transmite estas palabras a los griegos, que aprobaron la propuesta. Al punto se hace venir a Príamo y se sella el pacto con la celebración de un sacrificio. Tras ello, los dos pueblos se separan, dejando las armas, y el campo de batalla queda libre.

Entretanto, de entre las filas de los troyanos se adelanta el hermoso Alejandro[71], descollante con su escudo y su lanza. Frente a él, resplandeciente con armas semejantes, Menelao se plantó diciendo: «Que se me permita enfrentarme contigo y no gozarás por mucho tiempo con mi mujer, que pronto llorará tu pérdida, con tal de que Júpiter me asista». Dijo, y con ímpetu se lanza de cara contra su adversario.

---

[69] Los troyanos, como habitantes de Frigia, región en la que se encontraba Troya.

[70] Aquí es Paris, hijo de Príamo.

[71] Otro nombre de Paris.

Éste repelió su acometida con un poderoso golpe, y, retrocediendo con paso rápido, dispara luego a gran distancia la vibrante lanza; la esquivó el Atrida, que, lanzando a su vez la jabalina, hubiese atravesado con ella el cuerpo del raptor frigio, si no hubiera protegido su fuerte pecho una férrea coraza con siete capas de cuero. Al momento se oye un clamor; entonces se planta el uno frente al otro: rozan yelmo contra yelmo, traban pie con pie, chirría el filo contra el filo brillante de la espada, protegen sus cuerpos, ocultándolos bajo los escudos refulgentes. No de otro modo los fuertes toros luchan por una blanca compañera y llenan los aires con sus prolongados mugidos.

Hacía rato ya que cada uno buscaba el cuerpo del otro con el duro hierro, cuando el Atrida, acordándose del rapto de su esposa, acosa y acorrala al joven dardanio[72]. A continuación, con la recia espada, lanza un golpe de arriba a abajo al adversario, que retrocede; la resplandeciente hoja, tras golpear en el borde del yelmo, saltó en pedazos. Lanzaron un gemido las huestes de los griegos. Entonces sí que se enfurece, aunque su mano ha perdido la espada, y, agarrándolo del yelmo, derriba al joven; y lo habría arrastrado, vencedor, hasta los suyos, y aquel habría sido el último día para Paris, si Citerea[73] no hubiera ocultado al guerrero con una espesa niebla y no hubiera roto, soltando los nudos, las fuertes correas que pasaban bajo su barbilla. Se lleva Menelao el yelmo refulgente de oro y, enfurecido, lo lanza entre los paladines; volvió corriendo de nuevo y blandió con enorme fuerza una gran lanza destinada a la perdición del frigio, a quien su protectora Venus libra del enemigo, y con-

[72] Dardanio, dárdano y dardánida, son sinónimos de troyano. Dárdano es antepasado de Príamo y fundador de Troya.

[73] Frecuente nombre de Venus, que había nacido cerca de la isla de Citera, al sur del Peloponeso, donde existió un santuario de la diosa.

sigo le lleva hasta el tálamo adornado con incrustaciones de carey. Ella misma, luego, hace venir a Helena desde las elevadas murallas y entrega al dardanio Paris el objeto de sus amores.

Cuando ella le vio, le habló con estas palabras: «¿Llegas, Paris, llama que me abrasa, vencido por las armas de mi antiguo esposo? Lo he visto —y verlo me ha llenado de vergüenza—, cuando el violento Atrida te llevaba arrastrándote por el suelo, ensuciando tus cabellos con el polvo de Ilio. Temí, ¡desdichada de mí!, que la espada dórica[74] pusiera fin a nuestros besos; mi mente quedó trastornada, por completo el color huyó de mi rostro y la sangre abandonó mis miembros[75]. ¿Quién te persuadió a medir tus fuerzas con el cruel Atrida? ¿Es que aún no ha llegado a tus oídos la difundida fama del valor de ese hombre? Te aconsejo que no vuelvas a arriesgar tu vida frente a su diestra, tan desigualmente». Así habló, y humedeció su rostro con abundantes lágrimas. Pesaroso, Alejandro le responde: «No me ha vencido el Atrida, ardiente pasión mía, sino la enemistad de la casta Palas. Pero pronto le verás caer vergonzosamente bajo mis armas y Citerea favorecerá mi esfuerzo». Tras esto, se acostó uniendo, en un recíproco abrazo, su cuerpo al de la Cigneide[76]; ella recibió en su regazo desnudo al que era su fuego y habría de ser el de Troya.

---

[74] El adjetivo «dórico» aquí, como en el v. 662, es sinónimo de «griego».

[75] Esta descripción de los sentimientos de Helena ante la derrota de Paris, que recuerda a otras, bien conocidas, de los síntomas de la pasión amorosa, está muy lejos del modelo homérico y responde a la perspectiva «innovadora» del autor, que contempla en buena parte el desarrollo de la guerra de Troya bajo el prisma del conflicto amoroso.

[76] Cigneide o Cigneida («hija del cisne») es un inusitado nombre de Helena, que alude a su nacimiento a partir de un huevo, fruto de la unión de Leda con Júpiter, que la poseyó en forma de cisne.

Entretanto Menelao busca entre el ejército troyano a Alejandro, y va de un lado a otro, victorioso; le ayuda su hermano[77], incitando al combate a sus compañeros de armas, mientras increpa con voz potente a los frigios, forzados a retroceder, y, exigiéndoles que respeten los términos del pacto, les reclama a Helena.

[LIBRO IV (vv. 344-388): Mientras Menelao busca a Paris y exige a los troyanos que cumplan lo pactado, desde las filas troyanas Pándaro le hiere con una flecha; Menelao es retirado del campo de batalla; la tregua se rompe y se inicia una cruenta batalla, con la muerte de ilustres guerreros por uno y otro bando, sin que ninguno alcance la victoria.]

Y mientras los héroes libraban entre sí combates, el omnipotente soberano del Olimpo celebró una asamblea: entonces Pándaro[78] rompió la tregua, tensando su arco y alcanzándote a ti, Menelao: la flecha voló clavándose en tu costado, atravesando la túnica protegida con duras escamas de hierro. Abandona la lucha el Atrida, gimiendo, y busca la seguridad del campamento; allí le cura con hierbas peonias el joven Podalirio[79], versado en el arte paterno, y vuelve, victorioso, a la matanza y a los combates horrendos. La ira de Agamenón infundió coraje a los valientes pelasgos y el dolor compartido les empujaba a todos a la lucha. Se produce un gran combate y en ambos bandos corre la sangre en

[77] Agamenón.

[78] La acción de Pándaro está provocada por una decisión de los dioses tomada en una larga asamblea que el autor resume en dos versos.

[79] Podalirio y Macaón eran hijos de Asclepio y habían heredado de su padre el arte de la medicina. Hierbas peonias son hierbas curativas: *Paeon* (o *Paean*), «El sanador», es epíteto del dios Apolo, padre de Asclepio. En Homero es Macaón y no Podalirio el que cura a Menelao.

abundancia y los cuerpos quedan esparcidos por toda la llanura. Caen alternativamente las huestes de los troyanos y de los dánaos y ningún reposo se concede a los guerreros: por doquier resuena Marte[80] y una lluvia de dardos vuela desde todas direcciones. Sucumbe, arrojado a las sombras por la dura espada de Antíloco[81], el Talisíada[82], que abandona la deseada región de la luz. Luego al hijo de Antemión[83] que con su fuerte brazo acosaba a los griegos por la espalda, le alcanza Áyax Telamonio, atravesándole el pecho con la lanza de punta endurecida: exhala aquél su aliento purpúreo mezclado con la sangre que vomita, regando su rostro al morir. Entonces Ántifo[84], con gran fuerza, impulsándose con todo su cuerpo, arroja una lanza contra el Eácida[85]: el proyectil erró el blanco de ese enemigo pero cayó sobre otro, atravesando en las ingles a Leuco; el infeliz se desploma, abatido por la grave herida, y, mientras muere, muerden sus dientes la verde hierba. El infatigable Atrida[86], conmovido por la suerte de su amigo, ataca a Democoonte[87] y le atraviesa las sienes de parte a parte con su astil grande como un tronco,

---

[80] Marte aquí, como más adelante (vv. 390 y 495), es metonimia del combate.

[81] Hijo de Néstor.

[82] Equepolo, hijo de Talisio (cf. Homero, *Il.* IV 458).

[83] El hijo de Antemión es Simoisio (cf. Homero, *Il.* IV 473).

[84] Este Ántifo es hijo de Príamo.

[85] Este Eácida, claro está, no puede ser Aquiles, que al comienzo de la obra se ha retirado de la guerra. Se trata de Áyax que, como Aquiles, era también nieto de Éaco; sin embargo este nombre no se le aplica normalmente, por ello frente a la lectura *Aeacidem* de una parte de los códices, un buen número de ellos ofrecen la forma *Aiacem*, originada sin duda a partir de una glosa que explicaría el inusual uso del patronímico.

[86] Leuco era compañero de Ulises; es éste y no uno de los Atridas, quien en el texto homérico venga la muerte de su amigo, matando a Democoonte.

[87] Hijo bastardo de Príamo.

y, pavoroso, saca la espada de su vaina; aquél, al morir, se desploma de espaldas sobre sus armas, y golpea la tierra con la nuca herida de muerte. Ya al Amaríncida[88] lo había derribado, con el golpe de una piedra, el Imbrásida Píroo[89], enviándole a las calladas sombras, y, cuando se disponía a despojar al joven, codiciando el botín, llega por el aire una lanza arrojada por la diestra de Toante, que atraviesa la espalda y el valeroso pecho del guerrero: cae él de bruces y vomita la sangre caliente por la boca, mientras se estremece tendido sobre sus armas.

La sangre inundaba por entero la llanura dardania, los ríos corrían llenos de sangre. Por todas partes combatían con ardor los ejércitos de ambos bandos, entrechocando las armas, y unas veces crece el valor de los troyanos, otras el de los aqueos, y buscan en las vicisitudes del combate la gozosa victoria.

[Libro V (vv. 389-537): Diomedes, ayudado por Palas Atenea, entra en el combate y mata a muchos troyanos, entre ellos al arquero Pándaro. Se enfrenta con Eneas, al que salva su madre Venus cuando aquél está a punto de quitarle la vida; Diomedes, entonces, persigue y hiere a la diosa. Eneas se incorpora de nuevo al combate causando importantes bajas entre los griegos, al tiempo que los dos Atridas hacen estragos entre los troyanos; entre éstos cae Sarpedón, hijo de Júpiter. Finalmente se enfrentan los dioses Palas y Marte, que se retira herido por la diosa.]

Entonces el Tidida, viendo que, a lo lejos, las huestes de los dánaos ceden, mientras Marte crece y se extiende, se lanza

---

[88] El Amaríncida es Diores.

[89] Jefe de los tracios: se le nombra entre las fuerzas troyanas del libro II (v. 245).

en medio de la refriega, por donde más numerosa era la acometida del enemigo, y abate mortalmente sus falanges[90], obligándoles a volver la espalda; a diestro y siniestro blande ferozmente su espada y su lanza. Le asiste la belicosa Palas que dirige sus armas centelleantes de fuego, y proporciona al joven coraje y fuerzas. Al igual que la leona salvaje, al ver un rebaño de bueyes, aguijoneada por el hambre prolongada, se lanza sobre la manada y con diente furioso derriba y mata las reses, así se lanza en medio de los enemigos el héroe calidonio[91], amparado en los consejos y el poder de la virgen Armígera[92]. Los frigios vuelven la espalda huyendo, él los persigue en su huida, pasando por encima de los cuerpos hacinados de los moribundos. Y mientras hiere y derriba guerreros, he aquí que ve, furibundo, sobresalir entre las filas enemigas a los hijos de Darete, a Fegeo y con él a Ideo; Fegeo se le anticipa, atacándole con su pesada jabalina, pero el escudo rechazó el golpe, desviando el hierro que se clavó en tierra. Sin demora, el Tidida arroja con todas sus fuerzas una enorme lanza y atraviesa el pecho del guerrero: un extremo de la jabalina sobresale por delante y el otro asoma por la espalda traspasada. Cuando su hermano le vió arrojando un caliente río de sangre de su pecho, mientras sus ojos giran en las órbitas y vomita el alma por la boca, vuela raudo, empuñando la espada, ansiando convertirse en vengador de la fatal suerte de su hermano; y aunque no puede resistir el ataque ni las poderosas armas del Tidida, aún así

---

[90] El término, inusual en latín, designa una tropa de infantería o el ejército en orden de batalla; el autor, posiblemente, lo ha tomado directamente de Homero.

[91] Diomedes; su padre Tideo es hijo de Eneo, rey de Calidón; por esa razón se le llama aquí calidonio y más abajo, en el v. 466, Enida.

[92] Se trata de la diosa Palas, a la que también se refiere el autor, más adelante (cf. v. 533), con el epíteto de «la sagrada Guerrera».

trata de defenderle de él: como el ave que, viendo cómo el gavilán desgarra el cuerpo destrozado de su cría, no puede atacarle, angustiada, ni prestar socorro a su polluelo, y —es todo lo que puede hacer— bate contra su pecho las ligeras alas, así Ideo contempla, feroz, al enemigo arrogante por la muerte de su hermano, pero no puede socorrer al desdichado; y, de no haber retrocedido, habría muerto él también por la misma mano.

Con no menor saña, lucha contra los teucros[93] uno de los Atridas[94], y persigue a sus tropas, sembrando la muerte con su espada; a su encuentro sale, empujado por hados adversos, el infeliz Odio, a quien, con un golpe de su larga jabalina, derriba, atravesándole la clavícula con el enorme astil. Ahora Idomeneo acomete, cuando se lanzaba de frente sobre él, al meónida Festo[95]; y ufano tras la muerte de éste, también envía a las sombras estigias[96] al hijo de Estrofio. Meríones, lanzando la jabalina, alcanza a Fereclo, y Meges a Pedeo. Entonces, pavoroso con sus grandes armas, Eurípilo mata con la espada a Hipsenor cuando éste le acometía, despojando al joven, al tiempo, de la vida y de las armas. En el otro flanco, Pándaro va y viene con su curvado arco, buscando al Tidida con la mirada por los inmensos batallones; y cuando le vió derribando guerreros troyanos, tensando el arco, le disparó con él una aguda flecha que le rozó con la punta la parte alta del hombro. Entonces sí que se enfurece

---

[93] Los troyanos; Teucro era rey de la Tróade y epónimo de sus habitantes; con una hija suya se casa Dárdano, el fundador de Troya.

[94] En la *Ilíada*, el Atrida que mata a Odio es Agamenón.

[95] Festo es hijo de Boro, natural de la región de Meonia, patria del propio Homero, el Meónida por antonomasia.

[96] Al Hades o *morada de los muertos*; la Éstige es una de las lagunas o ríos infernales. En Homero, es Menelao y no Idomeneo, el que mata a Escamandrio, el hijo de Estrofio.

el joven calidonio que, con el coraje de un león, se lanza en medio del ejército enemigo y mata a Astínoo y también al gran Hipirón: a éste le hiere de cerca con la espada, a aquél, de lejos, con un venablo; luego derriba, con su potente jabalina, a Poliído y a Abante, y a Janto, famoso en el combate, y al corpulento Toón; tras estos, abate con violencia, a Cromio y a Equemón[97], con una veloz saeta, y les envía, al tiempo, al Tártaro[98]. Tú también, Pándaro, abatido por la diestra del Tidida, mueres, infeliz, tras recibir una mortal herida en el punto en que el lado derecho de la nariz se une a la base de la frente; la espada del Tidida hace saltar su cerebro, arrancándoselo con una parte del yelmo y esparciendo sus huesos horadados.

Y ya Eneas y el héroe calidonio habían trabado combate, después de arrojarse mutuamente las lanzas. Por todas partes buscaban llegar al cuerpo del otro con el hierro amenazante, y unas veces retrocedían y otras se aproximaban. Cuando llevaban ya tiempo uno frente al otro, no viendo el gran Tidida un punto por donde inferirle una herida con la mortal espada, levantó una enorme piedra que estaba en medio del campo, que apenas podrían mover del suelo doce jóvenes, y con un gran impulso la envió contra su adversario. Aquel cayó rodando por tierra con sus pesadas armas, y su madre Venus, que llegó deslizándose por las etéreas brisas, le levanta y oculta su cuerpo con una niebla oscura. No lo sufrió en su ánimo el Enida que, atravesando la niebla misma, se lanza sobre Venus con sus armas centelleantes, y, al no ver en los campos a quien poder alcanzar con la espada, fuera de sí, hiere con su lanza mortal la mano de la diosa. Alcanzada, Citerea se refugia en el cielo, abandonando

---

97 Hijos de Príamo.

98 Otro de los nombres del Hades.

la tierra, y allí se queja de sus heridas a su madre celestial[99]. Al dardanio Eneas le protege el troyano Apolo[100], que le infunde ánimo y le conduce de nuevo al combate.

En todas partes, vuelven a levantarse los ejércitos, el polvo oculta el cielo y el aire resuena con espantosos gritos. Aquí uno cae a tierra, despedido de su veloz carro, y es aplastado por él y pisoteado por los cascos de los caballos; otro, con su cuerpo atravesado por un veloz venablo, cae de bruces sobre el lomo del caballo[101]: la espada de aquel otro le arranca de un tajo la cabeza que rueda separada del tronco; aquí yace sin vida uno, con el cerebro esparcido sobre las armas: la sangre inunda la tierra, los campos se empapan con el sudor.

Y entretanto, cruza veloz el hermosísimo vástago de Venus, que hostiga a las apretadas huestes de los griegos, siega con la espada sus desprotegidas espaldas y entabla combates mortales. El valerosísimo Héctor, única esperanza de los frigios, no descansa hiriendo mortalmente hombres y desbaratando las filas de los griegos. Como el lobo, cuando ha visto en campo abierto unas reses —no le asusta ni el pastor del rebaño ni la feroz jauría de perros que lo acompaña—, ruge hambriento y, sin cuidarse de nadie, se lanza ávido en medio de la grey, no de otro modo Héctor acomete a los dánaos y los espanta con su espada ensangrentada. Retrocede el ejército de los griegos, los frigios atacan con más ímpetu y levantan el ánimo: la victoria redobla sus fuerzas. El rey

[99] Se trata de Dione.

[100] Es decir, partidario de los troyanos en la guerra.

[101] Este guerrero que combate montado a caballo es otro de los anacronismos del autor en la descripción de las escenas de lucha; cf. también, poco más abajo, v. 496.

de los dánaos[102], cuando ve ceder a sus compañeros con Marte en contra, vuela a caballo entre las formaciones, exhorta a los capitanes y reconforta sus ánimos para la lucha. Luego, él mismo se lanza valientemente en medio de los enemigos y, empuñando la espada, fustiga las líneas contrarias. Como el león libio, cuando ha visto a lo lejos un rebaño lozano de vacas vagar desperdigado por la verde hierba, eriza la melena de su cerviz y, sediento de sangre, con el pecho erguido, salta en medio de la manada; así el fiero Atrida se arroja de frente contra los enemigos y desbarata con la lanza las hostiles escuadras de los frigios. El manifiesto valor de su caudillo inflama las fuerzas de los aqueos y la esperanza reanima los desfallecidos batallones de soldados: los teucros son desbaratados y los dánaos celebran alegres su triunfo.

Entonces, finalmente, el Atrida ve venir a Eneas en su carro, a rienda suelta; se dispone a encontrarse con él, empuñando su espada, y, con todo el impulso que le daba la misma furia, arroja un venablo que el fallido lanzamiento desvió de aquel hacia el pecho del auriga, clavándosele hasta el fondo del estómago; éste, cayendo del carro por efecto

[102] El rey de los dánaos es, naturalmente, Agamenón, que, en el episodio correspondiente del canto V homérico es quien anima a sus hombres; el Atrida del v. 510, contra lo que parece entender Scaffai (cf. el índice de nombres de su edición), tiene que ser también Agamenón, pues es él quien en Homero mata al compañero de Eneas, provocando que éste a su vez mate a los griegos Creteón y Orsíloco; es entonces cuando el otro Atrida, Menelao, enfurecido por la muerte de estos, mata a Pilémenes, mientras Antíloco mata a Midón; en el poema griego, es a los dos Atridas, no a uno solo, a los que se compara con dos leones que atacan un rebaño. La confusión entre los dos Atridas del resumen latino se origina al comprimir excesivamente el correspondiente episodio homérico, si es que no se debe al autor mismo; no es la primera vez que atribuye la acción de un personaje a otro.

del golpe, es arrastrado entre las riendas y las ruedas, y junto con la sangre caliente pierde la vida. Lanza un gemido Eneas y, saltando con coraje de lo alto del carro, de un potente golpe hiere de frente a Cretón y también a Orsíloco. Tras la muerte de éstos, cae, vencido por las armas de Menelao, el caudillo de los paflagones[103], y Midón, por las de Antíloco. Tras ellos, el ínclito vástago de Júpiter, Sarpedón, aviva la guerra, suscitando combates mortales: con él se enfrenta, en una lucha desigual, el desdichado Tlepólemo, hijo del gran Hércules, pero ni las fuerzas de su padre ni sus muchos trabajos pudieron protegerle, ni impedir que cayera y exhalara de su cuerpo el tenue soplo de la vida. Herido, Sarpedón se retira del medio de la contienda y entra Ulises, urdidor de engaños, que mata a siete jóvenes muy fuertes. De un lado lucha el combativo Héctor, firme pilar de su patria, de otro, el Tidida: en ambos bandos yacen esparcidos por los campos los cuerpos de los guerreros y los prados se inundan de sangre. Marte, señor de la guerra, lucha con la casta Palas, y mueve su enorme escudo; la sagrada Guerrera le acosa y le hiere de un golpe con el extremo de la lanza, obligándole al punto a refugiarse aturdido en el cielo[104]. Allí, maltrecho, se queja de sus heridas al rey celestial y escucha las recriminaciones de su gran progenitor.

---

[103] Pilémenes es el rey de los paflagones, pueblo de Asia Menor.

[104] En Homero es Diomedes, aunque con la ayuda de Palas, el que hiere a Marte, al final del canto V. El autor del poema latino, que hace que sea Palas la que aquí hiere al dios, en el libro siguiente (v. 560), en cambio, atribuye tal acción al héroe griego.

[LIBRO VI (vv. 538-563)[105]: Siguen los combates singulares. Ante el empuje de los griegos, las mujeres troyanas hacen ofrendas a Palas. Cuando se disponen a combatir, Glauco y Diomedes descubren que están unidos por antiguos lazos de hospitalidad.]

Entretanto Áyax, con su gran fuerza, mata a Acamante, y Menelao captura al corpulento Adrasto y se lo lleva hasta las naves con las manos atadas a la espalda, buscando obtener con su fuerza un jubiloso triunfo sobre el enemigo. Cargan los dánaos, la juventud troyana se retira y cubre sus espaldas desprotegidas. Comprendió el combativo Héctor que los dioses luchaban a favor de los dánaos, y que las vigorosas fuerzas de los suyos eran mermadas por el poder de la virgen Armígera; al momento va hasta las murallas, manda llamar a Hécuba[106] y le aconseja que aplaque los poderes de la diosa. Al punto, las mujeres de Ilio ascienden a la ciudadela fortificada de la virginal Palas: adornan con guirnaldas solemnes los altares e inmolan víctimas de dos años[107], según el ritual. Y mientras en los templos de Minerva[108] Hécuba, en actitud suplicante, ruega por sus queridos hijos como madre y por su esposo, Glauco[109], empuñando la espada, se dispone a combatir con Diomedes, y mientras éste le pregunta cuál es su nombre y adónde hace remontar su linaje,

---

[105] Se corresponde este libro con el canto VI del poema homérico, pero no completo. El episodio del encuentro entre Héctor y Andrómaca, que en Homero cierra el canto VI, en el poema latino abre en libro VII y queda así puesto de relieve.

[106] Esposa de Príamo y madre de Héctor.

[107] Las víctimas de dos años (o de dos filas de dientes) son los animales que podían destinarse al sacrificio religioso.

[108] Nombre latino de la diosa Palas.

[109] Caudillo de los licios, hijo de Hipóloco y nieto de Belerofonte; entre él y Diomedes existe un vínculo de hospitalidad en virtud de la amistad que unió a sus padres.

él intentaba arrojarle una lanza con gran fuerza; y cuando está en ese intento, le grita el héroe etolio[110]: «¿Adónde te precipitas? ¿qué pensamiento te empuja, impío, a enfrentarte en tu locura conmigo, en una lucha desigual? Estás viendo las armas de tu huésped, que ha herido la diestra de Venus, y que en el último combate ha alcanzado también a Marte. Depón tus crueles intenciones y guarda las armas hostiles». Tras estas palabras, poniendo fin a su enfrentamiento con las armas, intercambian sus escudos y abandonan la enconada lucha.

[Libro VII (vv. 564-649): Andrómaca sale a despedir a Héctor, con su hijo Astianacte en brazos. Héctor desafía a los caudillos griegos. Todos aceptan el reto, y es la suerte la que decide que sea Áyax Telamonio quien se enfrente al héroe troyano. Después de que Apolo haya librado a Héctor del mortal acoso de su enemigo, la llegada de la noche pone fin al duelo. Antes de retirarse, los combatientes descubren que les unen lazos de familia, por lo que deponen las armas e intercambian regalos. En la jornada siguiente, los troyanos, convencidos por Héctor, proponen a los griegos la devolución de Helena, pero Menelao rechaza el ofrecimiento.]

Entretanto la fidelísima esposa de Héctor, Andrómaca, se dirige a su encuentro para hablarle, llevando junto a su pecho a su pequeño hijo Astianacte; pero cuando el magnífico héroe busca sus tiernos besos, el niño, súbitamente asustado, vuelve su cara atemorizada, escondiéndose en el regazo de su madre, huyendo del yelmo terrible y del penacho de espesas crines. En cuanto el héroe, quitándose el casco, dejó al descubierto su cabeza, toma en seguida al niño, ro-

[110] Diomedes, descendiente de Etolo, el fundador y epónimo de la región de Etolia, en el Peloponeso.

deándolo con sus brazos, y alzando las manos al cielo, exclama: «Te suplico, oh padre soberano, que este hijo mío, por quien venero tu divinidad, emule desde sus primeros años las virtudes de su padre». Esto dijo y, por las puertas abiertas, se dirige con ímpetu a la batalla[111], y tras él, marcha Paris. En cuanto llegó el momento del combate, el magnífico Héctor se adelanta y reta con sus armas invictas a los capitanes de los griegos. Sin demora, se adelantan al punto Ulises, urdidor de engaños, y el fiero Idomeneo y Meríones, famoso por su linaje paterno[112], y con ellos el impetuoso Atrida, caudillo de los griegos, y los dos Áyax[113] y, hermoso con sus brillantes armas, Eurípilo, y Toante hijo del gran Andremón, y el que había profanado con funesta herida la mano de Venus[114]; pues seguía apartado de la guerra Aquiles, terror de los troyanos, que apaciguaba con la dulce cítara el tormento del amor.

Así pues, cuando echaron las suertes en el yelmo dorado del rey Atrida, y salió la del gran Áyax, avanzó éste hasta el centro: entablan combate, primero, arrojándose las lanzas; luego, desenvainan las recias espadas y luchan con las pesadas armas, buscando con la mirada algún punto vulnerable en el adversario; y ya intentan alcanzarse en el costado, ya rechazan los duros golpes con los resistentes escudos; un enorme clamor sube hasta las estrellas y el aire se llena de fuertes gritos. No es tanto el ardor con que, extremando su

[111] En este verso (575) es donde realmente comienza la parte de resumen correspondiente al canto VII de la *Ilíada*.

[112] Compañero de Idomeneo y cretense como él; no consta quién es ese padre famoso.

[113] Áyax Telamonio y Áyax Oileo.

[114] Es decir, Diomedes.

furia, los hirsutos jabalíes se atacan con su fuerte pecho, bien mordiéndose con sus retorcidos colmillos los duros lomos, o bien echando espuma por la boca: nubes de humo y un denso resplandor levantan, saltan chispas y los bosques se llenan con un gran estruendo. Semejantes a ellos en el combate, el Priamida y el fogoso Áyax blanden alternativamente la espada e intercambian heridas. Por fin, Áyax Telamonio, no conteniendo su ánimo ni su espada, acomete a Héctor, insigne en el combate, y endereza el refulgente hierro hacia un punto donde el cuello del guerrero quedaba al descubierto. Él, anticipándose astutamente al golpe con rápida habilidad, inclinó su cuerpo y repele con el escudo la estocada. Pero la espada se desliza ligera por el borde del escudo y roza su cuello con una pequeña herida; levantándose, con mayor ímpetu se va de nuevo el Priamida contra su enemigo, y acomete al hijo de Telamón, no ya con el hierro, sino arrojándole una gran piedra. Mas el fiero Áyax rechazó el tremendo golpe con su escudo de siete capas, y derriba al joven golpeándolo con la misma piedra. Apolo, enemigo de los griegos, lo levanta, sujetándolo, y le infunde nuevos ánimos.

Y ya iban a combatir de nuevo y otra vez empuñaban las espadas, cuando, agotado, el Titán empezó a sumergir en el mar su carro de fuego, mientras la noche ascendía hasta la bóveda celeste. Al punto salen unos emisarios a apartar de la lucha a los dos héroes, y, sin tardanza, ellos deponen su violencia. Y Héctor, magnífico en el combate, dice: «¿Qué tierra y qué padres te engendraron tan valeroso? Por tu arrojo se ve que eres de estirpe principal e ilustre». Y Áyax Telamonio se dispone a responder con orgullo: «Tienes ante ti al hijo que Telamón engendró en Hesíona, mi madre; noble es mi casa y principal por su fama mi linaje». Héctor, al recordar el nombre y la historia de Hesíona, dice: «Dejemos

de combatir, pues los dos tenemos una misma sangre»[115]. Y, adelantándose, regala al Eácida[116] su espada dorada y recibe, a cambio, el cinturón con que se había ceñido Áyax para la lucha, bellamente adornado con variada labor de taracea. Tras esto, de inmediato se separan las huestes de griegos y troyanos, y la negra noche cubre el cielo de sombras. Se sacian con abundantes manjares y con el licor de Baco y, de buena gana, entregan sus cuerpos al apacible sueño.

Tan pronto como la Aurora siguiente hubo dispersado las estrellas, los frigios se reunieron en asamblea. Entonces el magnífico Héctor, recordando con sus compañeros las muertes de la batalla de la víspera, les convence de que Helena sea devuelta a los aqueos invictos, y con ella un botín que aplaque la violenta cólera de Menelao: todos se muestran conformes. A continuación envían a Ideo para que le transmita al cruel Atrida la decisión de los troyanos; pero él no presta atención a los regalos, ni oídos a las palabras, e incluso obliga a Ideo a abandonar el campamento. Obedeció

---

[115] En la *Ilíada,* al caer la noche, dos heraldos (aquí vv. 617-618), uno de ellos el mismo Ideo que aparece más adelante (v. 641), invitan a Héctor y a Áyax a retirarse; éstos deponen las armas e intercambian regalos, pero falta por completo en el episodio homérico esta nueva «anagnórisis», modelada sobre la de Glauco y Diomedes (vv. 553-563). Hesíone o Hesíona es hija de Laomedonte y hermana de Príamo (así en Virgilio, *En.* VIII 157-159); Hércules se la entrega en matrimonio a Telamón en agradecimiento por su participación en la expedición de castigo contra Troya que, a las órdenes de Hércules, habían realizado varios héroes griegos, para vengar la perfidia de Laomedonte, que, tras salvar Hércules a su hija Hesíone, se había negado a pagar al héroe su recompensa. De la participación de Telamón no tenemos noticia en Homero, pero sí en otras muchas fuentes tanto griegas como latinas, reseñadas en A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica,* pág. 246; especialmente en Ovidio, *Met.* XI 215-17 y 13, 23 —aquí en boca también de Áyax—. Posiblemente sea ésta la fuente del traductor de la *Ilíada*.

[116] Cf. nota 86.

éste la orden y volvió de nuevo a los reales de Troya, rechazado por el enemigo implacable. Entretanto los dánaos, consternados por la mortandad de los suyos, levantaron por doquier enormes piras y, apilándolos en ellas, entregaron a las llamas los cuerpos de sus valerosos compañeros.

A continuación rehacen los fosos y refuerzan la empalizada con troncos.

[LIBRO VIII (vv. 650-685): Empieza el libro, al inicio de un nuevo día, con una asamblea de los dioses para decidir el destino de troyanos y griegos; Júpiter contempla los ejércitos desde el monte Ida. Siguen los combates que protagonizan ahora Diomedes y Héctor; participación destacada de Teucro, hijo de Telamón y hermano de Áyax. El libro se cierra con el final del día y el descanso de los combatientes.]

Cuando el Titán hubo iluminado el orbe con sus rayos, Júpiter convoca a los dioses celestiales a una asamblea y les advierte que no pretenda ninguno intervenir en la lucha, desoyendo sus órdenes. Él se desliza por las etéreas brisas del cielo y se detiene sobre las umbrías cimas del Ida. Desde allí contempla los ejércitos de Ilio y con su diestra poderosa sostiene los platillos dorados, equilibrando la balanza; pesa los crueles hados de los frigios y el destino de los aqueos: la perdición de los griegos inclina la balanza, bajo el peso de las armas[117].

[117] En ese momento, la balanza se inclina en contra de los griegos: para la interpretación de este difícil verso, véase HOMERO, *Il.* VIII 69-74: «entonces el padre de los dioses desplegó la áurea balanza y puso las dos parcas de la muerte (...), de los troyanos, (...) y aqueos (...). La cogió por el centro y la suspendió, y se inclinó el día fatal de los aqueos, cuyas parcas sobre la tierra (...) se posaron, mientras las de los troyanos subían al ancho cielo».

Entretanto, el Priamida, única gloria de Frigia, hostiga a los dánaos, empujado por una ira inmensa, y les acosa con el peso de todo el ejército. Los aqueos son derrotados y el campamento dórico se llena de una enorme confusión. El Atrida, encerrado tras los muros, exhorta a sus compañeros y fortalece para la lucha los abatidos ánimos de los jóvenes. El primero, el Tidida, resplandeciente con el brillo de sus armas, se lanza en medio de los enemigos con ímpetu extraordinario; entonces Agelao, empujado por un destino adverso, le sale al encuentro, blandiendo en la mano un enorme venablo; el héroe magnífico se le adelanta y le atraviesa por el medio con la recia espada. Desde la otra parte, Teucro, protegido por las grandes armas de Áyax, acosa a los frigios, sembrando en sus espaldas una lluvia de ligeras saetas[118]: derriba con una herida mortal al fiero Gorgitión[119], luego ataca el otro flanco del ejército y mata al auriga del altivo Héctor; el héroe troyano le alcanza con una piedra, cuando estaba desprevenido, y le derriba, haciéndole soltar el arco; pero sus leales compañeros le libran de la muerte, levantándolo cuando yace en tierra. Héctor corre de un lado a otro, furibundo, y, lanza en ristre, aterroriza a las escuadras enemigas. De nuevo los dánaos, consternados por la mortandad de los suyos, se repliegan y, por segunda vez, sus tropas se refugian veloces en el campamento, y refuerzan las puertas con contrafuertes de madera. Los frigios sitian a los griegos, encerrados tras el terraplén, ocupan los muros con puestos de guardia y encienden hogueras en lo

[118] En el poema homérico, Teucro, excelente arquero, dispara sus flechas sobre los troyanos, mientras su hermano Áyax le protege cubriéndole con su escudo.

[119] Uno de los hijos de Príamo.

alto[120]. El resto de los combatientes recuesta sus cuerpos por la llanura, se entregan al vino y alivian de preocupaciones su ánimo.

[Libro IX (vv. 686-695): Los aqueos envían una embajada a Aquiles, con el ruego de que intervenga de nuevo en la guerra, para salvar al ejército griego de la difícil situación en que se encuentra. Aunque le prometen devolverle a Briseida, Aquiles no cede.]

Desconcertados los príncipes de los dánaos ante tan gran peligro, no pueden aliviar su ánimo ni reconfortar sus cuerpos con la comida, sino que, afligidos, lamentan su destino. Entonces, aconsejados por Néstor, envían una embajada a Aquiles para pedirle la ayuda de su brazo y que les socorra en su desgracia. El héroe tetideo[121] no presta oídos a las súplicas de los dánaos ni quiere recibir ningún presente del rey; no le doblega siquiera que le devuelva a su amada, a Briseida, sin haber tocado su cuerpo. Los enviados transmiten la respuesta negativa a los pelasgos y reconfortan su ánimo con la comida y con el agradable sueño.

[120] Este asedio del campamento griego por los troyanos no responde a la situación descrita por Homero, donde estos muros son los de la ciudad de Troya: los guerreros troyanos, que han obligado a los griegos a protegerse en las trincheras, preparan el banquete para la cena, después de disponer sobre las murallas de la ciudad guardias y luminarias, en previsión de un ataque nocturno de los griegos (*Il.* VIII 505-510). El resumen latino, sin embargo, no parece cambiar de escenario, posiblemente, como señala Scaffai (cf. págs. 346-347 de su edición), por tener como modelo la descripción del campamento nocturno de los rútulos, en *En.* IX 159 ss.

[121] Es decir, hijo de la diosa Tetis.

[LIBRO X (vv. 696-740): Diomedes y Ulises hacen una salida nocturna para averiguar los planes de los enemigos; en el camino se encuentran con Dolón, al que los troyanos habían enviado al campamento griego con el mismo propósito; tras averiguar lo que quieren, le dan muerte; a continuación, entran en el campamento de los tracios, matando a su rey Reso y robando sus caballos de extraordinaria hermosura.]

Mientras las constelaciones de la segunda parte de la noche desaparecían lentamente, ***[122] aún quedaba la tercera parte de la callada noche, cuando el héroe etolio, obedeciendo una orden de los dánaos, abandona el campamento y elige a Ulises como compañero, para, con él, en la oscuridad débilmente iluminada de la callada noche, averiguar con exactitud en qué fundan su confianza los troyanos, cuáles son sus planes y cuántas fuerzas preparan para el combate. Y mientras recorrían el camino pavoroso, atemorizados por esos lugares constantemente vigilados de noche, he aquí que se acerca Dolón, a quien el ejército troyano había enviado para que, con sigilo, espiara las fuerzas de los dánaos, y les llevara noticias de las opiniones de sus jefes y de la tropa. Cuando Ulises, compañero de Diomedes, le vió a lo lejos, se escondieron, ocultando sus cuerpos furtivamente tras unos espesos matorrales, aguardando a que el troyano Eumedíada[123], empujado por una vana esperanza, pasara delante de ellos corriendo, y, atrapándolo sin dificultad, no pudiera volver sus pasos a su campamento.

En cuanto éste hubo pasado a su lado, confiado en su valor y en su brazo, los dos héroes saltaron sobre él, apresando al joven que intenta escapar a la carrera, y lo amena-

[122] Después del v. 696, Vollmer establece una laguna que respeta Scaffai en su edición.

[123] Dolón, hijo del heraldo troyano Eumedes.

zan con la espada y los puños. Él, presa del pánico: «Perdonadme la vida» —les dice— «con esto solo me conformo. Si persistís en vuestra ira, ¿qué glorioso trofeo ganaréis con mi muerte? Pero si queréis saber por qué ando en las calladas sombras, os lo diré: la poderosa Troya me ha prometido el carro de Aquiles si consigue conquistar vuestras riquezas; buscando esta recompensa, me he puesto, ¡infeliz de mí!, en el difícil trance en que vosotros mismos me véis. Ahora, por la majestad de los dioses, por el mar, y por las ondas del oscuro Dite[124], os imploro que no me arrebatéis la vida con una cruel muerte. Y si me concedéis salvarla, a cambio obtendréis esta recompensa: os revelaré con todo detalle los planes del rey Príamo y los recursos del pueblo frigio». Cuando los dos héroes averiguaron lo que Troya preparaba, desenvainando la espada, decapitan al joven, cortándole la garganta.

Luego entran en el campamento de Reso, al que encuentran bajo los efectos del sueño y del vino: le degüellan y le despojan; matan además a sus compañeros, que estaban tendidos por la hierba; perpetrada la funesta matanza, se cargan a hombros el botín y roban los caballos tracios, de resplandeciente blancura, a los que ni podía dejar atrás el Euro[125] ni adelantar una saeta en su veloz carrera. Luego, con las primeras luces del alba, vuelven a las naves argólicas; el anciano Néstor les oye llegar y les recibe en las puertas. Cuando están ya dentro del campamento, dan cuenta de sus hazañas al rey: el héroe Pelopeo[126] les felicita; y así entregan sus miembros cansados al placentero reposo.

[124] Las aguas de los ríos infernales: Dite es otro nombre de Hades o Plutón, rey del mundo infernal.

[125] Viento del sudeste; en poesía, viento en general.

[126] Agamenón, en el poema homérico, no aparece en este momento; es un nuevo detalle de anacronismo «romano» presentar a Ulises y Dio-

[Libro XI (vv. 741-757): Con el nuevo día, se reanudan los combates; Agamenón hace estragos en las filas troyanas, y Héctor y Paris, en las griegas.]

La llegada del día envió a los guerreros a reanudar los combates de la víspera; los caudillos de los dardánidas y de los dánaos devuelven el ánimo de lucha a la tropa, ya recuperada; de todas partes vuela una nube de dardos y el hierro resuena con el hierro; por todas partes, al cruzarse, chirrían las espadas; en uno y otro bando, luchan sin descanso las apretadas filas y el sudor corre mezclado con la sangre. Por fin, el rey de los dánaos, empujado por una vehemente ira, mata a Ántifo, derribándolo de una enorme herida, y con él a Pisandro, y a su hermano Hipóloco, cuando se lanzaba a la pelea; después de estos, acomete con la espada a Ifidamante. Entonces el hermano de éste le hiere en la mano derecha con un venablo; él, más violento por el dolor recibido, persigue al hijo de Anténor[127], que huye, y ferozmente se tomó venganza con su muerte. Entonces entra en la batalla, empujado por una violenta ira, el Priamida Héctor y por todas partes acosa a los griegos bajo sus golpes; tampoco descansa Paris abatiendo las escuadras enemigas, y, disparando con su arco, hiere en el muslo a Eurípilo.

[Libro XII (vv. 758-771): La situación del ejército aqueo es crítica: los troyanos les persiguen hasta su mismo campamento que toman al asalto, obligándoles a refugiarse en las naves.]

---

medes como dos disciplinados soldados dando cuenta de su misión a su superior.

[127] El hermano de Ifidamante es Coón, hijos de Anténor ambos; en el catálogo de las fuerzas troyanas (v. 237) se nombra a otros dos hijos de Anténor, Arquéloco y Acamante.

Cargan los troyanos, los pelasgos se refugian en el campamento, con sus fuerzas exhaustas, y refuerzan por todas partes los muros con gruesos contrafuertes. Entonces el belicoso Héctor, con una roca, derriba las puertas y hace saltar los troncos unidos con hierro. Los frigios se abalanzan por los accesos y derriban en la entrada a los griegos que resisten allí, y desbaratan junto a la empalizada sus batallones; otros piden escalas para subir por la muralla y arrojan teas encendidas: la victoria acrecienta sus fuerzas. Los dánaos combaten desde los muros y en las elevadas torres. Vuelan las piedras, los troyanos se aproximan en formación de tortuga[128], ocupan la rampa de entrada y atacan con fuerza en las puertas. Ya todos los pelasgos abandonan en desorden el campamento y suben a las naves. Les persigue de cerca el ejército troyano, lanzando sobre ellos una lluvia de dardos; el aire resuena con el griterío.

[LIBRO XIII (vv. 772-778): Con la ayuda de Neptuno, los griegos logran alejar a los troyanos de las naves; nuevos combates cuerpo a cuerpo, esta vez protagonizados por Idomeneo, rey de los cretenses.]

Neptuno proporciona fuerzas y coraje a los dánaos. Se produce un gran combate; en ambos bandos el enemigo pelea con furia. Cae Asio bajo la diestra de Idomeneo; Héctor decapita al terrible Anfímaco y sucumbe también en la lu-

[128] La formación de tortuga consiste en avanzar en formación apretada, haciendo una especie de bóveda con los escudos sobre las cabezas. El anacronismo de la narración del asalto de los troyanos al campamento griego, con técnicas de asedio romanas, es evidente; lo mismo puede decirse de la descripción del campamento griego que se hace en todo el poema.

cha el yerno de Anquises, Alcátoo, al que mata con su espada el magnánimo caudillo ritieo[129]. Entonces, enfurecido, Deífobo hiere con su lanza a Ascálafo y lo sumerge en las ondas[130].

[Libro XIV (vv. 779-789)[131]: Enfrentamiento entre Héctor y Áyax que hiere gravemente al primero, obligándole a abandonar el campo de batalla.]

El fiero Héctor se ensaña aquí y allá, con violento pecho; con el golpe de una enorme roca le alcanzó el magnánimo Áyax, y le derriba haciéndole caer por tierra con todo su cuerpo. Corre en su auxilio un grupo de troyanos y lavan, en la corriente del Janto, al héroe que vomitaba ríos de sangre. Luego vuelven de nuevo a la lucha. Se produce una grandísima matanza en ambos bandos y la tierra rezuma

[129] Idomeneo; se trata de un gentilicio derivado de *Rhytion*, una de las ciudades cretenses que se enumeran en el canto 2 de la *Ilíada*.

[130] Creo que se equivoca Scaffai *(Baebii Italici...*, pág. 366) cuando entiende que son las olas del mar, puesto que se lucha junto a las naves: no hay en todo el canto 13 del poema griego una sola referencia al agua; en concreto, en el episodio que aquí se resume, dice Homero (cf. *Il.* XIII 518-520) «acertó con la lanza a Ascálafo, hijo de Enialo. La robusta pica le traspasó el hombro, y cayó en el polvo, cogiendo la tierra con crispada mano». La expresión es paralela —como señala el italiano— a la más usual en el poema «sumergir en las sombras *(sc.* de la muerte)» —que es la lectura que ofrecen algunos códices y acepta Vollmer— y, por lo tanto, debería tener el mismo significado, «sumergir en las ondas *(sc.* de la muerte)», es decir, las aguas de los ríos infernales. Posiblemente tenga razón P. Venini («A proposito...», pág. 238), cuando cree preferible la lectura *sub umbras* de algunos códices y elegida por Vollmer. Aun así, hemos preferido mantener el texto que edita Scaffai, aunque dejando en la traducción cierta ambigüedad.

[131] De los 522 versos del canto homérico realmente se resumen solo los 135 últimos.

empapada de sangre. Polidamante hiere con un potente golpe a Protenor, Áyax Telamonio al Antenórida Arquéloco, y Acamante al beocio Prómaco, pero a él lo derriba la diestra del terrible Penéleo. Ahora cae la juventud priamea[132].

[LIBRO XV (vv. 792-804): Ante el acoso de los griegos, los troyanos huyen aterrorizados; pero la reincorporación de Héctor al combate les devuelve el valor y ponen en fuga a los aqueos, que, de nuevo, tienen que refugiarse en las naves; Héctor trata de incendiarlas, y lo hubiera conseguido, si Áyax no lo impide.]

[...][133] Empujados por el miedo, saltan la empalizada y los muros formados por el terraplén, otros se arrojan dentro de los mismos fosos. Entretanto llega veloz el infatigable Héctor, terror de los dánaos: huyen de nuevo hacia las naves las tropas de Agamenón, y desde allí rechazan al enemigo, oponiéndole su fuerza. Se inicia un combate delante de las naves; el belicoso Héctor se ensaña y pide una antorcha con la que se dispone a incendiar toda la flota. Áyax le hace frente con sus grandes fuerzas, firme en la popa de la prime-

[132] Es decir, troyana.

[133] Pasaje especialmente difícil. No se incluyen en la traducción los versos 790 y 791 (cuyo contenido es incoherente con el contexto: el canto correspondiente del poema homérico empieza con la narración de la huida de los troyanos, atravesando el foso y poniéndose a salvo tras la empalizada). El v. 790 («con mayor coraje vuelven los troyanos a combatir a los aqueos») lo suprime Scaffai, mientras que lo mantienen las ediciones anteriores —aunque Vollmer lo coloca tras el 795—. El v. 791 («y reorganizan sus tropas; cede el ejército pelopeo») lo suprimen, desde Baehrens, todos los editores. La supresión del v. 790 resulta razonable por el hecho de que con ella se restablece la continuidad sintáctica, aparentemente interrumpida en 789. Pero esto mismo la hace a la vez dudosa, ya que consecuentemente el resumen del libro comenzaría a mitad de ese mismo verso, y no después de él, como indican todos los códices.

ra nave, mantiene alejada con su escudo la amenaza del fuego, y él solo defiende mil embarcaciones. De una parte, los dánaos arrojan lanzas de fuerte punta, de otra, los frigios lanzan aquí y allá teas encendidas; el sudor corre por los fornidos cuerpos de los combatientes.

[Libro XVI (vv. 805-835): Ante el desastre del ejército aqueo, Patroclo, el compañero de Aquiles, decide incorporarse al combate, revestido con las armas de Aquiles; los troyanos son presa del pánico y Patroclo hace una carnicería entre ellos; finalmente Héctor se enfrenta a él, descubre el engaño y le mata, despojándole de las armas.]

No puede Patroclo contemplar por más tiempo la destrucción de los suyos y, protegido con las armas de Aquiles, súbitamente se lanza al frente, espantando a los troyanos con su falsa apariencia. Los que hace un momento sembraban la confusión entre los dánaos y bramaban de cólera, ahora huyen despavoridos: él los acosa en su huida y deshace, ferozmente, sus líneas, haciendo estragos por todo su ejército: de un terrible golpe, mata a Sarpedón y, furioso, da alcance a la carrera ahora a unos, ahora a otros, y combate sin descanso bajo la apariencia del terrorífico Aquiles. Cuando el furibundo Héctor le vió sembrando la muerte en las escuadras de sus compañeros y deshaciendo sus líneas, se enfurece terriblemente y, descomunal con sus grandes armas, le sale al encuentro y le increpa así, con grandes voces: «¡Eh, aquí, vuelve aquí tus pasos, valerosísimo Aquiles! En seguida conocerás el poder de la diestra vengadora de Troya, y cuánto vale en la guerra el valerosísimo Héctor. Pues aunque te proteja el mismo Marte con sus armas, incluso contra la voluntad de Marte te dará muerte mi diestra».

Aquel permanece en silencio, despreciando sus amenazas y altaneras palabras, para que le siga creyendo el verdadero Aquiles por quien se hace pasar. Entonces, el Dardánida, el primero, haciendo acopio de todas sus fuerzas, arroja su lanza; con un rápido golpe la rechaza, desviándola, Patroclo, y le devuelve a su vez el golpe y, en correspondencia, le arroja una enorme piedra lanzada con todo su peso, que, rebotando en el escudo, cayó sobre la verde llanura. A continuación desenvainan las recias espadas y, empuñando las armas, luchan cuerpo a cuerpo hasta que el troyano Apolo pone al descubierto la fingida apariencia del supuesto Aquiles y desenmascara al guerrero: Héctor, magnífico en el combate, al sorprenderle luchando con armas ajenas, se abalanza contra el joven, atravesándole con la espada el pecho desprotegido, y, victorioso, le despoja de las vulcanias armas[134].

[Libro XVII (vv. 836-838)[135]: Áyax recupera el cadáver de Patroclo. Alegría de los troyanos, dolor entre los griegos.]

[134] En la *Ilíada*, Héctor no despoja aquí el cadáver de Patroclo de las armas de Aquiles; sin embargo en el canto siguiente, el XVII, el héroe troyano roba estas armas a los griegos cuando las llevan al campamento y se viste con ellas; puede haber aquí, pues, una síntesis de estos dos episodios; en cualquier caso, el epíteto *vulcania* o es puramente ornamental o se trata de un *lapsus* del autor, pues estas primeras armas de Aquiles, como se dice en el canto XVII, el héroe las había heredado de su padre Peleo, al que se las habían regalado los dioses; Aquiles recibe las armas fabricadas por Vulcano en el canto XVIII, precisamente porque Héctor se ha adueñado de las suyas.

[135] El canto XVII de la *Ilíada* es el que resume de manera más drástica el autor (761 versos reducidos a 3), omitiendo el largo y encarnizado combate que libran griegos y troyanos en torno del cadáver de Patroclo.

Áyax Telamonio rescata el cuerpo del muerto y lo protege cubriéndolo con su escudo. La juventud priamea se regocija alegre, los dánaos lamentan sus pérdidas.

[Libro XVIII (vv. 839-891): Aquiles llora amargamente la muerte de su amigo, y sobre su cadáver promete vengarle; al oir sus lamentos, acude desde las profundidades del mar su divina madre, Tetis, que le pide a Vulcano que fabrique nuevas armas para su hijo; el canto se cierra con la descripción de las armas fabricadas por el dios.]

Entretanto, el joven Nestórida[136], con la apenada compañía de sus iguales, lleva al campamento el llorado cuerpo. Cuando la terrible noticia golpeó los oídos del Pelida, el desdichado héroe empalideció y el calor abandonó sus huesos; con su llanto el Eácida cubre su cuerpo con el manto materno[137], lamentando la triste muerte de su amigo; se araña el rostro con las uñas y ensucia sus hermosos cabellos con el polvo, rasga su túnica a lo largo de su fuerte pecho y, echado sobre el cuerpo del amigo muerto, pronuncia amargas quejas, mientras le cubre de besos. Luego, cuando se acallaron los gemidos y cesaron las lágrimas[138]: «No te ale-

[136] Se trata de Antíloco, hijo de Néstor; en el texto homérico, Antíloco se limita, obedeciendo órdenes de Menelao, a llevarle a Aquiles la noticia de la muerte de su compañero; son Menelao y Meríones, protegidos por los dos Áyax, los que, ya en el canto siguiente, llevan el cadáver a hombros hasta las naves griegas.

[137] Es decir, con lágrimas; recuérdese que su madre Tetis, es diosa de las aguas.

[138] Este verso repite literalmente el v. 30, referido este al final del llanto de Crises en el templo de Febo. El paralelismo entre los dos pasajes es evidente: tras el v. 30, Crises dirige unas palabras de súplica a Apolo, como aquí Aquiles a Tetis; antes se ha descrito el duelo de los dos personajes en los mismos términos: el primer hemistiquio del verso 845

grarás impunemente con la muerte de mi amigo, Héctor» —dice—; «recibirás, violento, el castigo que exige mi gran dolor y con esas mismas armas con las que, victorioso, te jactas, morirás derramando tu sangre». Tras estas palabras, inflamado por la furia, corre hacia el mar y, suplicante, le pide a Tetis armas poderosas: ella, dejando las olas, al momento solicita la ayuda de Vulcano. El Mulcíbero aviva los fuegos del Etna[139] en los calientes hornos y con potentes golpes doma el rubio oro. Luego le entrega las armas fabricadas por su arte divina.

Se aleja de allí volando Tetis. Cuando el gran Aquiles se vistió con ellas, volvió su terrible mirada hacia el escudo[140].

(unguibus ora secat, en el texto latino), se repite con una ligera variación, impuesta por la métrica, en el segundo hemistiquio del v. 28 del episodio de Crises *(secat unguibus ora);* y por último se repite también, aunque con la variación lógica debida a la diferencia de edad de los protagonistas, y el consecuente contraste, la referencia a la acción de mesarse los cabellos (cf. v. 845 con v. 29). Respecto de los versos 845-846, cf. más adelante, en la descripción del duelo de Hécuba y Andrómaca, los vv. 1017-1018.

[139] Homero sitúa el taller de Hefesto en el Olimpo; el autor latino cambia el escenario, trasladando las fraguas de Vulcano al Etna, de acuerdo con una larga tradición literaria (ya así en Eurípides y Calímaco), pero influido sobre todo por el pasaje paralelo del libro VIII de la *Eneida,* en que Virgilio describe el escudo de Eneas (para la ubicación en el Etna, concretamente, versos 416-422). El nombre Mulcíbero, «el que golpea» o bien «el que ablanda» (en latín *Mulcĭber:* podría venir de *mulcāre,* «golpear», o más verosímilmente de *mulcēre,* «ablandar»), aplicado a Vulcano, aparece, por ejemplo, en Ovidio, *Met.* II 5; el epíteto Ignipotente o «Señor del Fuego», ya empleado en el v. 106, es con el que Virgilio se refiere a Vulcano, en el pasaje citado.

[140] En Homero, la descripción del escudo de Aquiles es simultánea a su fabricación; aquí, en cambio, el escudo se describe, cuando ya Tetis se lo ha entregado a Aquiles, a través de la mirada de éste; de la misma forma que en la *Eneida* Virgilio describe el escudo de Eneas cuando su madre Venus se lo ha entregado, y también a través de la mirada del héroe;

En él, el Ignipotente había cincelado la bóveda del cielo, los astros y las tierras, rodeadas completamente por las líquidas ninfas [...][141] del Océano; y a Nereo ciñéndolo todo alrededor, y las fases de los astros y las partes en que se divide la noche, y las cuatro regiones del firmamento, cuánto dista la Osa del Austro y cuánto el ocaso del rosado orto; y por dónde surge con sus caballos Lucífero, por dónde Héspero con los suyos, ambos uno mismo[142]; y qué distancia recorre en su órbita la curvada Luna, mientras ilumina el cielo con la claridad de su luz[143]. A los mares les había añadido sus divinidades: el gran Nereo y el anciano Océano, y Proteo siempre distinto[144], los salvajes Tritones[145] y Dóride, aman-

---

sin duda, el autor de la *Ilíada Latina* tiene presente el episodio virgiliano, además del homérico. En cuanto a lo que en el escudo se representa, se sigue, naturalmente, el modelo homérico —pues en Virgilio, es la historia futura de Roma lo que se ha representado—, pero sirviéndose de la descripción que de los relieves del templo del Sol, cincelados también por Vulcano, hace Ovidio en *Metamorfosis* II 5-17.

[141] Divinidades de las fuentes y de los ríos, identificadas por ello de manera genérica con el agua. No damos en el texto la traducción del v. 863a («y había representado admirablemente los líquidos palacios de la Nereida») que secluyen los editores por aparecer prácticamente repetido poco más abajo (v. 874).

[142] Lucífero y Héspero son dos nombres para el mismo astro, Venus, al que se llama Lucero del alba *(Lucifer)* o estrella de la tarde *(Hesperus)*, según se contemple al salir o al ponerse.

[143] Tras el v. 869, las ediciones anteriores a la de M. Scaffai indican una laguna, a partir de una propuesta de Müller basada en la ausencia del sol, en esta descripción del cielo y sus astros; Müller hacía la siguiente propuesta de restitución: *Phoebus, ut inferius fraterno curreret igni.*

[144] Proteo, divinidad marina, dotado del don de la profecía y del poder de cambiar de forma.

[145] Tritón, otra divinidad marina, hijo de Posidón y Anfitrite, que frecuentemente aparece en plural.

te de las olas; había representado también a las acuáticas Nereidas[146] con arte admirable.

La tierra ofrece bosques y fieras de terrible apariencia, ríos y montes y ciudades con elevadas murallas, en las que los habitantes en disputa recurren a las leyes y al derecho ancestral: está allí sentado el juez imparcial para unos y otros que, con rostro sereno, dirime los litigios. En otra parte, las castas doncellas repiten en su canto el nombre de Peán[147] y ejecutan delicadas danzas, mientras su mano golpea los panderos; él tañe con el pulgar extendido las delgadas cuerdas de la lira y modula los siete tonos con la flauta de cañas: forman un canto que reproduce el movimiento del universo[148]. Otros cultivan los campos, los novillos aran los duros labrantíos y el robusto segador cosecha las mieses maduras, mientras el vendimiador, manchado de mosto, se

[146] Las Nereidas, entre las que se cuenta Tetis, madre de Aquiles, eran hijas de Dóride —a su vez una de las hijas de Océano u Oceánidas— y del dios marino Nereo, los dos mencionados poco antes.

[147] Las castas doncellas son las Musas que acompañan con su canto a Apolo, nombrado como Peán; es el mismo dios el que en el v. 882 tañe la lira.

[148] Referencia a la doctrina pitagórica de la armonía de las esferas celestes. Para la exégesis de estos versos, cf. C. Morelli, «Nerone poeta...», donde sostiene la identificación de Apolo con el emperador Nerón, basada en la pasión de Nerón por la cítara, que estaría representado también en el juez imparcial de los vv. 878-879; según este autor, en esta descripción del escudo de Aquiles aparecen motivos extraños a Homero pero difundidos en la propaganda filoneroniana (y muy especialmente en Calpurnio Sículo): se exaltan los dones de la paz y se celebra el triunfo de la justicia en el campo y las ciudades, como en una vuelta de la Edad de Oro. Si esta interpretación del pasaje es correcta, podría tener un significado especial el hecho de que, en la invocación a las Musas que precede al catálogo de las naves del libro II, el autor ponga su obra bajo el patrocinio de Apolo, en un verso que difiere absolutamente del texto homérico (v. 165).

complace pisando las uvas; los rebaños trasquilan los prados, y las cabrillas cuelgan de lo alto de una roca. Y en el centro se erguía Marte, cincelado en oro, en medio de sus armas, y en torno a él se sentaban, afligidas, †la diosa Átropo y las restantes hermanas† [149], Cloto y Láquesis, con los cabellos ensangrentados.

[LIBRO XIX (vv. 892-910)[150]: Vestido con sus nuevas armas, Aquiles se incorpora al combate. Le sale al encuentro un impulsivo Eneas, al que salva Neptuno, reservándolo para su providencial destino. Ansioso por vengar la muerte de Patroclo, Aquiles empuja a los troyanos hasta el río Janto, cuya corriente es el escenario de una sangrienta batalla.]

Adornado con tales dones, el héroe Tetideo se lanza en medio de los ejércitos, en un inmenso remolino; le proporciona fuerzas Juno junto con la casta Palas, e infunden co-

---

[149] El v. 890 presenta graves problemas textuales y aunque ofrecemos la única traducción coherente con el contexto, mantenemos las *cruces* de la edición latina, pues, sin duda, las formas *Atropos* y *sorores* son, originariamente, dos glosas. El hecho de que, en lugar de la Discordia, el Tumulto y la Muerte, que aparecen en esta parte en el poema homérico, aparezcan las Parcas puede explicarse porque, como diosas que rigen el destino de los mortales, son identificadas a veces con la Muerte; en cuanto a los cabellos ensangrentados con que se las representa, recordaremos que es frecuente representar a Marte y las divinidades relacionadas con él, manchados de sangre en distintas partes de su cuerpo, como hace notar Venini (cf. P. VENINI, «A proposito...»).

[150] El libro XIX resume los cantos XIX, XX y parte del XXI, suprimiendo las asambleas de los caudillos griegos y de los dioses, que constituyen una buena parte del contenido del texto homérico, para centrarse en el encuentro entre Aquiles y Eneas; termina el libro, resumiendo el comienzo del canto XXI, en que los troyanos se refugian en el río Janto. El resto del canto XXI se resume en el libro XX.

raje en el joven. Le ve el héroe Citereo[151] y va al encuentro del guerrero, y aunque no poseía ni iguales fuerzas ni †el cuerpo† [152] del Eácida, aún así la ira empuja al joven a medir sus armas con unas fuerzas invencibles. Y si no le hubiera protegido el que gobierna las inmensas aguas[153], para que, prófugo, refundase Troya en campos fértiles y añadiese a los brillantes astros el linaje de Augusto, no hubiera llegado hasta nosotros el fundador de esa ilustre estirpe[154]. A continuación el Eácida, lanza en ristre, acosa a los teucros y abate de muerte a un ingente número de guerreros, sediento de la sangre de Héctor. La juventud dárdana huye aterrorizada hasta la rápida corriente del Janto[155], buscando el auxilio del divino río; él les persigue y se entabla el combate en medio de los remolinos del agua; la cólera aumentaba sus fuerzas; la sangre amenaza con desbordar las orillas y los cuerpos esparcidos son arrastrados a lo largo de la corriente.

[LIBRO XX (vv. 911-930): El río Janto lucha con Aquiles, y, cuando está a punto de acabar con el héroe, Juno lo salva; Aquiles persigue a los troyanos que se refugian dentro de las murallas de Troya.]

---

151 Eneas, llamado así como hijo de Venus Citerea.

152 Traduzco «*ad sensum*». Se trata de un texto conjetural, en el que el editor retira su propuesta de la 1.ª edición *(compar,* en lugar de la forma *corpus* transmitida), sin inclinarse por ninguna otra.

153 Posidón o Neptuno.

154 Aunque en el texto homérico *(Il.* XX 302-308) Posidón, para salvar a Eneas de la muerte, pronuncia ante los dioses unas palabras de tono profético sobre el destino que le está reservado al héroe troyano y a su descendencia, naturalmente esta explícita y aduladora referencia a Augusto y su linaje es un añadido del autor latino.

155 Este río recibe dos nombres distintos en HOMERO *(Il.* XX 73-74): «...el gran río de profundos torbellinos, / que los dioses llaman Janto y los hombres Escamandro».

Entonces Venus y Apolo, protector del pueblo frigio, ordenan a las olas del Janto encresparse contra los dánaos, para así hundir al Eácida, que entabla feroces combates con su diestra terrible; súbitamente el río se desborda con todo su caudal y gira vertiginosamente en un gran remolino, trabando al guerrero con el torrente de sus olas e impidiendo su avance. Él lucha con todo su cuerpo contra la violencia de las aguas, rompe el empuje de la corriente y rechaza el oleaje, abriéndose paso a través de él ya con los hombros, ya con su poderoso pecho. Juno, que vigilaba a lo lejos, lo salvó con el fuego[156], pues ya cedía a la rápida corriente, y lucharon entre sí los sagrados poderes de los dioses. De nuevo el Eácida, pavoroso, acosa a las huestes frigias, haciendo enormes estragos, y, recobrando el ardor de la lucha, siembra la muerte en las escuadras, entablando terribles combates; no hay fuerza capaz de moverlo ni fiereza humana capaz de cansarlo en la lucha: el triunfo aumenta sus fuerzas. Los troyanos flaquean, sacudidos por la inquietud y el pánico y, agotada casi por completo toda esperanza de salvación, se refugian dentro de las murallas y refuerzan las puertas con contrafuertes de madera.

[Libro XXI (vv. 931-943)[157]: Tras refugiarse los troyanos en la ciudad, sólo Héctor permanece fuera, dispuesto a enfrentarse

[156] Cuando el río Janto, junto con su hermano el Simunte, está a punto de acabar con la vida de Aquiles, Juno acude en ayuda del héroe, pidiéndole a Hefesto que incendie el río y sus alrededores.

[157] El canto XXII del poema homérico se reparte entre los libros XXI y XXII: el libro XXI resume el encuentro entre Aquiles y Héctor, y el libro XXII, el combate que libran los dos héroes hasta que Aquiles mata a Héctor y arrastra su cadáver por la llanura de Ilión, ante la mirada de sus padres y del resto de los troyanos.

con Aquiles; cuando lo ve, el terror le hace huir y comienza una persecución en torno de las murallas.]

Sólo comparece Héctor, el único en quien residía toda esperanza de salvación para Troya; y ni el temor a la muerte cruel, que amenazaba por todas partes, ni los ruegos paternos pudieron impedir que marchara al encuentro, dispuesto a enfrentarse con el gran Aquiles. Cuando lo vio a lo lejos, cubierto con las celestiales armas, [...][158] tuvo miedo y, estando cerradas las puertas, empezó a correr, infeliz, alrededor de las murallas de su ciudad, mientras el héroe Nereo[159] le persigue; e igual que en sueños, cuando el furor del enemigo aterroriza el ánimo, y en la persecución uno está a punto de alcanzar al otro, y el otro parece escapar, y los dos quieren correr más, pero el mismo esfuerzo retrasa el avance; así podían ellos continuar, con alterna suerte, la carrera emprendida, sin que hubiera un momento de descanso, pues el temor aumenta la furia de ambos.

[Libro XXII (vv. 944-1003): Mientras desde lo alto de las murallas los padres de Héctor contemplan la escena, se entabla un terrible combate en el que Héctor, engañado por la diosa Palas, sucumbe a manos de Aquiles. Antes de morir, el héroe troyano suplica a su vencedor que devuelva a sus padres su cuerpo sin vida. Aquiles, inmisericorde, desprecia los ruegos y arrastra el cadáver de Héctor atado a su carro, alrededor de las murallas de Troya,

[158] Las armas que le había fabricado el dios Vulcano. No incluimos en la traducción el verso 936 («ante sus ojos de repente se apareció la tritonia Palas») que suprimen los editores por considerarlo una glosa al v. 935, que anticipa el contenido de los versos 947 y 950.

[159] Aquiles, como hijo de la nereida Tetis, es nieto del dios marino Nereo.

antes de llevárselo a los griegos: estos se alegran, los troyanos lloran su triste destino.]

Los desdichados padres contemplan desde las murallas su propio destino[160] y ven palidecer en la hora suprema a su hijo, sobre el que se cernía ya el día final con la última luz. De pronto la Tritonia, poniéndose ante su vista bajo la apariencia de su hermano[161], engañó al joven con su fingido aspecto; pues, una vez que se confió, protegido por las armas de Deífobo, Palas puso de nuevo su poder al lado de los dánaos. Los héroes invictos, tras arrojarse mutuamente las lanzas, traban combate cuerpo a cuerpo: uno retumba con sus grandes armas, el otro trata en vano de rechazar a su fuerte enemigo con el escudo, y devuelve, ferozmente, los golpes atacando a su vez. El sudor les corre a raudales, la espada terrible desgasta el filo de la espada, permanecen trabados, pie con pie y brazo con brazo. Y ya el fiero Aquiles blandía en sus manos la lanza, que arrojó con gran fuerza dirigida contra el héroe; pero Héctor la esquivó hábilmente y la lanza pasó de largo. Gritan los dánaos. El héroe Priameo, a su vez, blande un venablo y lo lanza contra las armas vulcanias; pero no le acompaña el éxito, y la hoja se dobla sobre el duro oro, saltando en pedazos. Gimieron las huestes troyanas. Se lanzan de nuevo al ataque, haciendo chocar con fuerza sus armas, y, en lucha cuerpo a cuerpo, esquivan alternativamente las duras espadas.

---

160 Posiblemente el responsable de la división en libros del poema reparte el canto XXII de la *Ilíada* entre los libros XXI y XXII para acentuar el dramatismo del desenlace, al empezar con la escena de los padres que, impotentes, asisten al terrible final de su hijo.

161 Se trata de Deífobo, el hermano de Héctor, al que se nombra en el verso siguiente. Tritonia o Tritogenía son nombres de Palas Atenea, de oscura etimología, que, ya desde la Antigüedad, se han intentado explicar de distintas maneras, ninguna completamente satisfactoria.

Pero Héctor, abandonándole las fuerzas, no puede resistir por más tiempo ni a su destino último ni al Eácida que se mantiene firme frente a él. Y mientras retrocede y, buscando en el momento de peligro la ayuda fraterna, ve que no hay esperanza de salvación, se da cuenta de que todo ha sido un engaño. ¿Qué puede hacer? ¿A qué divinidades invocará, suplicante?[162] Se debilitan las fuerzas de todo su cuerpo y le niegan auxilio; apenas su diestra puede sostener la espada, la noche enemiga cubre sus ojos y no le llega ningún socorro en su desfallecimiento; sigue luchando, cerca ya de la muerte, y ahoga un gemido en el fondo de su corazón. Le acosa el héroe Nereo y, en su turbación, le hostiga a distancia desde todas partes; por fin le arroja la lanza que, con la rígida punta, le atravesó por medio de la garganta. Se regocijan los dánaos, los troyanos lloran sus pérdidas. Entonces, abandonándole ya las fuerzas, el infeliz Héctor le dice así: «Entrega, te lo ruego, a mis desdichados padres mi cuerpo, que mi desgraciado padre te comprará con oro en abundancia: obtendrás, vencedor, regalos de Príamo. Ahora te suplica el hijo de Príamo, que fue caudillo de caudillos, el único al que temió Grecia; y si no te vencen ruegos ni obsequios ni te conmueven las lágrimas de un desdichado ni su ilustre linaje, compadécete de mi afligido padre: que Peleo mueva

[162] Sin poder afirmar con seguridad una dependencia directa, estos versos recuerdan (además de los que da Scaffai: *En.* IV 283 y XII 486) los de *Geórgicas* IV 504-505, cuando Orfeo, tras haber perdido por segunda y definitiva vez a su esposa, desolado, exclama: *quid faceret?......../ quo fletu Manis, quae numina voce moveret?* («¿qué podía hacer?...../¿con que llanto conmovería a los Manes, a qué dioses con su voz?»); además, la comparación del verso 973 con *Geór.* IV 496-500 invita a pensar en la contaminación de los dos pasajes. Como ya se ha señalado (cf. nota 9), no sería éste el único ejemplo en que el autor imitara unos versos de las *Geórgicas,* en los dos casos tomados del episodio de Orfeo y Eurídice.

tu corazón a compadecerse de Príamo, y de mi cuerpo, Pirro»[163]. Esto dijo el Priamida, y Aquiles le respondió con dureza: «¿Por qué tratas de ablandar con palabras suplicantes mi corazón, tú a quien podría desgarrar a la manera de las fieras y devorar con mis mandíbulas, si la naturaleza lo permitiera? Pero te desgarrarán las alimañas carroñeras y todas las aves, y los perros hambrientos comerán tus entrañas. Esta satisfacción tomarán de ti los manes[164] de Patroclo, si las sombras pueden sentir algo». Mientras el gran Aquiles pronuncia estas palabras con expresión cruel, el desdichado Héctor entregó la vida. Aquiles, insaciable, lo ata al carro por los pies y, victorioso, arrastra los miembros exangües tres veces en torno de las murallas; el triunfo de su dueño hace andar más erguidos a los propios caballos. Luego el héroe magnífico llevó hasta los dánaos el cadáver manchado con el polvo. Se regocijan los dánaos, se duelen por sus pérdidas los troyanos y lloran al mismo tiempo su muerte y la conquista de sus murallas[165].

[Libro XXIII (vv. 1004-1014)[166]: Aquiles celebra las honras fúnebres de Patroclo y organiza competiciones deportivas en su honor, en las que intervienen los más destacados héroes griegos.]

---

[163] Pirro, más conocido como Neoptólemo, es hijo de Aquiles; será quien al final de la guerra, ya en los *posthomerica,* mate a Príamo y al pequeño Astianacte, el hijo de Héctor, llevándose a Grecia como esclava a la mujer de éste, Andrómaca.

[164] Las almas de los muertos, que sobreviven, como sombras, en el mundo de ultratumba.

[165] El canto XXII de la *Ilíada* termina con los lamentos de Andrómaca, al conocer la noticia de la muerte de Héctor, que el poema latino recoge al comienzo del libro XXIV.

[166] Este libro resume, muy brevemente, uno de los episodios más conocidos e imitados del poema homérico; el autor contaba para su elabo-

Entretanto, el victorioso Eácida rinde las honras fúnebres a su llorado amigo y encabeza el cortejo fúnebre hasta el lugar de la ceremonia. A continuación arrastra en torno de la pira los desdichados despojos de Héctor y decreta los juegos en honor de las cenizas humeantes. El Tidida †***† vence, en la carrera pedestre[167], al arrogante Meríones; en la lucha, Áyax es derrotado por la astucia del Laercio[168], que burla su fuerza; en el pugilato, Epeo superó a todos, y Polipetes con el pesado disco y Meríones con el arco eliminaron a los demás. Finalmente, concluida la competición, Aquiles vuelve al campamento, acompañado de la multitud de los suyos.

[LIBRO XXIV (vv. 1015-1070): Estando Troya en duelo por la muerte de Héctor, Príamo se dirige al campamento de los griegos a suplicar a Aquiles que le devuelva el cadáver de su hijo, ofreciéndole a cambio muchos regalos; Aquiles acaba cediendo a las súplicas del anciano y Príamo vuelve con el cuerpo de Héctor a Troya, donde se celebran las exequias del héroe muerto.]

---

ración con un modelo más cercano en la literatura latina, los juegos fúnebres en honor de Anquises en el libro V de la *Eneida;* aun así el episodio, a la vista del resultado, no pareció interesarle mucho, pues elimina algunas de las competiciones más desarrolladas en el poema homérico, como la carrera de carros o el tiro con arco.

[167] Pasaje con problemas textuales: la lectura *t(h)yrsin* que, con variantes, dan los códices no es aceptable; al mismo tiempo la expresión *cursu pedibusque* se aviene mal con el episodio correspondiente de la *Ilíada,* en el que Diomedes participa y vence en una carrera de carros con caballos y no en una carrera pedestre, que tendrá lugar después y en la que vence Ulises. Hasta el momento, el texto no se ha corregido satisfactoriamente. Pueden encontrarse las distintas propuestas de solución en M. SCAFFAI, *Baebii Italici...*, pág. 419.

[168] Ulises, hijo de Laertes, rey de Ítaca.

Lloran los desdichados frigios la pérdida de Héctor y Troya entera resuena con el triste duelo; lanza sus lastimeras quejas la infeliz Hécuba, y con sus uñas surca cruelmente su rostro; Andrómaca, despojada, ¡ay!, de tan gran marido, se rasga la túnica a lo largo del pecho. Con la sola caída de Héctor, se derrumba todo el futuro de los frigios, se derrumba la vejez lastimosa de su afligido padre, que aquél defendía; y ni su esposa ni la multitud de sus hijos[169] ni la gloria de su gran reino impidieron que, despreciando su vida, marchara desarmado y se presentara solo en el campamento del enemigo invicto[170]. Se admiran los caudillos de los dánaos, se admira también el mismo Eácida del valor del desdichado anciano; él, hincado de rodillas y levantando sus manos temblorosas a las estrellas, dice así: «Oh, Aquiles, el más valiente del pueblo griego, tú, enemigo de mis reinos, el único ante el que tiembla, vencida, la juventud dárdana, y cuya desmedida crueldad ha probado mi vejez: te ruego que ahora seas el más clemente y te apiades de un padre afligido que te suplica de rodillas, y que aceptes los regalos que traigo a cambio del cuerpo de mi desdichado hijo; y si no te dejas conmover por las súplicas ni por el oro, que tu diestra se ensañe con los últimos años de un viejo: al menos, la muerte del padre se unirá a los crueles funerales del hijo; y †no me concedas† la vida ni grandes honores, sino el cruel

[169] Príamo era padre de una numerosa prole, entre catorce y veinte hijos según las fuentes; entre los varones destacan Paris, Héctor, Héleno y Deífobo; entre las mujeres se cuentan la profetisa Casandra y Creúsa, casada con Eneas.

[170] Se unen aquí episodios de dos cantos distintos: los intentos de disuadir a Príamo de ir al campamento de los aqueos en el canto XXIV y, del canto XXII, los lamentos de los padres y de Troya por la muerte de Héctor (*Il.* XXII 405-435) y el lamento de Andrómaca al conocer la noticia (*Il.* XXII 465-515).

cadáver de mi hijo[171]; compadécete de un padre y aprende a ser un padre compasivo en mi persona. Con la muerte de Héctor has vencido a los reinos dárdanos, has vencido a Príamo: acuérdate en la victoria del destino de los hombres y observa la mudanza de la suerte de los reyes». Conmovido, al fin, por estas súplicas, Aquiles levanta al anciano del suelo y devuelve al padre el cuerpo exsangüe de Héctor. A continuación, Príamo se vuelve llevándose a su patria su regalo[172] y prepara, según la costumbre de los suyos, las tristes exequias y preside las últimas honras.

Se construye, entonces, una pira a la que son arrojados los cadáveres de doce griegos, y veloces caballos y carros, trompetas, escudos, cóncavos yelmos y silbantes dardos[173]. Encima colocan, en medio de un inmenso gemido, el cuerpo de Héctor; alrededor están las mujeres de Ilio, que con las manos se arrancan los hermosos cabellos y golpean sus pechos lacerados: pues en aquella hoguera ven también las exequias de sus hijos. Con un gran murmullo se alza el grito

[171] Texto especialmente difícil por varias razones: en primer lugar, el empleo con valor yusivo de la forma de infinitivo *concedere,* que dan los códices —corregido en *concede* por algunos—, que mantenemos entre las *cruces* de la edición; la dificultad sintáctica le hace suponer a Vollmer la existencia de una laguna tras el v. 1037. En segundo lugar, el significado de *funus crudele meum* en el v. 1038, que, sólo la comparación con Homero, *Il.* XXIV 553-555, permite interpretar como el cadáver de Héctor.

[172] En el texto homérico, Tetis le comunica a Aquiles la orden de Zeus de que devuelva a Príamo el cuerpo de su hijo; así lo hace el héroe, aceptando el rescate que Príamo le ha llevado; el autor del resumen, como en otras ocasiones, ha variado el tono del original, exagerando la piedad de Aquiles. Entiendo, de acuerdo con Scaffai *(Baebii Italici...,* pág. 427), que *sua dona* sólo puede referirse al cadáver de Héctor, que Aquiles le devuelve generosamente a Príamo.

[173] Como señala Scaffai, la descripción de las honras fúnebres de Héctor que hace el poema latino incluye elementos tomados de las honras fúnebres de Patroclo, en el canto XXIII de la *Ilíada,* vv. 171 ss.

de dolor de los jóvenes: pues en aquel fuego ardía también Ilio. En medio de los gemidos, su esposa Andrómaca, con el pecho lacerado, se adelanta veloz, con Astianacte en los brazos, queriendo arrojarse en medio de las llamas, pero la apartan de allí, a una orden, el séquito de sus esclavas[174]. Aun así, ella se resiste a todas, hasta que languideció la fuerza de las llamas y se extinguió el fuego y aquel héroe extraordinario quedó reducido a ligeras cenizas[175].

Pero detén ya tu paso y pon fin a la tarea, Calíope[176]; guía la nave de tu poeta al que ves acercarse a la orilla con suave impulso, y que ya toca puerto y llega a la meta del poderoso Homero. Vosotras, Piérides, séquito que le acompañáis, arriad las velas, y tú misma, diosa, con tus cabellos virginales ceñidos de laurel, deja descansar la lira. Asísteme, ínclita Palas, y tú, Febo, da tu aprobación, ahora que la travesía de tu poeta ha llegado a su fin[177].

---

[174] Esta escena de Andrómaca, intentando arrojarse con su hijo en brazos a la pira del marido, es una innovación del autor respecto del modelo homérico que responde a su gusto por el patetismo. Según M. Scaffai, ha podido influir en ella el episodio virgiliano de la muerte de Dido y, en general, algunas actitudes de las heroínas de las tragedias de Séneca. Un posible paralelo puede estar en Ovidio, *Arte de amar* III 21-22, donde, muy brevemente, se recuerda cómo Evadne, la esposa de Capaneo, uno de los siete que marchan contra Tebas, se arrojó a la hoguera en que ardía el cuerpo del marido. Véase también *Tristes* V 14, 38 y *Pónt.* III 1, 111 ss.

[175] Realmente el resumen de la *Ilíada* termina en este verso. Lo que sigue constituye el epílogo del epítome con el que el autor completa el acróstico de los versos iniciales.

[176] Calíope es una de las Musas, que, con el término poético de Piérides, aparecen nombradas, inmediatamente después, en el v. 1067.

[177] La imagen de la nave que arriba a puerto como metáfora de la conclusión de la obra es tópica en la poesía clásica (por ejemplo, en Ovidio, *Arte amar* I 771-772 o *Remedios contra el amor* 811-814).

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

DIARIO DE LA GUERRA DE TROYA DE DICTIS CRETENSE

•

HISTORIA DE LA DESTRUCCIÓN DE TROYA DE DARES FRIGIO

INTRODUCCIÓN

1. *Dictis y Dares. Una problemática común*

Dictis y Dares pasan por ser los autores de unas desaparecidas crónicas (escrita en griego la de Dictis; en frigio o en griego la de Dares), sobre la guerra de Troya, que fueron halladas en época romana y traducidas posteriormente al latín. Ambas obras pretenden ser testimonios coetáneos, auténticos y fidedignos, de la propia guerra de Troya, anteriores, por tanto, a Homero, y escritos nada más y nada menos que por hombres que participaron en la contienda: un soldado del bando griego, cretense, que combatía a las órdenes de Idomeneo (Dictis), y un frigio que sufrió el asedio dentro de las murallas de Troya (Dares). Uno y otro texto, en consecuencia, adoptan perspectivas distintas —y complementarias— frente a los hechos: el relato de Dictis es filogriego y escrito desde el campo griego; el de Dares, filotroyano y escrito dentro del recinto de la ciudad sitiada. Lo que conservamos son los textos latinos de unos originales griegos —cuya existencia se ha comprobado en el caso de Dictis, siendo sólo presunto en el caso de Dares—, originales que, desde luego, no se remontan a tanta antigüedad como pretenden hacernos creer sus autores.

En todo esto no hay, como salta a la vista, sino un tejido de invenciones basadas en la mitología con fines, sin duda, retóricos y publicitarios. Y en estas pretensiones tales relatos (nos referimos a los originales previos a las versiones latinas) no son únicos en la literatura griega: ahí están también los *Troica* de Hegesianacte de Troya (fines del siglo III a. C.) y la obra homónima de Dionisio Escitobraquíon (fines del siglo II a. C.), que, como las narraciones de Dictis y Dares, versan sobre el tema de la guerra de Troya, e igualmente —a juzgar por los fragmentos y referencias que nos han llegado— con mezcla, por una parte, de mitografía apoyada en fuentes antiguas y, por otra, de invenciones deliberadas, interpretaciones evemeristas y tergiversación de datos tradicionales. Una contradictoria juntura, en definitiva, de ficción, mitografía y veleidades historiográficas.

La polémica con Homero, evidente en ambos (y explícita en la epístola inicial del relato de Dares: «a ver si consideran como más auténtico lo que confió al recuerdo el frigio Dares, que vivió en aquella misma época y fue soldado cuando los griegos combatían contra los troyanos, o piensan que se debe prestar crédito a Homero, que nació muchos años después de haberse llevado a cabo dicha guerra»), es un elemento que se explica en relación con la llamada «segunda sofística» [1], fenómeno cultural del siglo II d. C. en cuyo ambiente, sin duda, se fraguaron los originales griegos de los que estas obras son traducciones. Pues, en efecto, es nota peculiar de la segunda sofística (como también de los sofistas de la Atenas clásica: recuérdese la *Defensa de Helena* o la *Defensa de Palamedes* de Gorgias, o las versiones antihoméricas de los mitos seguidas por Eurípides en algu-

[1] Véase ahora G. ANDERSON, *The Second Sophistic. A Cultural Phenomenon in the Roman Empire,* Londres-Nueva York, 1993.

nas de sus piezas, señaladamente su *Helena*, su *Protesilao* y su *Palamedes)* esa voluntad de contradecir al ancestral educador de Grecia, manifestada sobre todo en la recreación antifrástica de sus argumentos: así, por ejemplo, el *Troico* de Dión Crisóstomo, así el *Heroico* de Filóstrato[2].

Ambas han sido obras bastante dejadas de lado por la investigación filológica. La prueba de tal afirmación es que sólo poseemos, para cada una de ellas, una edición que podamos calificar de moderna, de una cierta fiabilidad y que no sea transcripción de un único manuscrito: la de Eisenhut para Dictis (Leipzig, 1958) y la de Meister, aún más antigua, para Dares (Leipzig, 1873). No conozco de estas dos obras otra traducción a lenguas modernas que no sea la inglesa de R. M. Frazer (Bloomington-Londres, 1966), la alemana de A. Beschorner (Tubinga, 1992), para Dares, la italiana, ya muy antigua, para ambos, de Compagnoni (Milán, 1819) y la francesa, muy reciente (París, 1998), de G. Fry[3]. Desde luego, ninguna española. En cuanto a los no muchos trabajos de investigación que han suscitado, éstos han atendido sobre todo a las relaciones de ambas con sus respectivos originales griegos —hipotético en el caso de Dares, como decíamos— y a su repercusión en la literatura europea medieval. No tanto, sin embargo, a su dimensión literaria intrínseca. Y ni siquiera los manuales de historia de la literatura latina se muestran más generosos en este sentido. ¿Por qué esto es así? Sin duda los escasos valores literario-formales de ambas obras han sido motivo de la atención,

---

[2] Cf. G. ANDERSON, *op. cit.*, págs. 174-175. Hay un libro monográfico sobre la cuestión: J. F. KINDSTRAND, *Homer in der Zweiten Sophistik*, Uppsala, 1973.

[3] Esta última ha llegado a mis manos cuando ya tenía concluida mi versión, de modo que, lamentablemente, no he podido tenerla en cuenta.

también escasa, que se les ha prestado en la moderna investigación.

Y sin embargo habían brillado para ellos soles más luminosos en otro tiempo: fueron clásicos en la Edad Media y gozaron de una autoridad y un prestigio singulares como testigos fidedignos de los hechos que narraban. Muy por encima de los poetas, muy por encima de Homero y de Virgilio. Aquellos eran tiempos en los que interesaba más la verdad que la belleza, más la materia que la forma y más la historia que la poesía. La ingenuidad medieval creyó las afirmaciones de Dictis y Dares sobre su autenticidad y autopsia, y tuvo por historia y verdad lo que en realidad no era sino un híbrido de mitología y ficción, pura superchería[4], juego retórico, falacia y engaño tanto o más que el testimonio de los poetas, siempre sospechoso desde Platón.

Y su interés literario hoy en día radica, en verdad, muy especialmente, en esa extensa y profunda recepción que tuvieron, en su calidad de fuentes para obras muy importantes del Medievo; en ser los transmisores principales durante muchos siglos de la materia troyana —que inunda la literatura medieval—; en revelarse como los sucedáneos de Homero. No son estrictamente joyas literarias —es verdad—, pero son textos importantísimos por su fortuna posterior.

---

[4] Como superchería, en efecto, define Ruiz de Elvira estas obras: véase «Mito y *novella*», *Cuadernos de Filología Clásica* 5 (1973), 15-52, donde superchería se define —en oposición a los conceptos de historia, ficción y mitología— como «ficción o invención personal deliberada que [...] pretende pasar por realidad» (pág. 19), y añade: «hay importantes relatos en los que no consta si el autor de una invención pretende que pase por tal [...] o, por el contrario, pretende que pase por historia [...]: esto es lo que ocurre con Ptolomeo Queno, Dictis, Dares, Filóstrato, Malalas: no sabemos qué es lo que se proponían al introducir datos escandalosamente nuevos en las tradiciones míticas» (págs. 19-20).

Digámoslo de otra manera: son clásicos, pero de valores casi únicamente extrínsecos.

Alguna atención merece, no obstante, su estatuto literario, y en esto precisamente se muestran hermanadas las dos obras; y ello, sin duda, porque ambos originales griegos eran coetáneos: probablemente, como luego precisaremos a propósito del de Dictis, del siglo II de nuestra era. Por lo que se refiere a su género literario, son textos híbridos que participan de la épica, de la historiografía y de la novela. Tienen de épica el argumento. Tienen de historiografía las pretensiones de autenticidad, la ausencia de elementos sobrenaturales —para lo cual se recurre con cierta frecuencia a interpretaciones evemeristas de los mitos—, el constante apoyo del testimonio visual del propio autor o de oídas a partir de otros testigos presenciales, el estilo narrativo siguiendo el orden de los sucesos —salvo el *flash back* de Ulises en el último libro de Dictis, heredero indubitable del discurso del héroe en la *Odisea* y elemento épico, por tanto, bien reconocible—, el seguimiento incluso de dichos sucesos día por día —y no en vano por eso la obra de Dictis se ampara bajo el título de *Ephemeris,* lo que los latinos llamaban *Commentarius,* un subgénero historiográfico—, la precisión extraordinaria de ciertos datos, tales como las cifras de los muertos en combate. Tienen de novela, como bien descubre García Gual[5], no sólo la prosa —que es también la forma de expresión historiográfica— y no sólo el abandono de los personajes divinos y sobrenaturales, sino sobre todo la importancia que se concede al tema amoroso y a las figuras femeninas, y el hecho de que —con respecto a la épica— se rebaje la aureola heroica de los protagonistas.

[5] *Los orígenes de la novela,* Madrid, 1972, págs. 133 ss.

Y dicho esto como caracterización conjunta y preliminar, atendamos ya a la individual de cada una de las dos obras.

2. *La obra de Dictis-Septimio*

La *Ephemeris belli Troiani* —o *Diario de la guerra de Troya*— de Dictis está dividida en seis libros y es obra de extensión considerablemente mayor que la de Dares. Cuenta, en resumen, lo siguiente: rapto de Helena por Paris y origen de las hostilidades (libro I), viaje de los griegos a Troya, con incursiones en las ciudades y tierras aledañas, llegada y embajadas enviadas a Príamo y los suyos, peste sobre el ejército, conflicto entre Aquiles y Agamenón y resolución del mismo (libro II, mucho más largo que los otros), amor de Aquiles por Políxena, muerte de Patroclo y Héctor, y rescate por Príamo del cadáver de éste (libro III), llegada y muerte de Pentesilea, muerte de Memnón, muerte a traición de Aquiles, que es sorprendido en el templo de Apolo cuando acudía a una entrevista para fijar su boda con Políxena, muerte de Paris (libro IV), caída de Troya por la traición de Anténor y Eneas y mediante la estratagema del caballo (libro V), regreso de los griegos a su patria y, en especial, regreso de Ulises, que muere accidentalmente en Ítaca a manos de su hijo Telégono (libro VI).

Dícese en los prolegómenos de la narración que el manuscrito autógrafo de Dictis fue hallado en tiempos de Nerón y que, escrito en griego aunque en alfabeto fenicio, fue transcrito al alfabeto griego y presentado inmediatamente al emperador, y, más tarde —no se nos precisa en qué época—, traducido a la lengua de Roma por un tal Lucio Septimio, dedicándoselo a otro tal Quinto Aradio Rufino. Este texto latino es el que ha llegado a nosotros.

Superchería parece ser a todas luces —que casi con toda seguridad constaba en el original griego, puesto que la repiten sustancialmente Suidas y Malalas, deudores del Dictis griego— la noticia de que el manuscrito de Dictis fue hallado por unos pastores en una tumba de Creta, abierta por casualidad después de un terremoto: se trata de un tópico muy socorrido, con más o menos variantes, que persigue dar mayor verosimilitud a los hechos contados, y que aparece utilizado, por ejemplo —como recuerda García Gual[6]—, en la perdida novela de Antonio Diógenes, *Las maravillas de más allá de Tule* (siglo I d. C.), cuyo resumen nos ha conservado el patriarca Focio: también aquí el libro es encontrado en una tumba, en los alrededores de Tiro, por soldados de Alejandro Magno. Sin esa función concreta, el motivo aparece en la leyenda del rey Numa Pompilio, cuya tumba a la par que sus libros —según cuenta Livio (XL 29) y, con pocas variantes, Plutarco *(Numa* 22)— fueron hallados al pie del monte Janículo, bien por unos labradores al arar la tierra, bien porque el túmulo se abrió a causa de unas lluvias torrenciales[7].

---

[6] *Los orígenes de la novela,* cit., pág. 142. Véase además un estudio del tópico del manuscrito hallado por sorpresa en el artículo del mismo García Gual, «Un truco de la ficción histórica: el manuscrito reencontrado», *1616* 10 (1996), 47-65.

[7] García Gual, *op. cit.*, pág. 142, sobre el tópico en cuestión añade lo siguiente: «... y que gozó de cierta boga en época romántica; como, por ejemplo, en las novelas de misterio de Poe: *Manuscrito encontrado en una botella,* de J. Potocki: *Manuscrito encontrado en Zaragoza,* o de T. Gautier: *Novela de una momia*». Es, en efecto, este motivo muy recurrente, y de modo especial en la novela histórica de los últimos años: así, en el *Yo Claudio* de R. Graves; así, con extraordinaria cercanía a Dictis —signo, sin duda, de imitación, apoyado en otras muchas coincidencias—, en la novela mitológica de F. Díaz-Plaja, *Un corresponsal en la guerra de Troya* (véase nuestro trabajo, citado en la bibliografía, en *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios latinos* 12 [1997], 107-117);

Otra gratuita invención es la del prehomérico Dictis como autor remoto. Dictis, del que se dice que había ido a la guerra bajo las órdenes de Idomeneo, como natural que era de la isla de Creta, y que, obedeciendo a su rey, había escrito el consabido diario, no aparece en Homero por ninguna parte; su nombre ha sido creado claramente, no obstante, en relación con el famoso monte Dicte de la isla minoica, en ese característico afán por la verosimilitud.

Pero no todo es mentira e invención en los prolegómenos de la *Ephemeris*. Hay, al menos, una verdad: que el texto latino de Dictis es traducción de un original griego. Lo sabemos porque se han hallado dos pedazos de papiro con parte del texto de ese original. En efecto, cuando era objeto de una larga discusión la existencia o no del original griego de Dictis y cuando, enredados en ese problema los filólogos —como señala Eisenhut[8]—, dejaban de lado otras cuestiones relativas a la obra, de improviso el dilema se solucionó del mejor modo que podía imaginarse: apareció entre los papiros de Tebtunis un trozo de dicho original, que, en 1907, Grenfell, Hunt y Goodspeed editaron[9]. Su contenido coincide con los capítulos 9-14 del libro IV de la obra latina: captura y muerte de Licaón y Troilo, hijos de Príamo; muerte de Aquiles por Deífobo y Alejandro; contraofensiva de Áyax; funerales de Aquiles; llegada de Eurípilo y de Neoptólemo en ayuda respectivamente de los troyanos y de los

así en la brevísima novela-epístola del hoy reconocido J. Gaarder, *Vita brevis. La carta de Floria Emilia a Aurelio Agustín* (Madrid, 1997), en la que inventa su autor en el prólogo que el *Codex Floriae*, del siglo xvi, lo encontró fortuitamente en una librería de viejo de Buenos Aires, siendo copia de un documento original antiguo censurado por la Iglesia, y que él mismo tradujo con ayuda de algunos entendidos.

[8] Introd. a su ed. de Dictis (Leipzig, 1973=1958), págs. VI-VII.

[9] *The Tebtunis Papyri*, II, Londres-Oxford-N. York, 1907.

griegos. Al cabo del tiempo, lo que ya era una evidencia se confirmó aún más al descubrirse, entre los papiros de Oxirrinco, otra parte del original, algo más breve que la anterior, que fue editada en el año 1966 por Barns, Parsons, Rea y Turner[10]. Corresponde a IV 18 del texto latino: Héleno se entrega a Ulises y Diomedes. Y de tales hallazgos no sólo se deduce la existencia verdadera del original griego (y que, por tanto, el traductor latino, sobre eso al menos, no mentía), sino que además, cotejando ambos textos, podemos comprobar cómo la traducción latina es precisamente eso, traducción, y no resumen. Y dicha comprobación hace también verdaderas las palabras del llamado Septimio en la epístola inicial, quien habla sólo de resumen a propósito de su libro último, que sería un compendio del original:

> Y habiendo, por casualidad, estos libritos llegado a nuestras manos, ávidos como somos de la historia verdadera, nos vino el deseo de exponerlos en latín tal cual eran, no tanto porque confiáramos en nuestro talento, sino para sacudirnos la inactividad de nuestro espíritu ocioso. Y así, de los primeros cinco volúmenes que contienen los hechos y actuaciones de la guerra, aquí hemos mantenido el mismo número; lo restante, empero, acerca del regreso de los griegos, lo hemos compendiado en uno solo...

Se deduce también de ese cotejo que la traducción, aunque fiel, no es ni mucho menos literal[11], sino más bien parafrástica. Un ejemplo: allí donde el original griego dice:

---

[10] *The Oxyrhynchos Papyri,* XXXI, Londres, 1966.

[11] Cf., p. ej., V. Ussani, «Osservazioni sulla lingua dell'*Ephemeris belli Troiani*», *Actes X* *Congrès de linguistes,* IV, 1970, págs. 521-527. Concretamente en pág. 521: «Il confronto infine con il frammento greco (forse del II sec. d. C.) ha permesso di rilevare che l'*Ephemeris* latina (del sec. IV d. C.) non è una traduzione alla lettera, ma, nella sua fedeltà

pénthos dè ou mikròn toîs en Iliōi egéneto Trōílou apolo-ménou: ên gàr éti néos kaì gennaîos kaì hōraîos

(Duelo no pequeño hubo entre los de Ilio al morir Troilo: pues era todavía joven, generoso y de bella presencia),

el texto de Septimio (IV 9) reza así:

Quae ubi animadvertere Troiani, tollunt gemitus et clamore lugubri Troili casum miserandum in modum deflent recordati aetatem eius admodum immaturam, qui in primis pueritiae annis cum verecundia ac probitate, tum praecipue forma corporis amabilis atque acceptus popularibus adolescebat.

(Cuando lo advirtieron los troyanos, prorrumpieron en gemidos y con su lúgubre griterío deploraban de un modo lastimoso la muerte de Troilo, acordándose de su edad todavía inmadura, pues encontrándose todavía en los primeros años de su adolescencia, crecía haciéndose querer por el pueblo y gozando de sus simpatías, no sólo por su discreción y honradez, sino, sobre todo, por la hermosura de su cuerpo.)

Existió, pues, como precedente y base del texto latino, un original griego, traducido por el dicho Septimio, de cuyo autor real nada sabemos. No obstante, es a él a quien hay que atribuir la ocurrencia falaz de poner su relato bajo el nombre del cretense Dictis, nombre de autor que figura en el léxico de Suidas, en Malalas y en Tzetzes [12], quienes, habiendo sin duda leído su obra en griego, refieren sobre su

all'originale, una rielaborazione abbastanza libera e non priva di colorito retorico.»

[12] Cf. S. Merkle, *Die Ephemeris belli Troiani des Diktys von Kreta*, Frankfurt-Berna-Nueva York-París, 1989, págs. 99-100.

hallazgo la misma historia, aunque más simplificada, que nos consta en los prolegómenos del texto latino.

¿En qué época fue escrito tal original griego?[13]. En líneas generales los estudiosos coinciden en situarlo en un marco de tiempo que iría desde fines del siglo I hasta mediados del siglo III: a fines del siglo I d. C., concretamente en época de Nerón, cuando, según testimonio de la epístola inicial y del prólogo, fue supuestamente encontrado en Cnoso, lo data Eisenhut[14], que se atreve incluso a dar una fecha más precisa: la séptima década del siglo. En cualquier caso, los editores ingleses del papiro de Tebtunis daban para éste como *terminus ante quem* el 250 d. C., teniendo en cuenta las características de la lengua. Además, como ya hemos comentado, atendiendo a razones de índole literaria, una obra como ésta cuadraría bien con el ambiente de la segunda sofística. Esa obra sin duda serviría de fuente, al menos parcial, —dadas las concordancias que se observan— a obras más tardías, ya bizantinas, sobre la guerra de Troya, tales como las de Malalas (siglo VI d. C.), Cedreno (siglo XI), Isaac Porfirogéneta (siglo XI) y Tzetzes (siglo XII)[15], obras éstas que, sin embargo, tienen muchas menos coincidencias con Dares; de manera que, en cuanto a la recepción de Dictis y Dares, como luego precisaremos, se da un reparto que es lógico en buena parte: Dictis, filogriego, sobrevive durante la Edad Media principalmente en el ámbito oriental del Imperio —y gracias al primitivo original griego que no se ha conservado—, mientras que en el ámbito occi-

[13] Sobre esta cuestión, véase el citado libro de S. Merkle, págs. 243 ss.

[14] Introd. a su ed. cit., pág. VIII, y antes, en su artículo «Zum neuen Dictys-Papyrus», *Rheinisches Museum* 112 (1969), 114-119, concretamente en los últimos párrafos.

[15] Cf. S. Merkle, *op. cit.*, págs. 22-23, «Die Rezeption der griechischen *Ephemeris*».

dental europeo es Dares, el filotroyano, el que, en su versión latina, goza de una mayor difusión, sin duda por continuidad de esa actitud filotroyana tan arraigada en Roma, basada en pretensiones genealógicas.

En cuanto a la fecha en que fue escrita la traducción latina, es *communis opinio* que tuvo que serlo en el siglo IV, no sólo porque el Quinto Aradio Rufino a quien se dedica la traducción se identifica con el individuo del mismo nombre que fue prefecto urbano en Roma en el año 312 y 313 y luego cónsul en el 316, sino también, y muy especialmente, porque la lengua del texto se acomoda a esa misma época[16]. Del tal Septimio, traductor, no sabemos nada más. Hay, no obstante, una propuesta de A. Cameron[17], basada en una poco afianzada conjetura, que adelanta la fecha a la primera mitad del siglo III. Este autor cree que hay razones para identificar al Lucio Septimio traductor de Dictis con el poeta Septimio Sereno, uno de los *nouelli,* al que fecha a fines del siglo II y principios del III. Parte para ello de la noticia contenida en un catálogo del siglo X de la biblioteca de Bobbio, que dice así: *libros Septimii Sereni duos, unum de ruralibus, alterum de historia Troiana, in quo et habetur historia Daretis.* La primera obra aludida serían, naturalmente, los *Opuscula Ruralia,* bien conocidos como obra de Septimio Sereno, y ese otro libro *de historia Troiana,* transmitido, como es muy frecuente, junto al de Dares, se identificaría con la *Ephemeris belli Troiani,* traducida por L. Sep-

---

[16] Cf. sobre este particular, O. Rossbach, «Dictys», en Pauly-Wissowa, *Real-Encyclopädie der Classischen Altertumwissenschaft* V 9, Stuttgart, 1903, págs. 589-591, y M. Schanz-C. Hosius-G. Krüger, «L. Septimius», en *Geschichte der römischen Literatur bis zum Gesetzgebungswerk des Kaiser Justinian,* VIII 4, 1, Múnich, 1914, págs. 85-90.

[17] «Poetae Novelli», *Harvard Studies in Classical Philology* 84 (1980), 127-175.

timio, autor no distinto —piensa Cameron— del mismo poeta Septimio Sereno. Cameron resta importancia al hecho de que en el catálogo no se mencione el *praenomen* Lucio, ni que en el prólogo de la *Ephemeris* se cite a su autor sin el *cognomen* Sereno; y resta importancia también al problema de la lengua y al estilo [18]. Por este mismo camino abierto por Cameron, y en el número siguiente de la misma revista, publica E. Champlin [19] un trabajo proponiendo, tras una larga serie de razonamientos y conjeturas, la triple identificación del poeta Septimio Sereno y el traductor de Dictis, Lucio Septimio, con el escritor Sereno Sammónico.

Ya hemos anunciado antes, en cuanto al género literario de las obras de Dictis y de Dares, que éstas conllevan elementos épicos, historiográficos y novelescos. Por lo que a la de Dictis se refiere, son en ella abundantes los episodios en los que a la versión común de la leyenda se le despoja de los elementos sobrenaturales, y éste es un rasgo que pone distancia entre el susodicho relato y la epopeya, un rasgo que es propio más bien de una obra con pretensiones historiográficas; tales episodios han sido señalados convenientemente en las notas a la traducción, pero, no obstante, aquí recordaremos algunos: en I 1 Minos aparece, sí, como hijo de Júpiter, pero sin que se nos diga nada sobre la divinidad de Júpiter, sino que se pasa por alto tal extremo, pudiéndose deducir de dicho silencio que se le considera un simple rey

---

[18] Éstas son sus palabras (pág. 173): «Yet it must be emphasized that we simply do not have any comparable third-century prose to judge it by. Not that its generally clear narrative and heavily Sallustian coloring, suggestive rather of Fronto, has any very obvious fourth-century analogue. It is the sort of thing that might easily have been produced by the archaizing Septimius Serenus».

[19] «Serenus Sammonicus», *Harvard Studies in Classical Philology* 85 (1981), 189-212.

antiguo; en I 3 Paris se enamora de Helena, pero sin intervención ninguna de Venus; cuando en I 14 se habla de Aquiles y se le llama hijo de Tetis, se dice, sin señalar su divinidad, que Tetis era hija de Quirón —no del dios Nereo— sin descubrir la naturaleza centáurica de Quirón según la versión tradicional; en IV 16 la conversión en perra de Hécuba se deja de lado, pero se dice que su tumba se llamó «de la perra»; por fin, a propósito de las bodas de Tetis y Peleo en VI 7, hay una total racionalización del episodio y una apostilla que bien podemos tomar por evemerista, cuando dice:

> En aquel tiempo, muchos reyes de todas partes fueron invitados a la casa de Quirón y en el propio banquete de boda habían celebrado como diosa a la recién casada con grandes elogios, llamando «Nereo» a su padre Quirón y «Nereida» a ella misma; y según que cada uno de aquellos reyes que habían participado en el convite sobresalía en el canto coral o en la cadencia de sus melodías, así los habían llamado «Apolo» y «Líber», y a muchas de las mujeres, «Musas». Por lo cual, hasta el día de hoy se llamó a aquél «banquete de los dioses».

Pero éste es, en realidad, un caso relativamente extremo, porque casi nunca hay propiamente una exégesis racionalista o evemerista del mito, sino más bien una supresión de los detalles que no convienen a la atmósfera buscadamente realista. También frente a la épica, con la que esta obra tiene de común el argumento legendario y bélico, hay que hacer notar distancias tan evidentes como las que median entre los frecuentes amaneceres mitológicos de Homero, con mención personificada y colorista de la Aurora, y expresiones tan austeras de Dictis como *lucis principio* (III 9 y III 20), o simplemente *secuta die* (I 9) o *postero die* (IV 19).

La lengua del Dictis latino se atiene todavía, en líneas generales, a la norma clásica, con alguna que otra estridencia o ruptura (por ejemplo, en la lengua clásica el reparto de modos en el estilo indirecto[20], como es sabido, era el siguiente: infinitivo para las oraciones principales aseverativas, y subjuntivo para las principales impresivas y subordinadas, pero ese reparto no siempre se mantiene en Dictis) y con no pocas injerencias de la lengua vulgar *(triticum* en vez de *frumentum* en V 6; *vado* en vez de *eo* o *venio* en IV 15, IV 17 y V 5; empleo de los tiempos del tema de pretérito del verbo *sum* con el significado de «ir», como en castellano, en IV 1 y IV 12, al menos; uso de la preposición *per* más acusativo para la función de agente en IV 1, V 9, V 11 y V 13) y reconocibles helenismos[21], señalados ya por Ussani en un viejo estudio[22].

[20] Véase la muy lúcida exposición en este punto de L. Rubio en su *Introducción a la sintaxis estructural del latín,* Barcelona, 1982 (= 1966-1976), págs. 257-270.

[21] Un caso curioso, por lo ambiguo —puesto que puede entenderse como vulgarismo o helenismo—, es el siguiente de III 20: *dein sequebatur vehicula plena auri* («detrás iban carros llenos de oro» o bien «detrás iba un carro lleno de oro»), donde *vehicula* podría ser ya un simple femenino singular, originado a partir de un neutro plural, y por eso llevaría el verbo en singular, o bien la construcción de nominativo plural neutro más verbo en singular habría de entenderse como un grecismo del traductor.

[22] V. Ussani, «Osservazioni sulla lingua dell'*Ephemeris belli Troiani*», *Actes Xe Congrès de Linguistes*, IV (1970), *passim.* He aquí las conclusiones de este trabajo: «Nel ridurre in latino l'originale greco dell'*Ephemeris belli Troiani,* il traduttore, pur non evitando grecismi lessicali e sintattici —si rammenti però qui il bilinguismo del tempo—, assai raramente traslittera o usa calchi; talora conia una nuova parola latina a sostituire la greca; più spesso adatta vocaboli politico-religiosi o politico-morali, termini del sistema militare e civile romano ai rispondenti valori semantici del greco; ora nell'ambito di un'antica tradizione politica e religiosa, ora imitando il suo primo modello, Sallustio, ora attingendo insieme dal suo modello e dalla lingua del suo tempo.»

Estilísticamente Dictis —o, hablando con más propiedad, su traductor latino Septimio—, sin llegar a ser en modo alguno un brillante narrador, se mantiene, no obstante, a cierta altura, sobre todo en comparación con Dares. Pero es a menudo tediosamente monótono: se repiten las situaciones, se repite el léxico, se repiten hasta la saciedad las construcciones sintácticas y las partículas introductoras, abusándose sobre todo de las construcciones participiales. Tiende a la hinchazón y ampulosidad —ya lo hemos visto en confrontación con el breve fragmento de su modelo que se nos conserva—, de lo que pueden ser ejemplo asimismo ciertos pleonasmos como los que vemos en las siguientes frases: *dein haud multo post* (I 13: «A continuación, no mucho después»), *procul a domo locis alienis atque hostilibus, neque se aliter inter tam gravia bella undique versus inimicis regionibus* (II 48: «lejos de la patria, en tierras extrañas y enemigas; y estando inmersos en combates tan arriesgados, en comarcas que les eran hostiles en cualquier dirección que se mirase...»), *solum virum dignum ea tempestate, sub cuius manibus excindi Troiam deceret* (IV 15: «el único varón de aquel tiempo, digno de que Troya sucumbiera a sus manos»; así hemos traducido nosotros, aunque propiamente el texto latino dice: «digno de ser digno de que...»). Tal vez con un cierto afán de variación, alterna y coordina indiscriminadamente los presentes históricos con los pretéritos, e incluso —algo que no se daba en la lengua clásica— con los infinitivos históricos. En fin, aunque, como diremos enseguida, tiene presente a los historiadores clásicos como modelos, señaladamente a Salustio —al que imita en su técnica narrativa, en el calco de ciertas secuencias, en la técnica de los discursos—, no pasa de ser un mediocre narrador, con más pretensiones que dotes literarias; ahora bien, hay que considerar que su obra es traducción de un original griego y no

deben olvidarse, para descargo del autor-traductor, las servidumbres que implica esa circunstancia.

En cuanto a las fuentes literarias (y empleamos el término «fuentes» en lo relativo a la materia, y «modelos» en lo relativo al estilo y técnica), conviene, en primer lugar, advertir que es ésta una cuestión que atañe por igual, como puede suponerse, al original griego y a la traducción latina. Se deduce del examen de los contenidos que Dictis-Septimio procede de forma ecléctica, recogiendo tradiciones que no estaban en la *Ilíada* ni en la *Odisea*, procedentes en especial de la épica posthomérica, de los líricos, de la tragedia y de la poesía helenística. Pero aún en muchos casos, y a pesar de su posición confesadamente antihomérica, es evidente la inspiración en Homero, como Paola Venini ha venido a puntualizar[23], si bien con interpretaciones racionalistas o evemeristas de los datos, con cambios en la sucesión de los hechos y, sin duda también, con gratuitas innovaciones. Ello es especialmente obvio, por ejemplo, en lo concerniente a las aventuras de Ulises (VI 5-6), donde casi todo está sacado de la *Odisea*, pero pasado por el filtro del racionalismo y del evemerismo; y además, la narración de Dictis conserva —como ya hemos señalado— el recurso formal del relato retrospectivo, o *flash back*, puesto en boca del propio protagonista, como ya en la *Odisea:* Ulises llega a Creta, ante el rey Idomeneo, y allí le informa de sus peripecias[24].

La *Eneida* también funciona como fuente negativa, en el sentido de que, haciéndose evidente su conocimiento y lec-

---

[23] «Ditti Cretese e Omero», *Memorie dell'Istituto Lombardo* 37 (1981-82), 161-198.

[24] Cf. W. B. Stanford, *The Ulysses Theme*, Oxford, 1963, págs. 152-154, y nuestro estudio «Ulises y la *Odisea* en la literatura latina», *Actas del VIII Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1994, págs. 481-514, concretamente págs. 511-514

tura —hay ecos verbales manifiestos que ha puesto de relieve P. Frassinetti[25]—, se siguen voluntariamente versiones radicalmente distintas de las poetizadas por Virgilio: por completo independiente del relato virgiliano del libro II sobre la caída de Troya es el de Dictis, que no se refiere, por ejemplo, ni a la muerte de Príamo, ni a Laocoonte, y que presenta a Eneas no ya como *pius,* sino como traidor a la patria, al igual que hará Dares, versión esta que era muy antigua, constando ya en el historiador griego Menécrates de Janto (siglo IV a. C.)[26]. No obstante, hay un detalle en el que Dictis coincide puntualmente con Virgilio: la tremenda mutilación de manos, orejas y nariz a que Deífobo es sometido por Menelao, paralelo muy significativo —como precisa Frassinetti[27]— por cuanto que no se encuentra el detalle en otras fuentes (Dictis, V 12: *exsectis primo auribus brachiisque ablatis deinde naribus ad postremum truncatum omni ex parte foedatumque summo cruciatu;* Virgilio, VI 494-497: *lacerum crudeliter ora, / ora manusque ambas, populataque tempora raptis / auribus et truncas inhonesto uulnere naris).*

Por último, frente a este proceder ecléctico del autor, que parece el más convincente, hay que referirse también a la propuesta de T. W. Allen, quien, en un artículo antiguo[28], defendió una tesis incomprobable y hoy desestimada: la de la utilización en la *Ephemeris* de una crónica sobre la guerra

---

25 «Ditti Cretese», *Enc. Virgiliana* II, Roma, 1985, págs. 109-110. Sobre tal cuestión existe una vieja monografía: H. Dunger, *De Dictye-Septimio Vergilii imitatore,* Dresde, 1886.

26 Todos los detalles sobre en qué pasajes se encuentra esa versión de la traición de Eneas a su patria pueden verse en A. Ruiz de Elvira, «Ab Anchisa usque ad Iliam», *Cuad. de Filología Clásica* 19 (1985), 29-32.

27 Art. cit., pág. 110.

28 «Dictys of Crete and Homer», *Journal of Philosophy* 31 (1912), 207-233.

de Troya anterior a Homero. Esto es casi como defender la real existencia de Dictis cretense, compañero de Idomeneo, y su remota autoría de la *Ephemeris*.

3. *La obra de Dares*

La narración latina conservada del texto de Dares ha llegado a nosotros en los manuscritos, con leves variantes, con el título de *Historia de la destrucción de Troya,* pero su título original, como el de la obra de Dictis, podría ser también *Ephemeris belli Troiani,* por cuanto que en el capítulo final leemos la expresión *sicut acta diurna indicant quae Dares descripsit,* donde *acta diurna* tal vez sea traducción de la forma griega *Ephemeris.* Es mucho más breve que la de Dictis (ocupa un solo libro) y está escrita en estilo bastante peor; y quiere pasar por ser, según consta en la epístola inicial, traducción de un original griego hallado en Atenas por Cornelio Nepote, el famoso historiador del siglo I a. C., quien, en esa misma epístola, le envía y presenta el relato «a su amigo Salustio Crispo», a saber, el también famoso historiador del siglo I a. C. El uso de nombres de tan célebres historiadores no tiene su origen, evidentemente, sino en la pretensión de dar al texto el prestigio de aquéllos y simultáneamente hacer hincapié en su carácter historiográfico.

F. Meister, editor de la obra, mantiene la opinión de que el texto latino que conservamos es el texto original y no es el resultado de ninguna traducción del griego, como el de Dictis, aunque en la epístola preambular de la obra se pretenda hacer creer lo contrario: que es una traducción literal de un texto coetáneo de la guerra de Troya, sin que se diga si ese original, por ser de autor frigio, estaba escrito en frigio o, por haberse encontrado en Atenas mucho tiempo después, había sido ya traducido al griego, o bien, porque Da-

res a pesar de ser frigio supiera griego, estaba escrito en griego desde el principio. Pero poco importan tales detalles en una superchería tan poco hábilmente forjada que quiere convencernos de que Cornelio Nepote —del que no sabemos por ninguna otra fuente que hubiera estado en Atenas ni que fuera amigo de Salustio—, del siglo I a. C., escribió un texto tan desmañado y que pertenece por su lengua, de modo tan manifiesto, a la tardía latinidad.

Mas, a pesar de la autorizada opinión de Meister, no hay tampoco datos que nos impidan creer, haciendo caso parcial a la epístola inicial, que el texto latino de Dares sea la versión de un original griego, tal vez coetáneo al original de Dictis, esto es, del siglo II d. C. o acaso de fines del I. Y podemos aventurarnos incluso a sospechar que, por la concisión expresiva y porque el presunto traductor —el fingido Cornelio Nepote— nombra en el cuerpo del texto, fuera de la epístola inicial, a Dares dos veces en tercera persona (en XII y en XLIV, capítulo final), lo que nos queda en latín sea el resumen de un original griego. Y además porque existe el testimonio de Eliano (*Varia Historia* XI 2), de la segunda mitad del siglo II d. C., según el cual hubo una *Ilíada* en frigio obra de Dares, escrita con anterioridad a Homero[29]; y aunque no estemos dispuestos a creernos tal noticia, sí hemos de pensar que dicho autor se basaba para su afirmación en una obra griega —tal vez el original que luego traduciría el Pseudo Nepote— que se remitía a esta *Ilíada* en frigio y que quería pasar por traducción de la misma (pues no es en modo alguno verosímil que en época de Eliano estuviera escrito ya el texto latino de Dares que conocemos, visiblemente más tardío, como ya hemos dicho).

---

[29] Cf. MEISTER, *Daretis Phrygii De excidio Troiae historia*, Leipzig, 1873, introd., pág. XIV, quien desestima rápidamente la noticia de Eliano.

Podría decírsenos que, si en realidad existió ese original griego de la historia de Dares, debería haber dejado alguna impronta más en la literatura griega de tema troyano —pues es verdad que autores como Malalas, Cedreno, Tzetzes y otros, tal y como muestran influencia de Dictis, podrían también mostrarla de Dares—, pero si no la dejó, respondemos, es acaso por su perspectiva antigriega, rechazable por autores griegos, y aún así, en la parte más aséptica y objetiva, esto es, en la descripción física de los personajes de uno y otro bando (capítulos 12 y 13, uno de los pasajes más representativos), sí que parece haber secuelas de Dares —del presunto Dares griego, es de sospechar— en esos citados autores[30].

La posterior noticia de San Isidoro en *Etimologías* I 41 de que Dares fue el primer historiador de los gentiles, autor de una historia sobre griegos y troyanos, escrita en hojas de palmera, hay que interpretarla como tomada del texto latino de Dares (concretamente de la epístola) pero en contaminación con el dato, confusamente recordado, procedente del prólogo de Dictis y referido a la propia obra de éste, de que su relato se escribió «en membranas de corteza de tilo» *(in tilias),* pues posiblemente a Isidoro llegara la obra de ambos reunida en un solo libro[31].

En cuanto a la procedencia del nombre del frigio Dares, sí que se parte, en cambio, de un nombre troyano que consta en Homero como el de un sacerdote de Hefesto, del que se dice lo siguiente: «Había entre los troyanos un cierto Dares, opulento y sin tacha, sacerdote de Hefesto. Dos hijos tenía: Fegeo e Ideo, expertos ambos en todo tipo de lucha...» *(Il.* V

---

[30] Sobre tales aspectos versa el antiguo estudio de O. Schissel, *Dares-studien,* Halle, 1908.

[31] Así lo supone, creo que con buen fundamento, Meister, introd. cit., pág. XIV.

9-11). Dares es también en la *Eneida* el nombre de un troyano que toma parte, en la especialidad de lucha, en los juegos fúnebres celebrados en honor de Anquises y es derrotado por Entelo; no se identifica exactamente con el homérico[32], aunque para la creación del personaje Virgilio ha partido, sin duda, de la noticia homérica sobre la consumada habilidad como pugilistas de los hijos del sacerdote: «era el único —dice el poeta (*Eneida* V 370-374)— que solía competir con Paris, y también él, junto al sepulcro en el que yace el grandísimo Héctor, a Butes, de cuerpo gigantesco, que se gloriaba de proceder del linaje bébrice de Ámico, lo abatió y lo extendió moribundo sobre la amarilla arena», y se cuenta en la epopeya virgiliana también cómo este Dares murió finalmente a manos de Turno (XII 363). De modo que el autor real de esta narración, guiado por su pretensión de verosimilitud, ha inventado este personaje —autor ficticio— dándole un nombre de rancio abolengo troyano, pero sin que haya datos que permitan identificarlo ni con el Dares de Homero ni con el de Virgilio.

La *Historia de la destrucción de Troya* termina con la conquista de la ciudad, sin informar —como sí que hacía la obra de Dictis— sobre el regreso de los griegos a su patria —de acuerdo con esa óptica exclusivamente troyana—, pero, en cambio, comienza narrando acontecimientos anteriores al rapto de Helena, es decir, ampliando por delante, con respecto a Dictis, el contenido de su relato, que abarca así desde la expedición argonáutica, con escala de los argonautas en Troya, donde cogen prisionera a Hesíone, y sigue con el rapto de Helena —que es así no el origen de la con-

[32] En cambio así lo sostiene MEISTER, sorprendentemente, en la introducción a su citada edición, pág. XI.

tienda, sino una respuesta al anterior rapto de Hesíone, remontándose por tanto la culpabilidad y, otra vez en consonancia con el interesado punto de vista troyano, haciéndola recaer en los griegos—, el viaje a Troya de los griegos, las muertes de Protesilao y Patroclo, y el desarrollo de la guerra en una larga sucesión de batallas y treguas, en el curso de la cual muere Héctor; en el bando griego Palamedes sucede en el mando a Agamenón, pero muere al poco tiempo, recobrando Agamenón su jefatura; de nuevo, como en Dictis, se narra la pasión de Aquiles por Políxena, y la muerte a traición que ello le ocasiona, pero antes se exponen también las hazañas guerreras de Troilo, que al cabo sucumbe; se lee luego la llegada de Neoptólemo, las muertes de Alejandro y Áyax, la llegada de Pentesilea y su muerte a manos de Neoptólemo, y finalmente la traición de Anténor y Eneas, que culmina con la entrega de la ciudad a los griegos, su conquista, la muerte de su rey Príamo y el reparto de prisioneros entre los vencedores; finalmente, en el último capítulo, se hace balance en lo que a duración de la guerra y bajas por ambos bandos se refiere.

En cuanto a la cronología del texto latino, la mención que de él hace San Isidoro —pues suponemos que se refiere a la obra latina— nos proporciona un término *ante quem:* no más arriba del siglo VI. Pero, por otra parte, la mala calidad literaria de su latín, el avanzado grado de su evolución y la distancia de la norma clásica aconsejan no datarlo con anterioridad a ese siglo. De modo que, con el consenso de la mayoría de los estudiosos, damos como fecha muy probable para el Dares latino el siglo VI de nuestra era, sin que se pueda precisar más[33].

[33] Sólo un poco antes (a fines del V) se atreve a datarlo W. SCHETTER en su estudio «Dares und Dracontius über die Vorgeschichte des Trojanischen Krieges», *Hermes* 115 (1987), 211-231.

Por lo que toca a la cuestión de las fuentes, tratándose de una obra como ésta, con muestras fehacientes de querer oponerse a la tradición, no sabemos a ciencia cierta si bebió de obras poco prestigiosas y para nosotros desconocidas, habida cuenta de las frecuentes discrepancias radicales que presenta con todo lo que ha llegado hasta nosotros, o si, más bien, se trata en esos casos de caprichosas innovaciones e invenciones con un fin meramente falaz. Parece evidente que el texto —el texto griego, seguramente, del que, como hemos avanzado, el latino no sería sino un resumen— se elabora a la vista del de Dictis y del de Homero, pero utilizando tales modelos, por lo general, de manera antifrástica, esto es, teniéndolos en cuenta para decir cosas diferentes. Los contactos con Dictis no lo son tanto temáticos, cuanto de enfoque idéntico de una misma materia, a saber, su intención de impacto sobre la tradición, su propósito de apariencia historiográfica, con recurso al apoyo de la «autopsia» y con el pretexto aducido del original antiguo redescubierto, su enfrentamiento a la leyenda troyana con igual cautela racionalista e igual eliminación del aparato divino, y, por añadidura, la voluntad de Dares de hacer una obra complementaria de la de aquél. En cuanto a las relaciones con Homero, da la impresión de que ciertos episodios están creados sobre la falsilla de otros homéricos, a pesar de su no total consonancia: así el encuentro en medio del combate entre Áyax y Héctor, su reconocimiento como parientes, su intercambio de regalos y consiguiente pacto recíproco de no hostilidad (Dares 19), parece una proyección del encuentro de Glauco y Diomedes en el libro VI de la *Ilíada;* así el salvamento de Alejandro por Eneas —hijo de Venus, no se olvide—, quien lo protegió con su escudo y lo sacó del campo de batalla (Dares 21), puede entenderse como una racionalización del episodio de la *Ilíada* (II 380 ss.) en el que Venus

saca a Paris del combate cubriéndolo con una nube; así la embajada a Troya de Ulises y Diomedes y su encuentro con Dolón (Dares 22), aunque todo lo demás sea distinto, evoca la incursión nocturna de aquéllos contra el campo enemigo, con asesinato del tal Dolón, en el libro X de la *Ilíada;* así el disgusto de Aquiles por haberse trasladado el mando a Palamedes, a la par que por estar enamorado de Políxena y no ver vía libre a su amor, y su consiguiente cólera que le lleva a no querer salir al combate (Dares 27 y 28) suena como remedo de la homérica «cólera de Aquiles»; y la embajada que le envía Agamenón para intentar doblegarlo (Dares 30) parece una repetición de la que tiene lugar en *Ilíada* IX, aunque los emisarios no sean los mismos. Por lo que atañe a la prosopografía de los personajes, Dares sigue a Homero para las cualidades morales de los héroes más fuertemente caracterizados por la tradición, aunque los detalles físicos, numerosos y realistas, con que nos los presenta, no provienen de Homero por lo general[34]. Así pues, Homero le proporciona la versión *vulgata* de la tradición, contra la cual construye Dares sus supercherías, pero con especial oposición a Dictis que, en líneas generales y salvo algunas notorias discrepancias con la *Ilíada,* seguía la secuencia homérica de los acontecimientos, según ya hemos notado. Se hace muy evidente en Dares la intención de chocar con los datos homéricos y tradicionales, como cuando se habla de la desaparición de Cástor y Pólux al ir en persecución de Paris y Helena (cap. 11); o de la muerte de Idomeneo en el transcurso de la guerra a manos de Héctor (cap. 24); o de la muerte de Héctor por Aquiles sin pena ni gloria, esto es, sin

---

[34] Esa es la conclusión del estudio de E. Botto-L. de Biasi, «Ritratti dei personaggi in Darete Frigio: raffronto con i testi omerici», en *Materiali e contributi per la storia della narrativa greco-latina* II, Ist. Fil. Latina Univ. di Perugia, 1978, págs. 107-139.

ningún relieve y sin las noticias del arrastre del cadáver y su posterior rescate (cap. 24); o de la de Deífobo por Palamedes en medio de la batalla (cap. 28) y no —como Virgilio sostiene— por Menelao en la noche final de Troya, tras haberse casado con Helena; o de la conquista de Troya sin la artimaña del caballo de madera (cap. 40), queriendo acaso dar a entender, implícitamente, que tal versión fue producto de la confusión de un dato real: que en la puerta en la que se produjo la entrega de la ciudad había esculpida sobre la piedra la cabeza de un caballo.

Hay un momento al comienzo de la narración (cap. 1), cuando el autor se refiere a la expedición argonáutica, en que invita a sus lectores a acudir para más información a una obra sobre los argonautas *(sed qui volunt eos cognoscere, Argonautas legant),* obra que, en principio, no sabemos cuál sea de las varias que se escribieron sobre dicho tema. Ahora bien, más adelante (cap. 15), Dares nombra a Filoctetes como participante en tal empresa colectiva, y puesto que dicha participación sólo aparece testimoniada en las *Argonáuticas* de Valerio Flaco, y no en las de Apolonio ni en las órficas, es de suponer —aunque podría tratarse de otra fuente desconocida para nosotros— que la referencia sea a Valerio Flaco. Sin embargo, esto nos enfrenta a otro problema de difícil solución: la relativa rareza de que un autor que escribe en griego se remita a fuentes latinas, sobre todo cuando las tenía sobre ese mismo asunto escritas en griego.

Y pasamos ya a hablar de aspectos puramente formales. El estilo del texto latino de Dares es totalmente escolar, escueto y repetitivo, sin que evidencie dotes ni voluntad literaria ninguna en su autor. Bien lo caracteriza Meister[35], su editor, al decir: *Stilus, sit venia verbo in hoc scriptore, est*

---

[35] Introd. cit., pág. XVII.

neglegentissimus: eadem verba, eaedem constructiones saepissime repetuntur neque ulla in rebus describendis ars aut studium varietatis manifestum est («El estilo —si es que se nos permite usar esta palabra tratándose de este escritor— es sumamente descuidado: se repiten frecuentísimamente las mismas palabras, las mismas construcciones y no se evidencia elegancia ninguna en las descripciones ni afán ninguno de variación»), y acaba sospechando, como lógica deducción de este hecho, que estamos seguramente ante la árida narración de un mal epitomista o de un escolar de pocos años *(scilicet epitomatoris vel etiam pueruli ieiunam narrationem te legere suspiceris).*

En efecto, tal vez como muestra más palmaria de esta monótona aridez hay que destacar la verdadera manía por el asíndeton, tanto entre frases como entre elementos de una frase, de modo que lo que otros autores emplean como recurso estilístico, como ruptura ocasional del normativo enlace mediante conjunción copulativa, aquí, puesto que se convierte en lo reiteradamente habitual, se trata ya de un vicio injustificado. Es superfluo presentar ejemplos, porque basta con abrir el libro para comprobarlo, pero he ahí un caso que atañe a los elementos de una frase (cap. 13): *Agamenonem albo corpore, magnum, membris valentibus, facundum, prudentem, nobilem, divitem,* y en toda la caracterización de los distintos personajes, desplegada en los capítulos 13 y 14, no hay en ningún caso conjunción de enlace entre los dos últimos elementos de la enumeración; un ejemplo que ilustre ese abuso del asíndeton y de la yuxtaposición entre frases puede ser, de los infinitos, éste del cap. 16: *Achilles cum magno praedae commercio ad exercitum Tenedum revertitur, Agamemnoni rem gestam narrat, Agamemnon adprobat, conlaudat.*

La frase suele ser corta y, por añadidura, hay muy poco uso de la subordinación (y dentro de ella, una notoria rentabilidad de la conjunción *ut* en todos sus valores), con usos divergentes del latín clásico. Son frecuentes también los anacolutos. Es abundantísima la perífrasis del verbo *coepi* más infinitivo; y relativamente abundantes las perífrasis de *debeo* y *oportet* más infinitivo.

Como en Dictis, la repetición de circunstancias narrativas da lugar —pero de forma mucho más exacerbada— a la repetición de frases, que aquí ya son fórmulas, tales como *nox proelium dirimit, fit magna caedes, acriter pugnatur,* o *multa milia cadunt.*

A todo lo cual hay que añadir la presencia de vulgarismos, algunos de los cuales ya veíamos también en Dictis: *fuerat* (cap. 15) en vez de *venerat*, *vadunt* (cap. 22) en vez de *veniunt,* la propia perífrasis, ya citada, de *debeo* más infinitivo, supliendo a la perifrástica pasiva.

En conclusión, la lengua de Dares se muestra en un estadio avanzado de evolución con respecto al latín clásico[36], de modo que bien puede considerarse representativa del latín tardío. Y en cuanto al estilo, no podemos decir ni siquiera que haya verdadera preocupación por la forma; parece que al autor le interesa exclusivamente transmitir, del modo más simple posible, el contenido de su relato; ya lo reconocía así el autor, el presunto Cornelio Nepote, en la epístola preliminar, quien remite tal simplicidad de estilo a su hipotética fuente griega:

> *nihil adiciendum vel diminuendum rei reformandae causa putavi [...] optimum duxi ita ut fuit vere et simpliciter*

---

[36] Véase al final de la edición de MEISTER el índice de expresiones latinas, muestra de múltiples desvíos de la norma clásica.

perscripta, sic eam ad verbum in latinitatem transvertere, ut legentes cognoscere possent quomodo res gestae essent.

(pensé que no era conveniente añadir ni quitar nada con la excusa de corregirla [...] opté por traducirla literalmente al latín, tal y como había sido escrita, con veracidad y con estilo sencillo, para que quienes la lean puedan enterarse de cómo se desarrollaron los acontecimientos.)

Y en esto el Dares latino es ya una obra de espíritu medieval.

4. *Fortuna de Dictis y Dares*

Dares, y su inseparable Dictis, fueron —lo repetimos de nuevo— los sucedáneos de Homero en el Medievo occidental. El escaso o nulo conocimiento del griego, a la par que el carácter mismo de las obras de ambos —que se presentaban como defensoras de la verdad histórica frente a las mentiras de los poetas, y de Homero en particular, y que rehuían todo lo sobrenatural, abundando, en cambio, en explicaciones evemeristas y racionalistas— las convertían en productos sumamente estimables para la mentalidad de aquellos siglos. Además el tema de Troya gozaba de un prestigio singular, no sólo porque en la Antigüedad había sido el ciclo legendario más fecundo literariamente, sino porque ya en Roma había constituido un fundamento genealógico aireado una y otra vez —y especialmente desde la *Eneida*— y, en continuidad, sirvió también desde época merovingia[37] para alentar entronques semejantes entre los francos, mostrando en ello el afán de vincularse a la tradición romana:

[37] Cf. G. Highet, *op. cit.*, I, págs. 92-93, y J. Seznec, *Los dioses de la Antigüedad en la Edad Media y el Renacimiento,* Madrid, 1983, págs. 28-29.

los francos —se decía[38]— eran descendientes de un tal Franco, troyano que, como Eneas, había escapado de la destrucción de Troya y fundado París, ciudad a la que llamó con el nombre del hijo de Príamo raptor de Helena. Pretensiones en la misma dirección tuvieron los bretones, presuntos descendientes de un tal Bruto o Brito, de origen troyano, que fue el primer rey de Bretaña[39]. De modo que ese prestigio favoreció también la propagación de la historia troyana.

Junto a Dictis y Dares —que representan la tendencia antihomérica a propósito de lo relativo a Troya— hay que contar también en ese mismo ámbito como fuentes para dicho tema, aunque de menor proyección, con la *Ilias Latina* y el *Excidium Troiae,* libros que mantienen fidelidad a la versión homérica de los hechos, especialmente la *Ilias* como resumen versificado que es de la *Ilíada.* Esta obra comprende un total de 1070 hexámetros, carece de autor conocido, aunque hay varias atribuciones, y es datable en cualquier caso en el siglo I de nuestra era[40]. El *Excidium Troiae,* obra mucho menos conocida y fecunda que las anteriores, es un anónimo texto en prosa, relativamente breve, que ha de fecharse por razones de lengua en el siglo VI d. C., cuyo argumento está básicamente constituido por un resumen de la

---

[38] Leyenda ésta explotada, según explica SEZNEC, *loc. cit.*, por J. M. LEMAIRE DES BELGES, en sus *Illustrations de Gaules et Singularités de Troie.*

[39] Tal origen se expone primeramente en la obra de G. DE MONMOUTH, *Historia regum Britanniae,* de 1135 (cf. G. HIGHET, *op. cit.*, I, pág. 92).

[40] Sobre la problemática de esta obra y su fortuna medieval, véanse las páginas introductorias del libro de T. GONZÁLEZ ROLÁN-M.ª F. DEL BARRIO-A. LÓPEZ FONSECA, *Juan de Mena, la Ilíada de Homero,* Madrid, 1996, que es no sólo, básicamente, la edición crítica de la traducción de esta obra por JUAN DE MENA, sino también una revisión del tema de Troya desde la Antigüedad hasta el siglo XV.

Eneida, precedido de un sumario sobre la guerra de Troya y sus orígenes, y coronado con un sucinto informe sobre la posteridad de Eneas y la fundación de Roma[41]. Las *Heroidas* y *Metamorfosis* de Ovidio, además, obras difundisísimas en los siglos medievales —como es bien notorio—, son, con su referencia ocasional al ciclo troyano, fuentes también por las que llega filtrado a la literatura medieval europea un contenido que era a menudo, en última instancia, homérico o, al menos, no discrepante con Homero. De modo que, como bien sintetizan González Rolán, del Barrio Vega y López Fonseca[42], podemos distinguir entre las fuentes antiguas del tema troyano en el Medievo una corriente ortodoxa u homérica, menos fecunda, representada por estas últimas obras, y otra heterodoxa o antihomérica, representada por Dictis y Dares. El predominio de la versión antihomérica frente a la homérica quedará subvertido en el Renacimiento, y esta pugna y victoria alternativa será índice de un cambio de valores, de un cambio en la consideración de la cultura antigua, que conlleva aún más hondas implicaciones.

Los relatos de Dictis y Dares, y más en especial el de Dares —que, en cuanto que filotroyano, era heredero de una actitud muy romana, de cuya continuidad se mostraban afanosos los hombres del Medievo— influyeron directa e indirectamente en la literatura de los siglos XII, XIII, XIV y XV. Su influencia indirecta se llevó a cabo a través principalmente de dos obras, dependientes entre sí: la primera es el poema francés de Benoît de Sainte-Maure, el conocido *Ro-*

---

[41] Editado por primera vez por E. B. ATWOOD y V. K. WHITAKER (Cambridge [Mass.], 1944) y por segunda y última vez, hasta el momento por A. K. BATE (Frankfurt-Berna-N. York, 1986).

[42] *Op. cit.*, págs. 7 ss.; véase especialmente el ilustrador esquema de pág. 25.

man de Troie, del siglo XII (hacia 1160)[43], y la segunda, el relato en prosa latina de Guido de Columnis (o Guido de Colonna o delle Colonne, en italiano) titulado *Historia destructionis Troiae*[44], que no es sino una adaptación del anterior poema, y data de fines del siglo XIII (concretamente, de 1287). Partiendo de tales obras se hacen adaptaciones, refundiciones y resúmenes, que divulgan ampliamente este conjunto de leyendas, de forma que en la literatura de la época no hay ciclo heroico más cultivado y manoseado que éste.

El poema de Benoît de Sainte-Maure se alarga hasta más de 30.000 versos; en su mayor parte consiste en una paráfrasis del texto de Dares, y sólo sus aproximadamente 5.000 últimos versos o pocos más recogen contenido procedente del libro VI de Dictis, de manera que —al igual que Dares— comienza hablando de la expedición argonáutica, considerada como el germen remoto de la contienda, y culmina —en seguimiento de Dictis— con las correrías de Ulises y la muerte trágica del itacense a manos de su hijo Telégono, habido de Circe. El libro trata la materia antigua con propósito de acomodarla a su momento histórico, por lo que abundan los anacronismos de toda especie; incurre en alguna que otra incongruencia, como secuela de la no armonización de sus dos fuentes (por ejemplo, hace morir dos veces y de distinta manera a Palamedes y a Áyax); potencia además, con intención evidente de incrementar el atractivo de

---

[43] Edición de L. Constans (B. de Sainte-Maure, *Le Roman de Troie,* París, 1904-1912, en 6 vols.), de la que, al parecer, existe reproducción fotostática de 1968, que no he conseguido tener a mi alcance.

[44] Edición de N. E. Griffin (G. de Columnis, *Historia destructionis Troiae,* Cambridge, Mass., 1936). Actualmente contamos con la traducción castellana de M. A. Marcos Casquero (Madrid, Akal, 1996), precedida de una muy útil introducción.

la historia, el componente amoroso, y así, apoyándose en la pormenorizada descripción que hace Dares de Briseida, por una parte, y de las hazañas de Troilo, por otra, conecta a ambos personajes en una aventura amorosa que después de él tendrá larga fortuna literaria[45] (en el *Filóstrato* de Boccaccio, en un poema de Chaucer, en el drama *Troilo y Crésida* de Shakespeare; y dentro de la literatura española, en las *Sumas de historia troyana de Leomarte,* y en unas epístolas originales incluidas por Juan Rodríguez del Padrón en su *Bursario,* libro que tiene como núcleo la traducción de las *Heroidas* de Ovidio). El poema fue objeto de traducciones y ampliaciones en diversas lenguas europeas, y de un éxito particular en España del que enseguida daremos cuenta.

La *Historia destructionis Troiae* de Guido de Columnis —acabada, como arriba señalábamos, más de 120 años después que el *Roman*— vuelve a presentar en prosa latina la materia misma que aquella obra ofrecía en francés y en verso, pero cita, sin embargo, como fuentes directas a Dares y Dictis y no al poema de Benoît de Sainte-Maure, que era el que verdaderamente había tenido ante la vista. Además, según conclusiones de Marcos Casquero, su traductor reciente[46], Guido parece haber derivado datos de las *Etimologías* de San Isidoro, cita la *Eneida* con alguna frecuencia (sin que se pueda afirmar con certeza que su conocimiento sea directo) y es casi seguro que se inspira en las *Heroidas* y *Metamorfosis* de Ovidio para algunas ampliaciones de Benoît. En cuanto a su tratamiento de la fuente, esto es lo que dice Marcos Casquero, buen conocedor de la obra: «Guido simplifica o selecciona, racionaliza o discute, suprime u omi-

---

[45] Véase «Troilo y Criseida» en E. FRENZEL, *Diccionario de argumentos de la literatura universal,* Madrid, 1976, págs. 468-469.

[46] Cf. introd. cit., págs. 41-43, y su art. cit., págs. 90-91.

te, e incluso introduce abundantes elementos de su cosecha, apóstrofes, reflexiones morales, digresiones poéticas, aparte de sus consideraciones eruditas o pseudoeruditas»[47], y a continuación destaca también la extremada misoginia de Guido, muchas veces manifiesta, sin que para ello tuviera precedente ninguno en el *Roman.*

Volvamos sobre lo hasta ahora visto para considerar la curiosísima evolución y metamorfosis, lingüística y literaria, de unos mismos contenidos, ejemplo inigualable de los múltiples avatares que conlleva a veces la tradición clásica: una primera obra poética excelente —la *Ilíada*— genera como réplica, al cabo de muchos siglos, unas obras escritas en prosa griega —los originales de Dictis y Dares— que se pierden no sin antes ser traducidas al latín, también en prosa y de forma resumida una de las dos —son los textos latinos de Dictis y Dares que aquí traducimos y prologamos—, y que a su vez, al paso de los siglos, generan una fecunda descendencia, entre la cual sobresale una obra poética escrita en francés —el *Roman de Troie*—, que funde en un solo conjunto los contenidos de aquellas dos obras, y ésta, a su vez, engendra, como lo más señalado de su prole, una obra que cambia de nuevo el verso por la prosa y el francés por el latín, volviendo, pues, al estatuto de los abuelos —la obra de Guido de Columnis—; y la cadena sigue complicándose y añadiendo eslabones nuevos. Un ejemplo vistoso de tal progresiva complicación lo subraya Highet con luminosa ironía[48]: puesto que el *Roman* fue traducido al latín por Guido, y la obra de Guido traducida de nuevo al francés por Raoul Lefèvre en 1464 con el título de *Le recueil des hystoires troyennes*, y la obra de Lefèvre traducida al inglés

[47] Introd. cit., pág. 43.

[48] *La tradición clásica,* cit., I, págs. 94-95.

por William Caxton, y esta traducción fue fuente de Shakespeare para su *Troilo y Crésida,* dice el autor de *La tradición clásica* que dicha obra de Shakespeare es «dramatización de una parte de una traducción inglesa de una traducción francesa de una imitación latina de una antigua ampliación francesa de un epítome latino de una novela griega». Ningún ejemplo mejor acaso de intertextualidad que éste, una intertextualidad en cadena; pocos casos más paladinos que nos hablen de la continua metamorfosis de los temas y de la autofagocitosis y autorregeneración constante de la literatura.

Aparte de las dos influyentes obras de Benoît y Guido, a fines del siglo XII, sólo unos pocos años después de publicarse el *Roman de Troie,* pero sin influencia de dicha obra, Joseph Iscanus, un poeta inglés natural de Exeter, compuso en latín su *De bello Troiano,* epopeya en hexámetros (un total de 3.673) sobre la guerra de Troya, tal y como la contaba Dares (y Dictis, en menor medida): de hecho el título de la obra aparece también como *Ilíada de Dares frigio.* Dares es, en efecto, su fuente primordial; sus modelos poéticos y de versificación son Virgilio, Ovidio y los épicos latinos del siglo I d. C. No tuvo el poema de Iscano la repercusión del *Roman* ni de la obra de Guido, pero es una muestra más, y de notable calidad literaria, de la fortuna de ambos falsarios[49].

Durante los siglos XII y XIII, en suma, la materia troyana de Dictis y Dares había sido productiva en las letras —latinas o romances— de la Europa occidental.

[49] Contamos con una traducción castellana de esta obra, precedida de una magnífica presentación: M.ª ROSA RUIZ DE ELVIRA, *José Iscano. La Ilíada de Dares frigio,* Madrid, 1988.

Por lo que a España se refiere, aparte de las dos inscripciones latinas, grabadas sobre las tumbas de Guillermo Berenguer y Sancho el Fuerte (localizada la primera en el santuario de San Miguel de Fay y la segunda en el monasterio de Oña, y datando la primera de 1057 a 1060 y la segunda de 1072), en las que se compara a los difuntos con Paris por su prestancia física, y con Aquiles y Héctor por su valor guerrero[50], y aparte de que sabemos que los juglares del siglo XII debían conocer, entre otras historias, la de Troya[51], el primer testimonio literario romance de tales leyendas lo constituye el *Libro de Alexandre* (de la primera mitad del siglo XIII) en el pasaje que va desde la cuaderna 321 hasta la 762, extendiéndose, por tanto, a lo largo de nada menos que 1.764 versos. Todo lo relativo a la conquista por los griegos de la mítica ciudad está expuesto aquí como discurso con el que Alejandro instruye a los suyos al llegar a Frigia y contemplar las ruinas de Troya y el sepulcro de Aquiles. Lo

---

[50] La primera es un dístico elegíaco, que así dice:

Hice, Wielme, iaces Paris alter et alter Achilles,
non impar specie, non probitate minor,

y que traduciríamos como: «Aquí yaces tú, Guillermo, un nuevo Paris y un nuevo Aquiles, no distinto a aquél en prestancia, ni menor que éste en probidad». Y la segunda la componen dos hexámetros acentuales con rima leonina, que rezan de este modo:

Sanctius forma Paris et ferox Hector in armis
clauditur hac tumba iam factus pulvis et umbra,

y que, a su vez, traduciríamos así: «Sancho, un Paris en su apariencia y un feroz Héctor en las armas, está enterrado en esta tumba, convertido ya en polvo y en sombra». Cf. la obra de A. REY y A. GARCÍA SOLALINDE, *Ensayo de una bibliografía sobre las leyendas troyanas en la literatura española*, Bloomington (Indiana), 1942, págs. 73-74.

[51] Según informa MENÉNDEZ PIDAL en *Poesía juglaresca y juglares*, Madrid, 1924, pág. 169.

fundamental de la materia deriva en este caso no de Dictis y Dares[52], sino de la mencionada *Ilias latina,* razón por la que no nos demoraremos aquí en la consideración de esta obra.

Después del *Libro de Alexandre* hay exposición de lo relativo a Troya en la *Grande e General Estoria* de Alfonso X el Sabio (mediados del siglo XIII). La presencia del relato de Dares, principalmente, y del de Dictis, en los capítulos sobre Troya de dicha obra monumental es un hecho constatado no sólo por la continua remisión del rey sabio a la autoridad de ambos cronistas, sino por la confrontación misma del texto de aquéllos con el de la obra medieval[53]. Más en concreto, la obra de Dares proporciona el esqueleto y guión para la narración alfonsí sobre la legendaria contienda, puesto que era, sin duda, el texto más unitario y abarcador de que se disponía: sus 44 capítulos están desarrollados en 155 capítulos de la *General Estoria* (del 449 al 603 de la segunda parte; además, el 11 de Dares en el 612). Y a este contenido se añaden y subordinan precisiones derivadas de otras fuentes (frecuentemente las *Metamorfosis* y *Heroidas* de Ovidio, o bien sus glosas medievales, obras estas en las que se transmitía un material que a menudo procedía en última instancia de Homero) y versiones a veces contrarias a las ya expuestas y de difícil cohesión con ellas. Llega el relato de Dares a la segunda parte de la *General Estoria* sin

---

[52] Ni tampoco, en mi opinión, y contra la de otros investigadores, del *Excidium Troiae.*

[53] Véase mi trabajo «Dares en Alfonso X», en *Homenatge a M. Dolç. Actes del XII Simposi de la Secció Catalana i de la Secció Balear de la SEEC (Palma, 1 al 4 de febrer de 1996),* Palma de Mallorca, 1997, págs. 393-396. Es esta una cuestión, por cierto, tratada con mucha extensión y rigor en el recentísimo libro de J. CASAS RIGALL, *La materia de Troya en las letras romances del siglo XIII hispano,* Santiago de Compostela, 2000, del que no hemos podido servirnos en esta introducción por haber llegado a nuestras manos cuando ya la teníamos prácticamente concluida.

mediación —o sin apenas mediación— del *Roman de Troie,* como puede comprobarse de una triple lectura confrontada. No obstante, en la tercera parte de la obra alfonsí se hace sentir ya, con más evidencia, la presencia del poema de Benoît de Sainte-Maure, esto es, la presencia mediata de Dares. Como nota que es característica de la transmisión medieval de los mitos es de señalar la existencia de múltiples corruptelas en los nombres propios, tales que muchas veces llegan a hacérsenos irreconocibles. Ejemplo de la relativa libertad con que en la obra hispana se aderezaba el testimonio antiguo es este relato, que a continuación reproducimos, sobre cómo Dictis y Dares tomaron la decisión de preservar la memoria de los acontecimientos, relato seguramente inventado en un intento de justificar la elección de fuentes, de afianzar la autoridad de las mismas y de explicar su distinta perspectiva a propósito de los mismos hechos; en él se reconstruye imaginativamente un ingenuo diálogo entre los dos narradores *(General Estoria,* 2.ª parte, cap. 604):

> Con aquel Antenor de Troya, que era omne poderoso e de grand guisa, andaua vn buen clerigo troyano otrosi e auie nonbre Dayres. E quando vio la fazienda de los griegos e sabie el lo de los troyanos, entendio que grand cosa era e que mucho durarie. E por ende puso toda su entençion en tener ojo en los fechos de Troya commo se fazien, e escriuiolos todos. E en la hueste de los griegos auie otrosi otro maestro buen clerigo. E a este dezian Ditis, e era omne ardit e sabidor.
>
> E aquestos dos, Dayres e Ditis, fallaronse en vno despues de la destruyçion de Troya. E commo eran omnes buenos letrados, quando se commençaron a fablar, entendieronse e acompannaronse. E fueron fablando en vno en companna, e vinieron a la razon de Troya, e marauillaronse de tal fecho commo aquel e de tal destruymiento e tamanna mortandat de omnes. E retrayen que serie muy bien quien

lo ouiese todo escrito. E dixo estonçes Dayres: «Todo quanto fue fecho en Troya del comienço fasta la fin yo lo vi muy bien e lo se.» E quando Ditis aquello vio, dixo: «Quanto los griegos fizieron yo lo vi otrosi, e delante estude a todo e se lo muy bien.» E estonçes acordaron amos en vno que escriuiesen esta estoria. E fizieronla e escriuieronla en griego.

El tema de Troya, según constaba en Dictis y Dares y en las obras que a su sombra se escriben, proporciona materia argumental a una serie de crónicas que se escalonan a lo largo de los siglos XIV y XV. Así, en el siglo XIV, el *Roman de Troie* nuevamente, la *Historia* de Guido de Columnis y la *Grande e General Estoria* son las fuentes de las llamadas *Sumas de Historia Troyana,* presuntos resúmenes de la obra de un desconocido Leomarte. De 1350 data la versión castellana del *Roman de Troie,* llamada «de Alfonso XI», que se conserva completa en un manuscrito de El Escorial e incompleta en varias copias, y que fue traducida dos veces al gallego en el mismo siglo XIV. Más o menos coetánea de la anterior —aunque Menéndez Pidal rebajaba su fecha al XIII[54]— parece ser la «versión polimétrica» del susodicho poema francés, que se conserva en dos manuscritos, uno de la Biblioteca Nacional y otro del Escorial; es traducción no del todo completa, correspondiéndose con el pasaje que va desde los versos 5.703 a 15.567 del original[55]. De Guido existen varias traducciones en el ámbito hispánico: la cata-

[54] Cf. M. A. MARCOS CASQUERO, «El tema troyano en la Edad Media...», art. cit., pág. 98.

[55] Cf. A. G. SOLALINDE, «Las versiones españolas del *Roman de Troie*», *Rev. de Filología Española* 3 (1916), 121-165; y A. REY-A. G. SOLALINDE, *Ensayo de una bibliografía de las leyendas troyanas en España,* Bloomington, Indiana, 1942. Cf. también el prólogo de M. PIDAL a la polimétrica.

lana de Jacme Conesa, de 1374; la aragonesa de Juan Fernández de Heredia, de fines del XIV; y la castellana de Pedro de Chinchilla, de 1443. En un manuscrito del Escorial, del siglo XV, se conserva también una miscelánea de Guido, de la versión de Alfonso XI y de la polimétrica. Y por fin la *Crónica Troyana* impresa, cuyo texto es refundición del de Leomarte con adiciones de Guido, conoce 15 ediciones a lo largo de los siglos XV y XVI, desde la primera de 1490 a la última, de 1587.

Fuera ya de la prosa, los cancioneros del siglo XV, que acuden a los nombres mitológicos para construir sus listas de ejemplos, exhiben, junto con los extraídos de las *Metamorfosis* y *Heroidas*, un verdadero muestrario de los relacionados con la guerra de Troya[56] en variopinta mezcla con otros bíblicos e históricos, y deformados casi siempre como secuela de un mal entendimiento, de una mala transmisión textual o incluso con la intención de acomodarlos a la rima propuesta. Así en este decir de fray Migir en el *Cancionero de Baena:*

El grant Alexandre que puso conquista
por todo el mundo e toda nasçyón,
Troylo e Daryo, el grant Agonista,
Menelao, Priamo e Agamenón,
Tyndaro e Pyrro, Saul e Selamón,
de todos aquestos, deçidme ¿qu'es d'ellos?,

o en este otro del propio Juan Alfonso de Baena, versos en los que se observa, como síntoma de dependencia de Dares, una actitud filotroyana y una imagen negativa de Eneas, que nada tiene que ver con la virgiliana:

[56] Cf. el reciente libro de F. CROSAS LÓPEZ, *La materia clásica en la poesía de Cancionero*, Kassel, 1995, y nuestra reseña de este libro en *Romance Philology* 51 (1997), 262-266.

Yo ley la espantable
e crüel guerra de Troya,
do se perdió tanta joya
e gentío innumerable,
e morió el venerable,
poderoso rey Priamos
e los dos sus fijos anbos:
Paris, Éctor el notable.

Yo ley, pero con pena,
el rey noble desque muerto,
que mataron a grant tuerto
a su fija Poliçena;
¡o maldita seas Elena,
con toda tu fermosura,
que senbraste tal tristura,
non fesiste como buena!

Yo ley que fue solada
la çibdat toda por suelo,
e se fiso muy grand duelo
desque vieron ser robada
la muy linda enamorada
del buen caballero Archiles,
que por manos crueles, viles,
de Pirro fue degollada.

Yo ley en la perdiçión
d'esta Troya cosas feas,
fechas todas por Eneas
dentro del grant Elión,
ca vendió el Paladión
a los griegos, e Menalao,
desque vio Elena en su nao
alçó velas de rendón.

Esa permeabilidad a la materia troyana se detecta no menos en los grandes poetas del XV, especialmente el Mar-

qués de Santillana y Juan de Mena. Del primero es interesante la copla 50 del *Sueño* como noticia ilustrativa sobre las fuentes de dicho ciclo de Troya, aludiéndose a Dictis, Dares y Guido de Columnis:

De las huestes he leído
que sobre Troya vinieron,
e quántas e quáles fueron,
segund lo recuenta Guido;
e non menos he sabido
por Dayres sus defenssores;
e sus fuertes valedores
Dite los ha resumido[57].

Los siguientes versos del *Laberinto* (octava 89) de Mena testimonian el encuentro y conflicto de las dos figuras de Eneas: la dependiente de Dictis y Dares, típicamente medieval, que lo ve como traidor, y la virgiliana, más a tono con el espíritu renacentista por cuanto que arranca del autor modélico, maestro de Dante:

Allí te fallamos, o Polinestor,
cómo truçidas al buen Polidoro
con fambre maldita de su grand thesoro
non te membrando de fe nin d'amor;
ya se t'açerca aquel vil Anthenor,
triste comienço de los padüanos;
allí tú le davas, Eneas, las manos,
aunque Virgilio te de más honor.

---

[57] González Rolán, Del Barrio, López Fonseca, *op. cit.*, págs. 12-13, explican cómo algunos años después de escribir estos versos (entre 1446 y 1452, según parece) el Marqués de Santillana podría contar ya con una fuente homérica sobre la guerra de Troya, puesto que le llegó de Italia un ejemplar con la traducción latina de varios libros de la *Ilíada* por Pier Candido Decembrio.

Precisamente el choque entre ambos testimonios es una muestra del conflicto conceptual y axiológico entre el Medievo y los nuevos tiempos. Dictis y Dares, la prosa, la verdad histórica, se contraponen a Virgilio, el verso, la verdad poética. Así, con inclinación por Virgilio —léase, en consecuencia, la correspondiente orientación renacentista—, en el prólogo de la traducción de la *Eneida* por don Enrique de Villena se dice así:

> ¡O poderoso Dios que, pasados más de mill annos después de Eneas, suscitastes la virgiliana lengua faziendo le repasar las faltas que la ystoria de Frigius Dares testigua contra Eneas, así en caber en el vendimiento de su propia çibdat como haber esfuerzo remiso y demás elevar sus loores con tanta serenidat de palabras...!

Se rompe de esta manera con el desconocimiento medieval de la obra virgiliana, y con el favor de que en la misma época había gozado Dares. Y en las glosas a la *Eneida* del mismo Enrique de Villena, con las que enriqueció su pionera traducción de la epopeya virgiliana, se recogen ecos múltiples de las leyendas troyanas, provenientes no sólo de las bien conocidas obras de Benoît de Sainte-Maure y, sobre todo, de Guido de Columnis, sino también de otras algo menos difundidas, como la *Ystoria fiorita* de Micer Armenino (que data de 1329) y del anónimo *Excidium Troiae,* obra a la que ya nos hemos referido y que aquí aparece bajo la sorprendente denominación de «*Eneida* en prosa» y bajo la autoría de San Isidoro[58].

Aún en el XV, en la novela catalana *Curial e Güelfa,* aflora la polémica entre Homero y sus detractores Dictis y

---

[58] Cf. R. SANTIAGO, «De los comentarios de E. de Villena a la *Eneida* y la transmisión del *tema de Troya* en España», en *Philologica Hispaniensia in honorem Manuel Alvar,* III, Madrid, 1986, págs. 517-531.

Dares: Curial, en sueños, es reclamado para juzgar entre ambas partes acerca de la respectiva veracidad, y se inclina por los detractores[59]. En el mismo siglo, la obra de Guido sirve de fuente primordial a la obra de Diego de Valera *Origen de Troya y Roma*[60]. Y repercusión de todas estas fuentes antiguas y medievales tenemos en los *Comentarios a Eusebio* del Tostado[61].

En fin, tal difusión tuvieron las leyendas troyanas, que un poeta singular de aquel siglo como Jorge Manrique, no poco desdeñoso ya de los dioses y héroes de la Antigüedad, refleja este abuso contemporáneo de la materia troyana y busca otros ámbitos de ejemplificación menos remotos, al decir en sus conocidos versos *(Coplas* 15):

Dexemos a los troyanos
que sus males non los vymos,
ni sus glorias...

Para una más cabal información sobre la influencia en nuestra literatura medieval y renacentista del tema troyano y en particular de Dictis y Dares como fuentes, remitimos a la ya frecuentemente aquí citada obra de Agapito Rey y Antonio García Solalinde, *Ensayo de una bibliografía de las leyendas troyanas en la literatura española*. Ahí se da cuenta también de la presencia del tema en el romancero[62]. E incluso de cómo los relatos de los dos falsarios antihoméricos siguieron siendo productivos en obras de época moderna tales como la de Ginés Pérez de Hita, *Los diez y siete libros*

---

[59] Cf. A. Rey-A. García Solalinde, *op. cit.*, pág. 76.

[60] Cf. R. Sanmartín Bastida, «El tema troyano en *Origen de Troya y Roma* de Diego de Valera», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 14 (1998), 167-185.

[61] Cf. A. Rey-A. García Solalinde, *op. cit.*, pág. 50.

[62] Págs. 58-61.

de Daris de Belo Troyano [...], de 1596, sin indicación de lugar; la de Joaquín Romero de Cepeda, *La antigua, memorable y sangrienta destruyción de Troya [...]*, publicada en Toledo en 1583; o la de Cristóbal de Monroy y Silva, *Epítome de Historia de Troya [...]*, impresa en Sevilla en 1641.

Muy clarificadoras son las páginas que en el libro ya citado de González Rolán-del Barrio-López Fonseca *(Juan de Mena. La Ilíada de Homero)* se dedican a la presencia hispánica en el Medievo de las fuentes antiguas sobre el tema y a ponderar cómo el conocimiento de Homero a través de traducciones es en el siglo XV un indicio clave de cambio en la consideración de la Antigüedad, una marca evidente de penetración del Renacimiento en nuestra cultura.

Y, con acotación al siglo XIII hispano y referencia especial al *Libro de Alexandre*, a la *General Estoria* y a la *Historia troyana polimétrica,* contamos ahora con la rigurosa monografía, ya antes citada, de J. Casas Rigall, donde Dictis y Dares, junto con otros textos antiguos tales como la *Ilias Latina* y el *Excidium Troiae,* son considerados como fuentes del tema de Troya.

Alargando un poco más el panorama de esta recepción de Dictis y Dares en nuestras letras de épocas posteriores —recepción ya muy menguada—, queremos añadir dos breves notas. En primer lugar, una prueba de que Lope de Vega había leído a Dares y de que tal lectura afectó, aunque fuera mínimamente, a su creación literaria; en el canto X de su *Isidro* quiere describir las personas de Isidro y de su esposa María, y cita explícitamente, como modelo de prosopografías, a Dares con su pintura minuciosa de héroes y heroínas grecotroyanos; él seguirá —dice— igual procedimiento:

Y pues que Darete frigio
escribió en loores vanos
de los griegos y troyanos

que habitan el lago Estigio
señas, rostros, pies y manos,

pintando blanca y serena
a Casandra y Policena,
robustos Héctor y Aquiles,
Paris de miembros gentiles
y de ojos negros Helena,

a Briseida vergonzosa,
rojo a Eneas y a Castor,
viejo y prudente a Nestor,
sabia a Andrómaca y hermosa,
flaco y astuto a Antenor,

alto y rico a Agamenón,
impaciente a Merión,
y bien formado a Diomedes,
animoso a Palamedes
y gallardo a Telamón,

bien será, Isidro beato,
pues vos estáis en la gloria,
que tengáis esta memoria
más imitando al retrato
que a vuestra sucinta historia...

En segundo lugar indicaré el que probablemente sea en nuestra literatura el último fruto del árbol de Dictis (que, hemos visto, fue bastante menos fecundo que su menos elegante y menos cuidadoso compañero)[63]. Me refiero a una novela mitológica de Fernando Díaz-Plaja titulada *Un corresponsal en la guerra de Troya* (de 1975), que basa su argumento en la *Ilíada*, pero tomando no pocos rasgos del *Diario de la guerra de Troya;* comparte, en efecto, con esta

---

[63] Cf. V. Cristóbal, «Homero y Dictis cretense en una novela sobre Troya de Fernando Díaz-Plaja», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios latinos* 12 (1997), 107-117.

obra el racionalismo y la pugna con Homero. El argumento mítico según los versos de aquél queda modificado por la adopción de un punto de vista ajeno al de la fuente-base: todos los sucesos están contados por un corresponsal tartesio mandado al teatro de hostilidades como enviado especial del periódico *La Voz de Tartesos*. Ése es el primero y más estruendoso anacronismo de los múltiples y divertidos que presenta esta desenfadada novela. El relato del corresponsal está salpicado de comentarios de tipo palefatista y evemerista sobre el texto homérico, de forma muy paralela a lo que hacía Dictis (y Dares). Pero además, donde la deuda con Dictis se hace palmaria es en el prólogo en el que se cuenta —y reconózcase en ello la impronta del prosista latino— cómo se llevó a cabo el hallazgo de las crónicas del corresponsal tartesio:

> En 1961, cuando el mundo erudito hablaba todavía del descubrimiento de los «Rollos» del mar Muerto, un pastor de Creta, buscando una cabra que se le había extraviado, encontró en una cueva unas monedas de oro del tiempo romano. En la sospecha de que podía haber más dinero enterrado avisó a un compañero, y ambos trabajaron durante varias noches a la luz de las antorchas mientras hacían de día la vida normal con sus rebaños, para evitar el compartir con nadie lo que pensaban les enriquecería. Pero su desilusión fue grande cuando, al romper un jarrón que hallaron enterrado en el fondo de la cueva, en lugar de monedas encontraron unos pergaminos. Uno de los pastores propuso quemarlos; el otro se opuso diciendo que siempre habría algún turista loco que les diera algo por ello. Efectivamente, cuando empezó la temporada de verano del mismo año, un inglés llamado John Baldwin aceptó comprarlos. Los pastores obtuvieron, tras mucho regateo, la cantidad de diez dólares, ya que se negaron a aceptar libras esterlinas [...]

En general, no obstante, a partir del siglo XVI, en lo concerniente a la saga troyana, la autoridad de Homero y Virgilio vuelve a imponerse sobre la de los dos prosistas tardoantiguos.

Los numerosos códices en que se nos ha transmitido el texto de Dictis se agrupan en dos familias, que, entre otras diferencias, se distinguen porque, mientras en una de ellas se transmite el prólogo inicial, pero no la epístola, en la otra sucede al revés: el *Codex Sangallensis* 197, del siglo IX o X, es el representante más antiguo y mejor de la primera, mientras que el *Codex Aesinas* lat. n.º 8, del siglo X, descubierto más tardíamente y utilizado por primera vez por Eisenhut para la fijación del texto, es el representante más antiguo y autorizado de la segunda. Respecto al texto de Dares, asimismo fecundo en testimonios, distingue igualmente su editor Meister dos familias codíceas, de una de las cuales el mejor representante es el mismo *Sangallensis* 197 ya aludido, que transmite juntas, como ocurre con frecuencia, las obras de los dos autores; de la otra, el testigo más importante es el *Leidensis bibliothecae universitatis Vossianus lat.* F. 113, del siglo X, aunque le faltan casi enteros los nueve primeros capítulos.

5. *Nuestra traducción*

El traductor de Dictis y, sobre todo, de Dares se enfrenta a una tarea singular, cuya dificultad principal no radica en tener que encaramarse a la altura estilística del autor al que se vierte —esto es lo que sucede en el caso de Virgilio, Horacio y Ovidio—, sino, al revés, en mantenerse en guardia para no seguir el muy comprensible y noble afán de utilizar en la versión un estilo y una forma pulida y elegante, porque en estos originales, escritos —como ya hemos avisado— en

un latín mediocre (Dictis) o ramplón (Dares), esa elegancia y pulimento brillan por su ausencia.

Dicho de otro modo: con Virgilio, Horacio y Ovidio lo habitual es que el traductor se quede por debajo de la expresión lingüística del original, mientras que con Dictis y Dares lo más probable es que quien los vierte —por muy escaso que sea el dominio de su propia lengua y muy escasas que sean sus dotes literarias— sobrepase en estilo a sus originales. Cuando se traslada, en efecto, a los grandes poetas de Roma antes mencionados, el traductor, siendo mínimamente fiel a la dicción antigua, conseguirá —es muy probable— una cierta elevación y elegancia, y si comprende que es mucha aún la distancia entre el original y la versión, puede tranquilizarse, convencido de la inalcanzable calidad de sus modelos, repitiendo aquello de *non omnia possumus omnes,* y a sabiendas de que apenas hay otro modo de reflejarlos. Pero tratándose de estos dos tardíos prosistas, el intérprete ha de frenarse para no corregirlos en su expresión y para no ser acusado —si tal hiciera— de infidelidad.

Mas, como, no obstante, el que acomete dicho trabajo se ve condicionado también por una deuda con sus lectores, a saber, la de presentar el original de la mejor manera posible, resulta ser la suya una verdadera y difícil encrucijada. Y ésta ha sido la doble exigencia por la que me he visto apremiado en la traducción presente de Dictis y Dares. No he querido hacer, desde luego, un producto peor que el original, pero tampoco mejor. Podría decir a este respecto lo mismo que dice, en la epístola inicial al texto de Dares, el Pseudo Cornelio Nepote: «Pensé que no era conveniente añadir ni quitar nada con el propósito de corregirla [la obra de Dares]; de otro modo podría parecer mía. Así pues, opté por traducirla literalmente al latín, tal y como había sido escrita, con veracidad y con estilo sencillo». Y, simultánea-

mente, he pretendido que sus contenidos fueran accesibles y claros para el lector contemporáneo (y podría, por tanto, seguir diciendo, como el pseudo Nepote: «para que quienes la lean puedan enterarse de cómo se desarrollaron los acontecimientos...»).

Mi traducción, de este modo, ha sido el resultado de ese difícil equilibrio entre las dos fidelidades y deudas.

Como muestra de mi propósito de no falsear la expresión del original, diré que no me ha parecido oportuno, por ejemplo —salvo en casos muy contados en que la expresión castellana se veía oscurecida y dañada—, parcelar y cortar los amplios períodos de Dictis (como suelen hacer otros traductores), para no quebrantar lo que considero un rasgo estilístico.

En los frecuentes períodos de estilo indirecto he acudido a un recurso que, en castellano, me parece muy idóneo y clarificador (puesto en práctica por J. L. Moralejo en su traducción de los *Anales* de Tácito en esta misma colección): la inserción, entre guiones, de la apostilla «dice», o «decía», o «seguía diciendo», o expresiones similares.

En cuanto a la transcripción de los nombres propios mitológicos sigo, en general, las normas preconizadas por M. Fernández-Galiano (*La transcripción castellana de los nombres propios griegos*, Madrid, 1969) y la práctica de A. Ruiz de Elvira en su *Mitología Clásica* (Madrid, 1975).

Por último, sí deseo dejar constancia —para descargo de posibles errores, sobre todo— de que ésta es, que yo sepa, la primera traducción al español de las obras de Dictis y Dares. Y de que de la sabia revisión que ha llevado a cabo mi maestro, Antonio Ruiz de Elvira, conocedor como nadie de la mitología antigua e inigualable traductor de textos clásicos, se ha visto enriquecido el texto que aquí presento; por ello le manifiesto públicamente, una vez más, mi agradecimiento.

NOTA CRÍTICA

No he tenido elección por lo que se refiere a las ediciones seguidas: han sido las teubnerianas de W. Eisenhut (1958) para Dictis, y de F. Meister (1873) para Dares; de las cuales me aparto en muy pocos pasajes (en algunos casos para corregir meras erratas), que a continuación consigno:

DICTIS

I 1, pág. 4, lín. 11: sigo la lectura *transegere* del códice Esinate en lugar de *transiere*, de la segunda mano del Bernense, que adopta Eisenhut.

II 11, pág. 28, lín. 9: leo *accurrunt*, que aparece por errata como *accurunt*.

III 3, pág. 62, lín. 23: debe leerse *quam offerent ultro* en vez de *quam offerent; ultro*, siendo errata sin duda ese punto y coma que se introduce.

III 3, pág. 62, lín. 24: leo *eorum* en vez de la evidente errata *erorum*.

III 15, pág. 71, lín. 5: leo *gesta erant. Ipse* en vez de *gesta erant ipse*.

V 5, pág. 106, lín. 9: leo *superpositum* en vez de *superpositium*, errata evidente.

DARES[64]

III 5, 8: no acepto el añadido *quod ubi* del editor.

VI 8, 10: no acepto el añadido *Antenorem* del editor.

VII 9, 12: no acepto el añadido conjetural de Meister *coepit:* el *sperare* se puede entender como infinitivo histórico, aunque sea raro tras el estilo indirecto; el sujeto en nominativo indica ya el cambio al estilo directo.

VII 9, 21: rechazo la adición de *ob* por Meister: el *quod* se puede entender como acusativo de relación o bien como sujeto de *placuit,* explicado luego por la oración de infinitivo, su aposición.

VIII 10, 8: no acepto el añadido *sui* de la edición veneciana de 1499, aceptado por Meister: no hace falta explicitar el posesivo en el texto latino, aunque sí se explicite luego en la traducción.

VIII 10, 19-20: mantengo la lectura *et periculum inire,* a pesar de que Meister secluye tal secuencia porque, según él, V la omite *non male.*

VIII 11, 2: mantengo *et ita paratus est,* a pesar de la seclusión de Meister.

IX 11, 18: traduzco el texto de los manuscritos *iam navigare sciebat* y rechazo la corrección de Meister *navigaverat,* que sigue aquí la edición veneciana de 1499.

XI 14, 4: no acepto, por innecesario, el añadido *exorta.*

XVIII 22, 16: rechazo el añadido *Mopsus de Phrygia.*

XVIII 22, 17: rechazo el añadido *Nastes.*

XVIII 23, 5: rechazo el añadido *et Odius.*

XIX 23, 17: no acepto la conjetura *escensionem,* sino la lectura *excessionem* de los manuscritos.

XXII 27, 18: mantengo *legati,* a pesar de la seclusión de Meister, quien se basa en que A lo omite *non male:* Dares nos tiene acostumbrados a la repetición.

---

[64] El número romano indica el capítulo, el primer número arábigo indica la página y el segundo, la línea de la ed. de Meister.

XXXIV 40, 21: no acepto la conjetura de Meister en este pasaje, sino que traduzco según el texto de G *sibi insidias ei collocari*.

XXXIV 41, 1: texto muy problemático; aunque traduzco según la conjetura de Meister *satis sibi victum esse*, no me parece desdeñable el texto de L *satis sibi visum esse* («suficiente habían visto ellos»); G ofrece *satis esse suae vitae* que podría haber surgido (apoyo para la conjetura de Meister) como una glosa de *satis sibi victum esse*.

XXXVI 44, 5: rechazo el añadido de Meister *venit et in*.

XXXVI 44, 13: rechazo la conjetura de Meister *multosque* y acepto *multos utrique* de LG.

XXXVII 44, 21: rechazo la conjetura *convocet;* sigo *cogat* de G.

XXXVII 45, 12: no hay por qué seguir a Meister —creo— en su conjetura *egerunt* frente a *fecerunt* de G. El sentido no difiere en ambos casos, a pesar de que, en efecto, resulte más rara, menos clásica, la construcción con *fecerunt*.

XXXVIII 46, 2: rechazo la conjetura *auctores* de Meister frente a *ductores* de los manuscritos.

XLI 49, 20: no acepto el añadido *se* de Meister y, en lugar de la lectura *Polyxena* de algunos manuscritos, seguida por él, sigo *Polyxenam* de G; la lectura *Polyxena* ha surgido, sin duda, por pérdida del signo de nasalización en la vocal última.

XLII 51, 9: sigo el texto de G *perquirat*, y no *inquirat*, conjetura de Meister.

BIBLIOGRAFÍA

a) *Ediciones de Dictis*

F. Meister, Leipzig, 1872 (basada casi exclusivamente en el códice Sangallense 197 [G]).

W. Eisenhut, Leipzig, 1958 (ofrece en apéndice los restos del papiro del original griego).

b) *Ediciones de Dares*

A. Dederich, Bonn, 1835 (basada sólo en el ms. G).

F. Meister, Leipzig, 1873.

J. Stohlmann, Wuppertal, 1968 (ed. del ms. *Paris.* 8430).

c) *Traducciones*

Ditti Cretese e Darete Frigio storici della guerra troiana, volgarizzati dal Cav. Compagnoni, Milán, 1819.

The Trojan War. The Cronicles of Dictys of Crete and Dares the Phrygian, by R. M. Frazer (traducción inglesa con introd. y notas), Bloomington-Londres, 1966.

Untersuchungen zu Dares Phrygius, von A. Beschorner, Tübingen, 1992 (traducción alemana en págs. 12-63; comentario en págs. 64-192).

Récits inédits sur la guerre de Troie, traduits et commentés par G. Fry, París, 1998 (introducción, traducción y notas de la *Ilias Latina* y de las obras de Dictis y Dares).

d) *Estudios*

T. W. ALLEN, «Dictys of Crete and Homer», *Journal of Philosophy* 31 (1912), 207-233.

G. ANDERSON, *The Second Sophistic. A Cultural Phenomenon in the Roman Empire,* Londres-Nueva York, 1993.

E. B. ATWOOD, «The Rawlinson *Excidium Troiae.* A study of Source Problems in Mediaeval Literature», *Speculum* 9 (1934), 379-404.

—, «The *Excidium Troiae* and Medieval Troy Literature», *Modern Philology* 35 (1937), 115-118.

D. BARTONKOVÁ, «Dares Phrygius et Dictys de Crète. Leur place dans la littérature antique», *Sborník Prací Filosofické Fak. Brnenské* 25 (1980), 223-234.

A. K. BATE (ed.), *Excidium Troiae,* Frankfurt am Main, 1986.

J. E. BERRIGAN, «The Trojan War in the Chronicon of Benzo d'Alessandria», *The Classical Journal* 61 (1966), 219-221.

A. BESCHORNER, *Untersuchungen zu Dares Phrygius (Classica Monacensia* n.° 4), Tubinga, 1992.

L. de BIASI, «I ritratti dei personaggi in Darete Frigio: raffronto con i testi fisiognomici», *Koinoia* 3 (1979), 53-112.

—, «Ditti Cretese e Darete Frigio (con cenni sul romanzo antico e sulla scienza fisiognomica)», en I Lana (ed.), *La storiografia latina del IV secolo d. C.*, Turín, 1990, págs. 210-219.

J. W. BINNS (ed.), *Latin Literatur of the Fourth Century,* Londres, 1974.

E. BOTTO, L. DE BIASI, «Ritratti dei personaggi in Darete Frigio: raffronto con i testi omerici», en *Materiali e contributi per la storia della narrativa greco-latina* II, Ist. Fil. Latina Univ. di Perugia, 1978, págs. 107-139.

D. R. BRADLEY, «Troy revisited», *Hermes* 119 (1991), 232-246.

G. CAMBIER, «Que révèle une nouvelle collation des feuillets 21r-29r du Bruxellensis B. R. 3920-3923?», *Latomus* 26 (1967), 1021-1024.

A. CAMERON, «Poetae Novelli», *Harvard Studies in Classical Philology* 84 (1980), 127-175.

—, «The latin Revival of the Fourth Century», en W. Treadgold, *Renaissances before the Renaissance*, Stanford, 1984, págs. 42-58.

J. Casas Rigall, «Sobre la adaptación de *Ilias Latina* en el *Libro de Alexandre* y cuestiones conexas (de Dictis y Dares a Alfonso X)», en S. Fortuño y T. Martínez (eds.), *Actes del VII Congrés de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval (Castelló de la Plana, 22-26 de Setembre de 1997)*, Castellón, 1999, vol. II, págs. 39-53.

—, *La materia de Troya en las letras romances del siglo XIII hispano,* Santiago de Compostela, 2000.

Q. Cataudella, «Cinque cruces in Ditti Cretese», *Rivista di Cultura Classica e Medioevale* 18 (1976), 205-209.

E. Champlin, «Serenus Sammonicus», *Harvard Studies in Classical Philology* 85 (1981), 189-212.

J. D. Cooke, «Evhemerism: a Mediaeval Interpretation of Classical Paganism», *Speculum* 2 (1927), 396-410.

R. J. Cormier, «The problem of anachronism. Recent scholarship on the French medieval romances of antiquity», *Philological Quarterly* 53 (1974), 145-157.

V. Cristóbal, «Ulises y la *Odisea* en la literatura latina», en *Actas del VIII Congreso Español de Estudios Clásicos (Madrid, 23 al 28 de septiembre de 1991),* II, Madrid, 1994, págs. 481-514.

—, «Dares en Alfonso X», en *Homenatge a M. Dolç. Actes del XII Simposi de la Secció Catalana i de la Secció Balear de la SEEC (Palma, 1 al 4 de febrer de 1996),* Palma de Mallorca, 1997, págs. 393-396.

—, «Homero y Dictis Cretense en una novela sobre Troya de Fernando Díaz Plaja», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 12 (1997), 107-117.

E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media Latina,* 2 vols., México, 1976 (= 1948).

J. Dingel, «Spätantike Troia-Romane», en I. Gamer-Wallert (ed.), *Troia: Brücke zwischen Orient und Okzident,* Tubinga, 1992, págs. 219-229.

H. DUNGER, *Die Sage von troianischen Kriege in den Bearbeitungen des Mittelalters und ihren antiken Quellen,* Leipzig, 1869.

W. EISENHUT, «Zum neuen Dictys-Papyrus», *Rheinisches Museum* 112 (1969), 114-119.

—, «Spätantike Troia-Erzählungen- mit einem Ausblick auf die mitteralterliche Troia-Literatur», *Mittellateinisches Jahrbuch* 18 (1983), 1-28.

E. FARAL, *Recherches sur les sources latines des contes et romans courtois du Moyen Âge,* París, 1913.

J. G. FARROW, «Aeneas and Rome: pseudepigrapha and politics», *The Classical Journal* 87 (1991-1992), 339-359.

P. FRASSINETTI, «Darete Frigio», en *Enciclopedia Virgiliana,* I, Roma, 1984, págs. 1000-1002.

—, «Ditti Cretese», en *Enciclopedia Virgiliana,* II, Roma, 1985, págs. 109-110.

E. FRENZEL, *Diccionario de argumentos de la literatura universal,* Madrid, 1976.

B. FRITZ, «Note su Darete Frigio», en *Studi F. della Corte,* Urbino, 1987, I 391-395.

G. FRY, *Récits inédits sur la guerre de Troie,* París, 1998.

C. GARCÍA GUAL, *Los orígenes de la novela,* Madrid, 1988.

—, «Un truco de la ficción histórica: el manuscrito reencontrado», *1616,* 10 (1996), 47-65.

G. F. GIANOTTI, «Le metamorfosi di Omero: il «romanzo di Troia» dalla specializzazione delle scholae ad un pubblico di non specialisti», *Sigma* 1 (1979), 15-32.

T. R. GLOVER, *Life and letters in the 4th century,* Cambridge, 1901.

M. GODI, *Una redazione poetica latina medievale della storia De excidio Troiae di Darete Frigio,* introd., ed. y notas, Roma, 1967.

T. GONZÁLEZ ROLÁN, M.ª F. DEL BARRIO, A. LÓPEZ FONSECA, *Juan de Mena, la Ilíada de Homero,* Madrid, 1996.

W. GREIF, *Die mittelalterlichen Bearbeitungen der Troianersage: ein neuer Beitrag zur Dares- und Dictysfrage,* Marburgo, 1886.

N. E. GRIFFIN, *An Introduction to the Study of Medieval Versions of the Story of Troy,* Baltimore, 1907.

A. GRILLO, *Tra filologia e narratologia. Dai poemi omerici ad Apollonio Rodio,* Ilias Latina, *Ditti-Settimio, Darete Frigio, Draconzio,* Roma, 1988.

—, «Atreo contro Catreo: due parole in lotta nel testo di Ditti-Settimio», *Rivista di Filologia e d'Istruzione Classica* 118 (1990), 436-440.

—, «Sul testo dell'epistula di Settimio premessa alla Storia della guerra di Troia di Ditti Cretese», en *Studi G. Monaco* III, Palermo, 1991, págs. 1263-1268.

G. HIGHET, *La tradición clásica,* Méjico, 1978 (= Oxford, 1948).

M. IHM, «Der griechische und lateinische Dictys», *Hermes* 44 (1909), 1-22.

I. JOHNSON-MOSER, *Index Criticus verborum Daretis Phrygii,* Hildesheim, 1968.

A. JOLY, *Benoît de Sainte-More et le Roman de Troie ou les métamorphoses d'Homère et de l'épopée greco-latine au moyen âge*, París, 1870.

J. F. KINDSTRAND, *Homer in der Zweiten Sophistik,* Uppsala, 1973.

E. V. LEUTSCH, «Homeros im Mittelalter», *Philologus* 12 (1857), 366-368.

R. M. LUMIANSKY, «Dares' Historia and Dictis' *Ephemeris*: A critical Comment», en E. Bagby Atwood- Archibald A. Hill (ed.), *Studies in Language, Literature and Culture of the Middle Ages and later*, Austin, 1969, págs. 200-209.

M. DE MARCO, «Di un presunto commento al libro secondo dell'Eneide», *Aevum* 28 (1954), 378-379.

M.-A. MARCOS CASQUERO, «El tema troyano en la Edad Media. Guido delle Colonne ¿traductor de Benoît de Sainte-Maure?», *Estudios Humanísticos. Filología* 15 (1993), 79-99.

S. MERKLE, *Die* Ephemeris belli Troiani *des Diktys von Kreta,* Frankfurt, 1989.

—, «'Artless and abrupt'?: Bemerkungen zur Ephemeris belli Troiani des Diktys von Kreta», en *Groningen Colloquia on the Novel* III, 1990, págs. 79-90.

—, «The Truth and Nothing but the Truth: Dictys and Dares», en G. Schmeling (ed.), *The Novel in the Ancient World,* Leiden-N. York-Colonia, 1996, págs. 563-580.

A. M. MILAZZO, «Achille e Polissena in Ditti Cretese: un romanzo nel romanzo?», *Le forme e le storia* 5 (1984), 3-24.

B. MUNK OLSEN, «Dares Frigius» y «Dictys Cretensis», en *L'étude des auteurs classiques latins aux XIe et XIIe siècles, I: Catalogue des manuscrits classiques latins copiés du XIe au XIIe siècle: Apicius-Juvenal,* París, 1982, págs. 363-378 y 379-382 respectivamente.

J. PALLÍ BONET, *Homero en España,* Barcelona, 1953.

A. PAVANO, «Mopsus o Asius? Note a Darete 22.15-19, 23.3-4, 19.5-6 (ovvero le metamorfosi di Omero)», *Sileno* 20 (1994), 395-400.

A. PERISTERAKIS, Δίκτυς ὁ Κρής, Atenas, 1984.

A. PUNZI, *Sulla sezione troiana della General estoria di Alfonso X,* Roma, 1995.

E. K. RAND, «The classics in the XIII century», *Speculum* 4 (1929), 249-269.

A. REY, A. GARCÍA SOLALINDE, *Ensayo de una bibliografía de las leyendas troyanas en la literatura española,* Bloomington, 1942.

G. O. ROBERTS, *Joseph of Exeter, The Iliad of Dares Phrygius,* trad., introd. y notas, Ohio, 1966.

O. ROSSBACH, «Dares», en PAULY-WISOWA, *Real-Encyclopädie der Classischen Altertumwissenschaft* IV.8, Stuttgart, 1901, págs. 2213-2215.

—, «Dictys», en PAULY-WISOWA, *Real-Encyclopädie der Classischen Altertumwissenschaft* V.9, Stuttgart, 1903, págs. 589-591.

F. RUBIO, «La 'Historia de Troya' de Alfonso el Sabio», *La Ciudad de Dios* 174 (1961), 357-380.

L. RUBIO, *Catálogo de los manuscritos clásicos latinos existentes en España,* Madrid, 1984.

A. RUIZ DE ELVIRA, «De Paris y Enone a Tristán e Iseo», *Cuadernos de Filología Clásica* 4 (1972), 99-136.

—, «Mito y *novela*», *Cuadernos de Filología Clásica* 5 (1973), 15-52.
—, «Helena. Mito y etopeya», *Cuadernos de Filología Clásica* 6 (1974), 95-133.
—, *Mitología Clásica,* Madrid, 1975.
—, «Pílades, Orestes e Ifigenia», *Cuadernos de Filología Clásica* 12 (1977), 47-58.
—, «Filoctetes y Neoptólemo», *Cuadernos de Filología Clásica* 16 (1979-1980), 9-15.
—, «Ab Anchisa usque ad Iliam», *Cuadernos de Filología Clásica* 19 (1985), 13-34.
—, «Ifigenia (De Enómao a Ifigenia)», *Cuadernos de Filología Clásica* 23 (1989), 31-37.
M.ª R. Ruiz de Elvira y Serra, *Frigii Daretis Yliados libri VI. Investigación sobre sus fuentes literarias,* Madrid, 1983.
—, *José Iscano. La Ilíada de Dares frigio,* Madrid, 1988.
R. Sanmartín Bastida, «El tema troyano en Origen de Troya y Roma de Diego de Valera», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 14 (1998), 167-185.
R. Santiago Lacuesta, «De los comentarios de Enrique de Villena a la Eneida y la transmisión del tema de Troya en España», en J. Fernández-Sevilla *et al.* (coords.), *Philologica Hispaniensia in honorem Manuel Alvar,* Madrid, 1986, vol. III, págs. 517-531.
M. Scaffai, «Note al testo dell'Ilias Latina», *Studi Italiani di Filologia Classica* 50 (1978), 191-214 .
R. Scuderi, «Il tradimento di Antenore», *Contributi dell'Istituto di Storia Antica dell'Università del Sacro Cuore* 4 (1976), 28-49.
D. R. Schackleton Bailey, «Textual Notes on lesser Latin Historians», *Harvard Studies in Classical Philology* 85 (1981), 155-184.
M. R. Scherer, *The Legends of Troy in Art and Literature,* N. York-Londres, 1963.
W. Schetter, «Dares und Dracontius über die Vorgeschichte des Trojanischen Krieges», *Hermes* 115 (1987), 211-231.

—, «Beobachtungen zum Dares Latinus», *Hermes* 116 (1988), 94-109.

O. Schissel von Fleschenberg, *Dares-Studien*, Halle, 1908.

V. A. Sirago, «La seconda sofistica come expressione culturale della classe dirigente del II sec.», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* II 33.1, Berlín, 1989, págs. 36-78.

A. G. Solalinde, «Las versiones españolas del 'Roman de Troie'», *Revista de Filología Española* 2 (1916), 121-165.

C. Speck, «Reg. Lat. 834 and other unstudied manuscripts of Dictys Cretensis», *The Classical Bulletin* 55 (1979), 54 [Breve discusión de seis manuscritos del XV no mencionados en la ed. crítica de Eisenhut].

W. Speyer, «Die unbekannte Epitome des Dictys Cretensis im Codex Brixiensis 691», *Rheinisches Museum* 107 (1964), 76-92.

W. B. Stanford, *The Ulisses Theme*, Oxford, 1963.

H. D. Taylor, *The Medieval Mind*, Londres, 1930.

S. Timpanaro, «Per la critica testuale dell'*Ephemeris* di Ditti-Settimio», en *Contributi di filologia e di storia della lingua latina*, Roma, 1978 (= *Lanx Satura Nicolao Terzaghi oblata*, Génova, 1963, págs. 325-342, con algunos añadidos).

—, «Sulla composizione e la tecnica narrativa dell' *Ephemeris* di Ditti-Settimio», en *Filologia e forme letterarie. Studi offerti a F. della Corte*, Urbino, 1987, 4, págs. 169-215.

K. Usener, «Dictys und Dares, über troischjen Krieg: Homer in der Rezeptinskrise?», *Eranos* 92 (1994), 102-120.

V. Ussani, «La critica e la questione di Ditti alla luce del codice di Iesi», *Rivista di Filologia e d'Istruzione Classica* 36 (1908), 42 ss.

—, «Osservazioni sulla lingua dell' *Ephemeris belli Troiani*», *Actes Xe Congrès de Linguistes*, IV, 1970, págs. 521-527.

G. Vanotti, *L'altro Enea*, Roma, 1995.

P. Venini, «Nota al testo di Ditti Cretese (1, 1)», *Athenaeum* 68 (1980), 194-196.

—, «Ditti Cretese e Homero», *Memorie dell'Istituto Lombardo* 37 (1981), 161-198.

—, «Ancora Atreo e Catreo in Ditti-Settimio», *Rivista di Filologia e d'Istruzione Classica* 119 (1991), 251.

A. J. B. Wace-F. H. Stubbings, *A Companion to Homer*, Londres, 1962

Vicente Cristóbal.

Valdilecha, 7 de junio de 1984 - Madrid,
28 de septiembre de 2000.

DIARIO DE LA GUERRA DE TROYA
DE DICTIS CRETENSE

SINOPSIS

Epístola

Dictis fue autor del *Diario de la guerra de Troya;* encontrado en su sepulcro el libro por unos pastores, éstos se lo llevaron a Praxis, su señor, y Praxis, a su vez, lo presentó a Nerón, quien lo recompensó por ello. El libro fue escrito en griego pero en alfabeto fenicio; Praxis lo trasladó al alfabeto ático. Y Lucio Septimio lo ha traducido al latín, abreviando la parte final y dedicándoselo a su amigo Rufino.

Prólogo

Se refiere a los mismos hechos que la *Epístola,* pero se observan ciertas discrepancias. Dictis escribió el *Diario* y mandó que lo enterraran con él a su muerte; unos pastores encontraron el libro y lo presentaron a su amo Eupraxis; éste se lo mostró a Rutilio Rufo, varón consular de Creta; y ambos acudieron con el libro ante Nerón, quien mandó descifrarlo y traducirlo al griego, y guardarlo en la biblioteca griega.

Libro I: Origen de la guerra. Conjura de los griegos.

1. Los reyes de Grecia, nietos de Atreo, acuden a Creta para repartirse las riquezas de su abuelo.—2. Son bien recibidos por los naturales, y admiran la suntuosidad de los edificios.—3. Mien-

tras tanto, Alejandro, hijo de Príamo, rapta a Helena, esposa de Menelao, aprovechando la ausencia de éste.— 4. Al enterarse de ello, Menelao y los otros reyes deciden, como primera medida, enviar embajadores a Troya (el propio Menelao, Ulises y Palamedes).—5. Pero los embajadores llegan a Troya antes que Alejandro, quien había retrasado su viaje por haberse detenido en el país de los sidonios.—6. Palamedes, uno de los enviados, se queja ante Príamo de la injuria recibida. Príamo solicita que se espere a Alejandro para tratar del asunto.—7. Llega por fin Alejandro, y la ciudad lo recibe con indignación. Los hijos de Príamo, en cambio, están a favor de su hermano.—8. Los príncipes irrumpen armados en la asamblea e imponen su opinión; arremeten también contra la multitud.—9. Helena descubre el parentesco que la unía a la casa de Príamo y pide que no la entreguen a los griegos.—10. A instancias de Hécuba se decide no devolver a Helena. Helena misma testimonia ante la asamblea su deseo de no volver con Menelao.— 11. Tras la promesa de venganza que hacen Ulises y Menelao, los príncipes traman contra ellos una emboscada; pero son salvados por la benevolencia de Anténor.—12. Vueltos los embajadores, los reyes de Grecia se conjuran contra Príamo y preparan la guerra.—13. Acuden a Argos numerosos caudillos: Áyax Telamonio, Idomeneo, Néstor, etc.—14. Entre ellos, también Aquiles, los hijos de Esculapio, Filoctetes, Áyax hijo de Oileo, y otros más.—15. Diomedes recibe a todos. Agamenón los obsequia con oro. Se lleva a cabo el juramento según el ritual ordenado por Calcante.—16. Eligen a Agamenón como jefe de la expedición, nombran a otros jefes subalternos. Vuelven a sus reinos respectivos y preparan lo necesario para la guerra.—17. Al cabo de dos años, los reyes envían a Áulide sus correspondientes flotas. Lista del número de naves enviado por cada uno de ellos.—18. Se abastecieron también de carros, caballos y soldados de infantería. Al licio Sarpedón no pudieron conseguirlo como aliado.—19. Agamenón mata un corzo en el bosque sagrado de Diana, y la diosa manda como castigo la peste al ejército. Una mujer poseída revela la causa y el remedio, que no es otro sino el sacrificio de la hija mayor de Agamenón. Ante la negativa de éste a tal monstruosidad, lo despojan de

su dignidad de jefe y nombran en su lugar a cuatro caudillos.—20. Ante la terquedad de Agamenón, Ulises concibe un plan. Marcha a Micenas y engaña a Clitemnestra con una falsa carta de Agamenón. Ésta le entrega enseguida a Ifigenia, creyendo que se iba a desposar con Aquiles. Llega Ulises con ella al ejército. Agamenón se dispone a huir, pero Néstor logra persuadirlo.—21. Cuando ya preparaban a Ifigenia para el sacrificio, surgió una gran tormenta y en medio de ella, la diosa dejó oír su voz, diciendo que se compadecía de la muchacha.—22. Aquiles, que había recibido una carta de Clitemnestra encomendándole a su hija, increpa a los que se encargaban del sacrificio. En lugar de Ifigenia, se les presenta una cierva, que sirve de víctima. Aléjanse la tormenta y la peste.—23. Otorgan de nuevo a Agamenón el mando supremo, y desde Áulide se hacen a la mar.

Libro II: Viaje a Troya. Incursiones por las ciudades aledañas.

1. Arriban a Misia y matan a los vigías que les impedían el desembarco.—2. Télefo, rey del país, sale al encuentro de los griegos. En el choque muere Tesandro, hijo de Polinices.—3. Aquiles y Áyax emprenden la ofensiva. Teutranio, hermano de Télefo, muere a manos de Áyax y el propio Télefo es herido por Aquiles.—4. Al final del día se interrumpe el combate, habiendo sufrido bajas ambos ejércitos.—5. Los hijos de Tésalo acuden a parlamentar con Télefo y tras exponerle su común linaje, pactan la paz con él.—6. Télefo recibe a los caudillos griegos como huéspedes y agasaja al ejército.—7. Puesto que no era tiempo oportuno para emprender la navegación a Troya, regresan a Beocia y de allí marchan cada uno a su tierra para invernar.—8. La noticia de que Grecia entera se había conjurado contra ellos llega a los troyanos, y se preparan rápidamente para una guerra ofensiva.—9. Conocidos en Grecia los propósitos de Troya, se apresuran a la navegación. Áyax, Aquiles y Diomedes llevan la iniciativa.—10. Contratan a unos escitas como guías de la expedición. Télefo, por consejo del oráculo de Apolo, viene a Argos para ser curado de su

herida por Aquiles y los hijos de Esculapio. En pago de ello los conduce a Troya.—11. Nada más llegar, son atacados por Sarpedón y los Priámidas. Muere Protesilao.—12. Pero Aquiles y Áyax ponen en fuga al enemigo. Despiden a Télefo. Mientras enterraban a Protesilao son atacados a traición por las tropas de Cicno, a quien Aquiles da muerte.—13. Incursiones por las comarcas de alrededor. Perdonan a la ciudad de los neandrienses, a quienes reciben como aliados.—14. Mientras Crises, sacerdote del lugar, oficiaba en favor de los griegos un sacrificio a Apolo Esmintio, una serpiente pica a Filoctetes y lo envían a la isla de Lemnos para que allí lo curen.—15. Diomedes y Ulises conspiran contra Palamedes y lo matan.—16. Aquiles conquista Lesbos y otras regiones y ciudades de alrededor, llevándose gran botín.—17. Conquista Lirneso y cautiva a Astínome, esposa del rey e hija del sacerdote Crises. También captura Pédaso, llevándose prisionera a la princesa Hipodamía.—18. Incursión de Áyax por el Quersoneso Tracio. Su rey Polimnéstor hace defección a los troyanos, entregando a los griegos a Polidoro, hijo de Príamo, que le había sido confiado. Devasta también Áyax la comarca de los frigios y se lleva cautiva a Tecmesa, hija del rey.—19. Los griegos aclaman a Aquiles y Áyax, y reparten el botín.—20. Ulises, Diomedes y Menelao van a Troya como embajadores con la propuesta de canjear a Polidoro por Helena. Habla Menelao.—21. Discurso de Ulises ante la asamblea, ponderando la conducta de los griegos.—22. Sigue Ulises hablando; recrimina la acción de Alejandro y les advierte de sus posibles consecuencias.—23. Panto y Anténor contestan a Ulises que ellos no tienen poder para decidir. Segundo discurso de Ulises ante los aliados. Llevan a Príamo el mensaje.—24. Príamo es retenido por sus hijos. Disputa en la asamblea de Antímaco y Anténor.—25. Panto trata de convencer a Héctor para que Helena sea devuelta. Pero Héctor por razones de hospitalidad se niega a ello.—26. Discurso amenazante de Eneas contra los embajadores. Respuesta de Ulises.—27. Los griegos lapidan a Polidoro ante los muros de Troya. Áyax prosigue en sus correrías por las comarcas aledañas.—28. Crises viene al campamento griego solicitando el rescate de su hija, y a todos les parece bien.—29. Pero Agamenón,

a quien había correspondido la esclava, se opone a ello. Descontento de la tropa contra él.—30. La peste se abate sobre el ejército. Calcante proclama que es consecuencia de la ira de Apolo por haber injuriado a su sacerdote, y que el remedio es la devolución de la esclava.—31. Aquiles se encoleriza contra el rey. Terquedad de Agamenón.—32. Los troyanos aprovechan la ocasión para emprender una ofensiva.—33. Agamenón consiente en devolver a Astínome, pero pide que en su lugar le den a Hipodamía, esclava de Aquiles. Una vez devuelta aquélla, cede la enfermedad.—34. Aquiles, airado contra Agamenón y contra los griegos, decide recluirse en su tienda y no asistir a las asambleas.—35. Héctor forma a los aliados para entrar en combate. Enumeración de combatientes.—36. Se arma también el ejército griego con la ausencia de Aquiles y sus mirmídones. Pero ninguno de los dos bandos osa tomar la iniciativa, y se retiran.—37. Los caudillos se adelantan al complot de Aquiles contra ellos. Áyax, Diomedes y Ulises son enviados como vigilantes y capturan a Dolón, espía troyano.—38. Ambos ejércitos salen a la lucha, resultando heridos algunos jefes.—39. Menelao y Alejandro se disponen a combatir en un duelo.—40. Menelao hiere a Alejandro, pero no puede culminar su hazaña, ya que Pándaro, entrometiéndose, lo hiere a su vez con una flecha. Indignación en el bando griego.—41. Diomedes mata a Pándaro. Se retorna al combate. Al cabo de algunos días ambos bandos se preparan para pasar el invierno. Devastación de Áyax en tierras frigias.—42. Héctor ataca por sorpresa a los griegos, que piden en vano socorro a Aquiles.—43. Pero Áyax, que llegaba entonces de sus correrías, hirió a Héctor y junto con otros jefes empujó de nuevo a los troyanos hasta la ciudad, haciendo una gran matanza.—44. Los griegos celebran la victoria y elogian el valor de Áyax.—45. Reso viene de Tracia en ayuda de Príamo. Diomedes y Ulises, en incursión nocturna, matan al rey y se apoderan de su carro y de sus caballos.—46. Los tracios, al ver muerto a su rey, atacan a los griegos; pero son aplastados por los demás jefes y por Áyax. Después de su huida a la ciudad, se adueñan los griegos de sus riquezas abandonadas.—47. Los troyanos se ven obligados a pedir una tregua. Crises, agradecido por el comportamiento de

los griegos, concede de nuevo a su hija Astínome a Agamenón. Regresa Filoctetes de Lemnos.— 48. Áyax aconseja mandar enviados para que supliquen a Aquiles cejar en su cólera. Van a verlo Áyax, Ulises y Diomedes.—49. Agamenón se retracta delante del ejército de su comportamiento con Aquiles.—50. Áyax y Ulises tratan de convencer a Aquiles para que acepte las excusas del Atrida, los dones y el matrimonio ofrecido con una de sus hijas.— 51. Aquiles habla de sus méritos, mal pagados con la anterior injuria. Diomedes le insta a olvidar lo pasado. Le suplican también la reconciliación Fénix y Patroclo.—52. Aquiles finalmente se doblega, acude a la asamblea y se reconcilia con Agamenón. Le es devuelta Hipodamía.

Libro III: Aquiles, enamorado de Políxena. Mueren Sarpedón, Patroclo y Héctor. Rescate del cadáver de Héctor.

1. Aplazada la guerra durante el invierno, se ejercitan los griegos en técnicas guerreras. Los troyanos, en cambio, fiados en sus aliados, vivían más despreocupados. Las ciudades de Asia hacen defección a Príamo.—2. Aquiles se enamora de Políxena en el templo de Apolo. Manda a Automedonte como enviado a Héctor para pactar el matrimonio con su hermana. Héctor exige a Aquiles una traición a los suyos.—3. Angustia de Aquiles enamorado. Automedonte advierte sobre el asunto a los otros caudillos. Éstos reaniman a Aquiles y le piden que tenga confianza en que su deseo se cumplirá pronto. Las ciudades de Asia ofrecen su alianza a los griegos.—4. A comienzos de la primavera se reanudan las hostilidades. Diomedes e Idomeneo hacen estragos en las filas troyanas. Acude Héctor para hacerles frente.—5. Acuden los caudillos de ambos bandos. Alio, troyano, mata a los griegos Diores y Políxeno. Aquiles, a su vez, mata a Pilémenes, rey de los paflagonios.—6. Huye Héctor ante Aquiles, que se enfurece de haberlo perdido. Héleno, desde un escondite, hiere a Aquiles en la mano de un flechazo.—7. Hazañas de los caudillos griegos. Patroclo mata a Sarpedón.—8. Atacan los troyanos a Patroclo, que se de-

fiende con ahínco. Héctor anima a los suyos. Al atardecer se aplaza la lucha.—9. Duelo en Troya por la muerte de Sarpedón. Aquiles se alegra de las victorias de Patroclo. Al cabo de algunos días se prepara de nuevo para el combate.—10. Las tropas troyanas atacan de modo desordenado. Mueren algunos jefes griegos. Euforbo hiere a Patroclo de un flechazo, y Héctor lo remata. Áyax impide que roben el cadáver y mata a Euforbo. Se aplaza el combate.—11. Duelo de Aquiles por Patroclo. Le consuelan los reyes.—12. Pasan los griegos la noche en vela. Al día siguiente se ocupan de los funerales de Patroclo.—13. Al cabo de unos días, el ejército griego sale a la liza, sin que los troyanos acudan. Pero al día siguiente atacan por sorpresa los troyanos; y los griegos los ponen en fuga.—14. Matanza de los troyanos en su huida. Los griegos cogen a muchos prisioneros, que entregan a Aquiles, quien, a su vez, los sacrifica a los manes de Patroclo. Aquiles promete venganza.—15. Aquiles mata a Héctor, cuando éste salía para recibir a Pentesilea, y se ensaña con el cadáver.—16. Luto, desolación y desánimo en Troya al saber la noticia.—17. Alegría en el campo griego. Se celebran unos juegos deportivos. El primero, carreras de carros (cuadrigas y bigas).—18. Competición de tiro con arco. Habilidad de Filoctetes.—19. Carreras pedestres, salto, lanzamiento de disco, lucha libre, pugilato y carrera con armadura. Entrega de premios.—20. Al día siguiente, Príamo viene para pedir a Aquiles el cadáver de Héctor. Su aspecto miserable impresiona a los caudillos griegos.—21. Discurso persuasivo de Príamo ante Aquiles.—22. Desfallece Príamo. Suplica también Andrómaca, que había venido con él.—23. Discurso de Aquiles, recordando las culpas de Príamo y de los suyos.—24. Aquiles se entrevista con los caudillos restantes y acuerdan devolver el cadáver y aceptar el rescate. Políxena, que había acompañado a su padre, suplica a Aquiles. Aquiles se compadece del rey y lo invita a comer.—25. Aquiles pregunta a Príamo por las razones que tuvieron para no devolver a Helena. Denuestos contra ella. Le promete devolverle el cadáver de Héctor.—26. Príamo lo atribuye todo al destino. Cuenta la historia de su hijo Alejandro: sueño profético de Hécuba, crianza del niño en el monte Ida, su matrimonio con Eno-

ne, viaje a Grecia, rapto de Helena y favorable acogida de ésta en Troya. Muestra el rey su desencanto.—27. Entrega el rescate y pide a Aquiles que acepte a Políxena como esposa; pero Aquiles aplaza el compromiso. Regresa a Troya con el cadáver.

Libro IV: De la muerte de Héctor a la de Paris. Muerte de Pentesilea, Memnón, Troilo, Aquiles, Eurípilo y Paris.

1. Sorpresa en Troya ante el regreso del rey y la devolución del cadáver. Duelo y funerales por Héctor.—2. Llega Pentesilea y deplora la muerte de Héctor. Se prepara para la lucha; los griegos hacen lo mismo. Gran matanza en el combate.—3. Aquiles mata a Pentesilea. Huida de sus tropas. Arrojan a Pentesilea moribunda al río, contra el parecer de Aquiles.—4. Llega Memnón con sus tropas, como aliado de Troya. Una parte de su ejército, que venía por mar, se detuvo en Rodas y allí, incitados por los rodios, matan a su capitán.—5. Adiestramiento de las tropas de Memnón. Se entabla combate y sale victorioso Memnón aquel día.—6. Acuerdan los griegos que sea Áyax Telamonio quien se enfrente a Memnón. Al alba se reanuda la batalla. Memnón mata a Antíloco. Áyax combate con Memnón y lo derriba, pero es Aquiles quien le da muerte.—7. La confianza de los griegos aumenta. Huida de las tropas de Memnón. Matanza en el bando troyano.—8. Tregua para sepultar a los muertos. Los griegos elogian a Áyax y Aquiles. Los troyanos temen por su situación.—9. De nuevo van al combate. Huyen los troyanos. Aquiles mata a Licaón y Troilo, hijos de Príamo. Deploran los troyanos la muerte de éste último, que gozaba de sus simpatías.—10. Tregua con ocasión de la fiesta de Apolo Timbreo. Aquiles acude llamado por Príamo a parlamentar sobre su matrimonio con Políxena. Sospechas en el ejército griego de traición por parte de Aquiles. Áyax, Diomedes y Ulises van en su busca.—11. Alejandro y Deífobo matan traicioneramente a Aquiles en el templo de Apolo. Los caudillos lo encuentran moribundo. Aquiles les informa de sus asesinos. Sacan de allí el cadáver.—12. Tratan los troyanos de arrebatárselo. Pero se dan a la fuga ante el ímpetu de los griegos.—13. El duelo por Aquiles no

es compartido por el ejército, que lo creía traidor. Funerales del héroe. Aflicción especial de Áyax.—14. Alegría en Troya por la muerte de Aquiles. Llega Eurípilo de Misia como aliado llamado por Príamo.—15. Sepultura de Aquiles a cargo de Áyax. Llega Neoptólemo, hijo de Aquiles, se entera de la muerte de su padre y lo elogia ante los demás caudillos. Se ofrece a ocupar su lugar.—16. Cena de los caudillos con Agamenón. Alaban a Aquiles delante de su hijo. Diomedes y Ulises informan a Neoptólemo sobre la conveniencia de una tregua.—17. Finalizada la tregua, se entabla combate. Eurípilo ataca a los nuestros, pero muere a manos de Neoptólemo. Fuga de los bárbaros.—18. Héleno, abominando del crimen cometido por Alejandro en el templo, se entrega a los griegos por mediación del sacerdote Crises. Éste, informado por Héleno, da cuenta por su parte a los griegos de las funestas profecías que se cernían sobre Troya. Los griegos advierten que se ajustaban a las ya proferidas por Calcante.—19. De nuevo el combate. A Alejandro lo mata Filoctetes con sus venenosas flechas.—20. Los troyanos se llevan el cadáver. Áyax los persigue hasta las puertas. Con la noche, regresan los griegos a las naves y elogian a Filoctetes. Al día siguiente sale otra vez con renovado ímpetu.—21. Duelo de Neoptólemo por su padre. Lapidan los griegos a los hijos de Antímaco, cogidos prisioneros. Mandan los troyanos el cadáver de Alejandro a Enone, quien al verlo desfallece y muere.—22. Ante la apurada situación, los próceres troyanos traman una conspiración contra Príamo y deciden devolver a Helena. Se entera Príamo y envía a Anténor como emisario a los griegos para hacer la paz. Los griegos acogen amablemente a Anténor, que expone en su discurso su discrepancia con Príamo. Anténor con algunos caudillos griegos trama la traición y consigue un salvoconducto para él y para Eneas. Regresa a Troya, contando fingidos tratos con los griegos.

Libro V: Caída de Troya.

1. En Troya sale la multitud a recibir a Anténor. Al día siguiente acude a la asamblea para informar de su gestión.—2. Dis-

curso de Anténor: se lamenta de la guerra emprendida, elogia a los griegos, injuria a Helena, muestra su disconformidad con la situación y aconseja comprar la paz a los griegos, aunque Príamo se oponga a ello.—3. Todos asienten a sus palabras. Príamo, desesperado, dimite y les deja hacer, retirándose de la vida pública.—4. Deciden enviar de nuevo a Anténor y Eneas ante los griegos. Por la noche Helena visita a Anténor para pedirle que suplique a Menelao en favor suyo. Los emisarios acuerdan con los griegos el plan de traición. Vuelven a Troya acompañados de Ulises y Diomedes. El senado destierra a Antímaco.—5. El derrumbamiento de una cúpula del palacio trae la muerte a los hijos de Alejandro y Helena. Ulises y Diomedes se enteran por Anténor de que el destino de la ciudad dependía del Paladio, y se conjuran para robarlo.—6. Se reúne la asamblea en presencia de los antedichos caudillos griegos. Panto se disculpa de la actuación de los troyanos. Diomedes pide un precio desorbitado por el tratado de paz. Anténor, disimulando sus intenciones, protesta. Diomedes responde con altanería. Se aplaza la deliberación.—7. Prodigios en los sacrificios, interpretados por los troyanos como de mal agüero. Calcante en las naves infunde ánimo a los griegos.—8. Hécuba trata de apaciguar a los dioses, pero los malos agüeros se repiten; por aviso de Casandra llevan víctimas a la tumba de Héctor. Anténor roba el Paladio y se lo entrega a los griegos, que lo llevan a las naves. Vuelven al día siguiente a reunirse. Se decide por fin el precio. Vuelven los griegos a su campamento e informan de todo a los suyos.—9. Por consejo de Héleno preparan los griegos, como ofrenda a Minerva, un gigantesco caballo de madera, que sería nefasto para Troya.—10. Diez caudillos griegos llegan a Troya para firmar la paz. Banquete en su honor. Juramentos equívocos de los griegos. Firmada la paz, se marchan los aliados de Troya.—11. Construido el caballo, los griegos lo acercan a la ciudad. La multitud derriba los muros para hacerlo entrar. Se paga a los griegos el precio exigido. Entra el caballo en Troya.—12. Los griegos queman las tiendas y se retiran al Sigeo, esperando la noche. Sinón desde la ciudad les da la señal. Vuelven y penetran en Troya, tomándola a sangre y fuego. Perdonan a Eneas y Anténor, según el

trato. Muertes de Deífobo y Príamo. Casandra es hecha prisionera.— 13. Matan incluso a los refugiados en los templos. Reúnen el botín y lo reparten, así como a los prisioneros.— 14. Disputa entre Áyax y Ulises sobre quién debería llevarse el Paladio.— 15. Áyax amenaza a los que se le oponen y al día siguiente es hallado muerto en su tienda. Tumulto en el ejército ante su asesinato. Neoptólemo le hace las honras fúnebres. Ulises huye.— 16. Muere Hécuba lapidada por el ejército. Casandra profetiza desgracias a Agamenón. Anténor invita a los caudillos a un banquete. Funerales públicos por Áyax. Injurias del ejército contra Agamenón y Menelao, que parten en sus naves.— 17. El resto de los griegos emprende también la navegación. En Troya, Eneas planea la expulsión de Anténor, pero, enterado éste, le cierra las puertas de la ciudad. Eneas se ve obligado a embarcar y llega así hasta las costas del Adriático. Anténor se queda con el reino y reúne en torno a sí a los supervivientes. Dictis testimonia la autoría de su obra.

LIBRO VI: REGRESO DE LOS GRIEGOS.

1. Se dispersa la flota griega en el Egeo. Nauplio venga la muerte de su hijo Palamedes, haciendo que naufraguen y se estrellen contra los escollos las naves de Áyax de Oileo.—2. Egíale, esposa de Diomedes, instigada por Éax, hijo de Nauplio, expulsa a su marido al llegar. Clitemnestra mata a Agamenón. Teucro es desterrado de Salamina por su padre. Por fin, los súbditos deciden recibir a los distintos reyes.—3. Orestes, que se había refugiado con Idomeneo en Creta, parte hacia Grecia, mata a su madre y a Egisto, vengando así a su padre.—4. Llegado a Creta Menelao con Helena, acude la multitud para verlos. De allí parte a Micenas, enconado contra Orestes. Juicio de Orestes en el Areópago de Atenas, que lo absuelve. Vuelve a Micenas y recibe el reino. Idomeneo reconcilia a Orestes y Menelao, que promete a su sobrino casarlo con su hija Hermíone.—5. Ulises llega a Creta y cuenta a Idomeneo las peripecias de su navegación. De allí es enviado a Alcínoo, rey de los feacios.—6. Se entera Ulises de que Penélope era asediada por treinta pretendientes, marcha a Ítaca y los mata.

Telémaco casa con Nausica. Muere Idomeneo.—7. Neoptólemo, desde el país de los molosos, envía dos emisarios a Tesalia para confirmar los rumores que le habían llegado de que su abuelo, el rey Peleo, había sido expulsado del reino por Acasto y Asandro. Este Asandro cuenta a los emisarios las bodas de Tetis y Peleo.— 8. Recibidas las noticias, llega Neoptólemo a Tesalia después de una azarosa navegación. Encuentra a su abuelo escondido en una cueva. Engaña, disfrazado, a los hijos de Acasto y los mata a continuación en una cacería.—9. Después de engañar al propio Acasto, capturarlo y liberarlo, se adueña Neoptólemo del trono de su abuelo y es bien acogido por los súbditos.—10. Neoptólemo informó a Dictis de cómo los restos de Memnón fueron llevados a su patria por su hermana.—11. En Creta surge una epidemia de langostas y Dictis va al oráculo de Apolo en Delfos a pedir soluciones. Se le responde que por designio divino morirían los insectos y así ocurre. Muerte de dos compañeros de Dictis en una tempestad.—12. Neoptólemo, casado con Hermíone y teniendo como concubina a Andrómaca, marcha a Delfos para dar gracias de la muerte de Alejandro. Entretanto Hermíone, celosa de Andrómaca, hace venir a su padre Menelao que le instiga a dar muerte al hijo de Héctor, Laodamante; pero los naturales del país lo defienden y expulsan a Menelao.—13. Muere Neoptólemo en Delfos y recaen las sospechas en Orestes, enfadado por no haber cumplido Menelao su promesa de darle a Hermíone en matrimonio. Después de lo cual toma consigo a Hermíone y vuelve a Micenas. Funerales por Neoptólemo. Tetis y Peleo protegen a Andrómaca.—14. Ulises tiene sueños de mal agüero. Los intérpretes le aconsejan precaverse contra las asechanzas de su hijo. Telémaco es relegado a Cefalonia.—15. Telégono, hijo de Circe y Ulises, va en busca de su padre y llega a Ítaca. Mata a Ulises, sin conocerlo, a raíz de una disputa, dando así cumplimiento a los sueños.

EPÍSTOLA

Lucio Septimio saluda a Quinto Aradio Rufino[1].

El *Diario de la guerra de Troya* lo escribió el cretense Dictis[2], que sirvió como soldado en dicha contienda a las órdenes de Idomeneo; originariamente, en caracteres fenicios[3],

---

[1] Sobre la conjetural identificación del traductor y del personaje a quien se dedica la obra, véase lo que decimos en la introducción.

[2] ¿Tiene algún significado el hecho de que una obra que tanto abunda en supercherías esté puesta bajo la autoría de un cretense, teniendo los cretenses en la Antigüedad tan gran fama de mentirosos? Es posible que el verdadero autor quiera con esto hacer un guiño irónico a su público.

[3] Pero en lengua griega, como más abajo se precisará y ya hemos adelantado en la introducción. Es curioso notar cómo el autor, a pesar de su visible inventiva en muchos pasajes, no se aparta en demasía de una correcta perspectiva histórica por lo que concierne a la evolución de la escritura en Grecia. Pues la adaptación por los griegos del tipo de escritura fenicia —que era fonética, pero sólo consonántica, y seguía la dirección de derecha a izquierda— debió de hacerse en torno a fines del segundo milenio a. C., aunque las primeras inscripciones se remontan sólo al siglo VIII a. C. (téngase en cuenta que la guerra de Troya, según la cronología mítica, se dataría a comienzos del siglo XII a. C.: por eso decimos que «no se aparta en demasía»). Antes, los griegos habían conocido las escrituras minoico-micénicas (lineal A y lineal B) y la chipriota, todas ellas silábicas. A partir del alfabeto fenicio los griegos pasaron a un alfa-

que entonces, introducidos por Cadmo y Agénor[4], eran muy usados en Grecia. Luego, al cabo de muchos siglos, al haberse derruido de puro viejo[5] el sepulcro de Dictis en Cnoso, sede antaño del rey de Creta, y acercándose a él unos pastores, encontraron entre el resto de las ruinas un cofrecillo cerrado, de estaño y labrado artísticamente; y pensando que se trataba de un tesoro, al punto lo abrieron. Mas no desenterraron allí ni oro ni cualquier otra cosa de botín, sino unos libros envueltos en una membrana. Y una vez que se frustró su esperanza, se los llevaron a Praxis, señor de la comarca, quien se los presentó a Nerón, César romano, después de haberlos transcrito al alfabeto ático, pues la lengua en que estaban escritos era la griega[6]. Por ello Nerón lo premió con una gran recompensa. Y habiendo por casualidad estos libritos llegado a nuestras manos, ávidos como somos de la historia verdadera[7], nos vino el deseo de expo-

---

beto no sólo consonántico sino también vocálico; y la dirección de la escritura pasó a ser de izquierda a derecha. Hubo inicialmente mucha variedad local de alfabetos para acomodarse a los distintos dialectos griegos, hasta que en 403 a. C. los atenienses aprobaron una ley que establecía obligatoriamente el uso del alfabeto jónico para documentos oficiales; y poco a poco tal variedad se impuso a las otras (cf. A. Gaur, *Historia de la escritura,* Salamanca-Madrid, 1990, págs. 80-83 y 138-140).

[4] Personajes míticos procedentes de Fenicia, hermano y padre, respectivamente, de Europa. Enseguida, en el prólogo, se volverá a hablar de Cadmo.

[5] En el prólogo, sin embargo, la causa de que se abriera el sepulcro —como se verá inmediatamente— es un terremoto.

[6] De acuerdo con lo ya explicado anteriormente, Dictis testimonia aquí, como se ve, no una traducción, sino una transliteración: el paso de un documento escrito en griego pero en un alfabeto arcaico, recién adaptado del alfabeto fenicio, a un documento escrito ya en el alfabeto ático más evolucionado.

[7] A las manos del traductor, el presunto Lucio Septimio, que así testimonia ser de época posterior a Nerón. Al testimoniar este afán por la

nerlos en latín tal cual eran, no tanto porque confiáramos en nuestro talento, sino para sacudirnos la inactividad de nuestro espíritu ocioso[8]. Y así, de los primeros cinco volúmenes, que contienen los hechos y actuaciones de la guerra, aquí hemos mantenido el mismo número; lo restante, empero, acerca del regreso de los griegos, lo hemos compendiado en uno solo, y así te lo hemos enviado a ti. Tú, mi querido Rufino, como corresponde, favorece mi intento y en la lectura de Dictis...[9].

---

verdad histórica hay que entender ya, implícitamente, una oposición a la poesía y sus invenciones, un enfrentamiento a Homero.

[8] Uno de los tópicos del exordio, tipificados por Curtius (*Literatura europea y Edad Media latina*, I, Méjico, 1976, trad. de M. Frenk Alatorre y A. Alatorre, págs. 135-136), es precisamente éste, al que etiqueta el ilustre filólogo como «Hay que evitar la ociosidad». Curtius ofrece al respecto muestras de Horacio, Ovidio, Marcial, Séneca y otros escritores latinos, pero no cita este texto, que lo realiza de forma tan conspicua y que pertenece, además, a una obra tan influyente en el Medievo como la de Dictis. Dicho tópico aparece, por ejemplo, ya en literatura romance, en el prólogo del *Libro de la caza de las aves* de Pero López de Ayala: «y por esto acordé trabajar, por no estar ocioso, en poner en este pequeño libro....».

[9] Con el uso de este tópico de la dedicatoria, propio del comienzo (cf. Curtius, *op. cit.*, I, págs. 132-133) se corta bruscamente la epístola.

PRÓLOGO

Dictis, cretense por su linaje, natural de la ciudad de Cnoso, fue contemporáneo de los Atridas, conocedor del habla y de la escritura fenicia, que había introducido Cadmo[10] en Acaya. Fue compañero de Idomeneo, el hijo de Deucalión[11], y de Meriones el de Molo[12], que habían ido como caudillos con su ejército contra Ilio[13]. De ellos recibió la orden de escribir los anales de la guerra de Troya[14]. Así

[10] Efectivamente —según la versión más divulgada— Cadmo, hijo de Agénor, rey de Fenicia, partió de su país en busca de su hermana Europa, que había sido raptada por Júpiter, llegó hasta la Hélade y, no encontrándola, se estableció en Beocia y fundó la ciudad de Tebas, pues su padre le había prohibido volver a su patria si no encontraba a su hermana. Pero véase lo que al respecto testimonia el propio DICTIS a fines del capítulo 2 del libro I.

[11] Se trata de Deucalión, hijo de Minos y Pasífae, no del Deucalión, hijo de Prometeo y salvado del diluvio.

[12] Este Molo, padre de Meriones, era hijo bastardo del anteriormente citado Deucalión.

[13] Cf. HOMERO, *Il.* II 645-652. Pero en la *Ilíada* Meriones no es propiamente «caudillo», sino escudero del caudillo Idomeneo.

[14] He aquí una discrepancia con el título de la obra que consta en la epístola inicial, donde se la llama *Ephemeris belli Troiani* (= «Diario de la guerra de Troya»).

pues, acerca de la guerra en su totalidad, compuso nueve volúmenes, escribiéndolos sobre membranas de corteza de tilo[15] en caracteres fenicios, los cuales, vuelto a Creta cuando ya era anciano, ordenó en el momento de su muerte que fueran enterrados con él. De manera que, según había mandado, enterraron en su tumba las mencionadas membranas de corteza de tilo, tras haberlas puesto en una arqueta de estaño. Pero en tiempos posteriores, en el año décimo tercero del imperio de Nerón[16], a resultas de un terremoto que se produjo en la ciudad de Cnoso, se abrieron muchos sepulcros y entre ellos también el de Dictis, de forma que la arqueta quedó a la vista de los que pasaban por allí. De este modo unos pastores que iban de camino, pensaron al verla que se trataba de un tesoro y se la llevaron del sepulcro; y, cuando la abrieron, encontraron las membranas de corteza de tilo escritas en unos caracteres para ellos desconocidos, e inmediatamente se las llevaron a su amo, un individuo llamado Eupraxis, quien, percatándose de su naturaleza, presentó el escrito a Rutilio Rufo, varón consular a la sazón de aquella isla. Aquél, junto con el mismo Eupraxis, envió a Nerón los textos que a él le habían sido enviados, sospechando que en ellos se contenían ciertos mensajes de gran misterio. Así pues, habiéndolos Nerón recibido y habiendo observado que estaban escritos en caracteres fenicios, mandó llamar a unos expertos en aquellas letras, que se reunie-

[15] El autor, notable anticuario, conoce bien los antiguos materiales escriptorios. Pues sabemos, en efecto, que la piel de las cortezas de árbol se usó antaño para estos fines. No por otra razón en latín *liber* significa, al mismo tiempo, «corteza arbórea» y «libro», y no por otra razón las palabras inglesa y alemana que significan «libro» (ingl. *book,* al. *Buch)* pertenecen a la misma raíz de la palabra que en latín significa «haya» *(fagus)* y en griego «encina» *(phēgós)*.

[16] A saber, en el año 67 d. C., sólo un año antes de la muerte del mismo.

ron y lo aclararon todo. Y cuando Nerón se enteró de que aquéllas eran las memorias de un hombre de antaño, que había estado en Ilio, mandó que se trasladaran a escritura griega[17], y por ellas tuvieron todos conocimiento de un texto sobre la guerra de Troya más acorde con la verdad[18]. Entonces dejó que Eupraxis volviera a sus propiedades, tras haberlo recompensado con regalos y con el don de la ciudadanía romana. Y guardó en la biblioteca griega los anales[19] en los que se hacía constar el nombre verdadero de su autor, Dictis, anales cuya secuencia la expone el texto que sigue a continuación.

---

[17] La epístola decía sin ambages que estaban en griego, pero en caracteres fenicios. Aquí, en cambio, no está clara la distinción entre lenguas y escrituras; la última frase debería traducirse más bien —fuera de este contexto— de este modo: «mandó que se tradujeran a lengua griega», pero, basándonos en la ambigüedad de la expresión en su contexto, traducimos así para una mayor coherencia del texto de Dictis.

[18] Más de acuerdo con la verdad, se entiende, que el texto de Homero.

[19] Se refiere, sin duda, a la sección griega de la biblioteca fundada por Augusto en Roma junto al templo de Apolo en el Palatino. De nuevo para la obra la designación «anales» en lugar de «diario» *(Ephemeris)*, que aparece en la epístola inicial.

LIBRO I

Todos los reyes, biznietos de Minos, el hijo de Júpiter, 1
que gobernaban en Grecia, acudieron a Creta para repartirse entre sí las riquezas de Atreo. Pues Atreo, hijo de Minos[20], al disponer su última voluntad, había dejado todo el oro, plata y ganados que poseía a los nietos que sus hijas le habían dado, para que se lo repartieran equitativamente. No así con el imperio de las ciudades y territorios. Pues eso, por orden suya, se lo quedaron Idomeneo y, juntamente, Meriones —Idomeneo, hijo de Deucalión; el otro, hijo de Molo—. Acudieron allí, en efecto, Palamedes, hijo de Clímene y Nauplio, y Éax; también Menelao, hijo de Aérope y Plístenes[21] —de ella era hermana Anaxibia, que por aquel tiempo

[20] No hay otros testimonios que corroboren que Atreo fuera hijo de Minos (según la común versión era hijo de Pélope); sí que consta, en cambio, que Catreo fue hijo de Minos. Es posible, pues, que se trate de una mala lectura de los manuscritos. Aunque en casos como éste hemos de tener en cuenta también la voluntad del autor de ir contra la tradición homérica establecida.

[21] Versión, que está también en Hesíodo, Apolodoro y alguna otra fuente (cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica*, pág. 170) y en la que Plístenes es hijo de Atreo, alternativa a la más divulgada que señala a Atreo como padre de Menelao.

estaba casada con Néstor—, y Agamenón, su hermano mayor, habían reclamado que se les diera su lote en el reparto. A éstos, sin embargo, se les llamaba hijos de Atreo y no de Plístenes, como era la verdad, porque, fallecido Plístenes en edad joven, cuando ellos eran todavía muy pequeños, y sin haber dejado de su nombre nada digno de recuerdo, Atreo, compadecido de sus pocos años, se había encargado de ellos y los había educado no menos que si fueran príncipes hijos suyos. En dicho reparto todos y cada uno de ellos actuaron con gran magnificencia, emulándose unos a otros como correspondía a la celebridad de su nombre.

2 Todos los descendientes de Europa, a la que en aquella isla se da culto con el máximo fervor[22], al tener noticia de ello acuden a recibirlos y, luego de saludarlos afablemente, los conducen al templo. Allí, una vez celebrado el sacrificio de gran cantidad de víctimas, según la costumbre de la tierra, y haciendo ostentación de banquetes espléndida y magníficamente, los entretuvieron y eso mismo se repitió en los días siguientes. Los reyes de Grecia, aunque acogían con alegría lo que se les mostraba, sin embargo quedaban mucho más impresionados por la magnífica hermosura de su templo y el costoso alzado de las edificaciones, fijándose y reteniendo en la memoria cada uno de los objetos que, traídos desde Sidón por Fénix, padre de Europa[23], y entregados a ilustres matronas, eran entonces de gran adorno.

---

[22] Como madre que era, por Zeus, del rey de la isla, Minos.

[23] Fénix es en la versión más común hermano y no padre de Europa; el padre de Europa en dicha versión es Agénor, rey de Fenicia, quien, por otra parte, nunca llegó a descubrir dónde fue llevada Europa después de ser raptada por Zeus/Júpiter. El testimonio de Dictis podría quizá entenderse como muestra de evemerismo, en la suposición de que Europa no fue raptada por el supremo dios, sino desposada con el rey de Creta (de cuyo nombre nada se indica: ¿Asterio? ¿Minos? ¿Júpiter?), previo consentimiento de su padre.

Por el mismo tiempo el frigio Alejandro[24], hijo de Príamo, acompañado de Eneas y de otros parientes suyos, tras haber sido acogido hospitalariamente en Esparta, en el palacio de Menelao, había cometido un crimen completamente indigno[25]. Pues, al enterarse de que el rey estaba ausente, y puesto que Helena destacaba por su admirable hermosura entre las demás mujeres de Grecia, enamorado de ella, se la lleva y con ella muchas riquezas de su palacio; también a Etra y Clímene, familiares de Menelao, que por razón de su parentesco[26] vivían con Helena. Cuando la noticia llegó a Creta y se hizo patente la magnitud del delito perpetrado por Alejandro contra la casa de Menelao, el rumor —como suele ocurrir en tales circunstancias— se divulga y se exagera a lo largo de la isla: iban diciendo de unos en otros que había sido saqueado el palacio real, derrocada su realeza y otras cosas por el estilo. 3

Al tener de ello conocimiento, Menelao, aunque el robo de su esposa había perturbado su mente, mucho más cons- 4

---

[24] Más comúnmente conocido como Paris.

[25] Como puede verse, se prescinde de toda mención del famoso juicio de Paris, en un intento, evemerista o racionalista, de marginar toda injerencia divina en unos hechos que quieren presentarse como históricos.

[26] Según la versión más extendida, cuando Cástor y Pólux rescataron a Helena, que había sido raptada por Teseo, Etra, madre de Teseo, fue capturada por ellos y entregada a Helena como esclava; no es, pues, según dicha versión, el parentesco lo que justifica la convivencia de Etra con Helena. Clímene, a su vez, es mencionada como hija de Etra en VI 2 por el propio Dictis. Ambas aparecen con Helena en Troya, citadas en *Il.* III 143-144; y son citadas también como séquito de Helena en Ovidio, *Heroidas* XVI 259-260. Sí que pertenece, en cambio, a la versión común el parentesco de Etra y de Clímene con Menelao (como me advierte Ruiz de Elvira): Etra es nieta de Pélope como hija de Piteo (hermana de Atreo, el padre de Menelao), y por tanto prima hermana de Menelao por parte de padre; y Clímene es hija de Catreo y hermana de Aérope, y por tanto tía materna de Menelao.

ternado estaba, sin embargo, por el ultraje sufrido por esas parientes suyas que antes hemos mencionado. Por su parte, Palamedes, cuando se da cuenta de que el rey, pasmado de rabia e indignación, estaba fuera de razón, prepara él mismo unas naves y, abastecidas con todo lo necesario, las acerca a la playa. Después, consoló brevemente al rey como convenía a la ocasión, aplazando incluso todo lo que, acerca del reparto, el tiempo permitía en un asunto de tal calibre; lo hizo subir a la nave y así, soplando vientos favorables, llegaron a Esparta en pocos días. Allí Agamenón y Néstor y todos los que del linaje de Pélope reinaban en Grecia, conocedores de los sucesos, habían acudido ya. Así pues, cuando se enteran de la llegada de Menelao, se reúnen todos. Y aunque la atrocidad de la acción los arrastraba a la indignación y a la venganza de la afrenta, sin embargo, según el parecer del consejo, se envía antes a Troya, como embajadores, a Palamedes, Ulises y Menelao y se les da la orden de que, tras quejarse de las injurias, volvieran a traerse a Helena y lo que había sido robado con ella.

5 Los embajadores llegan a Troya en pocos días, pero allí no encuentran a Alejandro puesto que, acometido por el apresuramiento de hacerse a la mar, sin haber previsto las condiciones, los vientos lo habían arrojado a Chipre, desde donde, con algunos barcos que allí tomó, yendo a la deriva llegó a Fenicia; y al rey de los sidonios, que lo había acogido amistosamente, lo mata de noche a traición, y, con igual avaricia que en Lacedemonia, la casa entera del rey la hizo él crimen suyo. Así, todo lo que servía para la ostentación de la magnificencia real, lo robó de manera indigna, y mandó que lo llevaran a las naves[27]. Pero, al originarse un tumulto,

[27] Noticia homérica más o menos coincidente con ésta de Dictis es que Paris se trajo a unas tejedoras de Sidón a Troya (*Il.* VI 289-292).

a raíz de los lamentos de aquellos que se habían librado de ser apresados y que lloraban la muerte de su señor, todo el pueblo acudió corriendo al palacio. Desde allí, puesto que ya Alejandro se apresuraba a embarcar, después de arramblar con todo lo que deseaba, llegan armados, según la ocasión, a las naves y, entablándose entre ellos un duro combate, caen muchos por ambas partes, vindicando los unos a porfía la muerte de su rey y esforzándose los otros con todos sus bríos para no perder el botín que se había conseguido. Y aunque fueron luego incendiadas dos naves, los troyanos defendieron valerosamente las restantes y las liberaron. Y así consiguen escapar, cansados ya los enemigos de combatirles.

Entretanto en Troya uno de los embajadores, Palamedes, 6
cuya opinión era tenida muy en cuenta en aquel tiempo tanto en la paz como en la guerra, aborda a Príamo y, una vez reunido el consejo, se queja primeramente del ultraje de Alejandro, exponiendo el atropello de las universales normas de la hospitalidad; le previene después de cuántos odios entre los dos reinos iba acarrear ese hecho, intercalando el recuerdo de las discordias de Ilo y Pélope, con otros más, que por semejantes motivos habían llegado incluso a la matanza de sus súbditos; por último, añadiendo las dificultades de una guerra y, frente a ellas, las ventajas de la paz, le dice que no ignoraba él a cuántos hombres movía a indignación tan atroz crimen; por lo cual, los autores de la afrenta, abandonados por todos, habrían de someterse al castigo de su impiedad. Y, aunque deseaba proseguir sus razones, Príamo, interrumpiéndole en medio de su discurso, le dice: «Deja de hablar, por favor, Palamedes; pues parece injusto acusar al que se halla ausente, máxime cuando puede ocurrir que lo que se le imputa como delito quede anulado con su refutación al estar presente». Interrumpiéndole con estas y

otras excusas por el estilo, manda que las quejas se aplacen hasta la llegada de Alejandro. Veía, en efecto, cómo las palabras de Palamedes se iban ganando a todos los que asistían a aquel consejo; cómo, aunque callados, condenaban, no obstante, con la expresión de su rostro el crimen cometido, en tanto que eran expuestos cada uno de los detalles con un admirable estilo oratorio y resaltando en la alocución del rey griego una fuerza especial, aunada a la conmiseración que provocaba. Y así, aquel día se disuelve el consejo. Pero a los legados, contando con su consentimiento, se los lleva a su casa Anténor, varón hospitalario y partidario, más que los demás, del bien y la honestidad.

7 Entretanto, pocos días después llega Alejandro con el cortejo que arriba se dijo, trayendo consigo a Helena. A su llegada, la ciudad entera se manifestó contra él: unos le reprochaban el mal ejemplo de su crimen, otros se dolían de las injurias cometidas contra Menelao, no contando con la aprobación de ninguno. Finalmente, en medio de la indignación general, se provocó un tumulto. Angustiado por dichos acontecimientos, Príamo hace llamar a sus hijos y les consulta sobre qué les parecía conveniente hacer en tal situación. Ellos al unísono le responden que de ninguna manera había que devolver a Helena. Pues veían cuántas riquezas se habían traído con ella, todas las cuales las perderían necesariamente si la entregaban. Además de eso, impresionados por la hermosura de las mujeres que habían venido con Helena, ya en su mente habían pensado cada uno casarse con una de ellas, porque como bárbaros que eran en lengua y en costumbres, sin someterse a nada que supusiera cálculo o razón, andaban obsesionados por el botín y la lujuria[28].

[28] Juicio, éste, sobre los troyanos que cuadra muy bien a un autor griego, enemigo de aquellos a los que juzga.

Así pues Príamo, dejándolos marchar, se reúne con los ancianos, les descubre el parecer de sus hijos y a continuación les consulta a todos sobre lo que debía hacerse. Pero antes de que expresaran sus opiniones según costumbre, irrumpen repentinamente los príncipes en el consejo y, empleando modales altaneros, amenazan a todos con desgracias si decidían en contra de su parecer. Entre tanto todo el pueblo gritaba que se había cometido una injuria indigna y otras muchas cosas semejantes, en medio de protestas. A resultas de lo cual, Alejandro, llevado por la pasión de su ánimo y temiendo que entre la plebe surgiera un motín contra él, se hace acompañar de sus hermanos armados, arremete contra la muchedumbre y mata a muchos. El resto de los que habían estado en el consejo cuando la irrupción de los príncipes son liberados gracias al socorro de Anténor. Deteriorada la situación de esta manera, el pueblo, menospreciado, marcha a sus hogares, no sin haber sufrido bajas. 8

Al día siguiente de esto, el rey, por sugerencia de Hécuba, va a hablar con Helena y, saludándola afablemente, la exhorta a no perder el ánimo. Le pregunta quién era y de quién era hija. Entonces ella le responde que era pariente de Alejandro y que, por su linaje, pertenecía más a Príamo y Hécuba que a los hijos de Plístenes, rememorando toda la línea sucesoria de sus antepasados: pues Dánao y Agénor —decía— eran los fundadores de su propio linaje y del de Príamo, ya que de Plesíona, hija de Dánao, y de Atlas había nacido Electra[29], que, grávida por obra de Júpiter, había en- 9

[29] Según la versión apolodorea (III 10, 1) es Pleíone —y no Plesíona— la esposa de Atlas; y no era hija de Dánao, sino una oceánide. Como ocurre a menudo en el relato de Dictis, he aquí una muestra del afán por humanizar la mitología y prescindir de injerencias sobrenaturales.

gendrado a Dárdano, de quien había nacido Tros[30] y, a partir de él, los siguientes reyes de Ilio; además, Taígete era hija de Agénor[31]; y ella había tenido de Júpiter a Lacedemón, de quien había nacido Amiclas y de éste, Árgalo, padre de Ébalo, que pasaba por ser el padre de Tíndaro, de quien se decía que ella misma había sido engendrada[32]. Recordaba también su parentesco con Hécuba por línea materna: pues Fénix, hijo de Agénor era el punto de origen del parentesco entre Dimas, padre de Hécuba, y Leda. Después de exponer todos estos recuerdos históricos, pedía por último con lágrimas que no estimaran que debían entregarla, una vez que la habían acogido en su confianza. Todo lo que se había llevado de casa de Menelao —añadía— eran sus propias pertenencias, y nada había cogido a excepción de eso. Pero no quedaba claro si era por amor desmedido hacia Alejandro, o por miedo al castigo que temía le infligiera su esposo por haber abandonado el hogar, por lo que así se había propuesto defenderse.

10 Así pues, Hécuba, conocida su resolución, tras abrazar de inmediato a Helena por la afinidad de su linaje, procuraba con todo su tesón que no fuera devuelta, cuando ya Príamo y los otros príncipes afirmaban que no se debía entretener por más tiempo a los embajadores, ni ponerse ellos en contra del parecer de la gente del pueblo. Deífobo, el único entre todos, estaba de acuerdo con Hécuba: la pasión que sentía por Helena lo desviaba del recto parecer, de igual

---

[30] Sin embargo, según la versión de Apolodoro (cf. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica,* pág. 387) Dárdano es abuelo de Tros, siendo Tros hijo de Erictonio, éste sí, hijo de Dárdano.

[31] Taígete era una de las Pléyades, según la versión de Apolodoro, y no hija de Agénor.

[32] Se deja de lado, como puede verse, la versión según la cual Helena era realmente hija de Júpiter (metamorfoseado en cisne) y Leda.

manera que a Alejandro. Y así, rogando Hécuba obstinadamente a Príamo y a sus hijos, y sin que pudieran ellos convencerla de ningún modo para que se separara de los brazos de Helena, atrajo ella a su parecer a todos los que estaban allí[33]. De modo que, a la postre, el favor de una madre echó a perder el bien público. Al día siguiente Menelao vino con los suyos a la asamblea, reclamando a su esposa y lo que con ella le había sido arrebatado. Entonces Príamo, poniéndose en pie en medio de los príncipes y una vez que se hizo silencio, ofrece a Helena, que por esta razón había venido a mostrarse ante la concurrencia, la opción de volver a su casa con los suyos, si le parecía bien. Cuentan que ella dijo que no había navegado hasta allí en contra de su voluntad y que no se sentía a gusto en su matrimonio con Menelao. De esta manera los príncipes, quedándose con Helena, se retiraron de la asamblea llenos de júbilo.

Una vez que esto tuvo lugar, Ulises, más por afán de 11
querellarse con ellos que esperando obtener algún provecho con su alocución, desmenuzó toda la serie de afrentas que Alejandro había cometido ignominiosamente contra Grecia y, en desagravio de ellas, advirtió que no se demoraría la venganza. Luego Menelao, presa de un ataque de ira, tras haber prometido con rostro enfurecido la destrucción, abandona el consejo. Cuando tales noticias llegaron a los hijos de Príamo, se conjuran entre sí en secreto para sorprender traicioneramente a los embajadores. Pues creían, idea que no en vano se adueñó de ellos, que, si los embajadores re-

[33] Así pues, Hécuba fue la culpable de que las opiniones de los príncipes se mantuvieran como al principio, testimoniando Dictis que ya habían cambiado su primitivo parecer —todos menos Alejandro y Deífobo— y estaban ya decididos a la devolución de Helena y a seguir la voluntad del pueblo. La guerra se habría evitado —atestigua Dictis— si Hécuba no se hubiera dejado ganar por las súplicas de Helena.

gresaban sin haber llevado a término su misión, darían lugar a que se suscitara contra ellos una gran guerra. Así pues, Anténor, de cuya integridad de costumbres hicimos mención arriba, acude a Príamo y se le queja de la conjura que se había tramado: sus hijos —decía— preparaban celadas, no contra los embajadores, sino contra él, y él no estaba dispuesto a consentirlo. No mucho después descubre la maniobra a los embajadores. Así, explorados todos los lugares y proporcionándoles una escolta, tan pronto como le pareció oportuno, los deja marchar antes que sufrieran daño alguno.

12 Mientras estos sucesos tienen lugar en Troya, extendida ya por toda Grecia la noticia de ellos, acuden todos los descendientes de Pélope a una reunión conjunta y, comprometiéndose mediante juramento, deciden tomar la iniciativa de declarar la guerra a Príamo, si no era devuelta Helena junto con los bienes robados. Regresan los embajadores a Lacedemonia, informan sobre Helena y su decisión, y cuentan luego las palabras y acciones de Príamo y de sus hijos contra ellos, anteponiendo un gran elogio de la lealtad de Anténor para con los embajadores. Cuando se enteraron de tal cosa, deciden que cada uno en sus tierras y dominios aypresten recursos para la guerra. Así pues, por decisión del consejo es elegido Argos, reino de Diomedes, como lugar idóneo para reunirse y tratar allí sobre los preparativos de la guerra.

13 De modo que, cuando le pareció que era la ocasión, acude, el primero de todos, Áyax Telamonio, de gran renombre por su valor y su fuerza corporal, y con él su hermano Teucro. A continuación, no mucho después de él, Idomeneo y Meriones, unidos entre sí por una estrecha avenencia. Siguiendo yo la comitiva de éstos, me hice informar por Ulises tan detalladamente como pude acerca de lo que había sucedido en Troya con anterioridad. Los demás acon-

tecimientos que seguidamente tuvieron lugar los narraré con tanta verdad como pueda, puesto que yo mismo participé en ellos[34]. Así pues, detrás de esos de los que arriba hemos hecho mención, llegó Néstor con Antíloco y Trasimedes, hijos que había tenido de Anaxibia. A éstos les siguió Penéleo con Clonio y Arcesilao, parientes suyos; a continuación Proténor y Leito, príncipes de Beocia; y asimismo Esquedio y Epístrofo, de la Fócide; Ascálafo y Yálmeno, de Orcómeno; Diores y Meges, hijo de Fileo; Toante, hijo de Andremón; Eurípilo, hijo de Evemón, natural de Órmeno; y Leonteo.

Tras de los cuales, llegó Aquiles, hijo de Peleo y Tetis, 14
la que se decía hija de Quirón[35]. Aquiles, en los primeros años de su juventud, siendo de elevada estatura y de hermoso rostro, aventajaba ya entonces a los demás en lo referente a su afán por las hazañas guerreras, por su valor y celebridad; y sin embargo no carecía tampoco de una cierta violencia intemperante, y una poco civilizada incontinencia de sus impulsos[36]. Con él venían Patroclo y Fénix, uno en razón del vínculo de su amistad, el otro por ser su ayo y maestro.

---

[34] El autor manifiesta que es la propia experiencia y visión directa (autopsia) de los hechos lo que garantiza su veracidad, tal y como volverá a decir en V 17: «tras haberlos yo comprobado en su totalidad y haberlos experimentado en buena parte» *(cuncta sciens perpessusque magna ex parte)*. Y para lo sucedido con anterioridad indica convenientemente su fuente para atraerse el crédito: tal es su práctica, como se verá en otros lugares.

[35] Se omite, como se ve, toda referencia a la divinidad de Tetis (que según la versión común era hija del dios Nereo) y se calla el hecho de que Quirón fuera un centauro; son muestras evidentes de un afán por exponer los hechos de la manera más realista posible, muestras evidentes de una interpretación racionalista y evemerista de los mitos. Lo mismo ocurre, y a propósito de los mismos personajes, en VI 7.

[36] Esta característica de Aquiles aquí anotada cuadra muy bien con el comportamiento del héroe descrito en la *Ilíada*.

Seguidamente vino Tlepólemo, hijo de Hércules[37]; lo siguieron Fidipo y Ántifo, señalados por la vistosidad de sus armas, siendo Hércules su abuelo[38]; tras ellos, Protesilao, hijo de Íficlo, con su hermano Podarces. Se presentó también Eumelo de Feras, cuyo padre Admeto había prolongado antaño el propio destino, gracias a la muerte de su esposa en lugar de la suya[39]; Podalirio y Macaón, de Trica, hijos de Esculapio, llamados a participar en esta guerra por su experiencia en el oficio de la medicina; a continuación vino el hijo de Peante, Filoctetes, quien, siendo compañero de Hércules, después de partir éste hacia los dioses, consiguió las divinas flechas del héroe en premio a su destreza[40]; el hermoso Nireo[41]; de Atenas, Menesteo; y de Lócride, Áyax,

[37] Su madre era Astíoque, hija de Filante, rey de los tesprotos. Su historia anterior a la llegada a Troya se resume en *Il.* II 653 ss.

[38] Hijos de Tésalo, que era hijo, a su vez, de Hércules y Calcíope, princesa de Cos e hija de Eurípilo.

[39] Famoso es el suceso de Alcestis, que se ofreció a morir en lugar de su esposo Admeto, tema de un conocido drama de Eurípides. La leyenda, no obstante, en toda su amplitud, ofrecía ciertos detalles sobrenaturales que aquí —de acuerdo con la voluntad racionalista del autor— se callan deliberadamente.

[40] No así según la común versión que cuenta lo siguiente: cuando ya Hércules se moría y había hecho levantar para él una pira fúnebre, no hallando a nadie entre sus compañeros que quisiera prenderle fuego, sólo lo encontró en la persona de Peante, que pasaba casualmente por allí, y en premio por tal colaboración le obsequió con su arco y sus flechas, que después heredó el hijo de Peante, Filoctetes. Aunque hay ambigüedad en el texto, parece Dictis decir aquí que fue Filoctetes, y no Peante, el compañero de Hércules que recibió del héroe directamente el arco y las flechas.

[41] De él se dice así en la *Ilíada* (II 671-675): «Nireo había traído de Sime tres naves bien equilibradas, Nireo, el hijo de Aglaya y del soberano Cáropo, Nireo, el hombre más bello de los llegados al pie de Ilio, más que los demas dánaos, excepto el intachable Pelida. Pero era escasa y poco numerosa la hueste que le acompañaba» (trad. de E. Crespo).

hijo de Oileo; de Argos, Anfíloco y Esténelo: Anfíloco, hijo de Anfiarao, y el otro, hijo de Capaneo; junto con éstos Euríalo, hijo de Mecisteo. Luego vino desde Etolia Tesandro, hijo de Polinices; los últimos de todos llegaron Demofonte y Acamante[42]. Todos eran del linaje de Pélope. Pero a estos que acabamos de mencionar los siguieron muchos otros, cada uno desde sus respectivas regiones, unos formando parte de los séquitos de los reyes, otros siendo partícipes de la misma realeza, cuyos nombres no me ha parecido necesario mencionar uno por uno.

Así pues, una vez reunidos todos en Argos, los recibe a 15
todos como huéspedes Diomedes y les ofrece lo necesario. Luego Agamenón, repartiendo entre todos un gran cargamento de oro que había traído desde Micenas, hace sus ánimos más dispuestos para la guerra que se preparaba. Entonces, en una asamblea general acerca del modo como se había de llevar la guerra, se decidió que el juramento se llevara a cabo de esta manera. Calcante, hijo de Téstor, adivino del futuro, manda traer un cerdo macho al centro de la plaza, que, partido en dos mitades, separa colocando una hacia oriente y otra hacia occidente, y así manda que uno por uno vayan pasando por el medio con sus espadas desenvainadas[43]. Luego, manchando el filo de ellas con la sangre

[42] Los hijos de Teseo y Fedra. Una vez expulsado Teseo de Atenas por Menesteo, envió a sus hijos con Elefénor, rey de los abantes de Eubea, y él se marchó a la isla de Esciros, donde murió despeñado. En Atenas reinó entonces Menesteo. Y a la guerra de Troya van tanto éste como aquéllos (cf. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica*, pág. 386).

[43] Típico ritual griego del sacrificio con ocasión de un pacto, que J. G. Frazer analiza en comparación con rituales semejantes de muchos otros pueblos, en primer lugar con los hebreos, según consta en el *Génesis* a propósito de la alianza entre Dios y Abraham (*El folklore en el Antiguo Testamento*, Méjico: FCE, 1981 [=1975], págs. 205-229). Sacrificios de este tipo aparecerán en más ocasiones a lo largo del relato de Dictis.

del cerdo, una vez que añadieron otros detalles necesarios para tal ceremonia, consolidan su enemistad con Príamo mediante el rito sagrado; y aseguran que no cejarán en la guerra antes de haber destruido Ilio y todo su imperio. Cumplido lo cual, una vez purificados, se propiciaron a Marte y a la Concordia con abundantes sacrificios.

16 Luego, en el templo de la argiva Juno, decidieron nombrar al que había de ser jefe de todos. Así pues, en tablillas que se les habían dado para elegir al primer caudillo de la guerra, el que a cada cual le pareciera, escriben todos con letras púnicas[44] el nombre de Agamenón. Así, con el acuerdo de todos y en medio de un murmullo de aprobación, se hace cargo de la totalidad de la guerra y del ejército; lo cual, con toda justicia había recaído sobre él, no sólo en atención a su hermano, por cuya causa se preparaba tal guerra, sino también por la gran abundancia de sus riquezas, por las que era considerado grande e ilustre entre los demás reyes de Grecia. A continuación nombran como jefes y capitanes de los navíos a Aquiles, Áyax y Fénix. Se designa también como caudillos para el ejército de a pie a Palamedes, junto con Diomedes y Ulises, de forma que entre sí se repartan los turnos de día y de vela durante la noche. Una vez concluidos estos trámites, marchan cada uno a sus reinos con el fin de preparar recursos y medios para la operación militar. En ese intervalo de tiempo toda Grecia ardía en afán guerrero: armaduras, dardos, caballos, naves y todas las cosas de este jaez se van disponiendo a lo largo de un bienio completo, contando con que la juventud, en parte por iniciativa propia, en parte por competir en gloria con los de la misma edad,

[44] Si alguna duda había en el comienzo —epístola y prólogo— acerca de la dualidad entre escritura fenicia y lengua griega este dato la disipa: la lengua del relato de Dictis era evidentemente griega, pero se escribía con caracteres fenicios.

apresuraban los requisitos de la milicia. Pero, entre tales preparativos, se pone el máximo cuidado en construir, antes de nada, un gran número de naves, con el evidente propósito de que tantos miles de tropas, reunidos en un sólo cuerpo desde muchos lugares, no se vieran retardados por descuido de la navegación.

Así pues, una vez que transcurrieron los dos años, cada 17
uno de los reyes, según la capacidad de sus recursos y de su reino, envían sus flotas equipadas a Áulide de Beocia, pues se había elegido este lugar: el primero de ellos, Agamenón, cien naves desde Micenas, y puso a Agapénor al mando de otras sesenta, que había reunido de diversas ciudades sometidas a su imperio; Néstor, una flota equipada de noventa naves; Menelao, de toda Lacedemón, sesenta naves; Menesteo, de Atenas, cincuenta; cuarenta, Elefénor de Eubea; Áyax Telamonio, doce de Salamina; Diomedes, desde Argos, una flota de ochenta naves; Ascálafo y Yálmeno, los de Orcómeno, treinta naves; Áyax, el de Oileo, cuarenta; asimismo, de toda Beocia, Arcesilao, Proténor, Penéleo, Leito y Clonio, cincuenta naves; cuarenta de Fócide Esquedio y Epístrofo; a continuación Talpio y Diores, junto con Anfímaco y Políxeno, de Élide y de otras ciudades de su comarca, cuarenta naves; Toante, de Etolia, cuarenta; Meges, de Duliquio y de las islas Equínades, cuarenta; Idomeneo con Meriones, de toda Creta, una flota de ochenta naves; Ulises, de Ítaca, doce; cuarenta, Protoo el de Magnesia; Tlepólemo, de Rodas y de otras islas de sus alrededores, nueve; once, Eumelo el de Feras; Aquiles, de Argo de los pelasgos, cincuenta; tres, Nireo de Sime; Podarces y Protesilao de Fílace y de otros lugares de los que eran dueños, cuarenta naves; treinta, Podalirio y Macaón; Filoctetes de Metona y de otras ciudades, siete naves; Eurípilo el de Órmeno, cuarenta; veintidós Guneo de la tierra de los perrebios; Leonteo y Po-

lipetes, cuarenta de sus tierras; treinta, de las islas de Cos y Crápatos, Fidipo junto con Ántifo; Tesandro, el hijo de Polinices, según arriba explicamos, cincuenta naves desde Tebas; Calcante, de Acarnania, veinte; Mopso, de Colofón, veinte; Epio, de las islas Cícladas, treinta[45]. Y las llenan con gran cantidad de trigo y de otras clases de alimento que precisaban, pues ésa era la orden que habían recibido de Agamenón, para que un número tan grande de soldados no fuera a verse aquejado por escasez de los recursos necesarios.

18 Así pues, entre tan gran apresto de escuadras, eran muchos los caballos y los carros de guerra en previsión de la naturaleza de los lugares, pero la mayor parte la constituían los soldados de infantería por esta razón: porque en toda la extensión de Grecia la práctica de la equitación se ve impedida por una mucho mayor escasez de pastos que en otras regiones. Además hubo muchos que, por su conocimiento del oficio, eran considerados imprescindibles para la organización de la flota. Al licio Sarpedón por aquella misma época no se le pudo persuadir ni con recompensa ni mediante el favor de Falis, rey de los sidonios, para que se enrolara como aliado en nuestro ejército en contra de los troyanos, puesto que ya Príamo con regalos en mayor número, y duplicados después, lo había retenido y comprometido firmemente con su causa. Por otra parte el conjunto de todas las flotas que, desde diversos reinos de Grecia se había reunido, según antes explicamos, fue aparejado y abastecido durante un quinquenio completo. Así, puesto que ninguna cosa obstaculizaba la partida, sino la falta de soldados, todos

---

[45] Catálogo de tropas que concuerda bastante bien —en los nombres de los caudillos y en el número de naves— con el homérico del libro II de la *Ilíada*. Hay, no obstante, adiciones: Tesandro, Calcante, Mopso y Epio.

los caudillos, como si obedecieran a una señal dada, confluyen conjuntamente y al mismo tiempo en Áulide.

Entretanto, en ese mismo apresuramiento de la navegación, Agamenón, del que ya informamos arriba que había sido nombrado jefe de todos por decisión unánime, adelantándose a un poco más de distancia de donde estaba el ejército, vio por casualidad un corzo que pastaba en los alrededores del bosque sagrado de Diana y, sin tener en cuenta la prohibición religiosa que había en aquel lugar, lo atravesó con su jabalina. Y no mucho después la peste, tras haber tanteado los cuerpos, se infiltró en ellos, ya fuera por ira del cielo, ya por un cambio climático. Y entretanto, aumentando su furia cada día más y más, extenuaba a muchos millares de hombres y avanzaba promiscuamente a través de los ganados y del ejército[46]. En suma, no se veía límite para la muerte ni tregua ninguna; tan pronto como algún ser vivo topaba con la enfermedad, quedaba aniquilado. Estando los caudillos preocupados por tales sucesos, una mujer poseída por la divinidad declara que se trata de la cólera de Diana: pues la diosa —decía—, a causa de la muerte del corzo, en el que se gozaba sobremanera, reclamaba del ejército el castigo por el sacrilegio, y no se ablandaría antes de que el causante de un delito tan grande hubiese sacrificado a su hija mayor como víctima compensatoria. Cuando tal vaticinio llegó al ejército, abordan todos los jefes a Agamenón y 19

---

[46] El obstáculo que retiene a la tropa en Áulide, según la versión más difundida, no es la peste sino la falta de vientos. Que ello se debe a la cólera de Diana contra Agamenón lo declara Calcante, el adivino, y no —como aquí— una mujer en trance. Como se ve en todo este relato sobre Ifigenia, Dictis no se abstiene —según suele hacer otras veces— de testimoniar la actuación divina; no puede decirse, en consecuencia, que sea sistemáticamente pseudo-racionalizador ni evemerista, y en ello me insiste particularmente Ruiz de Elvira.

comienzan por suplicarle; y al negarse a ello le obligan por fin a que hiciera venir rápidamente a la que debía encararse con la enfermedad. Pero cuando ven que obstinadamente se oponía a ello, sin que por ningún medio pudieran doblegarlo, persiguiéndolo con numeroso griterío, lo despojaron por último de su regia dignidad[47]. Y para que tan gran multitud de soldados no anduviera errante, sin guía, de un modo más desperdigado y sin metas militares, nombran jefes a la vista de todos a Palamedes, luego a Diomedes y a Áyax Telamonio, y en cuarto lugar a Idomeneo. Así, mediante una igualación del número de combatientes y de las unidades, el ejército se divide en cuatro partes.

20 Pero, entretanto, no se veía el fin de tal calamidad. Entonces Ulises, tras haber simulado encolerizarse por la terquedad de Agamenón, y declarando que por eso se volvía a su patria, ideó un gran e inesperable remedio para todos. Pues, marchando a Micenas, sin haber hecho a nadie partícipe de su plan, lleva a Clitemnestra una supuesta carta de Agamenón, cuyo tenor era el siguiente: que a Ifigenia, pues era la hija mayor, se la había prometido a Aquiles en matrimonio, y que no tenía pensado marchar a Troya antes de que se cumpliera lo que había prometido; por lo cual que se diera prisa en enviarla rápidamente a ella y las cosas que eran necesarias para las nupcias. Además, añadió crédito a sus razones, hablando muchas otras cosas en relación con el fingido asunto. Clitemnestra, cuando se enteró de ello, no sólo en razón de su estima por Helena, sino sobretodo porque entregaba su hija a un varón de tan esclarecida fama, confía gozosa Ifigenia a Ulises. Y éste, concluida su artima-

[47] La versión de Apolodoro no exime a Agamenón de culpa por la muerte de su hija, sino que lo hace cómplice de Ulises en sus maquinaciones para hacerla venir.

ña, vuelve al ejército al cabo de pocos días y se le ve aparecer de improviso en el bosque de Diana en compañía de la doncella. Al enterarse de ello, Agamenón, ya fuera movido por un sentimiento de cariño paternal, ya fuera para no verse implicado en el crimen, tan fuera de la ley, de la inmolación, se dispone a la huida. Al saberlo Néstor, pronunciando un largo discurso, de género persuasivo en su parte final —género en el que estaba considerado como el más ameno y deleitable orador de todos los hombres de Grecia—[48], lo disuadió de su propósito.

Entretanto Ulises y Menelao, junto con Calcante, a quienes se les había dado este encargo, apartándose lejos todos los demás, estaban adornando a la doncella para el sacrificio, cuando he aquí que el día comenzó a ensombrecerse y a cubrirse el cielo con un nubarrón; luego, de repente, hubo truenos, relámpagos fulgurantes y además un enorme terremoto y maremoto y, por último, la confusión de la atmósfera hizo desaparecer la luz. Y no mucho después cayó una gran cantidad de agua y granizo. Entre estos presagios tan funestos y puesto que no se aplacaba el temporal, Menelao, junto con los que se encargaban del sacrificio, se debatía incierto entre el miedo y la duda, pues al principio su temor era por el repentino cambio del tiempo, creyéndolo una señal de los dioses, pero luego la muerte de los soldados les impelía a no abandonar su intención. Así pues, en medio de tanta vacilación de su espíritu, se escuchó una voz que salía del bosque sagrado: la divinidad rechazaba esta clase de sacrificio —decía— y por ello debían alejar sus manos del cuerpo de la muchacha, pues la diosa se compadecía de ella; además, en pago de su gran delito —seguía diciendo—, bas- 21

---

[48] Obsérvese, como antes a propósito de Palamedes (cap. 6 de este libro), el énfasis que pone el autor en los aspectos retóricos.

tante castigo le estaba reservado a Agamenón por parte de su esposa después de su victoria en Troya; y, en consecuencia, se ocuparan en inmolar lo que vieran que se les mostraba en lugar de la doncella[49]. Enseguida comenzaron a calmarse los vientos y los rayos y demás fenómenos que suelen tener lugar en las grandes agitaciones de la atmósfera.

22 Pero mientras estos sucesos tenían lugar en el bosque sagrado, Aquiles, por separado, recibe una carta enviada a su nombre por Clitemnestra, junto con una gran cantidad de oro, en la que le encomendaba a su hija y a toda su familia. Cuando tuvo certeza de estas noticias y del proyecto de Ulises, deja de lado todas sus ocupaciones y rápidamente se encamina al bosque sagrado increpando a gritos a Menelao y a quienes estaban con él, diciéndoles que se abstuvieran de molestar a Ifigenia y amenazándoles con la muerte si no le obedecían. Luego, estando ellos presos de asombro y estupor, se presenta éste y, cuando ya el día había vuelto a su calma, les arrebata a la doncella. Entretanto, mientras todos se preguntaban qué cosa fuera o dónde estaba aquello que se les ordenaba sacrificar, detúvose intrépida ante el mismo altar una cierva digna de admiración por la hermosura de su cuerpo. Concluyendo que ésta era la víctima anunciada y que se les había mostrado por voluntad divina, la capturan y la inmolan a continuación. Terminado el sacrificio, cedió la calamidad y el cielo volvió a despejarse como en un día de verano. Por otra parte, Aquiles y aquellos que estuvieron a cargo del sacrificio, a escondidas de todos entregaron la

---

[49] Según los *Cypria* y Eurípides, en ambas *Ifigenias*, seguidos de Apolodoro, Ovidio, Servio, el propio Dictis —como se verá en el capítulo siguiente— y otros (véase Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica y Música Occidental,* Alcalá de Henares, 1997, pág. 72), se inmoló, en vez de Ifigenia, una cierva que puso Ártemis en su lugar; e Ifigenia fue llevada por la diosa al país de los tauros.

doncella al rey de los escitas[50], que se encontraba allí en aquel tiempo.

Y cuando los jefes advirtieron que había cedido la fuerza del mal, que el soplo de los vientos era favorable para la navegación y que el aspecto que presentaba el mar era propio del verano, alegres todos van a ver a Agamenón y, tras consolarlo, pues estaba desolado por la marcha de su hija, le otorgan de nuevo la dignidad del mando. Esta decisión fue muy bien acogida y celebrada entre el ejército, ya que todos los soldados lo respetaban como a su mejor consejero, no de otro modo que si se tratara de un padre. Y Agamenón, por su parte, bien sea suficientemente avisado ya por aquellos acontecimientos que acababan de ocurrir, bien sea considerando en su mente la fatalidad de las cosas humanas e inconmovible por ello frente a los infortunios, deja de lado lo que le había sucedido, asume el cargo e invita aquel día a todos los jefes a un banquete con él. No muchos días después de aquello fue distribuido por jefes el ejército y, cuando comenzaba ya el tiempo idóneo para la navegación, embarcó en las naves que estaban abarrotadas de abundancia de productos de la mejor calidad que los habitantes de aquella comarca les ofrecían. Por otra parte, el trigo, el vino y demás víveres imprescindibles se los procuraron Anio y sus hijas, de las que se decía que podían convertir el agua en vino[51] 23

---

[50] La versión más común cuenta las cosas con más dosis de sobrenaturalidad, algo restringida aquí por Dictis en esa su ocasional inclinación pseudo-racionalista de que ya hemos visto más ejemplos. Así, a Ifigenia —según la tradición más difundida— es la propia diosa Ártemis la que se la lleva al país de los tauros como sacerdotisa suya.

[51] Literalmente: «de las que se decía que eran enótropos», esto es, 'convertidoras en vino'. La forma latina es *oenotropae*, reconstruida por Eisenhut a partir de varias lecturas codíceas ininteligibles; y sería una latinización de la forma griega *oinótropoi* (como *choephóroi)*, pero con paso a la primera declinación latina.

y que eran sacerdotisas de un culto divino[52]. De esta manera zarparon desde Áulide.

---

[52] Efectivamente, según otros testimonios (cf. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica,* págs. 465-466), las hijas de Anio surtieron al ejército griego de vino y alimentos; sólo en Ovidio consta *(Met.* XIII 655-674), contrariamente, que, cuando Agamenón las quiso obligar a hacerlo, ellas pidieron ayuda a Baco y fueron metamorfoseadas por éste en palomas. El prodigio, que no podría admitirse en una visión racionalista del mito como la que a su manera parece ofrecer Dictis, queda aquí atenuado por la precisión *quae...memorabantur* («de las que se decía que...»), de la que el propio autor queda voluntariamente al margen.

LIBRO II

Después que los vientos condujeron a todas las escuadras 1
a la comarca de los misios, rápidamente, a una señal dada, acercan todos las naves a la playa. Luego, estando deseosos de salir, les vinieron al encuentro unos vigías de la zona. Pues Télefo[53], que entonces era el que gobernaba en Misia, los había puesto de guardia en la costa para tener así defendida toda la comarca del ataque de enemigos marítimos. Así pues, una vez que se les impide desembarcar y no se les permite pisar tierra antes de que le sea anunciado al rey quiénes eran, los nuestros al principio no hacían caso de lo que se les decía y uno tras otro salían de las naves; luego, después que no se les daba ninguna repuesta por parte de los vigías y comenzaron a resistírseles con gran violencia y a oponérseles, los jefes todos decidieron que había que castigar aquella afrenta con las manos, y, cogiendo las armas, salen corriendo fuera de las naves e, inflamados de cólera, matan a los vigías y no dejan de perseguirlos ni siquiera

[53] Hijo de Hércules y de Auge, princesa de Tegea, hija del rey Áleo. Se decía que había sido amamantado por una cierva. Ya sea simultáneamente, ya el hijo con posterioridad a la madre, ambos, rechazados por el rey Áleo, fueron a parar a Misia, donde Auge se casó con el rey del país, Teutrante, y Télefo sucedió a éste en el trono.

cuando habían vuelto las espaldas y se daban a la fuga, sino que, a medida que cada uno había capturado a un fugitivo, lo mataba.

2 Entretanto llegan a Télefo los primeros que se habían escapado huyendo de los griegos; anuncian que habían arribado de súbito muchos miles de enemigos y que, tras haber dado muerte a los vigías, se habían adueñado de la costa, y añade cada uno muchas cosas más, según el propio miedo. Al instante Télefo, enterado del suceso, acude presuroso al encuentro de los griegos con los miembros de su escolta y otros que en aquel apresuramiento pudieron reunirse en un pelotón; y al punto, apiñados los frentes por ambos bandos, salen a encontrarse con gran violencia. Luego, según cada cual se les ponía al alcance de las manos, lo mataban, acosándose entre tanto recíprocamente unos y otros, dolidos por la muerte de los suyos. Y en esta lucha Tesandro, a quien hemos mencionado arriba como hijo de Polinices, enfrentándose con Télefo y herido por él, cae[54], no sin haber dado muerte antes sin embargo a muchos de los enemigos; entre ellos había degollado a un compañero de Télefo que combatía celosamente, a quien el rey tenía entre los jefes por su fortaleza y perspicacia; y así, dejándose llevar poco a poco por su buena fortuna en la batalla y emprendiendo por ello acciones mayores de las que le permitían sus fuerzas, muere. Y su cuerpo ensangrentado lo sacó de allí Diomedes en hombros, porque era fiel a un pacto de alianza con él que arrancaba ya desde el tiempo de sus padres. Y tras quemarlo

[54] Es en I 14 donde se menciona a este Tesandro, al que en las otras fuentes se llama Tersandro. Virgilio, en contra del presente testimonio de Dictis, lo muestra vivo al final de la guerra y dice que fue uno de los caudillos que entraron en el vientre del caballo de madera para conquistar la ciudad.

en la pira, sepultó sus restos según la costumbre de su patria.

Pero cuando Aquiles y Áyax Telamonio se dieron cuenta de que les estaba siendo arrebatado el éxito de la batalla con gran pérdida de los suyos, dividen el ejército en dos partes. Y arengando a su tropa según lo requería la ocasión, como si con ello les hubieran restablecido las fuerzas, acometen con más violencia a los enemigos; y eran los propios jefes los que ocupaban la vanguardia en el combate, persiguiendo unas veces a los que huían y haciendo frente otras, a modo de muralla, a los que les acosaban. Y así, de todos modos, combatiendo los primeros o entre los primeros, consiguieron ya entonces por su valor un ilustre renombre entre los enemigos y entre los suyos. Entretanto Teutranio, hijo de Teutrante y Auge, hermano de Télefo por parte de madre, cuando advirtió que Áyax luchaba contra los suyos de manera tan brillante, rápidamente se dirigió hacia él, y allí, en el transcurso de la lucha, cayó herido por el arma de aquél. A su caída Télefo se sintió vivamente afectado, y, buscando vengar la muerte de su hermano, arremete furioso contra el ejército y allí, tras poner en fuga a aquellos contra los que se había dirigido, mientras perseguía a Ulises entre las viñas que había plantadas en los alrededores de aquel lugar, tropieza con el tronco de una vid y cae al suelo. Cuando Aquiles vio desde lejos al rey, lanzándole una jabalina, le atravesó el muslo izquierdo. Télefo, por su parte, levantándose con presteza, se arrancó el hierro del cuerpo y, protegido por el grupo de los suyos, se libró de una inminente muerte. 3

Y ya había transcurrido la mayor parte del día, cuando, aplicados al combate ambos ejércitos, sin un momento de reposo, en ininterrumpida lucha, y con ahínco entre ellos, el cansancio se hizo sentir entre los caudillos. Pues a los nues- 4

tros, bastante agotados ya por los muchos días de navegación, les había debilitado sobremanera el acoso de Télefo. Éste, en efecto, que era hijo de Hércules, gigantesco de cuerpo y poderoso en fuerzas, había puesto su propia gloria a la altura de las cualidades divinas de su padre. Así pues, al llegar la noche, sobrevino, deseándolo todos, el descanso en el combate. Los misios vuelven a su hogar, mientras que los nuestros se retiran a las naves. Por lo demás, en esta lucha murieron muchos hombres de ambos ejércitos, pero también fueron heridos la mayor parte, sin que nadie o casi nadie, en resumidas cuentas, quedara ileso de la carnicería de aquella guerra. Al día siguiente, se envían embajadores por ambas partes para tratar del sepelio de los que habían caído en el combate. Y así, durante la tregua que se interpuso, una vez recogidos los cadáveres e incinerados, los entierran.

5 Entretanto Tlepólemo y Fidipo, junto con su hermano Ántifo —de quienes, hijos de Tésalo, ya dijimos antes[55] que eran nietos de Hércules—, al saber que Télefo reinaba en estas tierras, acuden a él confiando en su parentesco y le informan acerca de quiénes eran y con quiénes habían navegado. Luego, tras un buen rato de mutua conversación, los nuestros a la postre les increparon duramente por haber hecho violencia tan hostilmente contra los suyos. Pues Agamenón y Menelao, Pelópidas —decían—, no extraños a su linaje[56], eran los que habían reunido aquel ejército. Después, le dan cuenta de los atropellos que había cometido Alejandro para con la casa de Menelao y del rapto de Helena. Y sería bueno que él —seguían diciendo— se decidiera a prestar su ayuda a los griegos, no sólo por su parentesco

[55] En I 14.

[56] Por cuanto que tanto Télefo como Pélope tenían como abuelo a Júpiter, siendo hijos de Hércules y Tántalo, hijos éstos del dios supremo.

con ellos, sino especialmente por el crimen que suponía la violación de la recíproca hospitalidad; razón era también para que él les favoreciera —añadían— el hecho de que por toda Grecia existían numerosos recuerdos de los trabajos del mismo Hércules. A estas palabras Télefo, aunque el dolor de la herida lo torturaba extraordinariamente, les contesta, sin embargo, con benevolencia y les dice que efectivamente fue culpa suya más bien, por no haberse percatado él de que quienes habían arribado a su reino eran gente muy amiga y unida a él por vínculos de sangre; pues debía haber mandado por delante —decía— unos heraldos por cuya mediación, enterado él de su llegada, habría debido salirles al encuentro dándoles la bienvenida y, una vez recibidos amistosa y hospitalariamente, y agasajados con regalos, les hubiera dejado marchar cuando a ellos les pareciera conveniente. En cuanto a lo demás —seguía diciendo— se negaba a combatir contra Príamo, pues estaba casado con una hija suya, Astíoque, de la que le había nacido Eurípilo, que, como vínculo de tan estrecho parentesco, se interponía entre ellos. Inmediatamente después manda que les fuera comunicado a sus súbditos que desistieran de su propósito. Y así, otorga a los nuestros libre facultad de partir con las naves. Tlepólemo y quienes habían venido con él son confiados a Eurípilo, y todos ellos, cumplido su deseo, parten a las naves llevando a Agamenón y a los otros reyes la noticia de la paz y amistad con Télefo.

Al recibir tales noticias, dejan de lado gustosamente el 6
aparato de la guerra. Seguidamente, obedeciendo el acuerdo del consejo, Aquiles y Áyax se llegaron a Télefo, y, consolándole, pues era presa de grandes dolores, le pedían que aguantara sus molestias con reciedumbre viril. Pero Télefo, cuando le sobrevenía alguna tregua a su dolor, amonestaba a los griegos por no haberle enviado por delante siquiera un

mensajero anunciando su venida. Después les pregunta quiénes y cuántos Pelópidas había en dicho ejército y, una vez informado de ello, les ruega con muchas súplicas que vengan todos a visitarle. Entonces los nuestros le prometieron hacer lo que él quisiera y anunciaron a los demás el deseo del rey. Así pues, todos los Pelópidas, a excepción de Agamenón y Menelao, reunidos en un grupo, se llegan a Télefo y proporcionaron al rey con su presencia gran júbilo y contento, y después, agasajados generosamente con regalos, fueron acogidos como huéspedes. No obstante, tampoco el resto de la tropa, que se había quedado en las naves, quedó sin participar en la largueza del rey, pues se les llevaba en gran abundancia trigo y otros productos necesarios según el número de naves. Además, cuando se da cuenta el rey de que faltaban Agamenón y su hermano, suplica a Ulises con muchos ruegos que fuera a llamarlos. De modo que éstos se llegan a Télefo y, después de intercambiar regalos según la costumbre de los reyes, mandan venir a Macaón y Podalirio, hijos de Esculapio, y curarle la herida; ellos, una vez indagado el remedio, le aplican rápidamente los medicamentos apropiados para calmar su dolor.

7 Pero cuando ya habían gastado algunos días, y comenzó a verse aplazado el momento de emprender la navegación, y a encresparse el mar más y más cada día por el choque de vientos opuestos, se presentan a Télefo y le consultan sobre cuál era el tiempo oportuno para partir. Una vez que supieron por él que el momento propicio para navegar hacia Troya desde aquellas regiones era al principio de la primavera, por decisión unánime regresan a Beocia, y allí sacan a tierra las naves y se vuelven cada uno a su reino para pasar el invierno. Entretanto, durante este tiempo de descanso, el rey Agamenón tuvo ocasión para dar rienda suelta a su enfado con su hermano Menelao a causa de la entrega de Ifigenia.

Pues este último era tenido como culpable y causante de su aflicción.

Por el mismo tiempo se tuvo noticia en Troya de la conjuración de Grecia entera; fueron los que difundieron el rumor unos extranjeros, escitas de nación, que, por razón de su oficio de mercaderes, viajaban de un lado a otro y estaban acostumbrados a hacer intercambios con los naturales a lo largo de todo el Helesponto. El miedo y la angustia se abatió entonces sobre todos, una vez que todos aquellos a los que desde el principio había parecido mal la acción de Alejandro, proclamaron uno por uno que se había obrado injustamente contra Grecia, y que, por eso, de la maldad de unos pocos se iba a desembocar en la ruina general. En medio de esta situación tan apurada, se puso gran cuidado en elegir miembros de todos los estamentos para que reunieran tropas auxiliares de las comarcas vecinas, y Alejandro y demás pésimos consejeros los envían con la orden de que volvieran cuanto antes, tras haber concluido la operación. El motivo por el que los Priámidas se apresuraban era sobre todo para, rápidamente equipado su ejército, adelantarse al momento de la partida de las naves y trasladar a las comarcas de Grecia toda la guerra que se estaba preparando. 8

Mientras en Troya se ocupaban de esto, Diomedes se enteró de aquellos propósitos, y, tras haber recorrido Grecia entera con gran rapidez, reúne a todos los caudillos y les aconseja y exhorta, a la vista del proyecto de los troyanos, a que cuanto antes, equipados con los aparejos necesarios para la guerra, se apresurasen para la navegación. Y no mucho después, cuando se tuvo conocimiento de ello, se reúnen todos en Argos. Allí Aquiles, indignado con el rey[57] porque, a causa de su hija, desaprobaba la partida, se reconcilió con él 9

[57] Con Agamenón.

gracias a Ulises. Pues éste se ganó la confianza de Agamenón, entristecido desde hacía tiempo y agobiado por el dolor a causa de lo que había ocurrido en torno a su hija, y dio ánimos de nuevo al rey devolviéndole su compostura. Así pues, en presencia de todos, aunque ninguno se inhibía de los preparativos militares, sin embargo, de un modo especial Áyax Telamonio y Aquiles junto con Diomedes habían tomado a su cargo la responsabilidad mayor y el compromiso de llevar adelante la guerra; y dispusieron ellos que, además de la flota reunida, se aprestaran naves con las que hacer incursiones contra los lugares enemigos. Así en pocos días construyen una flota de cincuenta naves, equipada con instrumentos de todo tipo. Por lo demás, había transcurrido ya hasta entonces el octavo año desde el comienzo de aquella guerra y había empezado el noveno.

10 Y cuando estuvieron aparejadas del todo las escuadras y el mar permitía la navegación sin que ninguna circunstancia lo impidiera, eligieron como guías de su expedición, contratados a sueldo, a unos escitas que habían arribado allí casualmente por razones comerciales. Por la misma época Télefo, atormentado desde hacía tiempo por la herida aquella que había recibido en el combate contra los griegos, y no pudiendo curarla con ningún remedio, por último, advertido por el oráculo de Apolo de que acudiera a Aquiles y a los hijos de Esculapio, emprende rápidamente la navegación hacia Argos. Una vez allí, refiere el oráculo a la concurrencia de los caudillos, que no comprendían el motivo de su llegada, y les pide, en consecuencia, que no le negaran ellos, siendo amigos, el remedio que se le había profetizado. Cuando se enteraron de ello, Aquiles[58], junto con Macaón y

[58] Pues también Aquiles había aprendido la medicina al ser educado por Quirón. La versión más conocida —que tenía como principal garante

Podalirio, aplicando sus cuidados a la herida, probaron en breve tiempo que el oráculo tenía razón. Por otra parte, los griegos, solicitando con muchos sacrificios la ayuda de los dioses para su empresa, llegan a Áulide con las referidas naves, y desde allí, apresurándose ellos a emprender la navegación, Télefo les sirvió de guía, en pago del favor recibido. Así, una vez embarcados, gozando de vientos favorables llegaron a Troya en pocos días.

Por el mismo tiempo, acompañado de un gran puñado 11 de hombres armados, llegaba el licio Sarpedón, hijo de Janto y de Laodamía[59], a quien Príamo había reclamado con repetidos mensajes. Éste, cuando se da cuenta desde lejos de que una gran cantidad de escuadras se había acercado a la playa, pensando como era la realidad, organiza rápidamente a los suyos y ataca a los griegos, que comenzaban a desembarcar. Y no mucho después, al tener noticia de ello, los Priámidas cogen apresuradamente las armas y se hacen cargo de la situación. Mientras tanto los griegos, ante unos enemigos enconados y que les acosaban de mil maneras, ni podían desembarcar sin sufrir pérdidas ni tomar las armas por causa de la general confusión, que todo lo obstaculizaba. Por último, sin embargo, los que pudieron armarse en medio de aquella premura, dándose ánimos entre sí unos a otros, arremeten violentamente contra los enemigos. Y en

el drama de EURÍPIDES titulado *Télefo*— precisaba que había sido exclusivamente Aquiles quien, con la herrumbre de su lanza, con la que anteriormente le había producido a Télefo la herida, lo curó, porque así es como lo había indicado el oráculo.

[59] Según la versión conocida, este Sarpedón, licio, era hijo de Júpiter y Laodamía; aquí la paternidad del dios supremo viene, al parecer, sustituida por otra humana (pues, aunque no hay ningún indicio en el texto de Dictis para entender si el nombre «Janto» se refiere al famoso río de Troya o, por el contrario, a un mortal, sus ocasionales inclinaciones racionalistas podrían sugerir esto último).

esta batalla Protesilao, cuya nave había sido la primera de todas en acercarse a tierra, luchando en primera línea, cayó herido finalmente por un dardo de Eneas[60]. Sucumbieron también dos hijos de Príamo, y tampoco el resto de la tropa de uno y otro bando se mantuvo al margen de la matanza.

12 Por lo demás Aquiles y Áyax Telamonio, en cuyo valor se apoyaban los griegos, combatiendo con gran gloria, consiguieron amedrentar a los enemigos y dar confianza a los suyos. Y ya no se podía resistir más ante ellos, de manera que, retirándose poco a poco aquellos a los que habían atacado, a la postre todos se dieron a la fuga. Así pues, en el momento en que los griegos se vieron libres de enemigos, sacando a tierra las naves y poniéndolas en fila, las dejan varadas, sin correr riesgo. A continuación, de entre todos eligen como guardianes a Aquiles y a Áyax Telamonio, en cuyo valor tenían una total confianza, y les encargan la defensa de la flota y del ejército, distribuyéndose por los flancos y las alas. De modo que, ordenado y dispuesto todo, Télefo, bajo cuya guía se hizo la navegación hasta Troya, marcha a su patria entre grandes muestras de agradecimiento hacia él por parte del ejército. Y no mucho después, cuando estaban los nuestros ocupados en dar sepultura a Protesilao sin que en tal circunstancia temieran ningún ataque enemigo, Cicno, cuyo reino estaba no lejos de Troya, al tener noticia de nuestra llegada, ocultamente y con emboscadas ataca a los griegos, y, aterrorizados ellos por un mal incierto, los obliga a huir sin ningún orden ni disciplina militar. Inmediatamente después los demás, que no estaban encargados del enterramiento, advirtiéndolo, marchan ar-

[60] La versión más divulgada, no obstante, presentaba a Héctor como el asesino de Protesilao. Cf. sobre las variantes del mito de Protesilao, A. Ruiz de Elvira, «Laodamía y Protesilao», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios latinos*, n. s. 1 (1991), 139-158.

mados a su encuentro; entre ellos estaba Aquiles, que se enfrentó con el rey y lo mató[61], así como a un gran número de enemigos, siendo liberados de este modo los que se habían dado a la fuga.

Por otra parte, preocupados los caudillos y angustiados 13
por la matanza de tantos hombres en las frecuentes incursiones de los enemigos, se decide en primer lugar atacar con parte del ejército las ciudades vecinas de Troya y asaltarlas por todos los medios. Así, antes que ninguna, invaden la comarca de Cicno, y lo devastan todo en sus alrededores. Pero cuando asaltaron, sin que nadie opusiera resistencia, la ciudad de los neandrienses[62], que pasaba por ser la capital del reino, donde los hijos de Cicno se criaban, y comenzaron a incendiarla, sus habitantes pidieron con muchos ruegos y lágrimas que desistieran de su intento, suplicando por todo lo humano y lo divino, puestos de rodillas, que no permitieran que una ciudad, inocente y que poco después iba a serles fiel, pagara los delitos de su pésimo caudillo. De esta manera la ciudad se libró gracias a la misericordia. Por lo demás, a los hijos del rey, Cobis y Coriano, y a su hermana Glauce, se los entregaron a los griegos, que los reclamaban. A esta última los nuestros se la ofrecen, separándola del resto del botín, a Áyax para que la poseyera en premio a sus valerosas acciones. Y no mucho después los neandrienses, en actitud suplicante y de paz, acuden a los griegos,

[61] Dictis omite, como hemos dicho que hace a veces, toda una serie de detalles y circunstancias sobrenaturales en relación con el personaje de Cicno y con su muerte, en una evidente interpretación racionalista de la leyenda. Era Cicno, según la versión más común, hijo de Neptuno, y poseía el don de la invulnerabilidad; atacado por Aquiles en vano con sus armas, fue finalmente aplastado y ahogado por él, pero no murió propiamente, sino que fue transformado en cisne: así lo cuenta Ovidio en *Met.* XIII 64-145.

[62] Neandrea o Neandro.

prometiendo alianza y que harían todo lo que les mandaran. Concluidas tales operaciones, los griegos arrasaron Cila, tras un asalto. Y sin embargo, a Carene, que estaba situada a poca distancia, no la tocan en gracia a los neandrienses que, siendo señores de aquella ciudad, habían permanecido fieles y muy amigos de nosotros hasta aquel momento.

14 En la misma época les llega a los griegos un oráculo del dios pítico[63]: todos debían dar su consentimiento —decía— para que por mediación de Palamedes se ofreciera un sacrificio a Apolo Esmintio[64]. Este hecho, que resultó del agrado de muchos por el celo y dedicación que este hombre mostraba para todo el ejército, causó enojo a algunos de los caudillos. Por lo demás, la inmolación de cien víctimas, en favor de todo el ejército, como había sido ordenado, estaba siendo ofrecida bajo el ministerio de Crises, sacerdote de aquel lugar[65]. Entretanto, al enterarse de ello, vino a impedirlo Alejandro con un puñado de hombres armados que había reunido. Antes que se acercara al templo, los dos Áyax lo hicieron huir tras haber dado muerte a la mayoría. Pero Crises, del que ya dijimos arriba que era sacerdote de Apolo Esmintio, temiendo el agravio de ambos ejércitos, simulábase aliado de los que acudían a él, fueran del bando que fueran. Entretanto, en dicho sacrificio Filoctetes, que estaba de pie no lejos del altar del templo de éste, fue casualmente mordido por una serpiente. Enseguida, levantándose un cla-

[63] A saber, de Apolo, dios de Delfos, lugar al que también se le llamaba Pito *(Pytho,* gen. *Pythus).*

[64] Este epíteto de Apolo (que aparece también con la forma Esminteo: *Smintheus* o *Zmintheus)* parece hacer referencia al poder del dios sobre los ratones.

[65] Es el Crises que aparece en el canto I de la *Ilíada* y que en I 442 ss. es encargado por los griegos de ofrecer una hecatombe a Apolo para que aleje de ellos la peste.

mor de entre todos aquellos que lo habían visto, acudió Ulises corriendo y mató a la serpiente. Y no mucho después se envía a Filoctetes, con unos pocos, a la isla de Lemnos para que lo curaran, pues en dicha isla, consagrada a Vulcano, vivían unos sacerdotes del dios que —según decían los indígenas— solían aplicar remedios contra los venenos de esa clase[66].

Por el mismo tiempo Diomedes y Ulises traman un plan 15
para dar muerte a Palamedes, según inclinación de la humana naturaleza, que, débil ante los dolores del espíritu y llena de envidia, no soporta con facilidad verse aventajada por alguien mejor[67]. Así pues, simulando que querían repartir con él un tesoro encontrado en un pozo, una vez que todos se alejaron a gran distancia, le convencen para que mejor descendiera él mismo; y lo hacen bajar, sin temer él ninguna asechanza, con ayuda de una cuerda; pero de repente, cogiendo las piedras que estaban alrededor, se las echan encima y lo sepultan. Así, aquel varón óptimo y bienquisto en el ejército, cuyo consejo y valor nunca fueron baldíos, sorprendido por aquellos de quienes menos se lo podía esperar, pereció de manera indigna. Y hubo aún quienes decían que Agamenón no se había mantenido al margen de este plan[68],

[66] La versión más común indicaba que Filoctetes había sido relegado a la isla de Lemnos por el olor insoportable que exhalaba su herida. Sobre el oráculo relacionado con Filoctetes, cuyas armas o presencia eran requeridas para la final conquista de Troya —asunto del que nada dice Dictis—, cf. A. Ruiz de Elvira, «Filoctetes y Neoptólemo», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 16 (1979-1980), 9-15.

[67] Esta consideración moral al margen de los acontecimientos es un rasgo muy propio de Salustio, historiador al que Dictis imita en más de una ocasión en lengua y en estilo.

[68] Efectivamente, la versión de Filóstrato en el *Heroico* incluye a Agamenón, junto con Ulises, como autor del plan de asesinato contra Palamedes; aunque la realización es distinta de como aquí se presenta. Se-

a causa del amor que al ejército profesaba aquel caudillo y porque la gran mayoría, que deseaba ser gobernada por él, decían abiertamente que le debía ser adjudicado el mando supremo. Así pues, su cadáver, como el de un hombre público, fue quemado ante la concurrencia de todos los griegos y sepultado en un pequeño recipiente de oro.

16 Entretanto Aquiles, pensando que las ciudades vecinas de Troya eran sirvientas de la capital y como su taller de guerra, tomando algunas naves, asalta Lesbos[69] y sin ninguna dificultad la conquista y a Forbante, rey de aquel territorio, que tramaba contra los griegos muchos planes de guerra, lo mata; y a Diomedea, hija del rey, se la lleva de allí, además de un gran botín. Más tarde, a Esciros[70] e Hierápo-

---

gún Filóstrato, estando Palamedes con Aquiles de campaña en las islas y ciudades de alrededor de Troya, recibió la orden de Agamenón de acudir al campamento, donde éste con Ulises le tenían preparada una trampa; habían sobornado a su esclavo frigio para que escondiera oro debajo de su lecho y poder así acusarlo de haberse vendido a los troyanos; la acusación se hizo tal y como había sido tramada, y Palamedes fue lapidado (no por todo el ejército, sino sólo por itacenses y peloponesios), prohibiéndose su enterramiento; a pesar de lo cual fue enterrado por Áyax y llorado por Aquiles a su regreso. En Dares (cap. 28), en cambio, Palamedes muere por una flecha de Alejandro que le atraviesa el cuello. La versión de Apolodoro e Higino habla de una trampa preparada por Ulises, con oro enterrado bajo la tienda de Palamedes, para hacer creer que éste tramaba la entrega del ejército a Príamo; creída por los griegos la acusación, Palamedes murió lapidado. Sobre tales versiones, cf. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica*, págs. 421-422.

[69] La isla de Lesbos está situada al sur de Troya, a poca distancia de la costa.

[70] La isla de Esciros está ya bastante más lejos que Lesbos de las costas asiáticas. Resulta sorprendente la noticia de que Aquiles ataque la isla donde —según otras fuentes— había estado oculto bajo la protección de su rey, Licomedes, con cuya hija Deidamía había engendrado a Neoptólemo. Pero también Filóstrato en el *Heroico*, cap. 46, habla de la conquista de Esciros por Aquiles, aunque —parece— antes de ir a Troya.

lis, ciudades que nadaban en riquezas, las asalta con gran ímpetu a petición de todos los suyos, y en pocos días las destruye sin ninguna dificultad. Además por donde pasaba, los campos, ubérrimos tras prolongada paz, fueron objeto de rapiña, y se practicó en ellos una total destrucción, sin que nada que pareciera aliado de los troyanos quedara sin destrozar o sin devastar. Cuando esto llegó a conocimiento de los pueblos vecinos, por propia iniciativa acuden a él en son de paz, y, tras hacer un pacto por mitad de la cosecha para que los campos no fueran devastados, dan su promesa de paz y la reciben de él. Llevado a cabo lo cual, Aquiles vuelve al ejército llevando consigo un gran acopio de gloria y de botín. Al mismo tiempo el rey de los escitas, al enterarse de la llegada de los nuestros, acudía con muchos presentes.

Por otra parte Aquiles, no contento con las hazañas que 17 había realizado, ataca a los cílices, y en su territorio conquista Lirneso[71] tras pocos días de lucha. Después del asesinato de Eetión[72], que reinaba en aquellos lugares, carga las naves con enormes riquezas, llevándose a Astínome[73], hija de Crises, que por aquel entonces se había casado con el rey. Tras ello, al punto comienza el asedio de Pédaso[74], ciudad de los léleges; pero su rey Brises, cuando advierte que los nuestros mostraban su crueldad en el asedio, pensó que ninguna fuerza podría alejar a los enemigos o defender suficientemente a los suyos, y desesperando de la huida y de la salvación, mientras todos los demás estaban ocupados en hacer frente a los enemigos, volvió a su casa y se ahorcó.

---

[71] Ciudad de la Tróade situada al sudeste de Troya.

[72] Eetión era el nombre del padre de Andrómaca en la versión tradicional, rey de Tebas de Misia, no de Lirneso.

[73] La que aparece en la *Ilíada* y en la tradición homérica como Criseida y como natural de Crisa (al sur de Troya), no de Lirneso.

[74] Ciudad de la Tróade situada un poco más abajo de Lirneso.

No mucho después fue conquistada la ciudad y muertos muchos de sus habitantes; y la hija del rey, Hipodamía[75], fue llevada como prisionera.

18 Por el mismo tiempo Áyax Telamonio devastaba el Quersoneso de los tracios[76] con todos los medios a su alcance. Y cuando su rey, Poliméstor, se enteró del valor y la gloria del héroe, desconfiando de su fuerzas, preparó la rendición. Entonces, como prenda de paz, entrega a Polidoro, hijo de Príamo, que el rey, sin que nadie lo supiera, le había confiado, recién nacido, para que lo criara[77]. También oro y otros pre-

---

[75] La que aparece en la *Ilíada* y en la tradición homérica como Briseida. Sin embargo, en las restantes fuentes Briseida es de Lirneso, no de Pédaso.

[76] La península de los Dardanelos, frente a Troya, al otro lado del mar.

[77] No es ésta la versión común sobre el fin de Polidoro. La versión de los trágicos decía que Poliméstor, que lo había recibido de Príamo como huésped en tanto que terminaba la guerra, lo había asesinado para quedarse con los tesoros que Príamo le había dejado con él y para congraciarse con los griegos ya a todas luces vencedores; su cadáver había ido a parar a las costas de Troya donde Hécuba, su madre, lo encontró. Virgilio, en el libro III de la *Eneida*, vv. 41-68, transmite una variante a esta versión de los trágicos: Poliméstor mató a Polidoro y lo enterró en suelo tracio; allí Eneas se enteró de lo ocurrido porque, cuando iba a realizar un sacrificio y se disponía a arrancar unas ramas de un matorral, el propio fantasma de Polidoro, enterrado debajo de aquellas ramas, le informó de ello dejando oír su voz. No obstante, el escoliasta Servio (el llamado «Servio danielino»), en *Ad Aen.* III 6, transmite una versión coincidente con ésta de Dictis en lo que se refiere al modo de muerte de Polidoro: que al llegar los griegos a Tracia capturaron a Polidoro y pidieron como rescate la ciudad de Antandro —que les fue entregada y que recibió su nombre precisamente a partir del suceso, pues significa «a cambio de un hombre»—, pero que finalmente no entregaron al muchacho, sino que lo lapidaron. Véase nuestro trabajo «El episodio de Polidoro en la *Eneida* (III 19-68): variantes mitográficas, paralelos folclóricos y muestras de su pervivencia literaria», *Cuad. de Filología Clásica. Est. latinos* n. s. 16

sentes por el estilo se ofrecían copiosamente para granjearse el favor de los enemigos. A continuación, tras prometer como recompensa para todo el ejército el trigo de un año entero, colma las naves de carga, que Áyax había traído consigo para este menester. Renegando de la amistad de Príamo en presencia de los griegos con muchas maldiciones, fue acogido bajo promesa de paz. Después que esto tuvo lugar, Áyax dirige su marcha hacia la tierra de los frigios, y entrando en su comarca, mata a Teutrante, caudillo local, en un combate frente a frente. Y, conquistada e incendiada la ciudad al cabo de pocos días, se llevó de allí una gran cantidad de botín, y condujo como prisionera a Tecmesa, la hija del rey.

Así pues, ambos caudillos, tras haber devastado y con- 19
quistado muchas regiones, esclarecidos y engrandecidos ellos mismos por una inmensa gloria, volvieron al ejército por lugares diversos simultáneamente, como si lo hubieran planeado así. Acto seguido, por medio de pregoneros, se reunió a toda la tropa y a los jefes y, avanzando al centro cada uno de ellos, dieron noticia a la vista de todos de sus hazañas y de su diligencia. Cuando los griegos se enteraron de ello, los siguieron entre numerosas aclamaciones y alabanzas, los colocaron en medio de ellos, y los coronaron con ramas de oliva. A continuación comenzaron a deliberar sobre el reparto del botín, siendo las decisiones obra de Néstor e Idomeneo, los que mejor aconsejaron. Y así, por acuerdo unánime, de entre todo el botín que Aquiles había traído, poniendo aparte a Astínome, esposa de Eetión, de la que ya informamos que era hija de Crises, se la ofrecieron a Agamenón por su dignidad real. El propio Aquiles, por su parte, retuvo pa-

(1999), 27-44, donde también consideramos el pasaje en relación con este de Dictis.

ra sí a Hipodamía, hija de Brises, y a Diomedea[78], porque, siendo de la misma edad y crianza, no sin gran dolor podrían ser alejadas la una de la otra, y por eso ya antes, tendiéndose ante las rodillas de Aquiles, le habían suplicado con insistentes ruegos que no se las separara. Por lo demás, el resto del botín fue distribuido soldado por soldado según los méritos de cada uno. Seguidamente, lo que Áyax había traído, Ulises y Diomedes lo pusieron en medio a ruegos de aquél. De lo cual una cantidad, que parecía suficiente, de oro y de plata se le entrega al rey Agamenón; y después a Áyax, en premio a las egregias hazañas llevadas a cabo con su esfuerzo, le hacen entrega de Tecmesa, hija de Teutrante. Así, repartido entre todos y cada uno de ellos lo que quedaba, distribuyen el trigo entre el ejército.

20 Una vez que hizo esto, les cuenta la promesa de pacto que con Poliméstor había tenido ocasión de hacer y cómo éste le había entregado a Polidoro. Por lo cual deciden todos que Ulises y Diomedes fueran ante Príamo y recuperaran a Helena con los objetos robados y que a cambio entregaran a Polidoro al rey. Así pues, cuando éstos iban ya de camino, Menelao, en cuyo favor se llevaba a cabo esta operación, se hace cargo de la embajada juntamente con los mencionados antes. Así llegan con Polidoro ante los troyanos y, cuando la muchedumbre del pueblo advirtió que habían llegado unos varones elegidos y de gran fama, hacen venir rápidamente a todos los ancianos, cuya opinión solía ser tenida en consideración, en tanto que Príamo era retenido en su palacio por sus hijos. De este modo, en presencia de los demás griegos, Menelao pronuncia unas palabras. Era ya la segunda vez

[78] En efecto, ya en la *Ilíada*, Diomeda, hija del rey de Lesbos, Forbante, aparece durmiendo con Aquiles, una vez que le fue arrebatada a éste Briseida (IX 663-665).

—decía— que había venido por el mismo motivo; aunque otras muchas injurias se habían cometido contra él y contra su casa, deploraba especialmente con gran llanto la orfandad en que había quedado su hija[79] a causa de la ausencia de su esposa; todo lo cual —seguía diciendo— le había ocurrido, sin haberlo merecido, por obra de quien antes había sido su amigo y su huésped[80]. Los más ancianos, acogiendo con lágrimas su desmedida lamentación, asintieron en todo lo que él decía, como si hubieran sido también víctimas de su injuria.

Tras él Ulises, levantándose en medio de ellos, tuvo un 21
discurso de este tenor: «Creo yo, hombres principales de Troya, que tenéis suficientemente comprobado cómo los griegos no suelen emprender nada a la ligera, nada sin haberlo pensado antes, y siempre, ya desde nuestros antepasados, todo fue previsto y planeado de manera que a sus obras y hazañas antes les seguía la alabanza que la censura. Y para pasar por alto todas las buenas resoluciones de antaño, podéis ahora parar mientes en lo que está ocurriendo. Cuando poco tiempo antes Grecia fue ofendida por las injurias y afrentas de Alejandro, no corrimos en busca de la violencia ni de las armas —lo que suele ser el refugio de la cólera—. Pues, según la decisión del consejo, vinimos aquí, como recordáis, en calidad de embajadores para recuperar a Helena. Entonces, aparte de las altaneras amenazas de palabras y de las ocultas asechanzas, nada nos fue devuelto por parte de Príamo y de sus hijos, los príncipes. Así pues, ante esta cuestión sin resolver, fue inevitable, según yo pienso, tomar las armas y arrancarles a ellos por la fuerza lo que no se pu-

---

[79] Se trata de Hermíone, de la que luego se hablará más ampliamente a propósito de sus relaciones con Orestes y Neoptólemo.

[80] A saber, Alejandro.

do conseguir amigablemente. Y así, preparado el ejército y tantos caudillos egregios e ilustres, no fue su plan, ni mucho menos emprender una guerra contra vosotros, sino que, imitando el ejemplo y comedimiento acostumbrado, por segunda vez y por el mismo motivo, hemos venido a entrevistarnos con vosotros. Lo demás lo hemos puesto en vuestras manos, troyanos, y no nos avergonzaremos de haberos permitido, si es que al menos vuestra mente está en su sano juicio, corregir con determinaciones razonables vuestras malas resoluciones del primer momento.

22 ¡Por los dioses inmortales!, reconsiderad en vuestros ánimos cuánto estrago y cuánta, como si dijéramos, infección ha de extenderse a partir de este ejemplo por el orbe de la tierra. Pues, después de esto, ¿quién, que tenga la responsabilidad propia de un marido, acordándose del crimen de Alejandro, no se verá obligado a temer por parte de su amigo toda clase de trampas y de engaños? o ¿qué hermano dará entrada libre a su hermano?, ¿quién no tomará precauciones ante su huésped o su pariente, como si de un enemigo se tratase? Por último, si diérais vuestra aprobación a estos hechos —cosa que espero no suceda— se pondrá fin a todas las leyes de alianza y piedad entre extranjeros y griegos. Por lo cual, hombres principales de Troya, es bueno y útil que a los griegos, una vez que hayan recibido todo lo que por violencia se les arrebató, se les permita volver a su patria amigablemente y como es de justicia, y no esperéis a que dos reinos, unidos entre sí por una estrecha amistad, lleguen a las manos. Cuando pienso en ello, creo que vuestra suerte, en verdad, es lamentable, puesto que, inocentes y libres de esa culpa, nacidos para el placer de unos pocos, os vais a ver al cabo de breve tiempo obligados a afrontar el castigo de un crimen ajeno. ¿O acaso sois vosotros los únicos que ignoráis cómo se ha actuado con las ciudades vecinas y

aliadas vuestras, o qué es lo que se prepara en los días próximos para las que aún siguen en pie? Pues ya habéis tenido noticia de que Polidoro ha caído prisionero y está en poder de los griegos. Él podría serle restituido a Príamo sano y salvo, si al menos ahora recobramos a Helena junto con los objetos robados; de otro modo la guerra no puede aplazarse ni se pondrá término a la lucha hasta que o bien hayan sufrido la muerte todos los caudillos de Grecia —cada uno de los cuales en particular están lo suficientemente preparados como para destruir vuestra ciudad—, o bien, lo que más probablemente espero que ocurrirá, una vez conquistado Ilio y abrasado por el fuego, quede incluso para la posteridad ejemplo de vuestra impiedad. De modo que, mientras aún tenéis entre las manos las riendas de la situación, pensadlo de antemano una y otra vez».

Después que puso fin a sus palabras, mientras todos se 23
hallaban sumidos en profundo silencio —como suele suceder en circunstancias semejantes— porque esperaban que otro manifestara su opinión, creyéndose cada uno el menos idóneo para tomar la iniciativa, exclama Panto[81] con voz clara: «Estás, Ulises, hablando a unos que no tienen, salvo la voluntad de hacerlo, ningún poder para subsanar la situación». Tras él, dice Anténor: «Todo lo que nos habéis recordado, a sabiendas y tras haberlo premeditado, lo sufriremos; y no nos faltan ganas de tomar una determinación, si se nos concediera poder para ello; pero como veis, otros son los dueños del poder supremo, y para ellos la ambición es más fuerte que el interés público». Cuando pronunció estas palabras, manda seguidamente que vayan entrando uno tras

[81] Panto —o Pántoo— es en la *Ilíada* uno de los ancianos del consejo de Príamo. Era sacerdote de Apolo. En la *Eneida* aparece entregando a Eneas los Penates de la ciudad.

otro todos los caudillos que por amistad con Príamo y contratados a sueldo habían traído su ejército auxiliar. Una vez que entraron, Ulises comenzó un segundo discurso y les llamó a todos injustos hasta más no poder y de la misma calaña que Alejandro, puesto que, saliéndose de los límites de lo bueno y de lo honrado, seguían al responsable de una nefanda fechoría. Y ninguno ignoraba —decía— que, si tan atroz injusticia era aceptada, se seguiría que, una vez extendido el mal ejemplo por la humanidad, también a ellos mismos, que vivían a poca distancia, los perseguirían afrentas semejantes o más graves aún que éstas. Tales reproches, puesto que eran severos, todos en silencio los consideraban cada uno en su interior; y así, abominando un ejemplo como ése, se excitaban de indignación por lo sucedido. Seguidamente, según era costumbre se pidió la opinión de los más ancianos y por consenso general se llega a la conclusión de que Menelao había sufrido una afrenta que no se merecía, oponiéndose sólo entre todos a la común decisión Antímaco[82], que salió en defensa de Alejandro. Y sin tardanza se eligió a dos para enviarlos de parte de todos a informar a Príamo; y son ellos los que, además de otras cosas que les habían sido encargadas, le cuentan lo de Polidoro.

24 Cuando el rey se enteró de esto, lleno de consternación por la noticia acerca de su hijo, cayó desplomado a la vista de todos. Luego, reanimado por los que le rodeaban, se mantuvo de pie durante algún tiempo; y, aunque deseaba acudir al consejo, se lo impidieron los príncipes. Ellos, en cambio, dejando fuera a su padre, irrumpen en la reunión en el preciso momento en que Antímaco, tras haber lanzado

[82] Es personaje homérico, del que se dice en *Il.* XI 122 ss. que era el que más se oponía a la devolución de Helena porque había sido sobornado con riquezas por Alejandro.

antes muchos insultos para injuriar a los griegos, decía finalmente que debían dejar marchar a Menelao si les era devuelto Polidoro; por último, que se debía procurar que ambos corrieran la misma suerte y desenlace[83]. Contra tales palabras, estando todos en silencio, Anténor se oponía y con gran vehemencia mostraba su desacuerdo para que no se tomara tal decisión. Pero después de gastar recíprocamente muchas palabras y estando la discusión a punto de llegar a las manos, todos los presentes, llamando turbulento y camorrista a Antímaco, lo expulsaron de la asamblea.

25 Pero cuando los hijos de Príamo entraron, Panto comenzó a suplicar a Héctor —pues entre los príncipes éste tenía fama de ser bueno no sólo por su valor sino más aún por su manera de pensar— y a exhortarle a que, ahora mejor que nunca, devolvieran a Helena amistosamente, puesto que los griegos habían venido suplicantes por esa razón; y que no era poco el tiempo que había tenido Alejandro para saciar su amor, si es que había sentido alguno por Helena; por lo cual era conveniente —decía— que a la vista de todos se tratara de la presencia de los reyes griegos, así como de sus valerosas hazañas y de su gloria recién conseguida por haber destruido unas ciudades muy amigas de Troya; que también por dicha razón Poliméstor, condenando el mal precedente que constituía tal delito, había entregado a Polidoro por propia iniciativa a los griegos; después de lo cual, había que temer también —seguía diciendo— que las comarcas fronterizas, reflexionando sobre algo así, tramaran contra Troya planes perniciosos, pues nada hay probado ni fiel, sino que, al contrario, en un asedio todo iba a serles sospechoso y hostil; y si todos, tal y como lo exigía la situación, meditaban en su

---

[83] Es decir: que si Polidoro moría, debía morir también Menelao; y si Polidoro vivía, a Menelao se le debía dejar marchar.

ánimo estas cosas, no permitirían que se hiciera esperar a los embajadores y, una vez devuelta Helena en un gesto de cordialidad, se fortalecería más y más estrechamente el pacto de amistad entre los dos reinos. Cuando Héctor escuchó esto, aumentó su tristeza por el recuerdo del crimen de su hermano, y derramando lágrimas en medio de su angustia, era su opinión, sin embargo, que de ninguna manera debían entregar a Helena, puesto que era suplicante de su casa y por ello, habiendo de por medio un compromiso, tenían obligación de protegerla; ahora bien, si aparecían las cosas que se habían robado junto con ella, debían ser devueltas en su totalidad; y en lugar de Helena, había que ofrecer a Menelao, para que se casara con ella junto con insignes presentes, a Casandra o a Políxena[84], la que mejor pareciera a los embajadores.

26 A estas palabras, furioso Menelao, respondió lleno de cólera: «Brillante en verdad ha sido nuestra gestión si, despojado de lo que me pertenece, me veo obligado a cambiar mi matrimonio al gusto de mis enemigos». Respondióle Eneas: «Y ni siquiera eso te será concedido, puesto que yo lo contradigo y me opongo a ello, y conmigo los demás, que, siendo allegados y amigos de Alejandro, velamos por sus intereses. Hay todavía y habrá siempre quienes protejan la casa y el reino de Príamo, y no porque haya perdido a Polidoro se va a ver Príamo privado de hijos, con tantos y tan valientes como le quedan con vida. ¿O es que sólo a los que son de Grecia se les van a permitir raptos semejantes a éste? Pues, ¿pudo raptar Creta a Europa desde Sidón[85], y de estas

[84] Las dos hijas de Príamo que aún permanecían solteras.

[85] Interpretación evemerista del rapto de Europa por el dios supremo, convertido en toro, que la condujo hasta Creta.

tierras y de este imperio a Ganimedes[86]? ¿Y qué de Medea[87]?, ¿ignoráis que fue conducida desde el país de los colcos hasta la región de Yolco?[88]. Y para no pasar por alto aquel rapto primero, Ío emigró a Argos, sacada a la fuerza de la región de los sidonios[89]. Hasta aquí hemos tratado verbalmente con vosotros, pero si no os marcháis enseguida con toda la flota de estos lugares, bien pronto comprobaréis el valor troyano, puesto que en nuestra patria abundamos en jóvenes avezados en el arte de la guerra, y crece de día en día el número de nuestras tropas auxiliares». Después que puso fin a sus palabras, Ulises le dice en una tranquila alocución: «Y en verdad no es para vosotros lo honrado aplazar por más tiempo las hostilidades. Dad, pues, la señal de guerra y sed también los primeros en comenzar el combate de la misma manera que lo habéis sido en cometer los ultrajes. Nosotros os seguiremos una vez provocados». Tras intercambiar tales palabras, los embajadores se marchan de la reunión. Y habiéndose difundido enseguida por el pueblo las palabras que Eneas había dicho contra los embajadores, se levanta un tumulto: por culpa suya —eso era lo que decían— la casa entera de Príamo iba a ser aniquilada por odio

---

[86] Interpretación igualmente evemerista del rapto de Ganimedes por Júpiter en figura de águila.

[87] Hija de Eetes, rey de la Cólquide, que ayudó a los argonautas a hacerse con el vellocino de oro y se marchó a Grecia con ellos, enamorada de su caudillo, Jasón.

[88] Alusión al itinerario de los argonautas.

[89] Nueva interpretación evemerista del rapto de Ío por Júpiter, pero no del reino de Sidón, como aquí se dice, sino —según la versión común— de Argos, siendo hija del río Ínaco de esa región de Grecia. En los comienzos del primer libro de las *Historias* de Heródoto se cuentan también estos raptos míticos de mujeres como el comienzo de las disensiones entre Asia y Europa, despojando también a los relatos de todos los detalles sobrenaturales. Ahí tuvo Dictis un precedente para este pasaje.

a su imperio, después del pésimo ejemplo que había dado con su intromisión.

27 Así pues, cuando los embajadores regresaron al ejército, exponen ante todos los caudillos las palabras y acciones de los troyanos en contra de ellos. De manera que se decide dar muerte a Polidoro a la vista de todos y ante las mismas murallas. Y el hecho no se aplazó para más adelante. Pues, en efecto, sacándolo al centro, mientras desde las murallas lo estaban viendo la mayoría de los enemigos, fue lapidado y pagó así el castigo por la impiedad de su hermano[90]. Y seguidamente se envía a uno de los heraldos para anunciar a los de Ilio que podían ir a sepultar a Polidoro. Es Ideo, enviado para este menester junto con unos criados del rey, quien lleva a Polidoro, ensangrentado y destrozado por las pedradas, a su madre Hécuba. Entretanto Áyax Telamonio, para no dejar nada en paz en las comarcas vecinas y aliadas de Troya, entrando en ellas como enemigo, conquista Pitia y Zelea, ciudades famosas por sus riquezas, y no contento con éstas, con admirable rapidez devasta Gárgaro, Arisba, Gergita, Escepsis y Larisa[91]. Seguidamente, informado por los indígenas de que en el monte Ida tenían sus establos ganados de todas clases, a petición de los que lo acompañaban, sube rápidamente al monte con su ejército, y después de dar muerte a todos los que cuidaban de los rebaños, se lleva una gran cantidad de reses. A continuación, sin que ninguno de entre todos se le enfrentara, poniendo en fuga a todos por

[90] Sobre la muerte de Polidoro, véase nota al capítulo 18.

[91] Ciudades aledañas de Troya, conocidas en época histórica, algunas en la costa (Arisba, más arriba de Troya; Larisa, más abajo) y otras en el interior (Gárgaro, al pie del monte Ida, nombre también de una de las cimas de dicho monte; Gergita o Gergito y Escepsis, en la Misia).

allí por donde pasaba, volvió a los suyos con un gran botín, cuando le pareció que ya era tiempo.

Por la misma época, Crises, del que ya informamos que 28
era sacerdote de Apolo Esmintio, al enterarse de que su hija Astínome vivía con Agamenón, confiado en el respeto que infundía un dios de tanto poder, viene a las naves[92], llevando la imagen del dios y mostrando algunos de los adornos de su templo, para que, teniendo a la vista esta representación de su divinidad, la veneración por él penetrara más fácilmente en los reyes. Luego, ofreciendo múltiples regalos de oro y de plata, solicita el rescate de su hija, rogando que tuvieran en la debida estima la presencia del dios que había venido con él a implorarles en favor de su propio sacerdote. Además les recuerda qué enemistades y hostilidades se aprestaban contra él día tras día por parte de Alejandro y de sus parientes a causa del sacrificio que él había ofrecido poco tiempo antes[93]. Cuando escucharon esto, les pareció bien a todos devolverle su hija al sacerdote y no recibir a cambio recompensa ninguna[94], puesto que creían que, por una parte, siendo él por sí mismo amigo y leal a nosotros y, por otra, sobre todo, debido al culto de Apolo, todo se lo merecía. Pues ya por sus muchas advertencias, y por la fama de que

[92] Episodio coincidente con aquel con que se abre la *Ilíada:* Crises llega «a las rápidas naves de los aqueos» llevando regalos con los que rescatar a su hija Criseida, prisionera de Agamenón, y presentando en las manos las ínfulas de Apolo; pero Agamenón lo despide de malos modos; después, como se sabe, viene la plegaria de Crises al dios, la peste sobre el ejército aqueo, la devolución de Criseida a su padre, el robo compensatorio de Briseida a Aquiles llevado a cabo por Agamenón y, en consecuencia, la cólera de Aquiles, núcleo argumental de la epopeya homérica.

[93] Referencia, sin duda, a la hecatombe mencionada en I 14.

[94] Pequeña discrepancia con respecto a lo que cuenta la *Ilíada,* donde consta que los aqueos sí aceptaron el rescate que ofrecía el sacerdote.

gozaba entre los indígenas, habían decidido ceder en todo ante el poder de este dios.

29 Una vez que Agamenón se enteró de esto, se obstina en ir en contra de la opinión de todos. Y así, con mirada enfurecida, amenazando con la muerte al sacerdote si no se marchaba, echa fuera del recinto del ejército al anciano que, sin haber concluido su gestión, era presa del pánico y temía la muerte[95]. De este modo, disuelta la reunión, se presentan ante Agamenón todos los reyes, y lo abruman con numerosos insultos porque, por amor de una mujer cautiva, los había despreciado a ellos y, lo que les parecía más intolerable, a un dios de tan gran majestad. Y enseguida lo abandonaron todos, tras haberlo injuriado, acordándose también, a raíz de esto, de Palamedes, a quien, siendo persona grata y que gozaba de favor entre el ejército, Diomedes y Ulises —no sin el consentimiento de Agamenón— lo habían matado, cogiéndole en una trampa. Por otra parte, Aquiles, a la vista de todos, lo zahería con sus ultrajes a él y a Menelao[96].

30 Así pues, cuando Crises, soportando hasta el fin la afrenta de Agamenón, se marchó a su casa y no habían pasado muchos días, sin saberse si era por cualquier otra causa o, como todos creían, por la cólera de Apolo, una gravísima enfer-

---

[95] Así son en la *Ilíada* las palabras amenazadoras de Agamenón y la reacción de Crises (I 26-33): «Viejo, que no te encuentre yo junto a las cóncavas naves, bien porque ahora te demores o porque vuelvas más tarde, no sea que no te socorran el cetro ni las ínfulas del dios. No la pienso soltar; antes le va a sobrevenir la vejez en mi casa, en Argos, lejos de la patria, aplicándose al telar y compartiendo mi lecho. Mas vete, no me provoques y así podrás regresar sano y salvo. Así habló, y el anciano sintió miedo y acató sus palabras» (trad. de E. Crespo).

[96] Recuérdense las palabras de Aquiles en la *Ilíada* (I 149 ss., especialmente 158-159): «A ti, gran sinvergüenza, hemos acompañado para tenerte alegre, por ver de ganar honra para Menelao y para ti, cara de perro...» (trad. de E. Crespo).

medad se abatió sobre el ejército. Comenzó a extenderse entre el ganado y más tarde, agravándose poco a poco y luego más y más, se expande también entre la soldadesca[97]. Y ya entonces un gran número de hombres sucumbía de nefanda muerte, una vez que la pestífera dolencia había consumido sus cuerpos. Pero ninguno en absoluto de entre los reyes murió ni se vio aquejado por este mal. Y puesto que no cedía la plaga y cada día morían más, los jefes, temiendo ya cada uno por sí mismo, se reúnen todos y piden seguidamente a Calcante, del que ya dijimos que era adivino del porvenir, que les descubra el motivo de una enfermedad tan grave. Él les dijo que conocía, en efecto, el origen de tal enfermedad, pero que no era libre para decir a nadie algo que tendría como consecuencia el granjearse el encono de un rey poderosísimo. Tras de lo cual Aquiles obliga a todos los reyes a prometer bajo juramento que de ningún modo se le ofendería a raíz de su declaración. De esta manera Calcante, cuando consiguió para sí el apoyo de todos, proclama la ira de Apolo: éste, efectivamente, resentido contra los griegos a causa del ultraje que sufrió su sacerdote, castigaba por ello al ejército[98]. A continuación, preguntándoselo Aquiles, le

---

[97] Cf. *Il.* I 48-52: «Luego se sentó lejos de las naves y arrojó con tino una saeta; y un terrible chasquido salió del argénteo arco. Primero apuntaba contra las acémilas y los ágiles perros; mas luego disparaba contra ellos su dardo con asta de pino y acertaba; y sin pausa ardían densas las piras de cadáveres» (trad. de E. Crespo). Véase cómo la acción idéntica es vista de distinto modo por el poeta y por el prosista: el racionalismo de Dictis frente a la visión mítica y sobrenatural de Homero.

[98] También esta intervención de Calcante, con el apoyo de Aquiles, constaba en la *Ilíada* (I 68-100). Aquí Dictis no hace ninguna restricción o reserva a la actuación de Apolo manifestada por el adivino.

manifiesta que el remedio de la desgracia es la devolución de la joven[99].

31 Entonces Agamenón, precaviendo lo que más tarde ocurrió, sale en silencio de la reunión y manda armarse a todos los de su séquito[100]. Cuando Aquiles lo advierte, exaltado por la indignación que le produce el hecho y angustiado al mismo tiempo por la ruina del ejército agotado, manda que los cadáveres de los que habían muerto, que presentaban un aspecto miserable, se trajeran de todas partes juntándolos y su pusieran en medio de la asamblea, a la vista de todos. Ante dicho espectáculo, fue tal la impresión de los reyes y de los súbditos, que todos fueron en contra de Agamenón, siendo Aquiles el guía y el promotor, e incitándoles a que se le castigara con la muerte en el caso de que se obstinara. Cuando se comunicó al rey todo esto, ya fuera por su carácter terco, ya por amor a su esclava, haciéndose a la idea de afrontarlo todo hasta el final, se propuso resueltamente no hacer ninguna concesión en sus determinaciones.

32 Una vez que los troyanos se enteraron de esto, tan pronto como desde las murallas advirtieron la ininterrumpida incineración de cadáveres y el número tan grande de enterramientos, e informados de que los que quedaban estaban

---

99 *Restitutionem virginis* («devolución de la doncella») dice propiamente el texto de Dictis, pero ya se nos había dicho en el cap. 17 de este mismo libro que estaba casada, antes de que la capturaran los griegos y se la entregaran como concubina a Agamenón, con el rey Eetión de Lirneso. *Virgo*, como *parthénos* en griego, no siempre denota virginidad, y no es nada raro —según me recuerda Ruiz de Elvira— emplear ambas palabras para «una joven» sin más precisiones.

100 En esta reacción de Agamenón se discrepa ya del testimonio homérico, pues en la *Ilíada* (I 101 ss.) Agamenón replicaba a Calcante y seguía dialogando con la asamblea hasta aceptar el remedio propuesto, pero reclamando a cambio un botín con que resarcirse de la pérdida.

debilitados por el azote de la calamidad, se animan entre sí, toman las armas y, saliendo rápidamente fuera de las puertas con un puñado de tropas auxiliares, buscan el enfrentamiento. Y a continuación, con el ejército desplegado por los llanos en dos frentes, Héctor fue nombrado jefe de los troyanos, y Sarpedón, de los aliados. Entonces los nuestros, al ver delante de sí a los enemigos, se arman y se ponen en orden de batalla según lo requería la ocasión, formando una tropa con frente único y distribuyéndose los caudillos por alas: del ala derecha se ocupaba Aquiles con Antíloco, de la otra, Áyax Telamonio con Diomedes, y de la del centro se hicieron cargo el segundo Áyax e Idomeneo, nuestro caudillo. Formado el ejército de este modo por ambos bandos, marchan al encuentro. Y una vez que llegaron a las manos, animando cada uno a los suyos, se entrechocaron las dos formaciones. Entonces, prolongada la refriega durante un cierto tiempo, sí que caen muchos de una y otra parte, destacando en esta batalla Héctor y Sarpedón entre los bárbaros, y Diomedes y Menelao, entre los griegos. Luego la noche, descanso común de ambos, interrumpió el combate. Así pues, replegado el ejército, una vez incinerados los cadáveres de los suyos, les dan sepultura.

Llevado a cabo esto, los griegos acuerdan entre sí que 33
sea Aquiles quien asegure la común empresa, pues en las circunstancias adversas para los griegos su desvelo se ponía de manifiesto por encima del de los otros. Por su parte Agamenón, angustiado ante la idea de perder su dignidad real, pronuncia un discurso en la asamblea: a él le preocupaba extraordinariamente —decía— la integridad del ejército, y no aplazaría por más tiempo la devolución de Astínome a su padre, sobre todo si con dicha devolución escapaban a la calamidad que les acosaba; y no pedía nada más sino que en lugar de ésta le dieran a Hipodamía, que vivía con Aquiles,

regalo que sustituiría a la perdida recompensa[101]. Dicha propuesta, aunque a todos les parecía siniestra e indigna, sin embargo, con el consentimiento de Aquiles, de quien ése había sido el pago por sus muchas y esclarecidas proezas, se hizo efectiva. Tanta era la solicitud y preocupación por el ejército que se albergaba en el alma del egregio joven. Así pues, contra el parecer de todos pero sin que ninguno le contradijera abiertamente, Agamenón, como si estuviera claro que todos estaban de acuerdo en su propuesta, manda a unos subalternos que le traigan a Hipodamía; y éstos enseguida cumplen sus órdenes. Entretanto los griegos, por mediación de Diomedes y Ulises, condujeron a Astínome al templo de Apolo junto con gran cantidad de víctimas. Seguidamente, una vez cumplido el sacrificio, se vio cómo cedía poco a poco la virulencia de la enfermedad y que los cuerpos dejaban ya de ser afectados por ella, y los de aquellos que estaban enfermos de antes sanaban por virtud, por así decirlo, del remedio esperado de lo alto. Así, en breve, por todo el ejército volvió a reinar la salud y la fortaleza acostumbradas. Se envía también a Lemnos para Filoctetes una porción del botín, traído por Áyax y Aquiles, que los griegos habían repartido entre ellos, uno por uno.

34 Por otra parte Aquiles, acordándose de la afrenta antes mencionada, había decidido mantenerse al margen de las asambleas públicas, por rencor especialmente contra Agamenón, y por haberse esfumado el amor que había él profesado a los griegos, precisamente porque habían consentido en que le fuera arrebatada afrentosamente Hipodamía, re-

---

[101] Vuelve el autor a concordar con HOMERO, aunque tras introducir una serie de hechos que no constaban en la *Ilíada*; cf. *Il.* I 116-120: «Pero, aun así, consiento en devolverla, si eso es lo mejor. Yo quiero que la hueste esté sana y salva, no que perezca. Mas disponedme en seguida otro botín...» (trad. de E. CRESPO).

compensa recibida en gracia a sus esfuerzos después de tantas victorias guerreras y valerosas hazañas. A continuación, a los caudillos que venían a verlo se les negaba la entrada, y a ninguno de sus amigos les perdonaba por haberlo abandonado, pudiendo haberlo defendido contra los ultrajes de Agamenón. Así pues, permaneciendo dentro de la tienda, retenía a su lado a Patroclo y a Fénix, a éste porque era su preceptor, a aquél porque le era querido en gracia a su amistad; también a su auriga Automedonte[102].

Por el mismo tiempo en Troya, el ejército de los aliados 35
y quienes, contratados por dinero, habían traído sus tropas auxiliares, tras haber gastado en balde mucho tiempo, ya fuera por aburrimiento o por acordarse de los suyos que quedaban en la patria, preparaban una sedición. Cuando Héctor lo advierte, obligado por la necesidad, manda a los soldados que se mantuvieran en armas y que, al cabo de un tiempo, cuando se diera la señal, lo siguieran. Así pues, cuando le pareció que era el momento y se le comunicó que todos estaban en armas, los manda salir; él en persona fue el caudillo y jefe supremo de la expedición.

La ocasión parece requerir que enumeremos los reyes de aquellos que, ya sea como aliados y amigos de Troya, ya contratados mediante un precio, vinieron de regiones diversas como tropas de refuerzo y seguían las órdenes de los hijos de Príamo. Así pues, sale en primer lugar por las puertas Pándaro, hijo de Licaón, de Licia; detrás, Hipótoo, hijo de Pileo, de Larisa de los pelásgidas; Acamante *** Piro, de Tracia; detrás de los cuales Eufemo, de Trecén, que mandaba a los ciconios; Pilémenes de Paflagonia, ufano de su padre Melio; Odio y Epístrofo, hijos de Minuo, reyes de los

[102] Se suprimen —por evitar la intervención divina— las súplicas de Aquiles a su madre Tetis, que constaban en HOMERO (*Il.* I 350 ss.)

alizonos; Sarpedón, hijo de Janto, jefe de los licios de Solemo; Nastes y Anfímaco, hijos de Nomión, de Caria; Ántifo y Mestles, hijos de Talémenes, meonios; Glauco, hijo de Hipóloco, licio, al que Sarpedón se había ganado para intervenir en la contienda bélica, porque sobresalía por encima de los otros de su comarca en inteligencia y manejo de las armas; Forcis y Ascanio, frigios; Cromio y Énomo, mígdones de Misia; Pirecmes, hijo de Axio, peonio; Anfio y Adrasto, hijos de Mérope, de Adrestia; Asio, hijo de Hírtaco, de Sesto; luego otro Asio, hijo de Dimante y hermano de Hécuba, de Frigia. A todos estos que hemos mencionado les seguían muchos hombres de costumbres incivilizadas y de lenguajes diferentes, habituados a entrar en el combate sin ningún orden ni disciplina[103].

36 Cuando los nuestros lo advirtieron, avanzando hacia la llanura, forman el ejército en orden de batalla, siendo el ateniense Menesteo el que dispuso y revisó la formación; los colocan separadamente por tribus y regiones, manteniéndose al margen Aquiles con su ejército de mirmídones; pues éste, aunque no había cejado nada en su cólera por la injuria recibida de Agamenón y por haberle quitado a Hipodamía, sin embargo estaba especialmente enfadado porque, invitados a cenar los demás caudillos, sólo él, despreciado, no lo había sido. Por otra parte, formado el ejército y entonces por vez primera colocadas frente por frente todas las tropas en actitud de guerra, una vez que ninguno de los dos bandos se atreve a tomar la iniciativa, retenidos por un poco tiempo

[103] Todos estos caudillos aparecen también en el catálogo homérico de fines del libro II de la *Ilíada.* A excepción de Asio, hijo de Dimante, al que se le menciona, no obstante, en *Il.* XVI 717-719.

los soldados en el lugar, como si se hubieran puesto de acuerdo, dan por ambas partes la señal de retirada.

Y ya los griegos de regreso a las naves habían comenzado a quitarse la armadura, y en grupos por los lugares de costumbre a retomar fuerzas con el alimento, cuando Aquiles, deseando vengar las afrentas, intenta atacar a escondidas a los nuestros, que desconocían su plan y que por eso andaban descuidados. Pero cuando Ulises descubre el asunto, informado por los centinelas que habían observado la repentina salida de aquél, corriendo rápidamente a encontrar a los caudillos, a grandes gritos les avisa y aconseja que cogieran las armas y se defendieran, y luego les revela a cada uno el plan y la intentona de Aquiles. Al tener conocimiento de ello, un enorme griterío se levanta, porque todos se apresuraban a coger las armas y se preocupaba cada uno por separado de su propia integridad. Así Aquiles, ya que la noticia de su proyecto le había tomado la delantera, una vez que todos estaban armados, y no era posible seguir adelante con su intento, sin tratar de llevar a cabo su plan, regresa a su tienda. Y luego nuestros caudillos, pensando que los de Ilio se habrían excitado por el repentino griterío de los suyos y que por ello tramarían alguna iniciativa nueva, envían, para reforzar la vigilancia, a los dos Áyax, a Diomedes y a Ulises. Y éstos se reparten entre sí la zona por donde estaba el acceso a los enemigos. Y no en balde se ocuparon de este cometido; pues Héctor en Troya, deseando conocer el motivo de su algarabía, envía a Dolón, hijo de Eumedo, seducido finalmente con muchos dones y promesas, para que saliera a explorar el campo de los griegos; y éste, no lejos de las naves, afanoso de conocer el misterio, cuando intentaba cumplir el compromiso de llevar a cabo su trabajo, cayó en manos de Diomedes, que junto con Ulises vigilaba aquel lu- 37

gar, y, capturado por ellos enseguida, les cuenta todo y muere asesinado[104].

38 Después de esto, consumidos en la inacción algunos días, se prepara la salida de ambos ejércitos. Y dividido entre ellos el llano que se extiende en el medio entre Troya y las naves, cuando les pareció el momento de empezar la guerra, adiestrados en las armas todos los soldados con gran empeño por ambas partes, salen. Luego, al oír la señal, se entrechocaron los ejércitos, apiñándose en su parte delantera: de una manera ordenada entre los griegos y obedeciendo cada uno, de acuerdo con la distribución, las órdenes de los caudillos, y por el contrario, arrojándose a la lucha los bárbaros, sin disciplina ni organización. Por lo demás, en esta batalla murieron muchos soldados de ambos bandos, no retirándose nadie ante los atacantes, y apresurándose todos, ante el ejemplo del más valiente que a su lado estaba, a imitar su gloria. Entretanto, de entre los caudillos, se vieron obligados a retirarse del combate, por haber sido heridos gravemente, Eneas, Sarpedón, Glauco, Héleno, Euforbo y Polidamante, de los bárbaros; Ulises, Meríones y Eumelo, de los nuestros.

39 Por otra parte Menelao, divisando casualmente a Alejandro, se lanza contra él con gran violencia; y Alejandro, evitándolo y no atreviéndose a hacerle frente por más tiempo, se da a la fuga[105]. Y cuando desde lejos lo advierte Héc-

---

[104] Episodio que resume lo que se cuenta en *Ilíada* X 314 ss.

[105] Pasaje éste que tiene su paralelo en *Ilíada* III 15 ss.: «Cuando ya estaban cerca avanzando unos contra otros, de la primera línea de troyanos se destacó el deiforme Alejandro con una piel de leopardo en los hombros, el tortuoso arco y la espada; y con dos lanzas encastradas de bronce, que blandía, desafiaba a todos los paladines de los argivos a luchar hombre contra hombre en atroz lid. Al verlo Menelao, caro a Ares, avanzando delante de la multitud a largas zancadas, como el león se alegra al toparse con un gran cadáver cuando halla un cornudo ciervo o una cabra montés [...] así se alegró Menelao [...] Al verlo el deiforme Alejan-

tor, corriendo junto con Deífobo a recriminar a su hermano, lo persiguen con sus palabras y con ofensivos insultos[106], y lo obligan por fin a provocar, avanzando hacia el centro de las tropas, al mismo Menelao, en un combate individual, sin la intervención de los otros. Así pues, obligado Alejandro a combatir, y avanzando ante la formación —lo que era tenido como signo de provocación—, después que desde lejos lo advierte Menelao, pensando que por fin se le ofrecía mejor que nunca la ocasión de atacar a su mayor enemigo, y confiando en que enseguida iba a pagar con su sangre todas sus afrentas, marcha contra él con todo su coraje. Y cuando ambos ejércitos se percatan de que aquéllos avanzaban, uno contra el otro, preparados con sus armas y animados al enfrentamiento, dan la señal y se retiran todos[107].

Y ya los dos, avanzando a grandes zancadas uno contra 40
el otro, habían llegado a la distancia de un tiro de jabalina, cuando Alejandro, deseando tomar la delantera y pensando al mismo tiempo que, con el primer disparo del venablo, encontraría lugar para herir, envía por delante su lanza que, estrellándose contra el escudo, fue evitada con facilidad[108].

---

dro aparecer delante de las líneas, su corazón se aturdió de espanto y se replegó a la turba de los compañeros por eludir la parca» (trad. de E. Crespo).

[106] En *Ilíada* III 38-57 los reproches a Paris son sólo de Héctor, y no de Deífobo.

[107] En la *Ilíada,* libro III, se insertan en medio de estos sucesos la contemplación desde las murallas por Príamo y Helena de los combatientes griegos y la información que Helena proporciona al rey sobre cada uno de ellos, así como los sacrificios previos al duelo entre Menelao y Paris.

[108] Así ocurre también en la *Ilíada* III 346-349: «Primero Alejandro arrojó su pica, de luenga sombra, y acertó al Atrida en el broquel, por doquier equilibrado. El bronce no lo rompió; y la punta se le dobló al chocar con el potente broquel» (trad. de E. Crespo).

Después Menelao lanza la suya con fuerza, pero no con suerte diferente; pues, preparado ya su contrincante para tomar precauciones, y esquivando el golpe, el venablo se clava en el suelo. Y una vez que las manos de ambos se habían armado ya con nuevas jabalinas, se atacan. Entonces, por fin, Alejandro cae herido en el muslo[109]; y, para evitar que Alejandro otorgase al punto a su enemigo la venganza acompañada de la mayor gloria, se produjo una injerencia de nefasto ejemplo. Pues cuando Menelao corría a darle muerte con la espada desenvainada, fue herido por una flecha que Pándaro le había disparado ocultamente, y se vio frenado en su mismo impulso[110]. Así pues, se levantó un griterío entre los nuestros, y mostraron airadamente su indignación porque, mientras dos combatientes se enfrentaban entre sí lejos de los otros —y sobre todo tratándose de aquéllos por cuya causa se había originado la guerra—, se había producido, de repente, una injerencia de los troyanos dando muestras de nefasto comportamiento; tras de lo cual, de nuevo, la mu-

[109] Aquí ya se diverge con respecto a HOMERO: en *Ilíada* III 361-364 Menelao no llega a herir a Paris. El testimonio homérico contaba el fracaso de Menelao, a quien, primero, se le rompe la espada cuando acometía a Paris, segundo, se le rompe la correa del casco de Paris cuando lo estaba arrastrando con intención de estrangularlo, y por fin, pierde la ocasión de acabar con él puesto que, por obra de Afrodita, Paris consigue escapar, protegido por una nube. Nada de esto, como se ve, consta en Dictis, y la última ausencia, sobre todo, hay que interpretarla como un tratamiento racionalista de la leyenda trasmitida por Homero; aquí, como en varios otros pasajes de la obra de Dictis, se esquivan y silencian los sucesos sobrenaturales testimoniados por la tradición, y todo se reduce a una perspectiva meramente humana y natural.

[110] Otra vez aquí se narran sucesos que estaban en HOMERO: la violación de la tregua por Pándaro, arquero troyano, que dispara un dardo a Menelao, constaba en *Il.* IV 112-126.

chedumbre de los bárbaros, lanzándose sobre Alejandro, se lo llevan de enmedio[111].

Entretanto en esta refriega, mientras los nuestros dudaban, Pándaro, manteniéndose alejado, alcanzó a muchos de los griegos con sus flechas. Y no se acabó esto hasta que Diomedes, airado por lo intolerable de la situación y avanzando hasta llegar cerca de él, abatió con su lanza al enemigo[112]. De esta manera Pándaro, tras haber violado el pacto de lucha y haber por ello dado muerte a una multitud, pagó finalmente el castigo de su muy criminal intervención en el combate. No obstante su cadáver, sacándolo de la liza, lo incineran los hijos de Príamo; y los restos que les entregaron, los llevaron sus compañeros a Licia, su tierra natal. Entretanto, dada la señal en ambos ejércitos, llegan a las manos y combatiendo con gran violencia y con alterna fortuna, hacen durar la batalla hasta la puesta del sol. Pero cuando la noche se les echaba encima, retirándose las tropas a poca distancia una de otra, los reyes protegieron los ejércitos con los centinelas necesarios. Así, durante algunos días, mientras aguardaban la ocasión de entablar combate, mantuvieron en vano armados a numerosos soldados. Y cuando comenzó a asomar el invierno y a anegarse los llanos con lluvias ininterrumpidas, los bárbaros se metieron dentro de los muros. Por su parte, los nuestros, sin ningún enemigo a la vista, se retiran a las naves y disponen las for- 41

---

[111] Ya dijimos antes que en HOMERO (*Il.* III 380-382) es Afrodita la que, envuelto en una nube, se lleva a Paris del combate y lo deposita en el tálamo.

[112] La muerte de Pándaro por Diomedes constaba también en la *Ilíada* (V 290-296). Lo que contaba HOMERO a continuación, a saber, el enfrentamiento de Diomedes y Eneas, el salvamento milagroso de este último por su madre Afrodita y la herida que Diomedes infiere a la diosa no aparece en Dictis por ninguna parte.

tificaciones propias del invierno; e inmediatamente después, repartido el llano que quedaba no utilizable para combatir, ambos bandos se dedican a la labranza, y preparan la sementera y demás ocupaciones que la estación del año requería. Entretanto Áyax Telamonio, con la tropa en formación de los soldados que con él había llevado, con algunos además del ejército de Aquiles, penetrando en la comarca de Frigia, lleva a cabo, como enemigo, numerosas devastaciones, conquista ciudades, y después de pocos días, enriquecido por el botín, regresa vencedor al ejército.

42 Por casi los mismos días los bárbaros prepararon un ataque contra los nuestros, que estaban inactivos por las condiciones climáticas del invierno, y no temían nada del enemigo. Héctor era el jefe de la expedición y el que tuvo la idea de tal osadía. Éste, en efecto, tan pronto como amanece, hace salir fuera de las puertas a todas las tropas, equipadas con sus armas, y les manda dirigirse rápidamente, a carrera tendida, contra las naves, y atacar a los enemigos. Por su parte, los griegos, desperdigados a la sazón y despreocupados de las armas, se ven sorprendidos y, al mismo tiempo, la huida de aquéllos a los que el enemigo había atacado en primer lugar les estorba para coger las armas. Murieron entonces muchos hombres. Y ya, una vez abatidos quienes estaban en medio, Héctor, avanzando hacia las naves, comenzaba a lanzar fuego contra las proas y a ensañarse en los incendios, sin que ninguno de los nuestros se hubiera atrevido a hacerle frente[113], sino que, por el contrario, amedrentados y pálidos por el inesperado alboroto, se arrojaban a las rodillas de Aquiles[114], que les negaba, no obstante, su ayuda.

[113] Cf. *Ilíada*, fines del libro XV.

[114] Pues el gesto de tocar las rodillas a alguien era, según la costumbre antigua, el que acompañaba a las súplicas.

Tan grande fue el cambio de ánimos que en un momento se había apoderado de los nuestros y de los enemigos.

Llegando entretanto Áyax Telamonio, cuando hubo re- 43
conocido a Héctor junto a las naves por el grandioso espectáculo que ofrecía su armadura, se presentó allí. E inmediatamente, acosando con su corpulencia al enemigo, con mucho sudor logra, por fin, sacarlo de las naves, fuera de la empalizada. Entonces, hostigándolos más enconadamente, puesto que ya se retiraban, a Héctor, que con mayor aguante que los demás se había mantenido erguido frente a él, lo abate hiriéndolo con una enorme piedra y dejándolo enseguida sumido en el miedo[115]. Pero, corriendo de todas partes, numerosos soldados lo cubren con su muchedumbre y lo sacan fuera del combate y del alcance de Áyax; y medio muerto lo pasan dentro de los muros, tras el fracaso de su salida contra los enemigos. A su vez Áyax, más enfurecido aún por habérsele escapado la gloria de las manos, toma consigo a Diomedes y al otro Áyax, junto con Idomeneo, y va en pos de aquella gente amedrentada y dispersa; y ya abatía a los que huían disparándoles desde lejos con su jabalina, ya aplastaba con sus armas a los que cogía prisioneros, sin que, en suma, quedara ileso ninguno de los que en esa zona había. En circunstancias tan pavorosas, Glauco, hijo de Hipóloco, Sarpedón y Asteropeo, que para detener al enemigo se habían atrevido a resistir un poco tiempo, perdieron enseguida su posición, acribillados a heridas. Puestos ellos en fuga, pensaron los bárbaros que no les quedaba esperanza ninguna de salvación, y errantes y diseminados sin sus jefes, y, sin orden ni concierto en ninguna parte, corrieron a las puertas, y allí, por lo estrecho de la entrada y por estar entorpecido el paso por la aglomeración y premura de los fu-

[115] Cf. *Il.* VII 268-272: Áyax derriba a Héctor de una gran pedrada.

gitivos, precipitándose uno sobre otro a la manera de un derrumbamiento, llegó de repente Áyax con los caudillos antes mencionados. Entonces un gran contingente de bárbaros, en confusión y obstaculizándose entre sí, fue aniquilado y muerto. Entre ellos estaban Ántifo y Polites, dos de los hijos de Príamo[116], Pamón y Méstor, y Eufemo, de Trecén, ilustre caudillo de los cícones.

44 Así los troyanos, que habían sido vencedores poco antes, cuando con la llegada de Áyax cambió la suerte de la guerra, puestos en fuga sus jefes, pagaron el castigo de su impremeditado ataque. Y una vez que a la caída de la tarde se les dio a los nuestros la señal de retirada, volvieron a las naves vencedores y alegres, y fueron a continuación invitados a cenar por Agamenón. En la cena Áyax fue elogiado por el rey, que lo honró con distinguidos presentes. Tampoco los otros caudillos pasaron en silencio los hechos y proezas del héroe, sino que, ensalzando cada uno su valor, recordaban sus aguerridas acciones: tantas ciudades de Frigia que él había destruido y tanto botín conquistado y, por último, su brillante combate contra Héctor en las mismas naves, y la flota liberada del incendio gracias a él. Y nadie dudaba que en aquella coyuntura, después de tantas esclarecidas y gloriosísimas hazañas suyas, todas las esperanzas y el éxito de la guerra se sustentaban en aquel varón. Aparte de esto, las proas de dos naves, contra las que había sido lanzado el fuego, que había quemado tan sólo aquella parte, las reparó Epío en breve. Y durante aquel tiempo los griegos, pensando que después de la batalla funesta los troyanos no se atre-

---

[116] No hay constancia en la *Ilíada* de la muerte de Polites en medio de la guerra. VIRGILIO en el libro II de la *Eneida* testimonia que fue muerto por Neoptólemo la noche misma de la toma de la ciudad ante los ojos de sus padres.

verían, a partir de entonces, a ninguna otra ofensiva, permanecían tranquilos y sin temor.

Por el mismo tiempo Reso, hijo de Eíon, no ajeno a la 45
amistad de Príamo, tras haber pactado con él un precio, llegaba seguido de sus numerosas tropas de soldados tracios. Éste, ya a la caída de la tarde, tras haberse detenido un poco tiempo en la península, que, situada frente a la ciudad, se une a su continente, alrededor de la segunda vigilia entró en las llanuras de Troya, y allí mismo, desplegando sus tiendas, aguardaba[117]. Cuando Diomedes con Ulises, que se ocupaban de la vigilancia en aquella zona, lo advirtieron desde lejos, pensaron que se trataba de troyanos enviados por Príamo para espiar, y, cogiendo las armas, parten enseguida hacia aquel lugar con paso sigiloso y mirándolo todo en derredor. Matan entonces a los centinelas, fatigados por la caminata y sumidos por ello en el sueño; y avanzando más al interior, también al rey en su misma tienda. Después, considerando que no debían atreverse a nada más, se llevan a las naves su carro y sus caballos vistosamente enjaezados[118]. Así

---

[117] El texto de Dictis comporta aquí una cierta ambigüedad, que se aclara —nos parece— atendiendo a la realidad geográfica. Dice, en efecto, de esa península lo siguiente: *apud paeninsulam, quae anteposita civitati continenti eius adiungitur;* y podríamos pensar que se trata de una península frente a Troya en el propio continente asiático, entendiendo *eius* como un anafórico de *civitati;* pero no, *eius* ha de referirse a *paeninsulam* (o incluso a *Rhesus),* de modo que *continenti eius* alude a Europa, y esa península no es sino la de los Dardanelos, situada frente a Troya, y separada de la Tróade por un estrecho brazo de mar (el que cruzaba Leandro para visitar a Hero). Traducimos en consecuencia. Después de un cierto tiempo de demora en la península tracia de los Dardanelos, Reso pasó —a través del mar necesariamente— a los llanos de Troya y allí acampó para pasar la noche.

[118] Desdoblamiento del pasaje homérico ya reescrito antes por Dictis en el cap. 37. De los caballos de Reso dice Homero por boca de Dolón

pasan el resto de la noche cada uno en su tienda descansando. Y al amanecer del día, se reúnen con los demás jefes y les informan de la hazaña a la que se habían atrevido y dado término. Y enseguida, pensando que los bárbaros, enfurecidos por el asesinato de su rey, les iban a atacar, mandan que todos, agrupados, se mantengan cerca de las armas y aguarden al enemigo.

46 Y no mucho después, los tracios, cuando al despertar de su sueño encontraron dentro de la tienda a su rey asesinado, vieron ensangrentado su rostro y se les hicieron evidentes las huellas del robo del carro, de un modo precipitado y sin recibir órdenes de nadie, según el azar los iba agrupando, echan a correr hacia las naves. Al verlos desde lejos los nuestros, marchan a su encuentro agrupados entre sí y obedeciendo a las voces de mando. Y los dos Áyax, avanzando un cierto espacio, atacan la vanguardia de los tracios y los derrotan. Luego, los restantes caudillos, según la posición que había ocupado cada uno, iban matando a uno tras otro, y, allí donde en masa compacta se habían mantenido en pie, agrupándose de dos en dos o en un número mayor, disolvían con su ímpetu los grupos enemigos, y luego les daban muerte, cuando ya iban dispersos y disgregados, de forma que no se libraba ninguno de la matanza. Y al punto los griegos, muertos aquellos que habían venido en su contra, regresan a sus tiendas, cuando se les da la señal. Y los que, dejados como centinelas del campamento, se habían quedado solos, al ver frente a ellos a los enemigos, acobardándose por el mismo terror de manera miserable, lo dejan todo y huyen en masa hacia las murallas. Así que los nuestros, corriendo rápidos en todas direcciones, se llevan las armas, los

(*Il.* X 436-438) que eran especialmente altos, bellos y rápidos, y que su carro estaba labrado en oro y plata.

caballos, los tesoros del rey, y, por último, cualquier cosa que el azar les ofrecía.

De esta manera los griegos, vencedores tras haber ani- 47 quilado a los tracios y a su rey, cargados con el botín y la victoria, vuelven a las naves, en tanto que los troyanos temblaban desde los muros al contemplarlos, sin arrestos, a pesar de estar dentro de la fortaleza, para intentar nada en favor de sus aliados. Así pues, los bárbaros, quebrantados ya por tan adversas circunstancias, envían legados a los griegos para pedir una tregua, y seguidamente, aceptando nuestras condiciones y previa realización de un sacrificio, consolidan la promesa del pacto. Más o menos al mismo tiempo Crises, del que ya informamos que era sacerdote de Apolo Esmintio, viene al ejército para dar gracias por el amable comportamiento de los nuestros para con él, con ocasión de la devolución de su hija; por tan honorable conducta, al mismo tiempo que porque se había informado de que Astínome había sido tratada como persona libre, la trae consigo y se la entrega de nuevo a Agamenón[119]. Y no mucho después Filoctetes, junto con quienes le habían llevado su parte del botín, regresa de Lemnos, aunque inválido todavía y con paso no seguro del todo[120].

Entretanto, en el transcurso de una asamblea que tenían 48 los griegos, Áyax Telamonio, situándose en medio de ellos, les expone la conveniencia de enviar a Aquiles unos hom-

[119] Parece ser que nada contaba el hecho de estar casada Astínome con Eetión; es raro y curioso que todavía sea su padre, y no su marido, quien disponga de ella para cedérsela otra vez a Agamenón.

[120] La versión común indicaba que eran precisas sus flechas y su arco para la conquista de Troya, según había anunciado el oráculo; pero aquí se calla tal motivación, presente en el *Filoctetes* de Sófocles entre otros textos: cf. A. Ruiz de Elvira, «Filoctetes y Neoptólemo», *Cuad. Filol. Clás.* 16 (1979-1980), 9-15.

bres a rogarle, en nombre de los jefes y del ejército, que cesara en su cólera y volviera a entablar con los suyos la relación amistosa de costumbre; pues no había que menospreciar —decía—, ni mucho menos, a un hombre de sus cualidades; incluso ahora, más que nunca, los griegos, en circunstancias favorables y recientemente vencedores, debían mostrarle aprecio, pidiéndole su favor no por conveniencia, sino para testimoniarle la consideración en que lo tenían; entre tales palabras pedía también a Agamenón que se esforzara con todos y pusiera su empeño en el logro de este objetivo; pues en unas circunstancias semejantes —decía— debían todos reflexionar en común, sobre todo hallándose lejos de la patria, en tierras extrañas y enemigas; y, estando inmersos en combates tan arriesgados, en comarcas que les eran hostiles en cualquier dirección que se mirase, no había otra manera de mantenerse seguros, sino con el mutuo entendimiento. Y cuando puso fin a sus palabras, todos los caudillos elogiaban la inteligencia del héroe, y al mismo tiempo lo alzaban hasta el cielo, porque, sin lugar a dudas, aventajaba a todos en fuerzas físicas, pero también en inteligencia. Después de esto, Agamenón da cuenta de cómo él había enviado ya antes muchos emisarios para reconciliarse con Aquiles, y de que ahora no deseaba otra cosa. Y enseguida pide a Ulises y al mismo Áyax que se encargaran de esa misión y fueran a él en nombre de todos; sobre todo porque era de esperar que Áyax, apoyándose en su parentesco, conseguiría más fácilmente el perdón. Así, pues, prometiendo éstos su colaboración, dice Diomedes por propia iniciativa que también él iría con ellos[121].

---

[121] En la *Ilíada* son Fénix, Áyax y Ulises los enviados para tal misión a propuesta de Néstor (IX 168-169).

Decidido lo cual, Agamenón manda que los lictores traigan una víctima, y después, levantada en vilo sobre la tierra, mientras dos, que habían recibido la orden, la mantenían en lo alto, saca la espada de la vaina, y, tras haber cortado la víctima en dos mitades, la expone así en aquel lugar a la vista de todos. Después, conservando en sus manos el hierro manchado de sangre, pasa por medio de las dos partes de la víctima sacrificada[122]. Entretanto Patroclo, conociendo lo que se preparaba, llegóse a la asamblea. Y el rey, una vez que pasó por medio como antes dijimos, jura por último que Hipodamía había permanecido inviolada por parte suya hasta ese día; y que no había caído en aquello por deseo o pasión ninguna, sino que por ira —por culpa de la cual se cometen muchos delitos— había llegado hasta ese punto. A estas cosas añade que él deseaba además, si también al propio Aquiles le parecía bien, darle en matrimonio a una de sus hijas, la que a él le gustara; y suma a ello la décima parte de todo su reino y cincuenta talentos como dote[123]. Cuando esto escucharon los que estaban en la asamblea, se admiraban de la generosidad del rey, y especialmente Patroclo, que, alegre por el ofrecimiento de tantas riquezas, pero sobre todo porque se daba seguridad de que Hipodamía permanecía intacta, vuelve a ver a Aquiles y le comunica todo lo que se había hecho y acordado. 49

A continuación, cuando el rey comenzó a meditar en su corazón lo que había oído y a deliberar consigo mismo, llegó Áyax con los antes mencionados. Entonces, una vez que entraron y fueron ya saludados cordialmente, les pide que se 50

[122] Es el mismo rito —como me indica Ruiz de Elvira— que Peleo obliga a su ejército a cumplir con el cadáver de Astidamía: véase su *Mitología Clásica,* pág. 339.

[123] Los múltiples ofrecimientos de Agamenón a Aquiles y el juramento de no haberse unido a la esclava están en *Il.* IX 120-157.

sienten y a Áyax junto a él. Éste, cuando obtuvo su turno para hablar, le recriminaba con familiaridad y por eso con más libertad, y le increpaba por no haber cedido nada en su cólera con ocasión de los grandes apuros de los suyos y por haber sido capaz de consentir la matanza del ejército, a pesar de que muchos amigos y muchos también de sus parientes le suplicaban de rodillas ante él. Después de él, Ulises dice que aquellas cosas eran voluntad de los dioses; además, exponiendo por su orden los acuerdos que se habían tomado en la asamblea, y también las promesas y juramentos de Agamenón, le pide por último que no desprecie las súplicas de todos y el matrimonio que se le ofrecía; y después de todo esto hace una enumeración de las ofertas que conjuntamente se le hacían.

51 Entonces Aquiles, dando comienzo a un largo discurso, expone antes que ninguna cosa sus acciones y gestas; y luego les hace recordar cuántas adversidades había afrontado por el bien de todos, las ciudades que había atacado y conquistado él solo, afanoso y preocupado por la guerra de día y de noche, mientras que todos estaban ociosos, y que aunque no daba descanso ni a sus soldados ni a sí mismo, no por eso dejaba de entregar, como siempre, al fondo común el botín acarreado. En pago de lo cual —decía— le habían elegido únicamente a él para deshonrarlo con una afrenta tan señalada; únicamente él había sido vilipendiado hasta el extremo de quitarle ignominiosamente a Hipodamía, recompensa de tantas penalidades; y de esto no sólo tenía la culpa Agamenón, sino más aún el resto de los griegos que, olvidados de los beneficios de él recibidos, habían dejado pasar en silencio su afrenta. Una vez que puso fin a sus palabras, Diomedes dijo: «No hay que hacer caso de lo pretérito, ni conviene que un hombre inteligente se acuerde de lo pasado, puesto que, por mucho que se quiera, no es posible ha-

cer que cambie». Entretanto Fénix, y con él Patroclo, lo acosaban, besaban las mejillas, el rostro todo y las manos del joven, y tocaban sus rodillas, pidiéndole que hiciera las paces y abandonara su cólera, en gracia no sólo a los allí presentes que habían venido a suplicarle, sino también, más aún, al resto del ejército, que había observado para él un correcto comportamiento.

Así pues, Aquiles, doblegado por fin por la presencia de 52
tan ilustres varones, por los ruegos de sus allegados y por el recuerdo del ejército, que no tenía ninguna culpa, terminó por responder que haría lo que quisieran[124]. Luego, siguiendo el consejo de Áyax, entra —entonces por primera vez después de su funesta cólera— a tomar parte en la asamblea, juntándose con los griegos, y recibe de Agamenón el saludo según el protocolo regio. Entretanto, una vez que los demás jefes acogieron su reconciliación con muestras de gozo y alegría, quedó todo ultimado. Así pues, Agamenón cogió de nuevo la mano de Aquiles y le invita a él y a los demás jefes a una cena. Y poco después, en medio del banquete, cuando alegres se estimulaban entre sí, el rey pidió a Patroclo que llevara a Hipodamía, junto con los adornos que le había regalado, a la tienda de Aquiles. Y éste cumplió gustosamente las órdenes. Por lo demás, durante este tiempo de invierno, griegos y troyanos, aislados o en grupos, según el caso se ofrecía, se juntaban entre sí con frecuencia, sin ningún miedo, en el bosque sagrado de Apolo Timbreo[125].

---

[124] No así en la *Ilíada,* donde la embajada no consigue su objetivo. Aquiles en Homero sólo renuncia a su cólera (y acepta las disculpas y regalos de Agamenón) después de la muerte de Patroclo, y eso se refiere en el canto XIX.

[125] Advocacion toponímica de Apolo. Se adelanta así, a fines de este libro, la mención del lugar donde tendrá lugar más tarde, a traición, la muerte de Aquiles (véase libro IV, caps. 10-11).

LIBRO III

Entretanto, una vez aplazada la guerra durante todo el 1 invierno por las condiciones atmosféricas, los griegos apresuraban con sumo afán, empeñados en su propósito, todo lo que en semejante sosiego requería la disciplina bélica. Pues delante de la empalizada toda la soldadesca, repartida por jefes y procedencias, se ejercitaba en varios tipos de lucha, y por esto, procediendo de excelente modo, orientados todos a sus respectivas ocupaciones, se ejercitan unos luchando con venablos, que habían fabricado en lugar de lanzas, y de peso y medida no inferior al de aquéllas, y quienes no disponían de tales venablos, con estacas de punta endurecida al fuego, otros compitiendo entre sí en disparar flechas hasta bien avanzado el día, otros se servían de piedras. Pero entre los arqueros sobresalían especialmente Ulises, Teucro, Meríones, Epío y Menelao. Nadie dudaba que entre todos estos era, sin embargo, el primero Filoctetes, porque era dueño de las flechas de Hércules[126] y porque era sorprendente en su

---

[126] Bien sea porque las había heredado de su padre Peante, a quien Hércules se las cedió en recompensa por haber sido el único en consentir prender fuego a su pira fúnebre, bien, según versión seguida por el propio Dictis en I 14 (véase nota al respecto), porque el propio Filoctetes, com-

arte de herir apuntando al blanco. Y los troyanos, más remisos por contar con las tropas aliadas, despreocupados de la guerra y del ejército, vivían con más negligencia y a menudo, sin ningún miedo a asechanzas, unos u otros veneraban a Apolo Timbreo con numerosos sacrificios. Más o menos por los mismos días llega la noticia de que casi todas las ciudades de Asia se habían separado de Príamo y maldecían su alianza con él. Pues tras el precedente de su delito, siendo ya todos objeto de sospecha por los pueblos y naciones en general en lo que concierne a la hospitalidad, y al mismo tiempo por haberse sabido que los griegos vencían en todos los combates, se les había quedado grabada en su espíritu la destrucción de que habían sido objeto muchas ciudades en aquella región, y, por último, había penetrado en ellos un odio feroz contra los hijos y el reino de Príamo.

2 Y en Troya, cuando un día por casualidad estaba Hécuba orando a Apolo, Aquiles, que venía para observar el rito ceremonial con unos pocos acompañantes, la sorprendió. Estaban además con Hécuba muchas matronas, las esposas de los nobles y de sus hijos, en parte para honrar y atender a la reina; otras oraban para pedir, con aquel pretexto, cada una por ella misma. También las hijas de Hécuba no casadas aún, Políxena y Casandra, sacerdotisas de Minerva y Apolo, coronadas con un adorno novedoso y exótico, con sus cabellos desparramados de una parte y de otra, hacían sus plegarias. Era Políxena la que les había proporcionado la magnificencia de tal ceremonia. Y entonces Aquiles, poniendo casualmente sus ojos en Políxena, quedó cautivado por la hermosura de la doncella. Y aumentando su deseo de hora en hora, cuando ve que no hay sosiego para su espíritu,

pañero de Hércules, había conseguido esas armas después de muerto el héroe como recompensa a su habilidad y destreza.

regresa a las naves. Pero al pasar unos pocos días e ir el amor acrecentando su fuerza, llama a Automedonte y le descubre el fuego que devoraba su alma; al final le pidió que fuera a ver a Héctor con motivo de la doncella. Héctor por su parte le hace saber que le daría a su hermana en matrimonio si le entregaba el ejército entero[127].

3 Seguidamente Aquiles promete que acabará totalmente con la guerra si se le entrega a Políxena. Entonces Héctor responde que o bien debía dar seguridades de que él entregaría el ejército, o bien debía asesinar a los hijos de Plístenes[128] y a Áyax; de otra manera —decía— no quería oír nada de dicho asunto. Cuando Aquiles recibió esta respuesta, excitado por la indignación, exclama que tan pronto como se ofrezca la primera ocasión de lucha, se matará él en el primer combate[129]. Después, agobiado por este tormento de su espíritu, divagando de un lado a otro, algunas veces, no obstante, pedía consejo sobre qué procedía hacer en el presente asunto. Y cuando Automedonte advierte el desasosiego de su espíritu, que de día en día el deseo lo atormentaba más y más, y que pasaba las noches fuera de la tienda, temiendo no fuera a tramar algo contra sí mismo o contra los caudillos antes mencionados, comunica todo el asunto a Patroclo y a Áyax. Y éstos, fingiendo no saber nada de lo que habían oído, se detienen a hablar con el rey. Y casualmente, al cabo de un tiempo recapacitando él sobre sí mismo, hace

[127] Este amor de Aquiles por Políxena no consta en absoluto —como se sabe— en Homero. Antes de Dictis tiene como testigos a Higino y Filóstrato en el *Heroico,* y aparecerá notificado también en Dares, cap. 34. Cf. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica,* pág. 427.

[128] Es decir, Agamenón y Menelao, hijos en realidad, para Dictis, de Plístenes, según se dijo en I 1, y no de Atreo, como quería la fama.

[129] El autor reincide en su caracterización de Aquiles como vehemente e impulsivo, según ya constaba en Homero.

llamar a Agamenón y Menelao y les informa del asunto, tal y como se había producido, y de la pasión de su alma; se le responde por parte de todos éstos que se mantuviera de buen ánimo, pues en breve sería dueño de la que no pudo adueñarse con súplicas. Tal cosa tomaba visos de hacerse realidad, porque ya el poder de Troya en su conjunto tocaba casi a su fin. Pues todas las ciudades de Asia, tras haber renegado de la amistad con los hijos de Príamo, por propia iniciativa nos ofrecían su colaboración y su alianza en la guerra. A tales ofrecimientos, nuestros jefes respondían amistosamente: tenían ya suficiente —decían— con las tropas presentes y no necesitaban tropas auxiliares; la amistad que les ofrecían, la aceptaban desde luego gustosamente, y —seguían diciendo— su buena voluntad sería del agrado de todos. Sin duda hablaban así los nuestros porque la lealtad de los otros era poco sólida, y no tenían demasiado claras sus intenciones; y no les parecía que tan repentino cambio estuviera exento de engaño.

4 Y ya transcurridos los meses del invierno, había comenzado la primavera, cuando los griegos, una vez que se ordenó que todos los soldados se mantuvieran armados, y dando a continuación la señal de guerra, hacen formar al ejército en la llanura, adonde se le había hecho salir; y los troyanos hacían eso mismo con no menos empeño. Así pues, cuando los ejércitos de ambos bandos avanzaron en formación al recíproco encuentro, y se acercaron a una distancia inferior al tiro de una jabalina, después de exhortar cada uno a los suyos, llegan a las manos; habían colocado en el centro a los jinetes, que, por ello, fueron los primeros en chocar. Y entonces por primera vez nuestros reyes y los de los enemigos subieron a los carros y entraron en combate, haciéndose acompañar cada uno de un auriga para que le guiara los caballos. Pero Diomedes, montando en el carro

antes que ninguno, mata a Pirecmes, rey de los péones, hiriéndolo en la frente con su lanza[130]; y después a otros que, a causa de su valor, el rey llevaba consigo como séquito y que se habían apiñado entre sí y atrevido a hacerle frente, en parte los abate desde lejos con su jabalina, en parte, lanzando el carro en medio de ellos, los atropella por el suelo. Seguidamente Idomeneo, acompañado de Meríones, su auriga, echa por tierra a Acamante, rey de los tracios, y con la jabalina sale a su encuentro cuando ya se precipitaba contra él, y así lo mata[131]. Pero cuando Héctor, apostado en otra zona, se entera de que las filas centrales de los suyos estaban siendo desbaratadas, coloca allí donde él luchaba a gente suficientemente aguerrida, y corre en ayuda de los que estaban en apuros, llevando consigo a Glauco, Deífobo y Polidamante. Y no es dudoso que esta parte del ejército enemigo habría sido aniquilada por los reyes antes mencionados, si Héctor con su llegada no hubiera impedido a los nuestros avanzar más allá y a los suyos huir. Así los griegos, estorbados en la matanza de los que quedaban, cejaron en su avance al encontrarse con aquellos que se habían presentado de improviso, y se detuvieron.

Y seguidamente, cuando por todo el ejército se tuvo no- 5
ticia del combate, los jefes restantes, que se habían apostado con firmeza en aquella parte en la que cada uno había luchado, afluyen allí desde todos lados. Se aglomeran los batallones por ambos bandos, y se reanuda el combate. Así pues, Héctor, cuando advierte que se hallan presentes muchos de los suyos y que se encuentra suficientemente prote-

---

[130] Sin embargo, en *Il.* XVI 287 ss. Pirecmes, rey de los peonios, es muerto por Patroclo, y no por una herida en la frente sino en el hombro derecho.

[131] En *Il.* XVI 342 ss. es exclusivamente Meriones el que mata a Acamante.

gido, aumenta su coraje. Luego, llamando a grandes voces por su nombre a cada uno de los suyos, los exhorta a luchar contra el enemigo con mayor atrevimiento; y Alio, avanzando al interior de la formación, hiere a Diores y a Políxeno, que luchaban con denodado tesón. Y cuando Aquiles se percata de él, tan animoso contra el enemigo, deseando al mismo tiempo socorrer a aquellos contra quienes aquél luchaba, y acordándose de la negativa que poco antes se le había dado en el asunto de Políxena, marcha en su busca; y, avanzando por en medio, abate desde cerca a Pilémenes, rey de los paflagonios, que se le había puesto delante para estorbarle, no extraño al linaje de los Priámidas[132]. Afirmábase, en efecto, que éste era uno de aquellos que, según se recordaba, hacían derivar de Fineo[133], hijo de Agénor, su propio

[132] En *Il.* V 576 ss. es Menelao quien lo mata. Un grupo de súbditos de este rey, los énetos, se unieron luego, tras la conquista de Troya, a Antenor y navegaron con él hasta Italia, según el testimonio de Livio en *Ab urbe condita* I 1.

[133] La lectura seguida por Eisenhut en su edición, y mantenida en esta traducción, es *a Phineo,* aunque la tradición manuscrita ofrece las variantes: *aphigenio, adfines, affines* y *afineo*. Teniendo en cuenta que ningún hijo de Agénor, que nosotros sepamos, se llamaba Fineo y que, por el contrario, uno de los hijos de Agénor se llamaba *Phoenix* —al que el propio Dictis menciona en I 2 y I 9—, he estado tentado de conjeturar —habida cuenta de que paleográficamente la corruptela tiene fácil explicación— que la lectura original aquí es *a Phoenice*. Pero Ruiz de Elvira, aun considerando no absurda la eventual conjetura, me comenta lo siguiente (y copio textualmente su comentario): «La insistencia de Dictis, en IV 22 (pág. 100, línea 5 Eisenhut), en que Dárdano casó con Olizone (hija ahí, hermana en III 5, de Fineo, hijo de Agénor en III 5), hace pensar en que para Dictis hubo un Fineo hijo de Agénor; máxime cuando existe, en Apolodoro, I 9, 21, la indicación de que según unos era hijo de Agénor, según otros de Posidón, el Fineo famoso perseguido por las Harpías (en págs. 280-283 de *Mitología Clásica).* Si Dictis siguió esa primera filiación, sólo innovó en hacer a Olizone esposa de Dárdano, lo

linaje. Decíase que también éste había tenido una hija, Olizone, que, llegada a la edad madura, fue entregada en matrimonio a Dárdano.

Por otra parte, Héctor, cuando vio que se le iba a ataca 6
en columna, recordando las causas del rencor y no atreviéndose a poner a prueba por más tiempo el coraje del héroe, huyó de la formación. Y entonces Aquiles lo persiguió en la medida en que el apiñamiento de los enemigos se lo permitía, y disparando por último su jabalina, mató a su auriga, después de haberse escapado Héctor por otra parte abandonando el carro. A continuación, doliéndose de que se le hubiera ido de las manos su peor enemigo, de nuevo con mayor vehemencia mostraba su furor; y sacando la jabalina del cuerpo del auriga, derribaba a los que le salían al paso, y, una vez caídos, al atacar a otros, los aplastaba pisando por encima de ellos. En un trance tan pavoroso, mientras todos huían, Héleno atravesó a Aquiles la mano con una flecha, disparándole de lejos y de improviso cuando desde un escondite halló el lugar que buscaba para herirlo. Así este héroe sobresaliente por su pericia en el combate, a cuya llegada se había amedrentado y puesto en fuga Héctor, y habían sucumbido muchos hombres junto con sus jefes, herido furtivamente y desde un escondite, puso en aquel día fin a su lucha.

Entretanto Agamenón y con él los dos Áyax, en medio 7
de la matanza de otros hombres desconocidos, matan a muchos hijos de Príamo que hallaron en su camino; y Agamenón, a Ésaco junto con Deyópites, Arquémaco, Láudoco y Filénor; Áyax, el de Oileo y el Telamonio, a Milio, Astínoo, Doriclo, Hipótoo e Hipodamante. Y en la otra parte del com-

que no parece estar en ningún otro sitio. La cuestión es oscura (y también por las grafías), y así debe consignarse.»

bate Patroclo y el licio Sarpedón, colocados en las alas, sin que estuviera presente ninguno de sus respectivos allegados, dándose entre sí la señal para un combate en solitario, salieron fuera de la formación, y a continuación, luego que se lanzaron las jabalinas uno contra el otro sin que ninguno de ellos fuera alcanzado, saltan del carro, cogen las espadas y marchan al encuentro. Y ya se habían enfrentado con numerosas acometidas recíprocas sin haber sido herido ninguno, y habían gastado una gran parte de la jornada, cuando Patroclo, pensando que debía llegar a más en su atrevimiento, se esconde tras el escudo; protegido así con suma cautela, se abalanza sobre el enemigo, lo abraza y le taja las corvas con la mano diestra; desvalido Sarpedón por dicha herida y puesto fuera de combate al serle cortados los tendones, lo empuja hacia adelante con su cuerpo, y lo mata mientras se desplomaba[134].

8 Cuando se percataron de ello los troyanos que estaban junto a él, entre grandes muestras de duelo levantan un griterío y, dejando las filas, a una señal dada, vuelven sus armas contra Patroclo, pensando sin duda, a raíz de la muerte de Sarpedón, que tendría lugar una matanza multitudinaria. Pero Patroclo, viendo venir el batallón de enemigos, coge apresuradamente la jabalina caída en el suelo y amparándose tras el escudo, resiste con gran audacia. Entonces, a Deífobo, que avanzaba contra él, lo hiere de cerca con su lanza en la tibia y le obliga a salir de la formación, tras haber dado muerte a su hermano Gorgitión[135]. Y no mucho después, a la llegada de Áyax, fueron abatidos los restantes; entretanto

[134] La muerte de Sarpedón, hijo de Júpiter, por Patroclo, está contada también en el canto XVI de la *Ilíada*.

[135] En la *Ilíada*, sin embargo, Gorgitión —hijo de Príamo y de la bella Castianira—, muere a consecuencia de una flecha que le dispara Teucro (VIII 300-308).

Héctor, informado de lo que había ocurrido, llegó de improviso, e inmediatamente, increpando a los jefes y haciéndoles a muchos volver de su fuga, retuvo al ejército de los suyos, que volvían la espalda a la vista de la situación. Así los ánimos se levantan con su presencia, y el combate se hace más encarnizado. Entonces fue cuando verdaderamente, una vez afianzado el ejército de una y otra parte por sus ilustres caudillos, se entrechocan las formaciones; ya eran unos los que arremetían contra los otros, que retrocedían, ya cambiaban las tornas, y, cuando la formación se tambaleaba, acudían rápidamente tropas de socorro. Entretanto cayeron muchos de uno y otro ejército y no cambió la suerte de la guerra. Pero una vez que la soldadesca, empeñada en el combate a lo largo de una gran parte del día, se agotaba más y más y ya llegaba el atardecer, se retiraron de la lucha cuando uno y otro bando lo deseaban.

Entonces, en Troya, en torno al cadáver de Sarpedón, 9
con el llanto de todos y especialmente de las mujeres, entre lamentos y gemidos, se llevaron a término sus honras fúnebres; ninguna otra, de entre las muy aciagas desgracias, ni siquiera la muerte de los hijos de Príamo, había calado tanto en su corazón como la añoranza que sentían por aquél: tan gran auxilio se suponía en aquel hombre, y tan grande la esperanza perdida con su muerte. Los griegos, por su parte, al volver al campamento, acuden, lo primero de todo, a ver a Aquiles y le preguntan por su herida; cuando ven que le había desaparecido el dolor, alegres por fin, comienzan a contarle las valerosas proezas de Patroclo; después van visitando a los demás, uno tras otro, que habían sido heridos; así, tras haber pasado revista a todo, regresan cada uno a su tienda. A Patroclo, que ya había regresado, lo ensalzaba entre tanto Aquiles con elogios, y lo amonestaba luego para que también en lo que quedaba de guerra, acordándose de

las acciones que había llevado a cabo, acosara con todo su coraje a los enemigos. De esta manera trascurre la noche. Y al despuntar el día, cada uno de ambos bandos, recogidos ya los cadáveres de los suyos, los incineran y les dan seguidamente sepultura. Después, sin embargo, de haber pasado algunos días y de haberse repuesto los heridos, acuerdan preparar las armas y sacar al ejército.

Pero los bárbaros, de manera pésima y sin ningún concierto, no buscando otra cosa que alborotos y falacias, salieron ocultamente, y antes de tiempo y emprendieron el combate. Y entonces, desparramándose a manera de un derrumbamiento, lanzan al mismo tiempo su descompuesta algarabía y sus flechas contra los enemigos que todavía estaban a medio armar y sin formar[136]. Murieron a consecuencia de ello muchos de los nuestros, entre los cuales Arcesilao, beocio, y Esquedio, de los criseos, ambos caudillos inmejorables; además hubo heridos en gran número, incluso Meges y Agapénor, el primero general en jefe de los equínades y Agapénor de los de Arcadia. En un trance tan espantoso y ante un cambio tan grande de la situación, Patroclo intentó superar la fortuna de la guerra, y, mientras exhortaba a los suyos e instigaba a los enemigos simultáneamente, cayó herido por la lanza de Euforbo[137] por actuar más al descubierto de lo que suele ser costumbre en la guerra. Al punto acude Héctor presuroso, se abate sobre él y desde arriba lo acribilla con incontables heridas; y enseguida trata de sacarlo fuera de la liza, sin duda deseando, según el desenfre-

---

[136] La designación de los troyanos como «bárbaros» (esto es, extranjeros, incivilizados) cuadra bien aquí con los procedimientos bélicos que se les atribuyen, faltos de toda premeditada estrategia y resultado más bien del impulso irracional momentáneo.

[137] También en la *Ilíada* Patroclo fue herido por Euforbo con su lanza (XVI 806 ss.).

no propio de los de su raza, escarnecerlo por todos los medios posibles de agravio[138]. Cuando le llegó a Áyax noticia de ello, deja el lugar donde estaba luchando, acude rápidamente y hostiga con su lanza al que ya trataba de sustraer el cadáver. Entretanto Euforbo, acosado por Menelao y el otro Áyax con extraordinario brío, pagó con la muerte el delito del asesinato del caudillo[139]. Seguidamente, a la caída de la tarde, se interrumpe el combate desfavorablemente para nosotros y con el baldón de la muerte de muchos de los nuestros.

Pero una vez que por ambas partes se replegaron las tro- 11
pas y ya nuestros soldados se encontraban a resguardo, todos los reyes acuden ante Aquiles, desfigurado ya por las lágrimas y por todos los tormentos propios de la lamentación fúnebre. Postrado unas veces en el suelo, otras veces tendiéndose sobre el cadáver, había conmovido hasta tal extremo los ánimos de los demás, que Áyax incluso, que estaba allí a su lado para consolarlo, en nada cejaba en su aflicción. Y no era sólo la muerte de Patroclo lo que había provocado en todos aquel llanto, sino sobre todo la contemplación de las heridas en las partes vergonzosas de su cuerpo, ejemplo funesto que entonces por primera vez se vio entre los mortales y que nunca antes se había dado entre los griegos. Así pues, los reyes, con sus muchas súplicas y empleando toda suerte de consuelos, levantan por fin del suelo al abatido Aquiles[140]. Después, una vez que lavaron el ca-

---

[138] La secuencia de acontecimientos es aquí paralela al relato de la *Ilíada* (XVI 818 ss.): una vez herido Patroclo por Euforbo, acude Héctor y lo mata definitivamente.

[139] Aunque él no hubiera sido el principal responsable de esa muerte, sino sólo el que, por haberlo herido previamente, facilitó las cosas a Héctor.

[140] El duelo de Aquiles al conocer la muerte de Patroclo está contado al comienzo del libro XVIII de la *Ilíada,* y —como es propio de la poesía— el suceso se amplía con la intervención sobrenatural: la madre de

dáver de Patroclo, lo recubren enseguida con unas vestiduras, sobre todo para ocultar las heridas, que tenía marcadas de muchas maneras y que no podían contemplarse sin que se prorrumpiera en gran llanto.

12 Una vez que se hizo esto, manda[141] que unos centinelas se ocupen de vigilar, no fuera a ser que acometieran por alguna parte los enemigos, como de costumbre, mientras los nuestros se ocupaban de las honras fúnebres. Así, atendiendo cada cual al cometido que le había sido asignado en el reparto, pasan la noche en armas entre numerosas hogueras. Y, al despuntar el día[142], deciden que cinco jefes, de entre todos los que había, fueran al monte Ida a cortar madera para quemar con ella a Patroclo, pues habían decidido todos que a su cadáver se le hicieran funerales públicos. Fueron, así, Yálmeno, Ascálafo, Epío y el otro Áyax junto con Meríones[143]. Y más tarde Ulises y Diomedes miden un lugar para la pira de una longitud de cinco lanzas y de una anchura de otras tantas. Luego, una vez traída leña en abundancia, se levanta la pira y, poniendo encima el cadáver, prenden

---

Aquiles, Tetis, y sus hermanas las Nereidas, acuden todas a llorar al difunto y a consolar al héroe. Es un nuevo rasgo de racionalismo el hecho de que Dictis prescinda de tales intervenciones.

141 No se explicita el sujeto de este verbo. Seguramente hay que entender que es Agamenón, jefe supremo, el que da tal orden. Pero cabe también la posibilidad de que sea Aquiles, de quien se estaba hablando inmediatamente antes.

142 Frente al lujo de imágenes mitológicas con que se describe en la épica homérica el momento del amanecer, véase —en contraste con ello y como rasgo propio de una narración que quiere parecer historiográfica— la austeridad y brevedad (*lucis principio:* «al despuntar el día», o mas literalmente «al principio de la luz») con que tal momento se presenta en el relato de Dictis.

143 En la *Ilíada* (XXIII 110-126) Agamenón, igualmente, manda ir al monte Ida a cortar leña para hacer a Patroclo la pira funeraria, pero sólo hay un jefe encargado de ello, Meríones.

fuego debajo y lo incineran; lo habían adornado con todas las galas de una costosa vestimenta, pues de ello se habían ocupado Hipodamía y Diomedea, de las cuales Diomedea había sido muy amada del joven y había gozado de todo su cariño.

Pero al cabo de pocos días, recuperados los jefes de su tarea de vigilancia, al tiempo que amanecía fue sacado el ejército a la llanura y pasó todo el día en armas esperando la llegada de los bárbaros. Ellos, que observaban desde las murallas, cuando vieron que los nuestros estaban preparados para el combate, aplazaron aquel día la contienda. De modo que, al ponerse el sol, regresaron los griegos a las naves. Y apenas comenzaba el día, cuando los troyanos, pensando que todavía entonces estaban desorganizados los griegos, salen armados corriendo por las puertas, sin ningún orden y dando muestras de osadía, como antes habían acostumbrado; y acosando en torno a la empalizada, disparan a porfía sus dardos, en gran número pero sin que apenas fueran eficaces, puesto que los nuestros se prepararon bien para protegerse de tantos tiros. Así pues, cuando comprendieron los nuestros que los bárbaros se hallaban ya fatigados y no con la misma fuerza de antes, por haber empleado casi todo el día en disparar venablos, irrumpen desde una de las partes y acometiendo contra el ala izquierda, la derrotan y la hacen huir; y con poco intervalo de tiempo, hacen lo mismo desde el otro lado, cuando ya los bárbaros se negaban a la lucha y se habían entregado a la fuga sin ninguna dificultad. 13

Así muchos de los bárbaros, una vez que volvieron las espaldas, vergonzosamente y dando muestras de cobardía[144], fueron alcanzados por quienes los perseguían y finalmente 14

[144] Nuevamente el cronista, Dictis, da muestras evidentes de su parcialidad y, desde su perspectiva filogriega, subraya los rasgos negativos de los troyanos.

aniquilados. Entre ellos estaba Asio, hijo de Hírtaco, y Pileo, junto con Hipótoo; estos últimos reinaban sobre los de Larisa, Asio en Sesto. Aquel mismo día fueron cogidos vivos doce prisioneros por Diomedes y cuarenta por Áyax. Cayeron también cautivos Piso y Evandro, hijos de Príamo. En esta batalla murió, por parte de los griegos, Guneo, rey de Cifos, y fue herido también Idomeneo, nuestro caudillo[145]. Pero cuando los troyanos, tras penetrar en las murallas, cerraron las puertas y pusieron fin al ataque, los nuestros despojaron de sus armas a los cadáveres de los enemigos, los llevaron hasta la orilla y los arrojaron al río, pues se acordaban del desenfreno de que habían usado los bárbaros poco antes contra Patroclo; después, todos los prisioneros, según los habían cogido, uno tras otro se los entregan a Aquiles. Éste, apagada ya la ceniza con abundancia de vino, había recogido los restos de Patroclo en una urna, porque en su interior abrigaba el propósito de llevárselos consigo al suelo patrio o, si la fortuna decidía otro fin para él, ser enterrado juntamente y en la misma sepultura con aquél que más querido le era entre todos. Y así, manda llevar junto a la pira a los que le habían sido entregados —también entre ellos los hijos de Príamo—, y que allí, apartándose un poco de la ceniza, sean degollados como ofrenda a los manes de Patroclo[146]. Y después de ello echa a los príncipes a los perros para que los despedacen[147], y asegura que seguirá durmiendo en el suelo hasta que se haya vengado del autor de pérdida tan grande, derramando su sangre.

---

[145] El de Dictis y demás cretenses.

[146] En la *Ilíada* Aquiles degüella también a doce jóvenes troyanos en la pira de Patroclo (XXIII 175 ss.)

[147] Eso no consta en el poema homérico, pero sí que consta el propósito de Aquiles de echar a los perros el cadáver de Héctor (XXIII 182-183).

Pero no habían pasado muchos días, cuando de repente se dio la noticia de que Héctor con unos pocos había salido al encuentro de Pentesilea. Dicha reina, no se sabe si contratada a sueldo o por deseo de combatir, había venido con sus Amazonas para socorrer a Príamo; nación guerrera la suya y, por ello, feroz para con sus vecinos, siendo famosa por doquier su clase de armas[148]. Así pues, Aquiles, llevando consigo unos cuantos de confianza, parte rápidamente para poner una emboscada, y se adelanta al enemigo, que no había tomado precauciones; entonces, cuando comenzaba a cruzar el río, lo asalta por sorpresa. Así, lo mata de improviso y con él a todos los compañeros del príncipe, que ignoraban una trampa de este tipo[149]. Y a uno de los hijos de Príamo que había capturado, lo manda luego a la ciudad, tras haberle cortado las manos, para dar noticia de lo ocurrido. Él, por su parte, enfurecido tanto por la matanza de su mayor rival, como sobre todo por el recuerdo de su dolor, despojando de sus armas al enemigo y juntándole luego los pies, lo ata al carro por la parte de atrás; enseguida, cuando subió él, manda a Automedonte que diera rienda suelta a los caballos. Así, lanzando al galope el carro a lo largo de la llanura, por donde mejor se le podía ver, vuela arrastrando a su enemigo de modo sorprendente, pues era éste un tipo de castigo inusitado y digno de lástima[150].

---

[148] La llegada de Pentesilea y sus amazonas no constaba en Homero, como bien se sabe, sino en la *Etiópide,* poema del ciclo épico resumido por Proclo en su *Crestomatía.*

[149] Resulta realmente sorprendente el hecho de que el filohelénico Dictis nos presente a Aquiles dando muerte a Héctor de una forma tan poco valerosa. Gran contraste hay aquí con el prolijo relato homérico sobre el combate individual de los dos líderes que termina con la muerte del caudillo troyano (*Il.* XXII 247-371).

[150] Cf. *Il.* XXII 395-405, donde se cuenta igual ensañamiento contra el cadáver de Héctor.

16 Y en Troya, cuando vieron desde lo alto de las murallas los despojos de Héctor, que los griegos, por orden del rey, habían puesto ante los ojos de los enemigos, y cuando el hijo de Príamo, que había sido enviado por Aquiles, explicó el asunto conforme había ocurrido, se alzó un lamento tan grande y un tan gran griterío de todas partes de la ciudad, que se creyó incluso que los pájaros, espantados por las voces, habían caído desde lo alto [151]; los nuestros, a su vez, gritaban y lanzaban insultos. Y enseguida se cerraron por todas partes las puertas de la ciudad. El reino se pone de luto y la ciudad ofrece un aspecto lúgubre y desolado, produciéndose —como suele ocurrir ante noticia semejante— entre la gente atemorizada carreras repentinas hacia un mismo lugar, y, de pronto, sin ninguna razón cierta, huida por sitios diversos. Unas veces lamentos numerosos, otras silencio en la ciudad entera sin saber por qué. En este trance y sin apenas esperanzas, muchos creyeron que, tan pronto como se hiciera de noche, los griegos, afianzados por la muerte de un caudillo tan destacado, asaltarían las murallas y arrasarían la ciudad; algunos también tenían como seguro que Aquiles se había anexionado a su bando el ejército aquel que, al mando de Pentesilea, había acudido en ayuda del reino de Príamo; por último, todo en su ánimo lo consideraban contrario, en poder del enemigo, destruidas y robadas sus riquezas, y ninguna esperanza de salvación, una vez muerto Héctor, pues él era el único de todos en aquella ciudad que había combatido contra tantos miles de enemigos y contra sus ge-

[151] Estos lamentos por Héctor muerto, que en Dictis no aparecen concretados en persona alguna, se corresponden, en el texto homérico (*Il.* XXII 405-515), con los lamentos que por él hacen su padre Príamo, su madre Hécuba y su esposa Andrómaca. No es homérica en modo alguno esta hipérbole que añade Dictis relativa a la muerte de los pájaros debida a la intensidad del griterío.

nerales, siempre con victoria de una u otra manera. A él, sin embargo, que era conocido entre todos por su fama de guerrero, no le habían sobrado nunca las fuerzas en la asamblea.

Entretanto, en el campo griego, una vez que Aquiles re- 17
gresa a las naves y todos hablaban del cadáver de Héctor, el dolor, que poco antes habían recibido por la muerte de Patroclo, queda arrinconado a causa de la matanza del temible enemigo, y se impone por ello la alegría. Acuerdan entonces todos celebrar en honor de Patroclo una competición deportiva, según costumbre, puesto que había desaparecido su miedo a los enemigos. Pero, sin embargo, la restante soldadesca, que, no dispuesta para competir, había acudido a ver el espectáculo, se mantendría equipada con las armas y preparada, no fuera a ser, claro está, que el enemigo, aunque debilitada su situación, se les echara encima, no obstante, siguiendo su habitual costumbre de tramar asechanzas. Así pues, Aquiles manda que se establezcan para los vencedores unos premios, lo que a él le parecía de más valor. Y cuando no quedó nada por preparar, manda sentarse a todos los reyes, quedándose él en el centro y situándose en un lugar más alto entre ellos[152]. Entonces, en primer lugar, en la carrera hípica de cuadrigas se declara, por delante de todos, vencedor a Eumelo[153]; en la carrera de bigas se hizo acree-

[152] Cf. *Il.* XXIII 257 ss., donde consta también el comienzo de los juegos fúnebres en honor de Patroclo.

[153] En la *Ilíada*, sin embargo, Eumelo, hijo de Admeto, es el último en llegar porque había tenido un accidente con su carro; sin embargo, puesto que había comenzado la carrera siendo el primero y en razón de su destreza, Aquiles le dio un premio de consolación (XXIII 532-565).

dor al premio Diomedes, y Menelao en segundo lugar detrás de él[154].

18 Por otra parte, para que compitieran los que más destacaban en el arte de las flechas, Meríones y Ulises pusieron de pie dos mástiles, a los que se sujetaba atado un cordón de lino muy delgado y estirado transversalmente de la punta de uno a la del otro; en el centro colgaba una paloma de una cuerda de esparto; gran porfía se entabla para alcanzarla. Entonces, mientras los demás tendían sus arcos sin éxito, Ulises y Meríones dieron en el blanco[155]. Como los aplausos se trasladaban de los demás a éstos, Filoctetes, promete no ya alcanzar la paloma, sino cortar con su flecha la cuerda con la que se la había sujetado. Seguidamente, mientras los reyes se admiraban de la dificultad de la empresa, confirmó la palabra prometida con no menos acierto que destreza; de modo que, rota la atadura, la paloma cayó acompañada de una estruendosa ovación del público. Los premios de este concurso se los llevaron Meríones y Ulises; pero Aquiles obsequió a Filoctetes con un regalo de doble valor, fuera de lo establecido[156].

---

[154] No hay, sin embargo, en el texto homérico tal duplicidad de carreras hípicas.

[155] La prueba de tiro con arco consistía también en Homero —como en la *Eneida* (V 485-544)— en acertar a una paloma atada a un mástil; pero en la *Ilíada* (XXIII 850-883) sólo hay dos competidores, Teucro y Meríones, y el vencedor es Meríones; Ulises no interviene en el episodio homérico, como tampoco interviene Filoctetes, tal y como Dictis cuenta a continuación.

[156] La actuación postrera de Filoctetes en el texto de Dictis recuerda la actuación también postrera de Acestes en el concurso de tiro con arco de la *Eneida* (V 519-540): muerta ya la paloma, no quedaba nada por hacer y el anciano Acestes dispara su dardo a los aires; pero, milagrosamente, éste dejó en el cielo una estela de luz, y Eneas, maravillado, le obsequió con numerosos regalos.

De los que competían en la carrera de fondo queda vencedor Áyax de Oileo, y el segundo tras él, Polipetes[157]. En la de doble trayecto sale vencedor Macaón; en la de trayecto simple, Eurípilo[158]; en el salto, Tlepólemo; y en el disco, Antíloco. Los premios de la lucha libre se quedaron sin dueño, pues Áyax, agarrando a Ulises por medio, lo tira al suelo y éste al caer se enreda con los pies del otro, de modo que Áyax, estorbado y coartado su esfuerzo, cayó al suelo cuando ya casi era vencedor[159]. En la lucha con manoplas y en la otra competición de lucha con los puños, se lleva la palma Áyax Telamonio, él en ambas. En la carrera con armadura, por último, se destacó Diomedes[160]. Después, una vez entregados los premios de la competición, Aquiles ofrece un presente en primer lugar a Agamenón —lo cual le parecía al interesado un gran honor—[161]; en segundo lugar, a Néstor, y en tercero, a Idomeneo; después de ellos, a Podalirio y Macaón, y después a los demás caudillos, según sus méritos, y por último a los compañeros de quienes habían sucumbido en el combate; y se les mandó que, cuando fuera el tiempo, se lo llevaran a los parientes de los muertos en su respectiva 19

[157] Polipetes en el texto homérico no participa en la carrera, sino en el lanzamiento de peso, llevándose el primer premio frente a Leonteo, Áyax el de Telamón y Epío (*Il.* XXIII 826-849).

[158] No hay en la *Ilíada* (XXIII 740-797) toda esta diversificación de carreras; sólo hay una carrera pedestre en la que venció Ulises, quedando los otros dos participantes, Áyax de Oileo y Antíloco, en segundo y tercer lugar respectivamente.

[159] Más o menos así, en efecto, se cuenta en la *Ilíada* (XXIII 700-737).

[160] No hay en Homero prueba de carrera con armadura, pero sí lucha con armadura, y en ella sí sale victorioso Diomedes (XXIII 797-825).

[161] En *Il.* XXIII 884-897, Aquiles propone el certamen de lanzamiento de lanza o jabalina, pero al aspirar Agamenón al premio, se lo da inmediatamente sin aguardar a verificar la prueba. Sin duda ese pasaje de la *Ilíada* es el que ha sugerido a Dictis ese premio gratuito dado al jefe supremo del ejército.

patria. Cuando se puso fin a la competición y a la entrega de premios, y ya caía la tarde, marcharon todos a sus tiendas.

Pero, al despuntar el día, Príamo, cubierto miserablemente con una lúgubre vestidura —pues su dolor no le había consentido llevar ningún adorno real ni ninguna otra muestra de su renombre y su grandísima fama—, con las manos y el rostro en actitud de súplica llega para entrevistarse con Aquiles[162]; venía con él Andrómaca: no era menor que la de Príamo la compasión que ella infundía. Pues, desfigurada de muchas maneras, se había hecho acompañar de sus hijos todavía pequeños, Astianacte, al que algunos llamaban Escamandrio, y Laodamante, llevándolos delante de ella, como ayuda a las súplicas del rey, que, decrépito por las tristezas y la vejez, se apoyaba en los hombros de su hija Políxena[163]. Detrás le seguían carros llenos de oro y de plata, y de costosas vestiduras; entretanto los troyanos, mirando desde la muralla, acompañaban con los ojos el cortejo real. Al ver dicha escena, brota de repente un silencio, fruto de la admiración, y enseguida los reyes, deseosos de conocer los motivos de su venida, le salen al encuentro[164]. Príamo, cuan-

---

[162] Sigue Dictis contando sucesos en paralelo al texto homérico, pues, en efecto, tras los juegos celebrados en honor de Patroclo, se cuenta en la *Ilíada* la llegada de Príamo al campamento aqueo para rescatar el cadáver de Héctor (XXIV 322-691).

[163] La participación de Andrómaca y sus hijos en la embajada de Príamo no constaba en Homero; además sólo se hablaba, como hijo de Héctor, de Astianacte. Ni tampoco iba allí Políxena como acompañante de su padre. En cambio, un escritor como Dictis, que pretende pasar como historiador, guiado del espíritu racionalista del que tantas muestras va dando, suprime la intervención del dios Hermes como compañero del anciano, que sí constaba en la *Ilíada* (XXIV 332 ss.)

[164] Nada de esto hay en la *Ilíada,* puesto que gracias a Hermes, llega Príamo sin ser visto de ninguno hasta la tienda de Aquiles (XXIV 445-457 y 477).

do ve que se dirigen hacia él, cae al punto de bruces, esparciéndose sobre la cabeza polvo y otras inmundicias del suelo. Después les pide que, compadeciéndose de su fortuna, fueran con él a suplicar ante Aquiles. Néstor se compadece, al considerar su edad y su fortuna; por el contrario Ulises le seguía con insultos, y recordaba lo que él en Troya, antes del comienzo de la guerra, había dicho en la asamblea contra los embajadores. Cuando Aquiles recibió noticia de ello, por medio de Automedonte le manda acercarse; él seguía conservando en su regazo la urna con los huesos de Patroclo.

Así pues, pasando junto con Príamo nuestros jefes, el 21
rey, abrazando con sus manos las rodillas de Aquiles, le dijo: «No eres tú la causa de ésta mi fortuna, sino algún dios que, cuando debía compadecerse de mi avanzada edad, la trajo a estas desgracias, acabada ya y agobiada por las muertes de tantos hijos. Éstos, en efecto, fiándose en el poder a causa de su juventud —puesto que siempre arden por saciar los deseos de su espíritu de cualquier modo que sea—, han maquinado por propia iniciativa su perdición y la mía. Nadie duda que la vejez es para la adolescencia objeto de desprecio. Y si con mi muerte los hijos que me quedan se van a moderar en delitos semejantes, me ofrezco también yo, si te parece, para ser castigado con la muerte; a mí, desgraciado y acabado por las tristezas, me arrancarás, junto con la poca vida que me queda, todos los quebrantos, en los que ahora estoy inmerso y por los que presento a ojos de los hombres un espectáculo infelicísimo. Héme aquí voluntariamente, nada te pido, y si te parece bien, manténme bajo custodia en calidad de prisionero de guerra. Pues ya no me queda nada de mi anterior fortuna, puesto que con la muerte de Héctor ha sucumbido todo mi imperio. Pero si por las malas intenciones de los míos he pagado ya a Grecia entera suficiente castigo con la sangre de mis hijos y con mis propios que-

brantos, compadécete de mi edad y, acordándote de los dioses, inclina tu espíritu a la piedad: concede al menos a unos niños que te imploran, no ya la vida de su padre, sino su cadáver. Acuda a tu mente el recuerdo de tu propio padre[165], que consagra toda su atención y desvelo a ti y a tu subsistencia. Pero que a él todo le sobrevenga según sus deseos y pase su vejez de manera muy distinta y no semejante a la mía».

22 Entretanto, mientras iba diciendo estas palabras, poco a poco comenzó a languidecer su espíritu, a flaquearle los miembros y, luego, a perder el habla; este espectáculo, tan lamentable, resultaba doloroso para todos los que se hallaban presentes. A continuación, Andrómaca hace postrarse delante de Aquiles a los chiquillos hijos de Héctor, suplicando ella misma con llanto digno de lástima que se le permitiera al menos contemplar el cadáver de su esposo. En este trance tan deplorable, Fénix sujetaba a Príamo y le exhortaba a que recuperara el ánimo. Entonces el rey, cuando sintió algo más reconfortado su espíritu, apoyando en tierra sus rodillas y arrancándose los cabellos con ambas manos, dice: «¿Dónde está ahora aquella justa misericordia que es tan señalada entre los griegos?, ¿o acaso sólo a Príamo se le niega?»

23 Y ya, cuando todos estaban transidos de pena, Aquiles le dice que hubiera sido conveniente que desde el principio apartara a sus hijos de aquella mala acción que cometieron, y no hacerse, con su aprobación, partícipe de un delito tan reprobable. Además, antes del presente decenio —decía—, no había estado tan agobiado por la vejez como para que los

[165] Este recurso al recuerdo del propio padre de Aquiles es uno de los pocos puntos de contacto entre el discurso de Príamo en Homero (cf. *Il.* XXIV 486-492 y 504) y en Dictis.

suyos le despreciaran; antes bien, la codicia de los bienes ajenos había anidado en sus espíritus, y no sólo a causa de una mujer, sino que, aspirando a las riquezas de Atreo y de Pélope, habían proseguido en su rapiña de modo desalmado; por lo cual era muy justo que pagara un castigo semejante o aún mayor; pues hasta el momento presente, los griegos habían seguido en las guerras una inmejorable conducta, acostumbrados a devolver para que los enterrasen a cualesquiera enemigos a los que la lucha les traía la muerte; Héctor, por el contrario, yendo más allá de los límites de la humanidad, se había atrevido a sacar a Patroclo fuera del combate con el evidente propósito de ensañarse y mancillar su cadáver, precedente que había que borrar haciendo que ellos pagaran la pena y el castigo, para que los griegos y, desde entonces, las demás naciones, teniendo presente aquella venganza, guardaran las normas de un comportamiento civilizado; pues no por causa de Helena ni de Menelao —seguía diciendo— era por lo que el ejército, tras abandonar sus casas y a sus hijos, lejos de la patria, ensangrentados de su propia sangre y de la de los enemigos, soportaban la milicia en medio de los mismos peligros de una guerra como aquélla, sino que deseaban saber si iban a ser los bárbaros, o los griegos, los que se hicieran dueños de la situación, aun cuando motivo razonable también para declarar la guerra había sido el de recuperar a una mujer; pues, según ellos se alegraban del robo de las cosas ajenas, así también dicho robo enojaba sobremanera a quienes las habían perdido. Además de esto lanzaba muchas siniestras y abominables maldiciones, y aseguraba que, una vez conquistado Ilión, a la vista de todos él reclamaría que se castigara un delito de tal calibre derramando la sangre de aquélla[166] por culpa de la cual, careciendo él de su patria y

[166] A saber: Helena.

de sus padres, había perdido también a Patroclo, que era el mayor consuelo de su soledad.

24 Seguidamente se levanta para ir a entrevistarse con los caudillos arriba mencionados. De todos los cuales el parecer es único y el mismo, a saber, que aceptando las riquezas que había traído consigo, le entregara el cuerpo sin vida. Cuando se pusieron de acuerdo, marcharon todos a sus respectivas tiendas. Y a continuación, nada más entrar Aquiles, Políxena se tendió ante sus rodillas y voluntariamente prometió que sería su esclava si devolvía el cadáver. A la vista de lo cual, el joven se compungió de tal manera que, siendo por la muerte de Patroclo el mayor enemigo de Príamo y de su reino, en aquel momento, al acordarse del hijo y del padre[167], no se abstuvo ni siquiera de las lágrimas. Y así, ofreció su mano a Políxena y la levantó, no sin antes haber avisado y encargado a Fénix que se cuidase de Príamo. Pero el rey dijo que no haría nada por moderar su dolor y sus desgracias presentes. Entonces Aquiles le aseguró que no colmaría sus deseos antes de que adecentara su aspecto y tomara también con él algo de alimento. Así el rey, temiendo ser un obstáculo con su negativa para lo que ya se le mostraba concedido, determinó hacer humildemente todo lo que se le mandara, cualquier cosa que fuera[168].

25 Así pues, cuando se sacudió el polvo de los cabellos y se lavó de arriba a abajo, el joven lo invitó a comer y también a los que con él habían venido. Luego, cuando todos quedaron saciados, habló Aquiles de esta manera: «Cuéntame ahora ya, Príamo: ¿qué motivo tan grande habéis teni-

---

[167] A saber: de Héctor y de Príamo. Aunque existe también la lectura (en los códices Berolinense y Esinate) *filiae et parentis*, más coherente aún con el contexto («al acordarse de la hija [= Políxena] y del padre»).

[168] Reacciones semejantes tienen también Aquiles y Príamo en *Il.* XXIV 559 ss.

do para que, haciéndoos defección los contingentes de tropas, al paso de los días, y agravándose vuestras calamidades y desastres, penséis sin embargo hasta el día de hoy que es mejor retener a Helena, y no la hayáis rechazado como contagio de mal agüero? Sabed que ella traicionó a su patria y a sus padres, y, lo que es el colmo de la ignonimia, a sus muy virtuosos hermanos[169]. Éstos, en efecto, maldiciendo su crimen, ni siquiera hicieron con nosotros el juramento para venir a la guerra, sin duda para no facilitar con su mediación el regreso a la patria de aquella, de cuya salvación no querían oír hablar[170]. Así pues, ¿no la expulsasteis al ver que había entrado en vuestra ciudad para desgracia de todos?, ¿acaso no la perseguisteis con maldiciones hasta fuera de los muros?, ¿qué hicieron aquellos ancianos, a cuyos hijos la lucha les iba trayendo la muerte día tras día?, ¿no se han dado cuenta hasta el momento de que ella era la causa misma de tantos funerales? Así pues, ¿hasta tal punto los dioses han trastocado vuestra mente que no se pueda hallar a nadie en una ciudad tan poblada que, lamentando la suerte de la patria que se desploma, ponga fin, con la muerte de esa mujer, a las públicas calamidades?[171]. Yo, desde luego, a la vista de tu edad y de las súplicas de éstos, te devolveré el cadáver, y no obraré nunca de modo que caiga también yo en

---

[169] Es decir: a Cástor y a Pólux, los Dioscuros.

[170] La *Crestomatía,* sin embargo, explica la ausencia de Cástor y Pólux en la guerra de Troya por haber muerto antes en una disputa con sus primos los hijos de Afareo. Cf. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica,* págs. 408-410.

[171] A propósito de estas manifestaciones de Aquiles denigratorias de Helena es curioso constatar que, a pesar de ellas, algunas versiones hablan de su matrimonio con Helena, después de la muerte de ambos, en la Isla Blanca (así Pausanias, III 11-13 y Filóstrato, *Her.* 746) o en las Islas de los Bienaventurados (Ptolomeo Queno, 4). Cf. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica,* pág. 428.

aquello que se desaprueba en los enemigos como indicio de maldad».

26 A estas palabras Príamo, renovando su llanto, digno por completo de lástima, dice que no sin el designio de los dioses se abaten sobre los hombres las adversidades, pues un dios es el responsable del bien y del mal de todos y cada uno de los mortales, y, en tanto que se nos permite ser felices, no caen sobre aquel que lo es ni la violencia ni las enemistades de nadie. Y precisamente —decía—, él, padre de cincuenta hijos de madre distinta[172], había sido considerado como el más feliz de todos los reyes hasta, finalmente, el día en que nació Alejandro, día que no había sido posible evitar, ni siquiera anunciándolo los dioses. Pues a Hécuba —seguía diciendo—, cuando estaba encinta de él, le pareció ver en sueños que daba a luz una antorcha con cuyo fuego se había incendiado el monte Ida, y luego, propagándose la llama, arrasaba enteramente los templos de los dioses, y, por último, toda la ciudad quedaba reducida a cenizas, permaneciendo intactas e invioladas las casas de Anténor y de Anquises; una vez referida dicha visión —seguía diciendo— y augurando los adivinos que apuntaba a una calamidad pública, habían acordado darle muerte tan pronto como naciera; pero Hécuba, usando de una compasión propia de mujer, se lo había entregado a escondidas a unos pastores para que lo criaran en el Ida; y a aquél, ya crecido, una vez que se hizo público el asunto, él no había podido permitirse asesinarlo, aún siendo un enemigo público de lo más temible: tanta era, en efecto, su hermosura y gallardía; del cual —proseguía su discurso—, unido luego en matrimonio a

[172] Cf. *Il.* XXIV 495-497: «Cincuenta tenía cuando llegaron los hijos de los aqueos: diecinueve me habían nacido de un único vientre, y otras mujeres habían alumbrado en el palacio a los demás» (trad. de E. Crespo). Detalles en Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica*, pág. 392.

Enone[173], se apoderó el deseo de visitar regiones y reinos alejados del suyo[174]; de aquel viaje se había traído a Helena, y por apremio e instigación de algún dios, fue ella, en el sentir de todos los ciudadanos, e incluso para él, Príamo, ocasión de alegría, y ninguno, aún viéndose privado de un hijo o de otro pariente, había dejado de aceptarla, oponiéndose entre todos únicamente Anténor, hombre de mucha prudencia tanto en la paz como en la guerra, que desde el principio, después del regreso de Alejandro, había decidido renegar de su hijo Glauco y echarlo fuera de su casa, por haber ido en el séquito de aquél; además, él —concluía—, puesto que así se arruinaba su poder, estaba deseando que le llegara el fin de sus días, dejando de lado ya la dirección y el cuidado de su imperio; tan sólo se atormentaba al pensar en Hécuba y en sus hijas, a las que, cautivas después de la destrucción de la patria, les esperaba la altanería de no se sabe qué dueño.

Después, manda que expongan ante la vista del joven 27
cuanto había traído para rescatar a su hijo. De ello manda Aquiles que se recoja todo lo que había de oro y de plata y también lo que a él le pareció bien de las vestiduras; reuniendo lo demás en un montón, se lo regala a Políxena y le entrega el cadáver. Una vez en su poder, el rey, ya fuera en agradecimiento por haber conseguido el cadáver o seguro ya del porvenir de su hija, si algo le ocurriera a Troya, abrazando las rodillas de Aquiles le pide que reciba a Políxena y

173 Enone era una ninfa con la que convivió Paris en su juventud. Sobre los amores de Paris y Enone, anteriores al rapto de Helena, léase la epístola IV de las *Heroidas* de Ovidio.

174 Se suprime, de momento, toda alusión al juicio de Paris, sin duda por sus componentes sobrenaturales.

se quede con ella. A lo cual el joven responde que tendrían otro momento y otro lugar para tratar de ese asunto; entretanto, manda que regrese con él. Así Príamo, tras haber recibido el cadáver de Héctor, subió al carro con los que le habían acompañado, y regresó a Troya.

LIBRO IV

Pero al hacerse público entre los troyanos que el rey, 1
tras haber logrado su objetivo, regresaba ileso y con su séquito a salvo, llenos de admiración y profiriendo elogios, ponen por las nubes la piedad de Grecia, pues había arraigado muy hondo en su alma la convicción de que no había esperanza alguna de conseguir el cadáver y de que él y los que le habían acompañado iban a ser retenidos por los griegos, sobre todo porque tendrían presente la no devolución de Helena. Por otra parte, al ver el cadáver de Héctor, todos los ciudadanos y aliados corren a contemplarlo y empiezan a llorar, arrancándose los cabellos y desfigurándose el rostro con arañazos, y ninguno en tan nutrida muchedumbre de gentes se atrevía a tener confianza en valor o en esperanza alguna, una vez muerto aquél, cuya fama de acciones guerreras era conocida entre los pueblos, siéndolo también su honestidad en tiempos de paz; por ella había conseguido una gloria no menor que por sus restantes cualidades. Entretanto lo sepultaron no lejos de la tumba de Ilo, rey de antaño[175]. A continuación, alzándose un grandísimo griterío,

---

175 Dos reyes de Troya llevaron ese nombre: uno, el hijo de Dárdano y hermano de Erictonio, muerto sin descendencia; y otro, más famoso que el primero, el hijo de Tros, hermano de Asáraco y Ganimedes, padre

hacen al cadáver los últimos honores, llorando por una parte las mujeres junto con Hécuba, llamándolo en voz alta[176] los hombres de Troya, por otra, y, por último, los grupos de aliados. Esto es lo que hicieron los troyanos desde el alba hasta el atardecer —pues se les había concedido una tregua en la guerra por diez días— sin que se omitiera ninguno de los ritos fúnebres.

2 Entretanto, por aquellos mismos días, Pentesilea, de quien antes hicimos mención, llegó con un numeroso grupo de Amazonas y con otros pueblos de su vecindad. Y tan pronto como tuvo ella noticia de que Héctor había sido asesinado, compungida por su muerte y deseando volverse a su patria, pero atraída finalmente por Alejandro con gran cantidad de oro y plata, había decidido aguardar allí mismo. Después, cuando habían transcurrido algunos días, forma a sus tropas armadas. Y sin ayuda de los troyanos, se encamina por sí sola a la lucha, confiada no más que en sus guerreros: en el ala derecha forma a los arqueros, en la otra a los de a pie; a los jinetes los coloca en el centro y entre ellos marcha también ella. A su vez, por nuestra parte, se corrió al combate según la siguiente distribución: contra los arqueros iban a enfrentarse Menelao y Ulises, y Meríones junto con Teucro; contra los de a pie, los dos Áyax, Diomedes, Agamenón, Tlepólemo y Ascálafo junto con Yálmeno; contra los jinetes lucharían Aquiles y los restantes caudillos. Organizado de este modo el ejército de ambos bandos, chocaron entre sí los frentes. Muchos sucumbieron a las flechas de la reina; y también de ese modo hacía Teucro la guerra. Entretanto los dos Áyax y los infantes que estaban con ellos arremetieron

---

de Laomedonte y fundador de Ilio, la primitiva ciudad troyana (cf. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica*, págs. 387-388).

[176] Es el rito de la *conclamatio* o llamada al muerto por última vez, rito que se hace remontar aquí a épocas míticas.

contra los que se mantenían en pie, y empujaban a los demás con sus escudos; una vez derrotados, los degollaban. Y no se puso fin hasta que quedaron arrasadas las tropas de la infantería.

Aquiles, encontrando a Pentesilea entre los escuadrones 3
de jinetes, la persigue con su lanza, y sin dificultad, como mujer que era, la derriba del caballo, cogiéndole la cabellera con la mano y arrastrándola así, gravemente herida. Cuando vieron esto, pensando que ya sí que no había esperanza alguna en las armas, emprenden la fuga. Y cerrando las puertas de la ciudad, a los restantes, a quienes la huida les había librado del combate, los degüellan los nuestros después de perseguirlos, manteniendo, sin embargo, alejadas sus manos de las mujeres y respetando su sexo. Después, cuando todos volvían vencedores, tras haber dado muerte a aquellos contra los que habían ido, vieron a Pentesilea, moribunda todavía, y admiraron su osadía. Así, en breve, todos corrieron al mismo lugar y acordaron que, puesto que se había atrevido a sobrepasar la condición de su natural y de su sexo, se la arrojara al río mientras aún le quedaba algo de vida para que se diera cuenta de ello, o que se la echara a los perros para que la despedazaran. A Aquiles, que deseaba darle sepultura cuando muriera, lo apartó de su intento Diomedes; pues este último, una vez que preguntó a los circunstantes qué se debía hacer con ella, por acuerdo unánime, arrastrándola de los pies la arroja al Escamandro, en castigo, como cabe imaginar, a su extrema temeridad y locura. De este modo la reina de las amazonas, barridas las tropas con las que había venido para socorrer a Príamo, ofreció finalmente ella misma un espectáculo digno de su propio comportamiento [177].

---

[177] No se dice aquí nada del enamoramiento de Aquiles al ver la belleza de la reina (v. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología Clásica*, pág. 426).

4 Pero al día siguiente llegó Memnón, hijo de Titono y de la Aurora, con numerosas tropas de indos y de etíopes; le precedía una gran fama, porque, seguido de muchos miles de soldados armados de diferente manera, pero formando un único ejército, había superado con creces las esperanzas y los deseos que Príamo había puesto en él. En efecto, todos los aledaños de Troya y lugares de más allá de lo que estaba al alcance de la vista, se hallaban cubiertos de hombres y caballos y resplandecían por el brillo de las enseñas. A todos éstos los trajo a Troya desde las cumbres del monte Cáucaso; a los demás, no inferiores en número, los envió por mar, poniéndoles como jefe y capitán a Falas. Éstos, arribando a Rodas, cuando advirtieron que la isla era aliada de los griegos, por temor a que, al saber su objetivo, incendiaran las naves, aguardaban en ellas sin desembarcar; pero luego se distribuyeron por Camiro y Yaliso, ciudades opulentas[178]. No mucho después los rodios recriminaban a Falas porque, a pesar de haber sido arrasada Sidón, su patria, poco antes por Alejandro, deseaba, sin embargo, llevar auxilio a aquel que le había ofendido. Para provocar las iras del ejército les aseguraban que no parecían ellos diferentes de los bárbaros, pues defendían tan indigno crimen. Añadían además muchas otras razones que pretendían irritar a la soldadesca y servirles de provecho a ellos. Esta maniobra no fue en vano, pues los fenicios, que en gran número los había en aquel ejército, incitados por los reproches de los rodios, o bien deseosos de robar las riquezas que llevaban consigo, matan a Falas apedreándolo; y diseminándose por las referidas ciudades, se reparten entre sí el oro y el resto del botín.

5 Entretanto el ejército que había venido con Memnón, una vez que acamparon en lugares sin protección —pues dentro

[178] En la costa norte de Rodas.

de las murallas[179] no se podía dar cabida con facilidad a tan gran número de gente—, repartidos, se entrenaban cada uno en su tipo de lucha. Y en el mismo arte no usaban de uno solo y el mismo método, sino que según el hábito de su tierra, al que cada uno estaba acostumbrado, así, con dardos diferentes, hechos para ser usados de diferente manera, y también con la abigarrada variedad de sus escudos y cascos, ofrecían una imagen pavorosa de la guerra. Pero cuando pasaron algunos días y el soldado estaba ya ansioso de pelea, tan pronto como amaneció, todo aquel ejército fue sacado al combate al dar la señal; y con ellos salieron también los troyanos y los aliados que habían permanecido dentro de las murallas. Enfrente les estaban aguardando los griegos, formados según la ocasión lo exigía y con los ánimos un tanto acobardados por el miedo ante un enemigo grande y desconocido. Así pues, cuando llegaron a la distancia de un tiro de jabalina, fue cuando los bárbaros levantaron un enorme y discordante griterío y se precipitaron a la manera de un derrumbamiento. Los nuestros, alentados entre sí, aguantaron el embate de los enemigos con suficiente coraje. Pero después que los frentes se renovaron y se reorganizaron para mantener la formación, y se empezaron a lanzar venablos de una y otra parte, muchos de uno y otro ejército sucumbieron, y no se puso fin a la lucha hasta que Memnón, llevado en su carro y haciéndose acompañar de los más valerosos de sus hombres, se lanzó por medio de los griegos, empezando por abatir o dejar heridos a cuantos se le ponían por delante. Así, muertos ya muchos de los nuestros, los caudillos les cedieron la victoria, pues veían que la fortuna de la guerra había dado la vuelta y no había otra esperanza sino en la huida. Aquel día hubieran sido las naves incendiadas y ani-

---

[179] Se entiende: de Troya.

quiladas, si la noche, socorro de los que están en apuros, no hubiera disuadido de su intento a los enemigos que nos acosaban. Tanto ímpetu y pericia guerrera había en Memnón; y para los nuestros tan adversa era la situación.

6 Así pues, los griegos, cuando les llegó el tiempo de descanso, en medio de un desánimo general y desconfianza en el éxito de su empresa, pasaron toda la noche sepultando a aquellos que habían perdido en el combate. Después, comenzaron a deliberar sobre la lucha que se aproximaba contra Memnón; y acuerdan sacar a sorteo el nombre del caudillo que tendría que luchar con él. Entonces Agamenón exceptúa a Menelao, Ulises e Idomeneo; y luego de removerse los nombres de los demás, la suerte recayó, según todos lo deseaban, en Áyax Telamonio. Así, reconfortados sus cuerpos con el alimento, pasan durmiendo el resto de la noche. Y al apuntar el día, armados y formados como era debido, salen. Memnón, con quien iban todos los troyanos, no actuó con mayor tardanza. De manera que, alineado el ejército de una parte y de otra, comenzó el combate. Sucumbieron muchos de ambos bandos, como era propio en una batalla de tal envergadura; o bien se retiraron de la liza gravemente heridos. En esta lucha murió Antíloco, hijo de Néstor, que se había topado casualmente con Memnón[180]. Enseguida Áyax, cuando le pareció el momento oportuno, avanzó entre uno y otro frente, y provocó al rey, tras haber encargado previamente a Ulises e Idomeneo que le cubrieran de los otros. Así pues, Memnón, cuando ve que el ataque se dirige contra él, salta del carro y se encuentra, a pie, con el gran Áyax, en medio de un gran temor y expectación de uno y otro bando;

---

[180] La muerte de Antíloco por Memnón consta en varias otras fuentes (cf. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología Clásica*, pág. 426), entre ellas QUINTO DE ESMIRNA, II 245 ss., donde tiene lugar mientras Antíloco defendía a su padre Néstor del ataque del propio Memnón.

entonces nuestro caudillo cayó con suma violencia, con todo su peso y con todas sus fuerzas, sobre el escudo de aquél, algo agujereado por un dardo, y lo empujó y desvió hacia un lado. Al ver lo cual los compañeros del rey acudieron rápidos, en un intento de rechazar a Áyax. Entonces Aquiles, cuando ve que se interponían los bárbaros, se dirige a su encuentro y atraviesa con la lanza el cuello del enemigo, desprotegido por el escudo[181].

Así, con la inesperada muerte de Memnón, dieron un 7
vuelco los ánimos de los enemigos y a los griegos se les aumentó la confianza. Y a continuación, mientras huía el ejército de los etíopes, los nuestros los siguieron y mataron a muchos. Entonces Polidamante, mientras procuraba reentablar combate, acabó siendo rodeado y herido en las ingles, a resultas de lo cual murió; Glauco, hijo de Anténor, enfrentándose contra Diomedes, sucumbió herido por una jabalina de Agamenón. Entonces sí que se podía ver, de una parte, a los etíopes con los troyanos huyendo por todo el llano sin orden ni disciplina, tropezarse entre sí por el tumulto y la precipitación, matarse y ser pisoteados por los caballos desbocados; de otra parte, a los griegos, recobrados los ánimos, seguirlos, darles muerte, separar a los amontonados y así, sacados del enredo, atravesarlos. Se inundan de sangre los llanos aledaños a las murallas, y todos los lugares por donde el enemigo había entrado se llenaron de armas y de cadáveres. En esta pelea murieron Areto y Equemón, dos de los hijos de Príamo, a manos de Ulises; Idomeneo mató a Dríope, Bías y Coritán; Áyax el de Oileo dio muerte a Ilioneo y a Filénor; y asimismo Diomedes mató a Tiestes y Telestes; el otro Áyax, a Ántifo, Ágavo, Agatón y Glauco; y

[181] La muerte de Memnón por Aquiles consta también, por ejemplo, en Quinto de Esmirna, II 540 ss.

Aquiles a Asteropeo. Y no se dio fin a la matanza hasta que a los griegos les llegó la hartura y, por último, el cansancio.

8 Y cuando se retiraron los nuestros al campamento, vinieron unos mensajeros de los troyanos a pedirles permiso para enterrar a los que habían caído en el combate. Una vez recogidos los cadáveres, cada uno incinera a los suyos y los sepulta según la costumbre patria. Memnón fue quemado aparte de los demás; sus restos, guardados en una urna, los enviaron por mediación de los allegados del rey a su suelo patrio. Los griegos, por su parte, una vez bien lavado el cadáver de Antíloco y habiéndole hecho las honras debidas, se lo envían a Néstor y le piden que soporte con ánimo sereno las adversidades de la fortuna y de la guerra. Así, finalmente, mientras reconfortaba cada cual su cuerpo con el vino y la comida durante gran parte de la noche, ensalzan con alabanzas a Áyax y a Aquiles simultáneamente y los ponen por las nubes. En Troya, a su vez, cuando se descansó de los funerales, les entró no ya dolor por la muerte de Memnón, sino miedo por el resultado de la guerra y desesperación, pues, por una parte, la muerte de Sarpedón, por otra el fin de Héctor que siguió con poco intervalo de tiempo, se habían llevado de sus espíritus las esperanzas que les quedaban, y ya no contaban con nada, porque lo último se lo había mostrado la fortuna en la persona de Memnón. Así, confluyendo en una tantas adversidades, habían perdido todo afán por recuperarse.

9 Y al cabo de pocos días los griegos, equipados con las armas, avanzaron hacia el llano provocando a los troyanos a la lucha, si se atrevían. Alejandro, que era su guía, junto con sus otros hermanos, formó a los soldados y marchó al encuentro. Pero antes de comenzar a herirse entre sí los ejércitos o a disparar dardos, los bárbaros abandonaron sus filas y emprendieron la huida. Y muchos de ellos murieron o se

lanzaron de cabeza al río, pues el enemigo atacaba de un lado y de otro, y estaba cortada la fuga por todas partes. Fueron capturados también Licaón y Troilo, hijos de Príamo, a quienes Aquiles mandó sacarlos al medio y degollarlos[182], enfadado porque todavía Príamo no le había dado noticias sobre aquello que había tratado con él[183]. Cuando lo advirtieron los troyanos, prorrumpieron en gemidos y con su lúgubre griterío deploraban de un modo lastimoso la muerte de Troilo, acordándose de su edad todavía inmadura, pues encontrándose todavía en los primeros años de su adolescencia, crecía haciéndose querer por el pueblo y gozando de sus simpatías, no sólo por su discreción y honradez, sino, sobre todo, por la hermosura de su cuerpo.

Después, cuando habían transcurrido unos pocos días, 10
llegó la fiesta anual de Apolo Timbreo, y con el acuerdo de una tregua, se interpuso un descanso en los combates. Entonces, asistiendo ambos ejércitos al sacrificio, aprovechó Príamo la ocasión y envió a Ideo con instrucciones para Aquiles acerca de Políxena. Pero, mientras Aquiles, lejos de

---

[182] Sobre la muerte de Troilo (personaje que adquirirá mucha importancia en la leyenda troyana medieval, asociado a Criseida en un episodio amoroso) hay varias otras versiones: en la *Ilíada* (XXIV 257) ya había sucumbido en el momento en que Héctor murió; y según Apolodoro *(Epít.* III 32), lo mató Aquiles cogiéndolo, tras una emboscada, en el templo de Apolo Timbreo poco después de haber desembarcado los griegos en Troya. Dares (cap. 33), sin embargo, lo hace morir a manos de Aquiles también, pero en el transcurso de un combate bastante después de la muerte de Héctor. En cuanto a Licaón, consta en esta misma fuente que el propio Aquiles lo capturó esa misma noche, tras haber entrado ocultamente en la ciudad; en cambio, según *Ilíada* XXI ss. —donde se precisa que Licaón era hijo de Príamo y de Laótoe y que había sido capturado por el propio Aquiles en otra ocasión, vendido como esclavo y que, huyendo, había regresado a su patria—, lo apresa también Aquiles junto al río Janto y lo mata, después de la muerte de Patroclo y antes de que Héctor sucumbiera.

[183] A saber: la boda con Políxena (cf. III 27).

los demás, leía en el bosque sagrado junto con Ideo las instrucciones que le habían llegado, se tuvo noticia de ello en las naves y surgió la sospecha de que el caudillo se había pasado al enemigo; y, por último, también la indignación. Pues habían hecho verosímil el rumor de traición que antes había ido brotando poco a poco por el ejército. Por lo cual, para apaciguar el ánimo exaltado de la soldadesca, Áyax, junto con Diomedes y Ulises, se dirigen al bosque sagrado y se colocan ante el templo esperando que saliera Aquiles; y al mismo tiempo para informar al joven de lo que había ocurrido, y también disuadirle de tratar en adelante en conversaciones ocultas con los enemigos.

11 Entretanto Alejandro, después de tramar con Deífobo la traición, armado de un puñal, avanzó hacia Aquiles como garante de lo que Príamo le prometía; luego se detuvo junto al altar para que el enemigo no se diera cuenta del engaño, quedándose vuelto de espaldas al caudillo. Seguidamente, cuando le pareció el momento oportuno, Deífobo, abrazando al joven —que estaba desarmado porque no temía ninguna asechanza en el recinto sagrado de Apolo—, lo besaba y lo felicitaba por lo que había convenido y no se separaba de él ni lo dejaba; hasta que Alejandro, desenvainando la espada y lanzándose contra el enemigo, lo atravesó por ambos costados hiriéndole dos veces[184]. Cuando lo vieron aniquilado por las heridas, salieron corriendo desde una parte distinta de aquella por la que habían llegado, y, rematada así su grandiosa fechoría y colmando con ella los deseos de to-

[184] Versión esta sobre la muerte de Aquiles que consta además en Higino, Filóstrato, Servio, Lactancio Plácido, Dares, Eustacio, Tzetzes y otros, y que es contraria a la más divulgada, según la cual fue Paris quien lo hirió en el talón —su única parte vulnerable— de un flechazo, con el concurso o no de Apolo. Cf. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología Clásica*, pág. 427.

dos, regresan rápidos a la ciudad. Al verlos, Ulises dijo: «No es fortuito que éstos, arrebatados y temerosos, hayan salido corriendo». Entraron de inmediato al bosque sagrado e, inspeccionándolo todo en derredor, encontraron a Aquiles tirado en el suelo desangrándose y ya medio muerto. Entonces dijo Áyax: «Es algo comprobado y cierto para todos que no ha podido existir ningún hombre que te superara en auténtico valor, pero, como bien se ha visto, tu imprudente temeridad te ha traicionado». A continuación Aquiles, conservando todavía su postrer aliento dice: «Con engaño y trampas me han sorprendido Deífobo y Alejandro bajo el pretexto de Políxena». Entonces, mientras agonizaba, los caudillos lo saludaron por última vez, tras haberlo abrazado entre grandes gemidos y haberlo besado. Finalmente, Áyax lo levanta, muerto ya, sobre sus hombros[185] y se lo lleva del bosque sagrado.

Cuando se percataron de ello los troyanos, todos al mismo tiempo se precipitan fuera de las puertas, esforzándose por arrancarles a Aquiles y llevárselo dentro de las murallas con el propósito evidente de escarnecer su cadáver, según tenían por costumbre. Frente a ellos los griegos, al darse cuenta de su intención, cogen precipitadamente las armas y parten a su encuentro; y poco a poco salieron todas las tropas, de forma que enseguida por ambos bandos se consolidó la lucha. Áyax, entregándoles el cadáver de Aquiles a los que lo habían acompañado, se lanza a la ofensiva y mata a Asio, hijo de Dimante, hermano de Hécuba, que fue el primero con quien se encontró; luego hiere a muchos, según los iba teniendo a tiro, entre los cuales Nastes y Anfímaco, que gobernaban en Caria, con los que se topó de frente. Y 12

[185] Escena ésta muy representada en la cerámica griega.

enseguida los caudillos Áyax de Oileo y Esténelo, uniéndosele, abaten a muchos y los obligan a emprender la huida. Por lo cual los troyanos, muertos muchos de los suyos, dispersos y diseminados sin ningún orden fijo en parte ninguna y sin un resto de esperanza que les hiciera resistir, corrieron a las puertas y no confiaron en ninguna otra salvación sino en la del interior de los muros. Por ello, un gran número de hombres cayeron degollados por los nuestros que los perseguían.

13 Pero cuando, una vez cerradas las puertas, se puso fin a la matanza, los griegos llevan a Aquiles a las naves. Y entonces, mientras lloraban todos los caudillos la muerte de un hombre tan ilustre, muchos de los soldados no se condolían ni sentían tristeza alguna, como la situación exigía, pues en su espíritu se había fijado la idea de que Aquiles había entablado a menudo conversaciones con los enemigos para traicionar al ejército; por lo demás, muerto él, la organización militar en su conjunto —pensaban— se había quedado huérfana y se les había privado de una gran parte de sus esperanzas, sin que se hubiera dado siquiera a este héroe ilustre la ocasión de alcanzar una muerte digna en combate o en circunstancias distintas a la oscuridad en que la encontró. Así pues, rápidamente se trae del Ida una gran cantidad de leña y levantan la pira en el mismo sitio en el que antes a Patroclo. A continuación, colocando encima el cadáver y prendiéndole fuego, cumplen los ritos debidos para con el muerto, trabajando en ello sobre todo Áyax, que durante tres días, en velas ininterrumpidas, no cejó en su esfuerzo hasta que reunió los restos. Pues casi fue el único de todos que, sobrepasando la medida de un varón, se afligió por la muerte de Aquiles; a él, siéndole querido en su corazón más que ningún otro, lo había tratado con las más exquisitas atenciones, no sólo por su amistad y parentesco con él, sino

también, sobre todo, porque estaba muy por delante de los demás en valor.

Por el contrario, en el bando troyano, se había apoderado de todos la alegría y se felicitaban unos a otros porque había muerto un enemigo tan temible; y elogiando el plan ideado por Alejandro, lo ponen por las nubes, no por otra razón que la de haber llevado a término tramposamente una acción tan arriesgada, a la que de ningún modo se hubiera atrevido en el combate. Entre estas cosas, le llega a Príamo la noticia de que se acercaba Eurípilo, hijo de Télefo, procedente de Misia, a quien el rey, atrayéndole antes a su causa con muchos regalos, por último se lo había asegurado con la promesa de darle a Casandra en matrimonio[186]. Entre otros presentes hermosísimos que le había enviado, había añadido también una vid esculpida en oro, y que por ello andaba en boca de las gentes. Por otra parte Eurípilo, distinguido entre muchos por su valor, equipado con sus legiones de misios y ceteyos, fue acogido con extraordinaria alegría por los troyanos, y había hecho cambiar todas las expectativas de los bárbaros, orientándolas al éxito. 14

Entretanto los griegos sepultaron en el Sigeo los huesos de Aquiles, que habían guardado en una urna y juntado con los de Patroclo. La construcción de su sepulcro la contrata también Áyax, pagando un precio, con los que habitaban en aquel lugar, indignado ya con los griegos, porque no veía en ellos ni la menor muestra de dolor por la pérdida de un hé- 15

[186] En la *Eneida* (II 341-346), sin embargo, en el momento de la conquista de la ciudad se hallaba presente otro pretendiente de Casandra llamado Corebo, hijo de Migdón, que sucumbe finalmente a manos de Peneleo junto al altar de Minerva (II 424). Testimonio virgiliano que no tiene en cuenta Dictis, como se ve, no sólo por la no mención de Corebo, sino porque al beocio Peneleo lo mata Eurípilo antes del fin de la ciudad (véase cap. 17).

roe tan valeroso. Por el mismo tiempo Pirro, al que llamaban Neoptólemo, hijo de Aquiles habido de Deidamía, hija a su vez de Licomedes, llega y encuentra el sepulcro construido ya en su mayor parte. Luego, informándose sobre la muerte de su padre, da seguridad en sus armas y en sus ánimos a los mirmídones, pueblo muy valiente y famoso por su pericia guerrera; y poniendo a Fénix al frente de la construcción de la obra[187], marcha a las naves y a la tienda de su padre. Allí se encuentra con que Hipodamía ha estado guardando las posesiones de Aquiles. E inmediatamente, al tener noticia de su llegada, acuden rápidos al mismo lugar todos los caudillos y le suplican que tuviera serenidad de ánimo. Respondiéndoles amablemente, les dice que no ignoraba que todo lo que sucedía por designio de los dioses había que soportarlo con fortaleza de espíritu, y que a nadie le había sido concedido el privilegio de vivir más de lo que le tenía establecido el destino, y que, además, la condición de la vejez era indigna y detestable para los hombres valientes y deseable, por el contrario, para los cobardes. Por otra parte, el dolor había sido para él más liviano —decía— porque Aquiles no había muerto en el combate ni en la guerra, a la luz del día, y que había llegado a la conclusión de que no existía, en verdad, ni en la actualidad ni en el pasado, hombre más fuerte que su padre, exceptuando sólo al famoso Hércules. Añade, además, que era el único varón de aquel tiempo, digno de que Troya sucumbiera a sus manos, y que, a pesar de eso, no rehusaba llevar a término él, y los que con él estaban, lo que su padre había dejado inacabado[188].

---

[187] Del sepulcro.

[188] Según ciertas fuentes —y especialmente el *Filoctetes* de Sófocles—, era fatalmente necesaria la presencia de Neoptólemo para que los griegos conquistaran Troya. Cf. RUIZ DE ELVIRA, «Filoctetes y Neoptólemo», *Cuad. Filol. Clás.* 16 (1979-1980), 9-15.

Después que puso fin a sus palabras, se anunció combate para el día siguiente. Todos los jefes, cuando les pareció la hora, acuden como de costumbre a cenar con Agamenón, entre los cuales estaban Áyax junto con Neoptólemo, Diomedes, Ulises y Menelao; y todos ellos ocupan en el banquete un lugar de igual dignidad. Entretanto, en medio del banquete, le enumeraban al joven las valientes hazañas de su padre y, recordando su vigor, lo ensalzaban con sus elogios. Pirro se regocijaba por ello en no poca medida y, animado en su celo, responde que él se esforzaría con todo su tesón para no ser indigno de los méritos de su padre. Luego, marchan todos a descansar a sus tiendas. Y al día siguiente, tan pronto como hubo amanecido, salió el joven del campamento, se encontró a Diomedes en compañía de Ulises, y les saludó preguntándoles de qué asunto trataban; y ellos le dijeron que de la conveniencia de interponer una tregua de algunos días para que se recuperaran los ánimos de sus soldados, pues sus miembros estaban aún entorpecidos por la prolongada navegación, y, en consecuencia, no tenían demasiada resistencia y energía, ni mucho menos, como para desenvolverse con las fuerzas de costumbre. 16

Y así, por acuerdo de ellos, se interpuso un plazo de dos días, pasado el cual, todos los jefes y reyes, tras haber equipado cada uno a sus soldados, forman el ejército y marchan a la lucha. Entre ellos, Neoptólemo colocó en medio, alrededor suyo, a los mirmídones, de los que era rey, y a Áyax, a quien en virtud de su parentesco, lo trataba con igual respeto que a su padre. Entretanto los troyanos sentían un vivo temor porque, haciéndoles defección de día en día sus tropas de socorro, se aprestaban contra ellos soldados recién llegados a las órdenes de un caudillo de gran renombre. Sin embargo, por orden de Eurípilo toman las armas; éste, en efecto, poniendo a su lado a los príncipes, saca por la puerta 17

a sus tropas mezcladas con las troyanas. Y así, formado el ejército, se coloca en el centro. Entonces fue la primera vez que, dispuesto el combate, Eneas permaneció dentro de los muros porque abominaba el crimen cometido por Alejandro contra Apolo[189], de cuyo ritual él era un extraordinario defensor. Y cuando se dio la señal de combate, llegaron a las manos, luchando con gran empuje por ambos bandos, y muchos sucumbieron. Entretanto Eurípilo, que casualmente se había topado en su camino con Penéleo, lo derriba con su lanza y lo mata; mucho más ensoberbecido por ello, ataca a Nireo y lo degüella de inmediato. Y ya, derribados los que se le habían enfrentado en la formación, atacaba a los del centro, cuando Neoptólemo, percatándose de ello, parte corriendo a su encuentro; y arrojando del carro al enemigo y dando él mismo un salto, lo mata sin tardanza con su espada. Sacaron de allí enseguida el cadáver y lo llevaron a las naves por orden suya. Y cuando los bárbaros, que tenían en Eurípilo toda su esperanza, advirtieron aquello, sin orden fijo y sin guía abandonaron el combate dándose a la fuga, y regresaron rápidos a las murallas; murieron entonces muchos de ellos mientras huían.

18 Así pues, después que, derrotados los enemigos, volvieron los griegos a las naves, por acuerdo de la asamblea enviaron los huesos de Eurípilo, incinerados y guardados en una urna, a su padre[190], pues se acordaban de sus beneficios y de su amistad. Fueron también incinerados por los suyos Nireo y Penéleo, cada uno por separado. Y al día siguiente tuvieron noticia por medio de Crises de que Héleno, hijo de Príamo, huyendo del crimen de Alejandro, vivía con el mis-

[189] A saber: el asesinato a traición de Aquiles dentro del templo del dios.

[190] Télefo: véanse los capítulos 5 ss. del libro II de DICTIS.

mo Crises en el templo. Enseguida fueron enviados Diomedes y Ulises con dicho motivo, y él se les entregó, no sin antes pedirles que le concedieran algún rincón de tierra en el que pasar lo que le quedara de vida, lejos de los otros. De allí fue conducido a las naves, y cuando se le introdujo en la asamblea, hablando antes muchas cosas, dijo que no por miedo de la muerte abandonaba su patria y a sus padres, sino obligado por el enojo de los dioses, cuyos santuarios ni él ni Eneas habían podido consentir que fueran violados por Alejandro. Eneas —decía—, temiendo la cólera de los griegos, vivía junto con Anténor y con su anciano padre[191]. Y conociendo por una profecía de este último[192] las desgracias que se cernían sobre los troyanos, acudía él, Héleno, suplicante ante los griegos. Entonces, ante el apresuramiento nuestro por conocer los secretos, Crises con un movimiento de cabeza les hace señal de que guarden silencio y se lleva consigo a Héleno. Informado por él, repite a los griegos todos los detalles, tal como los había oído; añade además el momento de la destrucción de Troya y el aviso de que Eneas y Anténor iban a ser en ello sus colaboradores. Entonces, acordándose de lo que Calcante les había predicho, advierten que todas las predicciones eran idénticas y concordaban entre sí.

Al día siguiente, habiendo salido a pelear el ejército de 19
ambos bandos, cayeron muchos troyanos, pero la mayor parte

---

[191] Anquises. No así según la *Eneida,* donde constaba que Eneas, en el momento de la caída de Troya vivía en su propia casa con su mujer Creúsa, su hijo Ascanio y su padre Anquises (II 299-300).

[192] A saber: de Anquises, que, en efecto, en algunas otras fuentes aparece como vidente y adivino; así en los *Annales* de Ennio, donde se dice, según fragmento supérstite, que Venus le había concedido el don de la adivinación *(Doctusque Anchisesque Venus quem pulchra dearum/fari donavit, divinum pectus habere:* «y el sabio Anquises, a quien Venus, la hermosa entre las diosas, concedió el don de la profecía y de tener una mente adivinadora»).

de los caídos fueron de los aliados. Y cuando los nuestros atacaron con mayor coraje, y en su ánimo estaba el acabar la guerra por cualquier medio que fuera, dando una señal, salen al encuentro caudillo contra caudillo y en ellos se centra el combate. Entonces Filoctetes, avanzando contra Alejandro lo provoca a un combate con flechas, si se atrevía. De modo que, por acuerdo de ambos bandos, Ulises y Deífobo delimitan para el combate el espacio intermedio. Así pues, Alejandro lanzó primero su flecha sin dar en el blanco; tocándole a continuación el turno a Filoctetes, le atravesó al enemigo la mano izquierda, y mientras éste gritaba de dolor, le perforó el ojo derecho; y persiguiéndolo, cuando ya huía, le traspasa ambos pies con un tercer disparo; finalmente, cuando se encontraba ya extenuado, lo mata, pues estaba armado con las flechas de Hércules, que, impregnadas en la sangre de la Hidra, causaban necesariamente la muerte al clavarse en el cuerpo[193].

20 Cuando los bárbaros vieron aquello, se precipitan con gran violencia con el deseo de sacar fuera a Alejandro, y aunque Filoctetes mató a muchos de los suyos, consiguen, a pesar de todo, su propósito, y lo llevan de nuevo a la ciudad. Entonces Áyax Telamonio, persiguiendo a los que huían, continúa tras ellos hasta llegar a la puerta. Allí sucumbió un gran número de enemigos, porque al empujarse unos a otros y querer todos escapar entre los primeros, la propia aglomeración que había en la misma entrada era su mayor obstáculo. Entretanto, muchos de aquéllos que habían escapado de los primeros, situados en la parte alta de las murallas, arrojaban piedras de todas clases, recogidas por doquier, so-

[193] Véase lo que se dice en I 14 y la nota correspondiente. Era necesaria, según una profecía, para la conquista de Troya, la presencia de Filoctetes, o bien de su arco y flechas. Véase el citado artículo de Ruiz de Elvira, «Filoctetes y Neoptólemo».

bre el escudo de Áyax, y volcaban sobre él enormes montones de tierra, con el claro propósito de rechazar al enemigo. Y aunque el ilustre caudillo sentía que el peso era desmedido, se lo sacudía fácilmente del escudo y les hostigaba con no menor coraje. Por último, Filoctetes derriba a los que se habían apostado en las murallas disparándoles flechas a distancia, y mata a muchos. De la misma manera actuaron los demás en la otra parte. Y aquel día habrían sido destruidas y derrumbadas las murallas de los enemigos si la noche, que ya se echaba encima, no hubiera apartado a los nuestros de su propósito. Los cuales, cuando regresaron a las naves, alegres por las proezas de Filoctetes y abrigando por ello una muy gran confianza en su ánimo, aclaman al caudillo con un estruendoso aplauso y con alabanzas. Quien, tan pronto como amaneció, rodeado de los demás caudillos, salió al combate e infundió un miedo tal en los enemigos, que apenas ofrecían resistencia desde las murallas.

Entretanto Neoptólemo da comienzo a su duelo en el 21
sepulcro de Aquiles, después que se castigó al asesino de su padre; junto con Fénix y todo el ejército de los mirmídones deja sus cabellos sobre el sepulcro[194] y pasa allí la noche. Por el mismo tiempo los hijos de Antímaco, de quien antes hicimos mención[195], solidarios con la causa de Príamo, acuden a Héleno y le piden que vuelva a la amistad con los suyos; puesto que nada consiguen, regresan a los suyos y en medio del camino se encuentran con Diomedes y con el otro Áyax. Cogidos prisioneros por estos últimos y llevados a las naves, explican quiénes eran y aclaran del todo el asunto por el que habían venido. Entonces, acordándose de su pa-

---

[194] Ritual funerario que ya Aquiles, por ejemplo, había cumplido en honor de Patroclo (*Il.* XXIII 140-151).

[195] En II 23 y 24. Antímaco era un acérrimo secuaz y defensor de Alejandro.

dre y de las cosas que dijo y tramó contra los embajadores[196], se los entregan a la soldadesca y mandan que se les saque ante la vista de los bárbaros y, seguidamente, se les de muerte por lapidación. Entretanto, el cadáver de Alejandro se lo llevan sus allegados por otra parte a Enone —que estaba casada con él antes del rapto de Helena— para que le diera sepultura. Cuentan, sin embargo, que Enone se compungió tanto al ver el cadáver de Alejandro que perdió el sentido y enmudeció, y languideciendo poco a poco su espíritu a causa de la tristeza, sucumbió[197]. Y, así, fue enterrada junto con Alejandro en un mismo funeral.

22 En Troya, por otra parte, una vez que el enemigo, encarnizándose contra los muros, mostraba más y más su fiereza, y no les quedaba ya esperanza de resistir por más tiempo en las murallas ni les respondían las fuerzas, maquinan todos los próceres una conspiración contra Príamo y sus hijos, los príncipes. Finalmente, haciendo llamar a Eneas y a los hijos de Anténor, deciden entre sí que Helena sea llevada a Menelao con aquello que le habían robado. Cuando Deífobo se enteró de ello, se llevó a Helena y la unió a él en matrimonio. Por otra parte Príamo, entró en la asamblea, y

---

[196] Cf. II 23-24.

[197] Véase esta versión alternativa de Apolodoro *(Bibl.* III 6): «Habiendo ya raptado a Helena de Esparta, durante el sitio de Troya Alejandro fue flechado por Filoctetes con el arco de Heracles y regresó al Ida junto a Enone [pues entendía de remedios curativos]; pero ésta, rencorosa, se negó a curarlo, y Alejandro conducido a Troya murió. Cuando Enone arrepentida le llevaba un remedio, lo encontró muerto y se ahorcó» (trad. de M. Rodríguez de Sepúlveda). Para más detalles, cf. A. Ruiz de Elvira, «De Paris y Enone a Tristán e Iseo», *Cuadernos de Filología Clásica* 4 (1972), 99-136, esp. pág. 124: Dictis —me comenta Ruiz de Elvira— es el único que da, como causa de la muerte de Enone, su pena por la de Paris, y es, así, también el único precedente de la de Iseo por la de Tristán.

después que se profirieron por parte de Eneas muchas palabras injuriosas, mandó en conclusión, según acuerdo del consejo, que fuera Anténor a los griegos con el encargo de poner fin a la guerra. Éste, mostrando desde las murallas la señal de que se enviaba una embajada, y una vez que los nuestros se retiraron, viene a las naves. Allí cortésmente saludado y acogido, recibe el más extraordinario reconocimiento por su lealtad y benevolencia para con Grecia, y especialmente por parte de Néstor, por haber preservado a Menelao con su consejo y con la ayuda de sus hijos, cuando lo buscaban los troyanos con asechanzas[198]; por lo cual le prometían, una vez destruida Troya, muchos honores y le exhortaban a que llevara a cabo algo memorable en favor de sus amigos y en contra de los traidores[199]. Entonces, comenzando un largo discurso, dijo que los próceres de Troya se estaban buscando un castigo de la divinidad por sus malvadas maquinaciones. Añade a continuación el perjurio famoso de Laomedonte contra Hércules, y la destrucción de su reino que vino después de ello; en aquella época, Príamo, siendo todavía un niño y ajeno a todo lo que se había perpetrado, a petición de Hesíone fue elevado al trono; éste —decía—, actuando ya desde entonces con muy poco juicio, acostumbraba a perseguir a todos con asesinatos y ultrajes, parco en lo suyo y deseoso de lo ajeno, vicio del que sus hijos se habían contagiado, como de una funestísima enfermedad, y no se contenían ni ante lo sagrado ni ante lo profano; por lo demás, —seguía diciendo— él era de la misma estirpe por la que Príamo emparentaba con los griegos, pero, en cuanto a ideas, siempre discrepaba de él: Hesíone,

[198] Cf. I 11.

[199] Aquí por «traidores» se entiende a los troyanos. Curiosamente a Anténor se le está proponiendo traicionar a los aquí llamados traidores.

en efecto, hija de Dánao, había engendrado a Electra[200], de la que había nacido Dárdano, quien uniéndose a Olizona[201], hija de Fineo[202], le había dado a Erictonio; de él era hijo Tros[203]; a su vez de éste eran hijos Ilo, Ganimedes y Cleomestra[204]; de Cleomestra nació Asáraco[205] y de éste, Capis, padre de Anquises; Ilo, a su vez, había sido padre de Titono[206] y Laomedonte; de Laomedonte nacieron Hicetaón, Clitio, Lampo, Timetes, Bucolión y Príamo y, de nuevo, de Cleomestra y Esíete había nacido él; además, Príamo, pisoteando todas las leyes del parentesco, había puesto en práctica especialmente contra ellos su soberbia y su inquina. Una vez que dio fin a sus palabras, pidió que, puesto que

---

[200] En I 9 se aludía a esta genealogía; pero allí se llamaba Plesíona a la madre de Electra, aunque posiblemente aquella lectura sea una corruptela y Hesíone sea allí la lectura genuina, en cuyo caso se eliminaría la discrepancia con este otro pasaje. Véase nuestra nota a aquel lugar, donde recordamos que la versión apolodorea hablaba de Pleíone —hija del Océano— y no de Plesíona (ni de Hesíone) como madre de Electra.

[201] Batía o Arisbe son los nombres que en otras versiones se dan a la esposa de Dárdano; y no se dice que fuera hija de Fineo o Fénix, sino hija de Teucro.

[202] Creemos que tal vez haya aquí, en el nombre propio, una corruptela y que acaso la lectura original sea «Fénix» y no «Fineo» Véase lo dicho en nota a las últimas líneas del cap. 5 del libro III sobre dos posibilidades: «Olizona hija de Fineo», o, menos plausiblemente, la conjetura «hija de Fénix».

[203] Véase nuestra nota a I 9 sobre la genealogía troyana, pasaje en el que Dictis suprimía a Erictonio como eslabón intermedio entre Dárdano y Tros. No así, incongruentemente, en este texto, donde concuerda con la versión de Apolodoro.

[204] No aparece tal nombre en otras versiones sobre la genealogía troyana. Sí que aparece una hermana de Ilo y Ganimedes llamada Cleopatra.

[205] No obstante, Asáraco era en otras versiones hermano de Ilo y Ganimedes.

[206] Según otras versiones, Titono era hijo de Laomedonte y no hermano suyo.

había sido enviado por los ancianos como embajador de la paz, le dieran algunos de entre ellos con los que discutir sobre tal asunto. Fueron elegidos Agamenón, Idomeneo, Ulises y Diomedes, que, separadamente de los demás, tramaron la traición. Aparte de esto acuerdan que se le concediera a Eneas, si quería mantenerse en lealtad a ellos, una parte del botín y la indemnidad para toda su casa; para el propio Anténor, la mitad de las riquezas de Príamo y el reino para uno de sus hijos, el que él hubiese designado. Cuando les pareció que habían tratado de ello suficientemente, regresa Anténor a la ciudad, llevando a los suyos como información cosas absolutamente distintas de las que entre sí habían tramado, como por ejemplo, que los griegos preparaban una ofrenda a Minerva y que era su deseo, además de perdonarles, abandonar la guerra y volver a los suyos, si recuperaban a Helena y se les entregaba el oro. Así planeada la operación y dándole a Taltibio[207] como compañía para infundir así credibilidad, vuelve a Troya Anténor.

[207] Taltibio es el heraldo de Agamenón, que aparece frecuentemente en la *Ilíada*.

LIBRO V

Cuando Anténor y Taltibio entraron en la ciudad, toda la 1
gente del pueblo y los aliados, al enterarse, corrieron rápidamente hacia ellos deseando saber qué era lo que se había tratado con los griegos. Anténor les aplaza las noticias para el día siguiente; y así, disuelta la concurrencia, se produce la dispersión. En el transcurso de un banquete, del que participaba Taltibio, Anténor advirtió a sus hijos que nada debían procurar en su vida con más tesón que el mantener la amistad con los griegos, pues databa de muy antiguo; después, recordó la honradez, fidelidad e inocencia de cada uno de ellos y manifestó su satisfacción. Así, finalizado el banquete, se fueron a descansar. Y al apuntar el día, cuando ya todos estaban en la asamblea deseosos de oír si había algún límite para desgracias tan lamentables, llegó Anténor acompañado de Taltibio y, no mucho después, Eneas; a continuación, Príamo, con los príncipes supervivientes. Finalmente, cuando se le mandó decir lo que había escuchado de los griegos, habló de esta manera:

«Lamentable, oh próceres troyanos y vosotros, aliados, 2
lamentable es la guerra que hicimos surgir contra Grecia, pero más lamentable y mucho más grave es que a causa de una mujer hayamos convertido en enemigos a los que eran

nuestros mejores amigos, porque ya desde antaño los hijos de Pélope se unieron a nosotros incluso con lazos de parentesco; pues —si me permitís que me refiera sumariamente a las desgracias pretéritas—, ¿acaso alguna vez nuestra ciudad, inmersa en infortunios, ha emergido de ellos y ha descansado?; ¿acaso alguna vez nos han faltado llantos o han disminuido los aliados nuestras calamidades?; ¿cuándo, en suma, hemos dejado de perder en la guerra amigos, padres, parientes o hijos? Y para hacer mención de otras tristezas mías, ¿qué tuve yo que soportar en el caso de mi hijo Glauco?; su muerte, aunque amarga para mí, no fue sin embargo tan dolorosa como el tiempo aquel en que, uniéndose a Alejandro, le ofreció su complicidad para el rapto de Helena[208]. Pero ya estamos hartos de lo pretérito; hemos de preservar por lo menos el futuro y deliberar sobre él. Los hombres de Grecia son custodios de la lealtad y de la verdad, campeones del buen trato y de la cortesía. Testigo de estas virtudes es Príamo, que incluso en el tumulto mismo de las discordias recogió el fruto de la clemencia de aquéllos[209]; y en el comienzo de la guerra nada violaron antes de sufrir traición en su misma embajada y asechanzas por parte de los nuestros[210]. En este asunto, pues —digo lo que siento—, Príamo y sus hijos son los responsables, y con ellos también Antímaco, que no hace mucho pagó el castigo de su iniqui-

[208] Cf. III 26, donde consta que Anténor había renegado de su hijo Glauco por haber acompañado a Alejandro en su viaje a Grecia y en el rapto de Helena. Y cf. IV 7, donde consta la muerte de Glauco por una jabalina de Agamenón, cuando se estaba enfrentando a Diomedes.

[209] Puesto que Aquiles le devolvió, compadecido, el cadáver de su hijo Héctor.

[210] Se trata de la conjura promovida por los hijos de Príamo contra los embajadores griegos al comienzo de las hostilidades, conjura descubierta por el propio Anténor: léase I 11.

dad con la pérdida de sus hijos[211]. Todo esto se llevó a cabo por causa de Helena, es decir, de una mujer de tal calaña, que ni siquiera los griegos tienen prisa por recuperarla. Así pues, reténgase en la ciudad a esta mujer, por cuya culpa ninguna nación, ningunos pueblos de región alguna son amigos de nuestro reino, o no enemigos. ¿No les pediremos nosotros suplicantes, por propia iniciativa, que se la lleven de nuevo?, ¿no daremos satisfacción por todos los medios a quienes han sido ofendidos tantas veces por nosotros?, ¿no nos reconciliaremos con tales hombres, al menos de ahora en adelante? Yo desde luego me marcharé de aquí enseguida y pondré de por medio la suficiente distancia; y no consentiré en ser partícipe de nuestras desgracias a partir de ahora. Hubo un tiempo en que permanecer en esta ciudad me era grato; los aliados, los amigos, la salud de los parientes, finalmente la patria incólume me retuvieron hasta el día de hoy. Pero ahora, ¿qué de todo ello no ha disminuido o no nos ha sido totalmente arrebatado? No soportaré quedarme con los culpables de que todo lo mío haya sucumbido al mismo tiempo que la patria. A aquellos que en la guerra nos arrebató la fortuna, ya les dimos sepultura en su momento, concediéndonos espontáneamente permiso para ello los enemigos; pero después que los altares y los santuarios de los dioses se mancharon con sangre humana por obra criminal, también eso lo perdimos; hemos de hacer frente, en efecto, después de la muerte de nuestros seres más queridos, a quebrantos mayores que los de haberlos perdido. Ahora al menos tomad precauciones para que tales cosas no ocurran. Con oro y con otras semejantes dádivas hemos de redimir a

[211] Capturados por Diomedes y Áyax de Oileo, fueron lapidados: véase IV 21, donde consta su muerte.

la patria. Hay en esta ciudad muchas casas ricas; uno por uno miremos por el bien público según nuestras posibilidades; ofrézcase finalmente a los enemigos, a cambio de la vida, aquello que, si perecemos, será de ellos poco después. Hemos de servirnos incluso, si tenemos necesidad, de los adornos de los templos para salvaguardar a la patria. Que sea Príamo el único que guarde escondidos sus bienes, el único que siga poseyendo unas riquezas que son para él más importantes que sus súbditos. Acuéstese incluso sobre lo que se robó junto con Helena, y vea hasta qué límite considera que debe aprovecharse de las calamidades de la patria. Nosotros hemos sucumbido ya a nuestras desgracias».

3 Cuando él expuso estas y otras razones acompañadas de lágrimas, todos al mismo tiempo prorrumpieron en un común gemido; y levantando al cielo las manos, asintieron con él; en medio de tantas circunstancias adversas piden con súplicas a Príamo uno por uno o todos entre sí el fin de sus miserias, y exclaman por último a una sola voz que se debe liberar a la patria. En este trance Príamo, mesándose los cabellos y con un llanto verdaderamente lastimoso, dice que no sólo se ha hecho ya aborrecible a los dioses, sino también enemigo de los suyos, porque no podía encontrar ningún amigo de antes, ningún pariente, ningún ciudadano en suma que se compadeciera de sus tribulaciones; además había deseado —decía— que aquello no hubiera comenzado a gestarse en aquel momento, al cabo de tanto tiempo, sino cuando Alejandro y Héctor vivían aún; pero, puesto que a nadie le ha sido concedido hacer volver el pasado —seguía diciendo—, había que considerar la situación presente y poner esperanza en el porvenir; él, por lo tanto, hacía cesión de todo lo que tenía para conseguir la liberación de la patria; y entregaba a Anténor el encargo de llevarlo a cabo; por lo demás, puesto que ya había incurrido en el odio de los su-

yos, se retiraba de su vista, dando su aprobación a lo que entre ellos decidieran.

Una vez que el rey se retiró, acordaron que Anténor 4
volviera a los griegos para indagar sus verdaderos designios y que Eneas lo acompañara según había sido su deseo. Decidido el asunto de esta manera, se separa de ellos. Pero a mitad de la noche, más o menos, Helena vino en secreto a Anténor, porque sospechaba que se la iba a entregar a Menelao y tenía por ello miedo de su cólera por haber abandonado la casa. Y así le pide que, entre los demás encargos, haga también mención de ella entre los griegos y suplique en su favor. Además, como era bien sabido, después de la muerte de Alejandro, todo le había sido odioso a ella en Troya y deseaba volver a los suyos. Y al despuntar el día, vienen a las naves aquellos a los que se les había dado el encargo y exponen lo que habían decidido entre todos los ciudadanos. Y así, se retiran con los mismos de la vez pasada para confirmar lo que la ocasión aconsejaba. Allí, razonando muchas cosas acerca del estado, y del conjunto de la situación, informan también de los deseos de Helena, solicitan su perdón y finalmente ratifican recíprocamente el acuerdo de traición. Después, cuando les pareció el tiempo oportuno, regresan a Troya con Ulises y Diomedes; a Áyax se lo impidió Eneas con el claro propósito de evitar que de alguna manera cayera víctima de asechanzas un hombre tan valiente, el único al que los bárbaros tenían el mismo miedo que a Aquiles. De esa manera, cuando se vio a los caudillos griegos en la ciudad, todos los ciudadanos levantan sus ánimos con esperanza, pensando que era el fin de la guerra y de las hostilidades. Y así, rápidamente se reúne el senado, y en él, en presencia de los nuestros, se decidió antes de nada la expulsión de Antímaco de las fronteras de Frigia, como culpable que era de una desgracia tan grande. Se-

guidamente se comenzó a tratar sobre las condiciones de la paz.

En tales circunstancias, de repente se oye un estrépito que venía de Pérgamo, donde estaba el palacio de Príamo, y un gran alboroto. Sorprendidos por este suceso, salen fuera los que estaban en la asamblea, creyendo que los príncipes habían intentado alguna celada como de costumbre; y así acuden rápidamente al templo de Minerva. Pero poco después se enteran, por los que habían bajado desde la ciudadela, de que los hijos de Alejandro, los habidos de Helena, habían muerto por derrumbamiento de una techumbre; y éstos eran Búnomo, Córito e Ideo. Por lo cual, aplazada la reunión, nuestros caudillos se retiran a casa de Anténor y allí pasan la noche luego de haber cenado. Se enteran además por Anténor de un oráculo revelado a los troyanos desde antaño, cuyo tenor era que una enorme destrucción caería sobre la ciudad, si el Paladio, que estaba en el templo de Minerva, se sacaba fuera de las murallas. Pues —les decía— esta antiquísima estatua había caído del cielo en el tiempo en el que Ilo[212], que construía un templo a Minerva, había llegado casi a lo más alto del techo, y allí, entre las obras, cuando todavía no se había colocado el tejado, había la estatua ocupado su sitio[213]; y dicha estatua —decía— es-

---

212 Se trata del ya mencionado antiguo rey de Troya (cf. I 6; IV 1 y 22).

213 Era el Paladio, en efecto, una estatua de Palas o Minerva que garantizaba, siempre que estuviera dentro de los muros de la ciudad, la inexpugnabilidad de Troya. Según APOLODORO *(Epít.* V 9), fue Héleno quien, capturado por Ulises, reveló a los griegos las tres condiciones que deberían cumplirse para que Troya pudiera ser conquistada: traer al campamento griego los huesos de Pélope, conseguir la colaboración de Neoptólemo y robar a los troyanos el Paladio; y a continuación, Ulises y Diomedes entraron disfrazados en la ciudad, y, con la ayuda de Helena, robaron la famosa estatua; todo lo cual tuvo lugar cuando ya Paris había

taba labrada en madera. Exhortándole después los nuestros a esforzarse con ellos en llevar a cabo todo aquello, les respondió que haría lo que desearan. Les anuncia también que él públicamente en la asamblea hablaría detalladamente de la relevancia de lo que ellos se proponían exigir, con el evidente propósito de que no surgiera sospecha ninguna de él entre los bárbaros. Así, tramado el plan, tan pronto como amaneció, Anténor y los demás próceres van a ver a Príamo; los nuestros vuelven a las naves.

Seguidamente, al cabo de tres días de haberse hecho las 6 exequias a los niños, llegó Ideo para citar a los ya referidos caudillos. En presencia de ellos, Panto y los demás, cuya opinión gozaba de más prestigio, expusieron muchas razones y explicaron que lo que se había llevado a cabo antes a la ligera y sin deliberación previa, no había sido por culpa suya, puesto que, desdeñados y dispersados por los príncipes, vivían bajo el arbitrio ajeno; por otra parte, el haber tomado las armas contra los griegos —decían—, no lo habían hecho por propia iniciativa, pues quienes viven a las órdenes de otros deben aguardar y obedecer el imperio de aquel que lo posee; por lo cual, era lógico que los griegos les otorgaran el perdón y miraran por ellos, que siempre habían sido instigadores de la paz; además, bastantes castigos habían sufrido ya los troyanos por sus malvadas maquinaciones. Después de tener intervenciones de una parte y de otra, se comenzó por fin a tratar de la evaluación del precio. Entonces Diomedes pide cinco mil talentos de oro y otros tantos de plata; aparte, cien mil de trigo; y todo ello a lo largo de diez años. A lo cual, tras hacerse un silencio general,

muerto. Incompatible con esta leyenda es aquella otra según la cual Casandra, en la última noche de Troya, se acogió a la protección divina abrazando el Paladio, pero Áyax el de Oileo la arrancó de allí, y al hacerlo derribó la estatua y se atrajo la cólera de la diosa.

repuso Anténor que no actuaban con respecto a ellos según los modales de los griegos, sino de los bárbaros, pues pedían lo imposible; lo que estaba claro que hacían era preparar una guerra bajo el pretexto de paz; por otra parte, tanto oro y plata —decía— ni siquiera lo hubo en la ciudad antes de que se repartiera para contratar tropas de socorro; y si querían mantenerse en tamaña avaricia, a los troyanos no les quedaba otra solución que cerrar las puertas, incendiar por dentro los edificios de los dioses, y acabar buscando para ellos mismos la misma destrucción, y al mismo tiempo, que la de la patria. A lo que contestó Diomedes: «No hemos venido desde Argos para tener miramientos con vuestra ciudad, sino para luchar contra vosotros; por lo cual, si todavía ahora tenéis pensado hacer la guerra, preparados estamos los griegos, o si, como dices, vais a entregar Ilio al fuego, no lo impediremos, pues la meta de los griegos, ofendidos por la injuria, es vengarse de sus enemigos». Entonces Panto pidió que se aplazara para el día siguiente la deliberación. Así, los nuestros se marcharon a casa de Anténor y de allí al templo de Minerva.

7 Entretanto se tiene noticia de un grandioso prodigio sucedido en la preparación de una ceremonia religiosa; pues, colocadas sobre el altar las partes acostumbradas de las víctimas, luego, al arrimarles el fuego, no se prendían con él ni se consumían, como antes, sino que lo rechazaban. Asustada la gente del pueblo ante este suceso, al tiempo que para comprobar la noticia, acuden en masa ante el altar de Apolo. Y allí, estando colocadas encima las porciones de entrañas a las que se arrimó la llama, de repente todo lo que allí había se movió y se vino al suelo. Se hallaban todos impresionados y atónitos por tal espectáculo, cuando, de improviso, se lanzó un águila volando, con gran estrépito, arrebató una porción de entrañas, y luego, remontando el vuelo, se diri-

gió a las naves de los griegos, y allí soltó su rapiña. Esto sí que los bárbaros lo tuvieron, no ya por presagio insignificante o misterioso, sino por claramente pernicioso. Entretanto Diomedes junto con Ulises, disimulando los planes que se traían entre manos, iban de un lado a otro por el foro, mirando a su alrededor y alabando la vistosidad de los edificios de aquella ciudad. Y en las naves, las mentes de todos se alertaron ante un agüero semejante, y Calcante les exhortó a que tuvieran buen ánimo, pues en breve serían dueños de lo que había en Troya.

Por su parte Hécuba, al conocer el hecho, sale para apla- 8
car a los dioses y sobre todo a Minerva y Apolo, a quienes lleva muchas ofrendas, y sobre todo víctimas bien cebadas; mas, al quemarse las partes consagradas que se colocaban sobre el altar, se apagaban las llamas igual que antes y se pudo ver cómo de repente desaparecían. Entre estos presagios tan alarmantes, Casandra, poseída por el dios, manda que se lleven las víctimas a la tumba de Héctor, pues los dioses —decía— despreciaban ya los sacrificios, indignados por el crimen cometido poco antes contra Apolo[214]. Así, llevaron al sepulcro de Héctor, como se mandaba, los toros que habían sido sacrificados, y nada más prenderles fuego, se consumieron por completo. De allí se marcharon a su casa, cuando ya había anochecido. Y aquella misma noche Anténor fue en secreto al templo de Minerva. Allí, mezclando muchas súplicas con la violencia, persuadió a Teano, que era sacerdotisa de aquel templo, para que le entregara el Paladio, pues —le aseguraba— conseguiría una gran recompensa por su acción[215]. Así, concluida la operación, lle-

[214] Se refiere al asesinato de Aquiles cometido en su templo.

[215] Según la versión más común (cf. *Il.* V 69-71), Teano, sacerdotisa de Minerva, era la esposa de Anténor, cosa que aquí extrañamente no se

ga a los nuestros y les ofrece lo prometido; los griegos, por su parte, lo llevaron bien envuelto, para que nadie pudiera enterarse, en un carro a la tienda de Ulises por medio de criados y personas de su confianza[216]. Y al despuntar el día, cuando se reunió el senado y entraron los nuestros, Anténor, como temeroso de la cólera de los griegos, comenzó a pedirles perdón por lo que con demasiada insistencia había hablado contra ellos en favor de su patria. Seguidamente Ulises tomó la palabra; ellos no daban importancia a esas cosas —decía— ni se enfadaban por ello, sino porque no se ponía fin al acuerdo, especialmente considerando que el tiempo oportuno para la navegación se pasaba enseguida. Entonces, tras muchas intervenciones, de un lado y de otro, concluyen por fin el asunto por dos mil talentos de oro y de plata. Y los griegos marcharon a las naves para informar de esto a los suyos. Allí, convocaron a los caudillos y les refirieron todo lo que se había dicho y hecho. Les explicaron que el Paladio lo había robado Anténor. Y a continuación, por acuerdo de todos, se hizo partícipe del asunto al resto del ejército.

9 Por lo cual decidieron todos enviar una ofrenda a Minerva, lo más distinguida posible. Y, haciendo llamar a Héleno para este fin, les expone éste por orden todo lo que habían realizado a escondidas, como si hubiera estado presente, y les añade que ya llegaba el fin del imperio troyano, puesto que aquello en lo que más encontraba su sostén el

---

precisa, e incluso parece implicarse que no había entre ellos tal vínculo conyugal.

216 Esta versión, como se ve, es contraria a la transmitida por Apolodoro, antes aludida, que habla del robo de la estatua por Ulises y Diomedes con ayuda de Helena.

destino de su ciudad había sido el Paladio; y robado éste, la destrucción era inminente; por lo demás, una ofrenda a Minerva de nefastas consecuencias para los troyanos —dice—, sería un caballo, fabricado de madera, de tamaño descomunal, ante cuya magnitud tuvieran que romper los muros[217]; sería cómplice y colaborador en ello Anténor. Luego, acordándose de su padre Príamo y de los hermanos que aún sobrevivían, prorrumpió en un llanto miserable; y atribulado de dolor y sin sentido, se desplomó. Entonces Pirro lo recogió y lo reconfortó en su ánimo; se lo llevó con él y le puso unos guardias por temor a que los enemigos se llegaran a enterar por él de lo que se había maquinado. Cuando Héleno se percató de ello, advirtió a Pirro que tuviera tranquilidad, y se descuidara por lo que a él y a los secretos se refería; además —le dice—, él viviría en su compañía, en Grecia, incluso después de la destrucción de la patria, durante mucho tiempo[218]. Y así, tal y como había dispuesto Héleno,

---

[217] La famosísima anécdota del caballo de madera, en su versión más común, está expuesta con detalle en el libro II de la *Eneida*, vv. 13 ss. La correspondencia entre Virgilio y Dictis de ciertas secuencias verbales (por ejemplo, en Virgilio, II 31: *donum exitiale Minervae;* en Dictis: *donum Minervae fatale)* y el relato en su conjunto hablan a favor de una proyección del texto virgiliano en este lugar de Dictis. Pero hay versiones racionalizadoras de este episodio: así la de Dares (cap. 40), que no habla para nada de la existencia de tal artefacto, sino que dice —en versión de tipo palefatista— que lo que ocurrió fue que los traidores troyanos (Anténor y Eneas entre otros) acordaron entregar la ciudad a los griegos en la puerta Escea, en cuyo exterior estaba esculpida la cabeza de un caballo.

[218] Efectivamente, según una difundida versión —que se refleja, por ejemplo, en el libro III de la *Eneida*—, Héleno, tras la conquista de Troya, correspondió como esclavo a Pirro y marchó con él al Epiro, donde, al cabo del tiempo, se casaría con Andrómaca, que también correspondió a Pirro como esclava, y fundaría la ciudad de Butroto.

Epío[219] y Áyax de Oileo trajeron mucha madera, de la que parecía idónea para una construcción de este tipo.

10 Entretanto, para ratificar la paz que se ha pactado, acuden a Troya diez caudillos elegidos: Diomedes, Ulises, Idomeneo, Áyax Telamonio, Néstor, Meríones, Toante, Filoctetes, Neoptólemo y Eumelo. Cuando la gente del pueblo los vio en el foro, se alegraron y animaron, creyendo que era ya el fin de sus tribulaciones. Y así, de uno en uno o en grupos, según se encontraba cada uno, se acercan a ellos amablemente, los saludan felicitándolos y los besan. Entonces Príamo rogó a los griegos por Héleno y añadiendo muchas súplicas les hizo recomendaciones en su favor, pues le era extremadamente querido y el más apreciado entre los otros a causa de su prudencia. Después, cuando les pareció que había llegado la hora, se dio comienzo públicamente al banquete en honor de los caudillos y de la consecución de la paz, atendiendo con solicitud Anténor a los griegos y mostrándoles todo con amabilidad. Y al despuntar el día todos los ancianos acudieron al templo de Minerva; entre ellos Anténor explicó que los griegos habían enviado a diez hombres en calidad de embajadores para tratar sobre las condiciones de la prevista paz. Cuando se acordó hacerlos entrar en el senado y se dieron y tomaron recíprocamente las manos, determinaron entre ellos levantar al día siguiente en medio del llano y a la vista de todos unos altares, para ratificar en ellos, con la sagrada garantía del juramento, el compromiso de la paz. Acabados los cuales, Diomedes y Ulises pronunciaron su juramento diciendo que ellos se man-

[219] Es el mismo que aparece en Virgilio (*Eneida* II 264) nombrado como *Epeos* y caracterizado como *ipse doli fabricator*, «el propio constructor del engaño», al igual que en Dictis (cf. V 11).

tendrían en lo que se había acordado con Anténor[220], y que de ello serían testigos el excelso Júpiter y la madre Tierra, el Sol, la Luna y el Océano. Luego, se cortaron en dos partes las víctimas que se habían traído con ese fin, de forma que una parte mirara al sol y la otra a las naves, y pasaron por medio. Seguidamente Anténor confirma lo acordado jurando con la misma fórmula. Así, concluido el negocio, marcharon cada uno a los suyos. Después de esto, los bárbaros ensalzaban a Anténor con supremas alabanzas, y cuando se acercaba a ellos, lo veneraban todos como a un dios, pues creían que él solo era el agente de aquella paz y amistad firmada con los griegos. Así, apagándose ya la guerra por todas partes a partir de entonces, según habían deseado ambos bandos, los griegos ahora convivían con los troyanos amigablemente, y éstos se acercaban a las naves. Y después, una vez alcanzado el pacto, todos los aliados de los bárbaros que habían sobrevivido a la guerra los felicitaban por la consecución de la paz, y marchaban a los suyos sin esperar siquiera las recompensas de tantos peligros y fatigas; temían sin duda que por parte de los bárbaros se rompiera alguno de los compromisos del pacto[221].

Entretanto en las naves, según había dispuesto Héle- 11
no[222], se erige el caballo sobre una plataforma de tablas a manos de Epío, que fue el constructor de la obra. Levantado éste hasta una altura inmensa, su parte inferior, la que estaba

[220] De este modo el taimado Ulises engañaba al resto de los troyanos, pero evitaba el perjurio y la consiguiente cólera de los dioses.

[221] O bien (entendiendo *qua* como adverbio y no como adjetivo indefinido con *fides*): «se rompiera de algún modo la palabra empeñada».

[222] Este dato —como me comenta Ruiz de Elvira— es una novedad privativa de Dictis, puesto que en VIRGILIO parece ser Calcante el instigador de la construcción del caballo (*Eneida* II 185 ss.), en TRIFIODORO (v. 57) y QUINTO DE ESMIRNA (XII 106-112) es Atenea, y en APOLODORO (*Epít.* V 14), Ulises.

bajo las patas, la había hecho descansar sobre ruedas, con la evidente intención de que fuera más fácil moverlo tirando de él. En boca de todos se comentaba que este presente excelso se ofrecía a Minerva[223]. Por otra parte, en Troya Anténor y Eneas se encargaban con sumo afán de llevar al templo de Minerva la cantidad fijada de oro y plata. Y los griegos, una vez que se supo la marcha de las tropas de los aliados, respetaron con más ahínco la paz y la amistad, sin que a partir de entonces muriera o fuera herido ninguno de los bárbaros, y por ello entre los enemigos no surgió hacia ellos ninguna sospecha de hostilidad. Luego acercan a los muros el caballo, trabado y afirmado con maestría, tras haber indicado a los troyanos que lo acogieran con veneración, pues estaba consagrado y dedicado a Minerva. Por lo cual, una gran muchedumbre de gente salió por las puertas con desacostumbrada alegría, recibió la ofrenda con un sacrificio y la arrastró más cerca de las murallas. Pero cuando advirtieron que la magnitud de la obra impedía su entrada por las puertas, tomaron la decisión de demoler desde arriba los muros, y a ninguno se le ocurría otra idea que anteponer a tal arrebato[224]. Así, la obra de los muros, inviolada a lo largo de los tiempos, excelsos monumentos que Neptuno —según decían— y Apolo habían levantado[225], los destruyeron sin consideración alguna las manos de los ciudadanos. Pero

---

[223] Pero, como se ve, no se habla, según se hace en la versión común, de que en el interior del caballo se escondieran guerreros.

[224] Cf. Virg., *Eneida* II 234, *dividimus muros et moenia pandimus urbis* («rompemos los muros y abrimos las murallas de la ciudad»). En el texto virgiliano se dice —a diferencia de lo testimoniado por Dictis (al principio de este mismo capítulo)— que fue entonces cuando los propios troyanos pusieron unas ruedas al artefacto para mejor moverlo (vv. 235-236).

[225] En efecto, así constaba: Apolo y Neptuno, por desacato a la autoridad de Júpiter, fueron castigados a servir a un mortal, el rey Laomedonte de Troya, en ese caso, para quien construyeron las murallas de la ciudad.

cuando ya la mayor parte de aquella obra se había echado abajo, provocaron los griegos deliberadamente una interrupción, asegurando que no consentirían ellos que el caballo entrase dentro de las murallas, antes de haber recibido la cantidad estipulada de oro y plata. Así, suspendida la obra y medio derrumbadas las murallas, se lleva Ulises a todos los artesanos de la ciudad de Troya para reparar las naves. Después, lista ya la flota entera, cuando todos los navíos estuvieron equipados y se hubo pagado la recompensa, mandan los nuestros terminar lo que habían comenzado. Y así, demolida una parte de los muros, entre chanzas y diversiones, hicieron pasar el caballo, apresurándose y porfiando entre sí las mujeres y los hombres en tirar de él[226].

Entretanto los griegos, una vez que todo se había colo- 12
cado en las naves, prendieron fuego a las tiendas de todos, se retiraron al Sigeo[227] y allí esperaron a que anocheciera. Luego, cuando los bárbaros se hallaban cansados por el mucho vino y por el sueño, cosas ambas que habían sobrevenido por la alegría y por la seguridad de la paz, navegan con mucho silencio hacia la ciudad, y obedecen la señal que Sinón[228], levantando una antorcha, había dado a este efecto, situado en un lugar oculto. Y luego, cuando todos entraron en las murallas y se repartieron las zonas de la ciudad, cuando se dio la señal, mataban con gran violencia a aque-

---

[226] Estas frases parecen escritas en seguimiento de los siguientes versos de VIRGILIO *(Eneida* II 238-239): *pueri circum innuptaeque puellae/sacra canunt funemque contingere gaudent* («muchachos en derredor y jóvenes solteras cantan himnos sagrados, y se alegran de tocar la soga»).

[227] Según Virgilio, no obstante, la flota griega se escondió tras la isla de Ténedos, que estaba situada frente a las costas de Troya.

[228] El griego traidor que, como explica VIRGILIO *(Eneida* II 57 ss.), se deja capturar por los troyanos y les engaña diciéndoles que, según oráculo de Calcante, aquella construcción, una vez introducida dentro de Troya, garantizaría la futura victoria de Asia sobre Grecia.

llos que el azar les ponía delante, y degollaban por doquier, a través de casas y calles, lugares santos y profanos; y si algunos se habían percatado, antes que pudieran armarse o tomar otra medida para ponerse a salvo, los aniquilaban. En suma, no había ningún descanso en la destrucción y en las muertes, siendo asesinados en público y a la vista de los suyos hijos y padres, entre grandes gemidos de los que lo veían, y muriendo luego de modo miserable los mismos que habían asistido al espectáculo fúnebre de sus seres más queridos. No menos diligencia pusieron en provocar incendios por toda la ciudad, colocando previamente unos guardianes junto a las casas de Eneas y Anténor. Entretanto, Príamo, al conocer la situación, escapa al altar de Júpiter, que estaba construido delante de su palacio[229]; muchos también desde esta zona huyeron a los otros templos de los dioses, entre ellos Casandra, al templo de Minerva. Y, después de degollar a todos los que caían en sus manos, de modo horrible y sin que nadie los vengara, al apuntar el día asaltan la casa en la que estaba Helena. Allí a Deífobo, que tras la muerte de Alejandro había contraído matrimonio con Helena, como ya informamos[230], lo mata Menelao, después de haberle cortado primero las orejas, arrancado luego los brazos y, por último, la nariz, mutilado de todos sus miembros y ensangrentado por tan horrible tormento[231]. A continuación, Neoptólemo degüella a Príamo[232], sin ninguna consideración a su edad y a su dignidad, mientras con ambas manos se agarraba al al-

---

229 Según Virgilio en *Eneida* II 512-514 este altar estaba en el interior de su palacio *(aedibus in mediis)*.

230 En IV 22.

231 Así también, más o menos, se cuenta en Virgilio *(Eneida* VI 495 ss.).

232 Véase también el asesinato de Príamo por Neoptólemo en *Eneida* II 533 ss.

tar. Por otra parte, a Casandra Áyax de Oileo se la lleva prisionera del templo de Minerva[233].

De esta manera, aniquilados los bárbaros junto con su ciudad, se comenzó a deliberar sobre los que habían implorado perdón para sus vidas en los altares de los dioses, y de común acuerdo decidieron que, arrancados de allí a la fuerza, fueran asesinados: tan grande era el dolor que les había invadido por la afrenta y, en consecuencia, el afán por borrar el nombre troyano. Así, cogen a los que habían escapado del tormento de la noche anterior, y, temblorosos y como si fueran reses de ganado, los matan. Luego, según la costumbre de la guerra, se lleva a cabo la devastación general por los templos y las casas medio incendiadas, y durante muchos días se pone ahínco en las pesquisas para que no escape ningún enemigo. Entretanto se establecen los lugares idóneos para amontonar conjuntamente todos los objetos de oro y plata, y otros para las vestiduras de valor. Así pues, cuando se hartaron de sangre troyana y la ciudad quedó convertida en llanura a resultas de los incendios, comenzaron a pagar con el botín los servicios en la guerra, empezando por las mujeres y por los niños todavía no aptos para manejar armas. Y así, de éstas, Helena, la primera de todas, es entregada a Menelao sin entrar en sorteo; luego Políxena, por consejo de Ulises, se la ofrece Neoptólemo a Aquiles como ofrenda fúnebre; a Agamenón se le da Casandra, pues le había seducido por su belleza, y, aun sin confesar abiertamente su pasión, no había podido disimularla; a Etra y 13

[233] Consecuentemente, puesto que se ha dicho (en el cap. 6 de este libro) que el Paladio había sido robado del templo, no se nos presenta ahora, como en otros textos aparece, a Casandra agarrada a la sagrada imagen de la diosa, sino sólo refugiada en el templo.

Clímena se las llevaron Demofonte y Acamante[234]. Comenzó a sortearse el destino de las otras, y así a Neoptólemo le tocó Andrómaca, añadiéndole sus hijos[235], después de concluido el sorteo, para honrar a un caudillo de tanta valía; a Ulises le tocó Hécuba. Hasta aquí se llegó en lo que a esclavitud de mujeres célebres se refiere. Otros, según la suerte que le había tocado a cada uno, tuvieron botín, o, de lo apresado, lo que, según méritos, se repartía.

14 Entretanto surgió una gran contienda de los caudillos entre sí acerca del Paladio, pues Áyax Telamonio lo reclamaba para sí en premio por todo lo que con su valor y pericia había acometido en beneficio de todos y cada uno[236]. Obligados casi todos por esta razón, y al mismo tiempo para no herir el orgullo de un hombre tan distinguido, cuyas señeras proezas y desvelos en defensa del ejército guardaban en la memoria, se lo conceden a Áyax; de todos, únicamente se opusieron Diomedes y Ulises, alegando que el robo se había llevado a cabo por su intervención. Por el contrario Áyax afirmaba que no se había hecho por el esfuerzo y valor de ellos, pues Anténor, en atención a la común amistad, había sido quien lo había robado. Entonces Diomedes desistió de la contienda retirándose por vergüenza ante la dignidad de su contrincante. Así pues, Ulises con Áyax contendían con suma violencia entre sí y se lo reclamaban

---

[234] Téngase en cuenta que Etra, madre de Teseo, era abuela de Demofonte y Acamante.

[235] Según el resto de los testimonios mitográficos, de Héctor y Andrómaca sólo nació un hijo, Astianacte, que fue arrojado por Ulises desde las murallas de Troya después de la conquista de la ciudad; pero ya vimos que Dictis hablaba (III 20) de Astianacte (también llamado Escamandrio) y Laodamante como hijos de esta pareja.

[236] La disputa entre Ulises y Áyax no es, según el resto de las fuentes, por el Paladio sino por las armas de Aquiles (véase, por ejemplo, Ovidio, *Metamorfosis* XIII 1-122).

recíprocamente como recompensa a los méritos de sus hazañas; Menelao y Agamenón apoyaban a Ulises por haber preservado a Helena con su reciente intervención; además Áyax, después de la toma de Ilio, recordando lo que durante tanto tiempo habían sufrido y aguantado a causa de esta mujer, fue el primero de todos que había mandado matarla; y ya, cuando muchos hombres de bien aprobaban la propuesta de Áyax, Menelao, que conservaba todavía entonces el amor a su esposa, insistiendo y rogando a cada uno, había conseguido finalmente que por intercesión de Ulises, Helena le fuera entregada a él sana y salva. De ese modo estaban como en un juicio, escuchando los méritos de ambos. Y a pesar de que todavía entonces tenían la guerra entre manos y muchas naciones rugían contra ellos mostrando su hostilidad, no tuvieron ninguna consideración para con los hombres valientes y, despreciando las señeras hazañas de Áyax y el reparto por todo el ejército del trigo que había traído de Tracia, concedieron a Ulises el Paladio.

Por lo cual todos los caudillos, los que, teniendo en 15
cuenta las muestras de valor de Áyax, habían determinado que nada debía anteponérsele y los que, siguiendo la causa de Ulises, se habían mostrado en contra de aquel héroe, se dividen en dos partidos según su inclinación. Entretanto Áyax, indignado y apesadumbrado a consecuencia de aquello por un profundo dolor, declara abiertamente y a la vista de todos que se vengaría derramando la sangre de quienes le habían llevado la contraria. Por lo cual, Ulises, Agamenón y Menelao aumentaron desde entonces su escolta, y para estar más seguros, ponían sumo cuidado en estar alerta. Pero cuando llegaba la noche y se retiraban a descansar, todos vituperaban con voz unánime a los dos reyes, y no se abstenían de las injurias, estimando que para ellos su pasión y deseo por una mujer eran más importantes que la salvación

del ejército. Al despuntar el día encuentran a Áyax muerto a la vista de ellos, y al indagar la causa de su muerte, vieron que había sucumbido por arma de hierro[237]. Entonces surgió entre los caudillos y entre el ejército un gran motín, y en poco tiempo la sedición fue creciendo; pues ya antes habían llorado a Palamedes, hombre inteligentísimo en la paz y en la guerra, y ahora a Áyax, distinguido en tantos famosos combates, y a ambos, víctimas de las celadas de aquéllos. Por lo cual los reyes en cuestión, temiendo que el ejército preparara alguna violencia contra ellos, permanecieron dentro de las tiendas encerrados y amparados por sus allegados. Entretato Neoptólemo trae leña, incinera a Áyax y se ocupa de sepultar sus restos, recogidos en una urna de oro, en el Reteo[238]; y en poco tiempo consagra el túmulo levantado en honor de tan gran caudillo. Sucesos estos que, si hubieran podido acaecer antes de la conquista de Ilio, sin duda alguna hubiera sido más próspera en buena parte la situación de los enemigos, y se hubiera dudado en lo que se refiere a la victoria final. Así pues, Ulises, por miedo a la violencia del ejército ofendido, escapa furtivamente al Ísmaro[239], y así el Paladio queda en poder de Diomedes[240].

---

[237] La versión común refería el suicidio de Áyax, resentido contra Ulises y contra los griegos porque no lo habían recompensado como se merecía; pero aquí Dictis viene a sugerir la posibilidad de que fuera asesinado. Dares (cap. 35), en cambio, en versión muy distinta, sostiene que murió a resultas de un flechazo de Paris, no inmediatamente, sino al serle extraída la flecha.

[238] Promontorio próximo a Troya.

[239] Monte de Tracia; más o menos frente a Troya, por tanto, al otro lado del mar.

[240] Puesto que había sido Diomedes el que, junto con Ulises, lo había robado y el tercero que, además de Ulises y Áyax, lo había reclamado (cf. capítulo 14 de este libro).

16 Por lo demás, después que Ulises se retiró, Hécuba, para librarse de la esclavitud con la muerte, acumulaba insulto tras insulto y deseaba nefastos augurios al ejército. Por lo cual se soliviantó la soldadesca y la mató apedreándola; y se le construyó un sepulcro cerca de Abido, llamado Cinosema[241], por el atrevimiento descarado y desvergonzado de su lengua[242]. Por el mismo tiempo Casandra, poseída por el dios, profetizó muchas adversidades a Agamenón: que se habían tramado asechanzas contra él furtivamente y que sería asesinado por los suyos dentro de su casa[243]; además pronosticó a todo el ejército un viaje a la patria sembrado de dificultades y de muertes. Entre estos sucesos Anténor, junto con los suyos, suplicaba a los griegos que dejaran sus enconos y que, pues el tiempo de la navegación apremiaba, miraran por el bien de todos. Además invitó a todos los caudillos a cenar a su tienda, y allí, uno por uno, los colmó de espléndidos regalos. Entonces los griegos aconsejan a Eneas que navegue con ellos a Grecia, pues allí tendría autoridad pareja a la de los otros jefes y su mismo poder en el gobierno. A Héleno, Neoptólemo le entregó los hijos de Héctor; además los restantes jefes le dieron cuanto de oro y plata le pareció bien a cada uno. Después se reunió la asamblea y se decidió que durante tres días se hiciera a Áyax un funeral público. Y así, al término de estos días, todos los reyes depositaron sus cabellos en la tumba. Y persiguieron a continuación con injurias a Agamenón y a su hermano, y llamán-

[241] Vocablo griego que quiere decir «Tumba de la Perra». Abido estaba un poco más arriba de Troya, en la costa del estrecho de los Dardanelos.

[242] Dictis ofrece aquí una versión racionalista, a la manera de Paléfato, del fin de Hécuba, quien, según la versión más corriente se transformó en perra.

[243] Véase lo que luego se cuenta en VI 2.

doles hijos de Plístenes y no de Atreo[244] y por lo tanto, de linaje bastardo. Obligados por lo cual, al tiempo que para suavizar con su marcha el odio del ejército contra ellos, piden que les permitan alejarse de su vista sin sufrir daño. Y así, por acuerdo unánime, son los primeros en hacerse a la mar, arrojados y expulsados por los caudillos[245]. Por otra parte, los hijos de Áyax, Eántides, nacido de Glauca, y Eurísaces, de Tecmesa, fueron entregados a Teucro.

17 Seguidamente los griegos, temiendo que por su demora la llegada del invierno, que ya asomaba, les impidiera la navegación, llevan las naves al mar y las equipan con remos y demás aparejos náuticos. Y así, se marchan con aquello que cada uno había conseguido como fruto del botín de tantos años.

Eneas se quedó en Troya. Y después de la partida de los griegos, abordó a todos los de Dárdano y de la península próxima[246] y les pidió que, uniéndose a él, expulsaran a Anténor del reino. Cuando dichos planes le fueron conocidos a Anténor, que supo antes de tiempo la noticia que le concernía, prohibió a Eneas la entrada, cuando volvía a Troya sin haber logrado sus propósitos. Así, se vio obligado a hacerse a la mar desde Troya con todo su patrimonio, y llegó al mar Adriático tras haber dejado atrás en el viaje muchas naciones bárbaras[247]. Allí, junto a los que habían navegado con

[244] Cf. lo que se dice en I 1 del linaje de ambos hermanos.

[245] Ningún otro testimonio literario apoya esta versión de Dictis.

[246] La de los Dardanelos, al otro lado del mar en la costa frente a Troya.

[247] Como se ve, Dictis opone su relato no sólo a lo contado por Homero, sino también por Virgilio, narrando sobre Eneas cosas muy deshonrosas y muy distintas a las testimoniadas por el gran poeta romano. Independientemente de que en algunos pasajes —como hemos señalado en notas— parezca hacerse eco del texto de la *Eneida*.

él, funda una ciudad llamada Corcira Melena[248]. Por lo demás, en Troya, cuando se extendió la fama de que Anténor se había apoderado del reino, todos los que habían sobrevivido a la guerra y habían escapado de la matanza nocturna en la ciudad, acudieron a él en masa y en poco tiempo se reunió una enorme muchedumbre. Tanto afecto por Anténor les había movido y tan alta opinión se tenía de su sabiduría. Y el primero que se alió con él fue el rey de los cebrenos, Enideo.

Esto es lo que yo, Dictis de Cnoso, compañero de Idomeneo, escribí en la lengua que mejor he podido dominar y saber entre tan diferentes maneras de hablar; y en letras púnicas transmitidas por Cadmo y Dánao[249]. No se admire nadie si, aunque sean todos griegos, se sirven entre sí de lenguaje distinto, pues ni siquiera nosotros, los de una única y misma isla hablamos en igual lengua, sino en varias y mezcladas. Así pues, estos sucesos que acontecieron en la guerra a los griegos y a los bárbaros los puse por escrito, tras haberlos yo comprobado en su totalidad y haberlos sufrido en buena parte[250]. Sobre Anténor y su reino he referido lo

[248] Corcira Melena es una isla del Adriático, hoy Curzola. Curiosamente nada se dice de las diferentes etapas del viaje de Eneas testimoniadas por Virgilio, y se recuerda, en cambio, esta etapa de la que Virgilio no da noticia.

[249] Sobre la introducción en Grecia del alfabeto fenicio —lo que aquí se llaman «letras púnicas»—, tenemos en este pasaje una tercera variante del propio Dictis, pues en la epístola inicial se decía que los introductores habían sido Cadmo y Agénor, en el prólogo que había sido únicamente Cadmo, y ahora, por último, que Cadmo y Dánao. Tanto Agénor como Cadmo eran de procedencia fenicia; Dánao, en cambio, aunque de igual linaje que Agénor y Cadmo (pues era hijo de Belo, y Belo era hermano de Agénor), procedía de Egipto.

[250] El autor, para dotar a su obra de más fiabilidad, testimonia nuevamente su autopsia e implicación en aquellos sucesos que ha narrado. Como hacía el Eneas virgiliano antes de contar la caída de Troya *(Eneida* II

que había oído. Ahora me propongo contar el regreso de los nuestros.

5-6: *quaeque ipse miserrima vidi/ et quorum pars magna fui*: «sucesos desgraciadísimos que yo mismo contemplé y en los que en buena medida participé»). Esta autopsia del autor justifica, aunque la obra no se ha acabado todavía, la mención del propio nombre, como dando fe de todo lo anterior; porque lo que va a contar a partir de ahora depende ya del testimonio de otros y carece de la autocomprobación; ahí radica la diferencia entre lo escrito hasta aquí y lo escrito a continuación de aquí, frontera aludida en la epístola inicial y que conlleva una mayor prolijidad en la primera parte y una mayor concisión en la segunda: «de los primeros cinco volúmenes que contienen los hechos y actuaciones de la guerra, aquí hemos mantenido el mismo número; lo restante, empero, acerca del regreso de los griegos, lo hemos compendiado en uno solo.»

LIBRO VI

Una vez que tuvieron embarcado todo lo que cada uno 1
había conseguido en la guerra, suben ellos mismos a sus naves y, recogidas las anclas, emprenden la navegación. Enseguida, siéndoles favorable el viento desde popa, llegaron en pocos días al mar Egeo; allí, tras haber soportado a cada paso penalidades sin cuento por las borrascas y los vientos y por el mar, que estaba encrespado por dicho motivo, se dispersaron en distintas direcciones, navegando a la deriva. Entre ellos la flota de los locros, al estorbar la tempestad las maniobras de los marineros y al obstaculizarse unos a otros, fue por último aniquilada o incendiada por un rayo[251]; y después de tratar el rey de los locros, Áyax, de escapar al

[251] El mitógrafo Apolodoro es especialmente explícito sobre este naufragio de los locros y la muerte de su capitán, Áyax de Oileo (VI 6): es la diosa Atenea la que envía el rayo contra su nave y la deshace; entonces el héroe se jacta de haberse salvado a pesar de la hostilidad divina, y es en ese momento cuando Posidón rompe con su tridente la roca sobre la que se apoyaba, Áyax cae al mar y muere ahogado. Se entiende que este especial encono de Atenea contra Áyax de Oileo se debía al sacrilegio cometido por éste al arrancar violentamente a Casandra del altar de la diosa, e incluso arrastrar la propia imagen divina a la que la profetisa estaba abrazada (véase en este sentido el testimonio del propio Dictis en V 12). Cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica*, págs. 434 y 436.

naufragio nadando, y después de que otros, flotando durante toda la noche en tablas o en otros medios, llegaron a Eubea, fueron arrastrados contra los escollos Querades[252] y allí murieron. Pues Nauplio, que se enteró de su llegada, quiso ir a vengar el asesinato de Palamedes, y, alzando una antorcha por la noche, como si de un puerto se tratase, les obligó a dirigirse hacia aquellas costas[253].

2 Por el mismo tiempo Éax, hijo de Nauplio y hermano de Palamedes, al saber que los griegos volvían al hogar, marcha a Argos; allí, con falsas noticias, arma a Egíale y a Clitemnestra[254] contra sus maridos, anunciándoles que traían con ellos de Troya unas esposas a las que preferían antes que a ellas[255]. Añadía además detalles para encender más contra los suyos el alma femenina, que es por naturaleza fácil de persuadir. Y así Egíale, con ayuda de los ciudadanos, al llegar Diomedes, le prohíbe la entrada[256]. Clitemnestra, va-

---

[252] Nótese cómo Dictis suprime —con voluntad racionalista— la intervención de Atenea. Estas rocas aquí llamadas «Querades» son los acantilados del cabo Cafereo de Eubea, mencionados en las otras fuentes, especialmente en Apolodoro, quien añade que en su tiempo se llamaba al Cafereo «Xilófago», esto es: «devorador de leños», aludiendo, sin duda, al peligro que constituía para los barcos.

[253] También es aquí Dictis consonante con el testimonio citado de Apolodoro. Sobre el asesinato de Palamedes, véase el testimonio del propio Dictis en II 15.

[254] Esposas respectivamente de Diomedes y Agamenón.

[255] En Apolodoro *(Epit.* 6) es el propio Nauplio el que trama incluso los adulterios de las esposas de los caudillos.

[256] Como resultado del adulterio de su esposa (con Cometes, hijo de Esténelo) y del rechazo de sus súbditos, Diomedes, tras marchar a Etolia y reponer allí en el trono a su abuelo Eneo —como más abajo recordará Dictis—, emigra a Italia, concretamente a la región de Apulia, donde su rey Dauno, aliado con él, lo casa con su hija; sus compañeros habían sido metamorfoseados en aves por Venus, rencorosa contra Diomedes por ha-

liéndose de Egisto, con quien mantenía relaciones adúlteras, hace víctima de sus asechanzas a Agamenón y lo mata[257]. Al poco tiempo, casada con el adúltero, tiene de él a Erígone. Entretanto Taltibio[258], arrancando a Orestes, hijo de Agamenón, de las manos de Egisto, se lo entrega a Idomeneo, que estaba en Corinto[259]. Allí se reúnen Diomedes, expulsado de su reino, y Teucro, a quien Telamón desterró de Salamina por no haber defendido a su hermano cuando cayó víctima de la traición[260]. Entretanto a Menesteo, acompañado de Etra, hija de Piteo, y Clímene, hija suya, lo acogen los atenientes; Demofonte y Acamante se quedan fuera[261]. Pero cuando muchos de ellos, que habían escapado del mar y de las traiciones de los suyos, se hallaron en Corinto, planearon atacar de manera conjunta sus respectivos reinos y dejar a los suyos camino libre con una acción guerrera. Este plan lo condena Néstor, aconsejando probar antes las intenciones de

---

berla herido en Troya (Ovidio, *Met.* XIV 458-511). Cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica*, pág. 468.

[257] Ésta es la versión tradicional que, con escasas variantes (autoría del asesinato sólo de Egisto, sólo de Clitemestra, o de ambos, como vemos en Dictis), consta en la *Odisea*, en el resumen de los *Nostos* hecho por Proclo, en el *Agamenón* de Esquilo, en la *Electra* de Sófocles, en la de Eurípides y en el *Orestes*, en Apolodoro, Pausanias, Higino y en el *Agamenón* de Séneca.

[258] El heraldo de Agamenón, que aparece frecuentemente en la *Ilíada*.

[259] Esta participación de Idomeneo en el caso de Orestes no la mencionan, en cambio, otras fuentes. Apolodoro, por ejemplo, dice que fue Electra quien a Orestes niño se lo confió al focense Estrofio, padre de Pílades. Y Pílades —no mencionado por parte alguna en el relato de Dictis— será ya el amigo inseparable de Orestes.

[260] Se refiere a la muerte de Áyax (cf. V 15).

[261] No así según la versión de Plutarco y Pausanias (cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica*, pág. 386), según la cual Menesteo muere en Troya y son los hijos de Teseo, Demofonte y Acamante, uno o los dos conjuntamente, los que vuelven a reinar en Atenas.

los ciudadanos, y no dar lugar a que, por causa de sedición, Grecia entera se corrompiera en discordias intestinas. No mucho después Diomedes se entera de que a Eneo[262] lo maltrataban de muchas maneras en Etolia aquellos que, aprovechándose de su ausencia, asolaban su reino. Por lo cual marcha allí y mata a todos los responsables de la afrenta que encuentra; sembrando el miedo por todos los lugares de alrededor, no tuvo dificultades en ser recibido por los suyos[263]. A partir de entonces, cuando la noticia se extendió por Grecia entera, recibieron todos a sus reyes, en consideración al extraordinario valor de los que habían combatido en Troya y pensando que nadie tenía fuerzas suficientes para enfrentárseles. Así, también nosotros, con el rey Idomeneo, regresamos a Creta, nuestra tierra natal, entre grandes muestras de felicitación por parte de los ciudadanos[264].

---

[262] Su abuelo, padre de su padre Tideo. Sobre esto es más preciso el testimonio de HIGINO *(Fáb.* 95) que cuenta cómo Agrio, al ver a su hermano Eneo sin hijos, lo expulsó del reino y se apoderó del trono de Etolia; pero que Diomedes, al saberlo, acudió, tras su regreso de Troya, en ayuda de su abuelo, a quien repuso en el trono después de vencer a Agrio.

[263] Se da aquí a entender —contra los restantes testimonios de la leyenda— que por fin Diomedes pudo volver exitosamente a su patria y fue reconocido como rey. Sólo en ESTRABÓN, VI 3, 9, 284 se indica también que volvió a morir en Argos. Cf. A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología Clásica,* pág. 468.

[264] Sin embargo, nada cuenta Dictis —a pesar de que debía conocer los acontecimientos, presuntamente, de primerísima mano por ser cretense— del trágico regreso de Idomeneo que narran otras fuentes, concretamente Apolodoro: por una parte, Meda, esposa de Idomeneo, que cometía adulterio con Leuco, fue asesinada por éste, y también lo fue su hija Clisítira, erigiéndose entonces Leuco como tirano de la isla; Idomeneo lo expulsó a su regreso (todo ello en APOLODORO, *Epít.* 6); por otra parte se decía también (según testimonio del escoliasta SERVIO, *Ad Aen.* III 121) que el rey cretense, acosado por una tempestad en su viaje de vuelta, había prometido sacrificar a Posidón, si se salvaba, a la primera persona que

Más adelante Orestes, cuando, pasados ya sus años de 3
adolescencia, comenzó a emprender tareas propias de un varón, pidió a Idomeneo que le entregara a cuantos hombres de aquella isla pudiera, pues deseaba navegar a Atenas. Y así, tras reunir un grupo de aquellos que consideraba idóneos, llega a Atenas y pide a sus habitantes ayuda contra Egisto. Luego consulta el oráculo y recibe la respuesta de que matara a su madre y con ella, a Egisto; a consecuencia de lo cual —decía el oráculo— él se haría con el reino de su padre. Armado con este consejo divino, va a visitar a Estrofio[265] con el referido grupo; pues este focense[266], cuya hija había contraído matrimonio con Egisto, indignado porque, despreciando el primer matrimonio, se había casado luego con Clitemnestra y había matado traidoramente a Agamenón, rey de todos, le había ofrecido de buen grado ayuda contra aquellos tan enemigos suyos. Y así, una vez conjurados entre sí, llegan a Micenas con una nutrida tropa; e inmediatamente, estando Egisto ausente, matan en primer lu-

---

se encontrara al llegar a su patria, y que, una vez salvado y siendo un hijo suyo el primero con que se topó al arribar a Creta, cumplió rigurosamente su voto; a continuación, indignados los dioses, habían mandado a Creta una epidemia, a resultas de la cual los habitantes de la isla habían expulsado a su rey, culpable por su crueldad de la cólera divina; Idomeneo entonces había emigrado al sur de Italia y se había asentado en Salento (esto último confirmado por el testimonio virgiliano de *Eneida* III 400-401). No obstante, concuerda en cierto modo el testimonio de Dictis con el de la *Odisea* (III 191 ss.), cuando Néstor informa a Telémaco que el regreso de Idomeneo había sido afortunado, sin que las tormentas hubiesen ocasionado bajas entre los suyos.

[265] Aparece ya aquí el nombre de Estrofio, que en la versión transmitida por Apolodoro —como hemos visto— era el que se había encargado de Orestes desde que, siendo un niño, fue separado de Egisto y Clitemnestra.

[266] Esto es: de la Fócide —región de la Grecia central—, no de Focea, en la Jonia asiática.

gar a Clitemnestra y a muchos otros que se habían atrevido a enfrentárseles. Luego, al saber que llegaba Egisto, le ponen una emboscada y lo asesinan. Desde entonces, por todo el pueblo de los argivos, surgió diversidad de opiniones, porque, deseando entre sí cosas contrarias, acabaron por dividirse en partidos. Por el mismo tiempo Menelao, que había arribado a Creta, se enteró de todo lo que le había ocurrido a Agamenón y a su reino.

4 Entretanto, por toda la isla, cuando se tuvo noticia de que Helena había llegado allí, acuden en masa muchos hombres y también mujeres, para conocer a unos recién llegados por cuya causa sabían que se había conjurado casi todo el mundo para hacer la guerra. Allí, entre otras cosas, Menelao informa[267] de que Teucro, desterrado de su patria, había fundado en Chipre una ciudad con el nombre de Salamina; cuenta, además, muchas maravillas de Egipto y de su rey Canopo, a quien, tras haber muerto por la picadura de unas serpientes, se le construyó un magnífico supulcro. Luego, cuando le pareció que había llegado el momento, navega hacia Micenas. Allí trama muchos planes contra Orestes. Pero, finalmente, disuadido por la muchedumbre del pueblo de la maquinación que había emprendido, no la llevó adelante. Entonces acuerdan todos que Orestes exponga su causa sobre aquel crimen a los atenienses, en cuya ciudad era famoso por toda Grecia el severísimo dictamen de los jueces del Areópago[268]. Tras haberles expuesto su causa, el joven es absuelto. Erígone, que era hija de Egisto, cuando supo la

[267] Dictis, habitante de Creta, justifica una vez más —implícitamente— su conocimiento de los hechos que narra gracias a la información obtenida de Menelao durante esta estancia en Creta.

[268] Por el ya visto propósito racionalista e historiográfico se omite la bien conocida intervención de Atenea en este juicio a favor de Orestes, como se omite también la persecución de que fue objeto por las Erinies.

absolución de su hermano, se ahorcó presa de un dolor desmedido. Menesteo envía de nuevo a Micenas a Orestes, liberado de la acusación de parricidio, y purificado según el rito ancestral con todas las medidas que solían tomarse para borrar un delito de este tipo; y allí se le concedió el reino a él. Al cabo del tiempo, llamado por Idomeneo, llegó a Creta, y, no mucho después de él, llegó Menelao. Allí Orestes acumuló muchas severas recriminaciones contra su tío paterno, acusándolo de haberle el propio Menelao, por su parte, tendido asechanzas, en momentos en que él se encontraba en peligros de todas clases por causa de la malquerencia de sus conciudadanos. Finalmente, por intercesión de Idomeneo, se reconciliaron ambos y partieron a Lacedemonia. Allí Menelao, según se había convenido, promete en matrimonio a Hermíone con Orestes[269].

Por el mismo tiempo, Ulises[270] arribó a Creta con dos 5
naves, que había alquilado a los fenicios, pues las suyas,

---

[269] La versión más común (así, p. ej., Ovidio en la *Heroida* XIII) indicaba que Hermíone había sido concedida en matrimonio a su primo Orestes, por su abuelo Tindáreo, cuando Menelao estaba en la guerra de Troya, y que Menelao, ignorando la disposición de Tindáreo, se la había prometido en Troya a Neoptólemo, concediéndosela a éste a su vuelta de Troya: de ahí el conflicto entre ambos. Pero Dictis omite la intervención de Tindáreo: según él, Menelao concede a Hermíone como esposa a Orestes —como se testimonia en este capítulo—, pero luego le es adjudicada a Neoptólemo (así en VI 12, sin decir cómo ni por qué ni por quién).

[270] El argumento de la *Odisea* es aquí, en los capítulos 5 y 6 de Dictis, objeto de una burda racionalización mezclada con toda clase de arbitrarios añadidos sin precedente alguno en la tradición. «La narración conserva de la fuente épica el recurso formal del relato retrospectivo, o 'flash back', puesto en boca del propio protagonista. En efecto, según Dictis, Ulises llegó a Creta, ante el rey Idomeneo, y allí le informó de sus peripecias —y de paso, también pudo enterarse de ellas el autor cretense, súbdito de Idomeneo, que las cuenta a sus lectores—. La escala cretense del héroe no es, sin duda, sino un artificio de un autor que, fingiéndose

con sus compañeros y todo lo que se había traído de Troya, se las había quitado Telamón en un asalto, ofendido, como puede suponerse, por el asesinato de su hijo del que él había sido culpable; y apenas logró, gracias a su astucia, salvarse a sí mismo[271]. Y a Idomeneo, que le preguntaba por qué razones había llegado a tan grandes miserias, empezó a contarle el principio de su peregrinación: de qué modo, tras arribar al Ísmaro, y una vez que consiguió un nutrido botín de guerra, había navegado desde allí y llegado al país de los lotófagos, y con suerte adversa había arribado a Sicilia, donde, luego de soportar muchas abominaciones de los hermanos Cíclope y Lestrigón, había perdido finalmente a muchos de sus compañeros a manos de los hijos de aquéllos: Antífates y Polifemo; a continuación, acogido por compasión en la amistad de Polifemo, intentó raptar a Arene, hija del rey, cuando ella amaba perdidamente a Alfénor, compañero suyo; cuando se conoció el asunto, les fue arrebatada a la fuerza la muchacha por intervención del padre[272]; y llevado a lo largo

---

cretense, pretende que su información viene de mejor mano y más directamente que la homérica» (V. Cristóbal, «Ulises y la *Odisea* en la literatura latina», *Actas del VIII Congreso Español de Estudios Clásicos*, vol. II, Madrid, 1994, págs. 481-514; la cita en pág. 512).

[271] Nada se dice de todo esto en fuentes anteriores: ni del alquiler de las naves a los fenicios ni del robo de naves por Telamón.

[272] Confunde aquí Dictis en una amalgama de tintes racionalistas todo lo referente al enfrentamiento con los lestrigones y al encuentro con Polifemo. Nada de lo que aquí se dice es homérico, como todo lector de la *Odisea* sabe, a no ser los nombres propios, y no todos. Cíclope y Lestrigón no existen en la epopeya homérica como nombres propios, sino como gentilicios; Antífates era el nombre en la *Odisea* del rey de los lestrigones; y Polifemo el de uno de los cíclopes, seres monstruosos y de proporciones gigantescas, con un solo ojo en la frente. Según esa visión racionalista e historicista de los hechos, Polifemo, lógicamente, carece en Dictis de toda sombra de monstruosidad.

de las islas de Éolo[273], fue a parar a Circe y luego a Calipso, reinas ambas de las islas donde vivían[274], que, usando ciertos hechizos, atraían a su amor los ánimos de sus visitantes; desde allí, una vez liberado, arribó al lugar en el que, tras la contemplación de ciertos ritos, se llegaba a conocer el futuro por medio de los espíritus de los difuntos[275]; después de lo cual, fue empujado a los escollos de las sirenas, de los que se libró usando de su astucia[276]; finalmente, perdió muchas de sus naves con sus compañeros entre Escila y Caribdis, donde el mar es muy peligroso y acostumbra a sorber lo que llega hasta allí[277]; así él, con los supervivientes, había

[273] No figura aquí, por afán de realismo, el conocido episodio de los vientos encerrados en el odre, regalo de Éolo a Ulises, y soltados luego por los compañeros del héroe, cuando ya avistaban la tierra de Ítaca.

[274] He aquí otro antihomerismo en esta sucesión inmediata de los encuentros con Circe y Calipso, pues en la *Odisea* transcurre mucho tiempo y sucesos varios entre ambas aventuras. Como consecuencia de su evemerismo patente en otros muchos lugares, Dictis no dice de Circe que fuera hija del Sol, ni de Calipso que lo fuera de Atlas, sino simplemente, según el hábito evemerista de convertir a los dioses en reyes u hombres relevantes, que eran reinas ambas de sus respectivas islas; pero, eso sí, ambas brujas y hechiceras, pues tal cosa no repugnaba a explicaciones racionales.

[275] La visita de Ulises, por mediación de Circe, al país de los cimerios y a la morada de los muertos queda traspuesta como una escena de consulta al espíritu de los difuntos, que, siendo una operación de magia negra, no era racionalmente inadmisible para la mentalidad de los antiguos (así lo vemos también en la *Farsalia* de LUCANO, donde se lleva a cabo una sustitución semejante: la tópica catábasis épica se transforma allí en consulta al espíritu de un difunto por mediación de una maga).

[276] Siguiendo con la misma tónica de reescritura de sucesos homéricos con vestimenta racionalista, se omite todo lo relativo al canto seductor de las Sirenas y no se especifica en qué consistió la astucia de Ulises (la conocida artimaña de poner cera en los oídos de los remeros y de atarse él mismo al mástil para poder escucharlas sin riesgos).

[277] Como se ve, se omite todo lo relativo al carácter monstruoso de Escila y Caribdis.

caído en manos de unos fenicios que pirateaban por los mares y, por compasión de éstos, había sido salvado[278]. Así pues, según había sido su voluntad, una vez que consiguió dos naves de nuestro rey y fue obsequiado con un cuantioso botín, se le envía a Alcínoo, rey de los feacios.

6 Allí, acogido amablemente durante muchos días[279] por la celebridad de su nombre, se entera de que Penélope estaba siendo requerida en matrimonio por treinta varones ilustres[280] de lugares diversos; eran de Zacinto, de las Equínades, de Léucade[281], de Ítaca. Por lo cual, con muchas súplicas convence al rey para que navegara con él con el fin de castigar la afrenta contra su matrimonio. Pero después que llegaron al lugar[282], habiéndose escondido Ulises por un poco tiempo, cuando informaron a Telémaco del plan que preparaban, vinieron furtivamente a casa de Ulises; allí atacaron a los pretendientes, llenos ya del mucho vino y de la comida, y los mataron[283]. Seguidamente se difundió entre la gente de la

---

[278] Ya hemos indicado antes que este dato es totalmente nuevo en la tradición odiseica.

[279] De todo esto omite Dictis decirnos cómo se enteró, lo cual es chocante, dado su especial cuidado por testimoniarnos sus fuentes. A no ser que, cuando en el capítulo 10 se refiere a Neoptólemo como su informante, quiera presentárnoslo también como fuente de lo relativo a Ulises en Feacia y de su regreso a Ítaca, en cuyo caso omite decirnos Dictis de qué modo Neoptólemo se había enterado de todo ello. Es de resaltar que, frente al testimonio de la *Odisea,* Dictis no habla aquí de la actuación de Nausícaa (sólo hablará de ella al final del capítulo para decir que se casó con Telémaco por expreso deseo de Ulises).

[280] En cambio, según la *Odisea,* los pretendientes eran ciento treinta y seis.

[281] Islas todas del mar Jónico, próximas a Ítaca.

[282] Tampoco es homérico el dato de que Alcínoo acompañara a Ulises en su viaje de regreso desde Feacia.

[283] Aunque se omiten muchos detalles homéricos, tales como la ayuda prestada por el porquerizo Eumeo o la prueba del arco, no obstante, en

ciudad la noticia de que Ulises había llegado; lo reciben amablemente y con muestras de adhesión, y se entera él de todo lo que había ocurrido en su casa; premia con regalos y castiga con tormentos a los que así lo habían merecido. La fama de Penélope y de su castidad era de todos conocida. Y no mucho después, por las súplicas y la insistencia de Ulises, Nausica, hija de Alcínoo, se casa con Telémaco[284]. Por el mismo tiempo, Idomeneo, nuestro caudillo, murió en Creta, siéndole por sucesión transmitido el imperio a Meríones. Laertes, a su vez, acabó su vida tres años después del regreso a casa de su hijo. Al hijo de Telémaco, habido de Nausica, Ulises le pone por nombre Ptoliporto[285].

Mientras esto sucedía en Ítaca, Neoptólemo, en el país 7
de los molosos, reparaba las naves que se habían averiado por las tempestades[286]. Y desde allí, luego que conoció que Peleo había sido expulsado de su reino por Acasto[287], de-

---

sustancia, esta secuencia no es discordante con la *Odisea*. Desde luego se prescinde de la constante protección de Atenea sobre el héroe, pues en este rechazo de la intervención divina radica en buena parte su oposición a Homero, como ya hemos visto en otros episodios.

[284] Otra novedad frente al testimonio homérico.

[285] Fuentes posteriores a Homero hablaban de un hijo tenido por Penélope de Ulises, después de su regreso, llamado Poliportes o Ptoliportes; pero era hijo de ambos y no constaba en otra parte que lo fuera de Nausícaa (aquí Nausica) y Telémaco.

[286] Existen otras variantes sobre el regreso de Neoptólemo desde Troya. Una de ellas —la de Apolodoro—, contraria a la que aquí ofrece Dictis, contaba que había vuelto por tierra y no por mar.

[287] La enemistad entre Acasto, rey de Yolcos, y Peleo venía de antiguo. Pues Astidamía, esposa de Acasto, se había enamorado de Peleo cuando era joven, y lo había requerido de amores; rechazada por él, lo había acusado ante su esposo Acasto de intento de seducción, y éste había intentado —pero sin éxito— acabar con él. Ahora, ya viejo Peleo, aprovechando Acasto su soledad —muerto su hijo Aquiles y ausente su nieto Neoptólemo—, le había expulsado de su reino; o bien lo habían he-

seando ir a vengar las afrentas hechas a su abuelo, manda primero a Tesalia para inspeccionar la situación a dos hombres extraordinariamente fieles a él y que no eran conocidos en aquellas tierras, Crisipo y Arato; éstos se enteran de todo lo que estaba sucediendo, y de las traiciones que Asandro, allegado de Peleo, había maquinado contra él valiéndose de Acasto. Este Asandro, además, procurando escapar de la maldad del tirano, se había aliado con Peleo tanto y era tan conocido de su casa, que, entre otras cosas, contó también a Crisipo y a Arato el origen de las bodas de Peleo con Tetis, hija de Quirón[288]. En aquel tiempo, muchos reyes de todas partes fueron invitados a la casa de Quirón y en el propio banquete de boda habían celebrado como diosa a la recién casada con grandes elogios, llamando «Nereo» a su padre Quirón y «Nereida» a ella misma; y según que cada uno de aquellos reyes que habían participado en el convite sobresalía en el canto coral o en la cadencia de sus melodías, así los habían llamado «Apolo» y «Líber», y a muchas de las mujeres, «Musas». Por lo cual, hasta el día de hoy se llamó a aquél «banquete de los dioses»[289].

---

cho sus hijos (cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica*, págs. 337-339 y 348-349).

[288] Contra todo precedente se hace a Tetis —tradicionalmente hija del dios marino Nereo, siendo una de las diosas llamadas Nereidas— hija de Quirón, del que no se dice que fuera un centauro: en esta atmósfera racionalista del relato hemos de entender que se suprime conscientemente esa naturaleza mixta y fantástica del personaje, que no cuadra en una narración de pretensiones historiográficas. Igual que se suprime —rasgo evemerista— la naturaleza divina de Tetis, convertida aquí en una simple mortal.

[289] Toda esta explicación no es sino una exégesis evemerista del mito de las bodas de Tetis y Peleo, con reducción al ámbito puramente humano de los sucesos que, según versión tradicional, habían sido protagonizados también por dioses. Se trata, en efecto, de una elucubración sobre el origen —a resultas de alabanzas y elogios— de dicha versión tradicio-

Y así, cuando se enteraron de todo lo que querían, re- 8
gresan junto al rey y le refieren todas las cosas, una tras otra. Obligado Neoptólemo por ello, a pesar de que el mar le era adverso y muchas las circunstancias que le estorbaban el acceso a su tierra, apareja la flota y embarca él mismo. A continuación, estando muy fatigado del mar por la crudeza del invierno y empujado hasta la costa de las Sepíades[290] —que por lo escabroso de sus escollos había merecido ese nombre—, pierde casi todas sus naves, consiguiendo apenas él mismo salvarse con los que estaban en su mismo barco. Allí encontró a su abuelo Peleo, escondido en una gruta apartada y tenebrosa, donde el anciano, escapando a la violencia y traiciones de Acasto, con añoranza de su nieto, se había acostumbrado a espiar constantemente a los navegantes y a enterarse de si habían arribado allí por casualidad. Luego, Neoptólemo, cuando se informó de todo sobre su casa y sus posesiones, comenzaba a considerar la idea de atacar a sus enemigos, cuando he aquí que se entera de que los hijos de Acasto, Menalipo y Plístenes, yendo de caza, habían llegado a aquellos parajes. Y así, cambiando sus ropas y simulando ser un habitante de Yolco, se presenta a los jóvenes y les refiere la muerte suya propia, que ellos deseaban. Por lo cual, se une a ellos en la cacería y, cuando ve a Menalipo separado de los otros, lo mata; poco después hace lo mismo con su hermano, después de perseguirlo. Para indagar estos sucesos fue enviado un esclavo, por nombre Ciniras, de gran fidelidad, que cayó en manos del joven; y una vez apresado, anuncia que Acasto estaba a punto de llegar; y a continuación se le da muerte.

---

nal. Véase, sobre estas famosas bodas, el testimonio de CATULO en su poema 64.

[290] Promontorio en la costa de Tesalia; su nombre se relaciona con un verbo griego que significa «podrir», «corromper», «arruinar».

9 Así pues, Neoptólemo, cambiando su vestimenta por otra frigia, se presenta a Acasto como Méstor, hijo de Príamo, que, cautivo, había llegado por mar con Pirro a estos lugares, y le informa de quién era y de que Neoptólemo, cansado por la navegación y por el sueño, estaba acostado en una gruta. Por lo cual, Acasto, inquietándose y deseando acabar con su peor enemigo[291], se encamina a la gruta; y Tetis, que había venido a aquellos lugares para buscar a Peleo[292], al saber lo ocurrido, le hace retroceder en la misma entrada[293]. A continuación, tras enumerar todas las injusticias y ofensas que había cometido él contra la casa de Aquiles y recriminarlo por ello, consigue con su intercesión liberar a Acasto de las manos del joven[294], y aconseja a su nieto que no quiera vengar con sangre los hechos ocurridos anteriormente. Y así Acasto, cuando, contra lo que esperaba, se ve liberado, le entrega de buen grado e inmediatamente a Neoptólemo todo lo del reino. Desde allí el joven, junto con su abuelo y Tetis, y con los demás que le habían acompañado en el viaje por mar, dueño ya por completo del reino, llega a la ciudad[295]. Allí, una vez recibido cordialmente y con felicitaciones por todos los hombres del pueblo y por los que vivían bajo su jurisdicción como habitantes en las in-

---

[291] Acasto consideraba enemigo a Neoptólemo sólo porque temía que vengara las afrentas hechas a su abuelo Peleo.

[292] Sigue sin decirse nada de la naturaleza divina de Tetis. No mucho después de su boda con Peleo, Tetis, poco conforme con su matrimonio desigual, había abandonado a su esposo y vuelto a su lugar de origen, el mar. Pero regresa a él ahora, al enterarse de su desgracia.

[293] Aunque no se diga que Tetis era diosa, es evidente que en este pasaje algo se trasluce de su carácter divino, pues de lo contrario no se entendería con qué poder se había enfrentado a Acasto en esta situación.

[294] A saber: de Neoptólemo.

[295] Se supone que se trata de Ftía, capital del reino de Peleo.

mediaciones, afianza en poco tiempo el cariño que le mostraron.

De todo esto que he escrito me enteré por boca de 10
Neoptólemo[296], pues me mandó llamar cuando había tomado en matrimonio a Hermíone, hija de Menelao. Por él también tuve noticias sobre los restos de Memnón: cómo trajeron a Pafos sus huesos aquéllos que fueron a Troya con Palante[297], caudillo subalterno de Memnón, y que, cuando murió su guía y les fue robado el botín, se quedaron a vivir allí mismo; y cómo Hímera, hermana de Memnón —a la que algunos llamaban Hémera con el nombre de su madre[298]—,

---

[296] El autor, que no ha podido ver todo esto personalmente (por «autopsia»), se cuida convenientemente de hacer saber a sus lectores cómo ha tenido acceso a la información. Si no lo hiciera, podría parecer que su testimonio —presuntamente historiográfico— no es fidedigno, y ya sabemos que la pretensión suprema de Dictis es hacer pasar todo lo que cuenta por sucesos ciertos y, simultáneamente, desacreditar como falso y mentiroso el relato de Homero.

[297] Sin duda hemos de identificar a este «Palante» (lat. *Pallas, -antis)* con el «Falas» (lat. *Phalas, -ae)* del que se hablaba en IV 4, a pesar de su distinto nombre, puesto que la caracterización prosopográfica coincide en ambos casos: caudillo del ejército de Memnón muerto en el curso de la expedición (por los rodios: así sólo en IV 4; no especificado en el presente capítulo) y tras cuya muerte fueron robadas las riquezas que llevaba el ejército. El nombre es distinto, sí, pero esa diferencia nominal *(Phalas, -ae* y *Pallas, -antis)* no es tal, como puede observarse, que no se pueda reducir, en su origen, a un nombre único, desdoblado luego en dos por confusión y mala lectura de los copistas.

[298] Pues «Hémera» en griego significa «día». Siendo Memnón hijo de la Aurora según la versión tradicional, nada de extraño tiene que una hermana suya se llame «Día»; aunque lo que parece sostener Dictis aquí es que «Día/Hémera» es la madre de Hímera (llamada también como su madre) y de Memnón; y ello en abierta contradicción consigo mismo (a no ser que implícitamente idenfique Dictis a Hémera y Aurora; identificación —me recuerda Ruiz de Elvira—, también implícita, que en todo caso está en Pausanias, I 3, 1, y III 18, 12: véase su *Mitología Clásica,* pág. 491), pues en IV 4 decía ser Memnón hijo de Titono y de (la) Auro-

marchó allí en busca del cadáver de su hermano, y una vez que halló sus restos y se le dio noticia del robo del botín de Memnón, deseando recuperar las dos cosas por mediación de los fenicios, que eran gran mayoría en aquel ejército, se le ofreció quedarse con todo, y especialmente con los restos de su hermano; pudo más en ella el afecto por los de su sangre, y, recibida la urna funeraria, navegó hasta Fenicia; llevada desde allí —decía— a su tierra, llamada Faliótide, había sepultado los restos de su hermano y desaparecido luego de repente, sin que se la viera más por ninguna parte; de ese hecho surgieron tres explicaciones: fuera que Hímera, después de la puesta del sol, desapareció de la vista del hombre junto con su madre[299]; o fuera que, compungida por la pena de la muerte de su hermano y sobrepasando en ello la natural medida, se suicidó despeñándose; o incluso que la asaltaron los indígenas para robarle lo que llevaba consigo, y murió. Esto es lo que Neoptólemo me hizo saber sobre Memnón y su hermana.

11 Después de esto, marché a Creta, y un año después, en nombre del pueblo, fui con otros dos compañeros a buscar un remedio al oráculo de Apolo[300]. Pues, sin ningún motivo claro, había invadido aquella isla, de improviso, tan gran número de langostas, que todos los frutos que estaban en los

---

ra. En cualquier caso, se reconoce en estos nombres una previa versión mítica más cosmogónica, menos humanizada y menos «historiográfica».

[299] Es decir: junto con Hémera, o lo que es lo mismo: junto con el día, según lo que se ha señalado en la nota anterior. Esta explicación alternativa de Dictis entronca con el presunto significado naturalista del relato al que antes aludíamos.

[300] Tras habernos transmitido el informe de Neoptólemo, vuelve Dictis a contar sucesos de los que había sido partícipe y que conocía, pues, personalmente. En cualquier caso quiere dejar constancia de que están atestiguados.

campos se perdieron[301]. Y así, después de muchas súplicas y ruegos, se nos da como respuesta que por intercesión divina morirían los insectos y la isla sobreabundaría pronto gracias al aumento de sus cosechas. Luego, cuando queríamos hacernos a la mar, nos lo desaconsejan los habitantes de Delfos, pues aducían que el tiempo era poco propicio y peligroso. Licofrón e Ixeo, compañeros míos en esta visita al oráculo, que no les hicieron caso, suben a la nave, y a la mitad del trayecto, más o menos, perecen fulminados. Entretanto, según había profetizado la divinidad, por el impacto mismo de los rayos la fuerza de la plaga disminuyó, sumergiéndose en el mar; y toda la comarca se llenó de frutos.

Por el mismo tiempo Neoptólemo, consumado ya su ma- 12
trimonio con Hermíone, marcha a Delfos para dar las gracias a Apolo por haber castigado a Alejandro, responsable de la muerte de su padre[302]; había dejado en casa a Andrómaca y al hijo de ésta, Laodamante, que era el único que quedaba de los hijos de Héctor[303]. Pero Hermíone, abrumada por el dolor de su espíritu después de la partída de su marido, y no pudiendo soportar el concubinato de la esclava,

---

[301] A menudo, y en relación con varias leyendas y personajes, las fuentes literarias hablan de plagas en la isla de Creta con posterioridad a la guerra de Troya: así a propósito de Idomeneo, una vez vuelto a la patria (según testimonio de SERVIO, *Ad Aen.* III 121); así también, cuando Eneas en su navegación desde Troya llega a la isla *(Eneida* III 137 ss.)

[302] Sin embargo, Apolodoro refiere que el motivo de Neoptólemo para ir a Delfos había sido la petición de cuentas a Apolo de la muerte de su padre, puesto que —según ciertas versiones ajenas a DICTIS (véase IV 10 ss.)— constaba que, o bien Apolo había dirigido la flecha de Paris, o bien había disparado la flecha el propio dios (cf. A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología Clásica,* pág. 427).

[303] Sin embargo, la versión más divulgada —la homérica— no conoce de Héctor y Andrómaca más hijo que Astianacte, muerto en Troya por los griegos al acabar la guerra.

envía a llamar a su padre Menelao; se le queja una y otra vez del ultraje que su marido le hacía al poner por delante de ella a una mujer esclava, y le persuade para que asesine al hijo de Héctor. Pero Andrómaca, al tener noticia de ello, escapó a la amenaza del peligro que se cernía sobre ella, liberada con la ayuda de los ciudadanos, que se compadecieron de su suerte, persiguieron por propia iniciativa a Menelao con insultos y se contuvieron a duras penas de darle muerte.

13 Entretanto llega Orestes y se entera de todo el suceso; pide a Menelao que cumpla sus promesas, y, quejándose de que Neoptólemo le hubiera quitado el matrimonio con Hermíone, comienza a tramar contra él una traición para cuando volviera. Y así, al primero de los dos fidelísimos acompañantes que consigo llevaba, lo envía a Delfos para investigar sobre el regreso de Neoptólemo. Menelao, puesto al tanto de la situación y deseando evitar crimen semejante, parte para Esparta. Pero los que habían sido enviados antes[304] afirman a su vuelta que Neoptólemo no se halla en Delfos. Obligado por lo cual, marchó Orestes en persona a hacer pesquisas sobre el individuo, y volvió días después de su partida, tras haber concluido su operación, según el rumor que entre el vulgo se escuchaba. Al cabo de pocos días llega la noticia de que Neoptólemo había muerto, y se propaga entre el pueblo la especie de que, según todos decían, había sido víctima de Orestes en una emboscada. Así el joven, cuando se hace público el caso de Pirro, tras haber tomado consigo a Hermíone, que antes había sido prometida a él, marcha a Micenas. Entretanto Peleo y Tetis, luego que se enteraron de la muerte de su nieto, se ponen en camino para

[304] Aunque antes se decía que sólo era uno el enviado, ahora se habla de varios. Habrá que entender, sin duda, que, aunque el legado era uno solo, llevaba un acompañamiento.

indagar sobre dicho asunto y se informan de que el joven estaba enterrado en Delfos. Allí, según era costumbre, le tributan las honras fúnebres debidas, y se enteran de que había muerto en unos lugares en los que se negaba que hubiera aparecido Orestes. Dicha información no fue creída por el pueblo: hasta tal punto se había fijado en los ánimos de todos la opinión, formada ya desde antes, de la emboscada de Orestes. Por otra parte Tetis, cuando ve que Hermíone se ha unido a Orestes, envía a Andrómaca, embarazada de Neoptólemo, al país de los molosos, tratando de evitar así las maquinaciones de Orestes y de su esposa para dar muerte al hijo[305].

Por el mismo tiempo Ulises, aterrorizado por numerosos 14
augurios y sueños desfavorables, hace llamar por doquier a todos los más expertos intérpretes de sueños de aquella región. Y les refiere, entre otras cosas, que muy a menudo ha soñado que un fantasma, entre humano y divino, un rostro de hermosura verdaderamente digna de alabanza, salía repentinamente de aquel mismo lugar; y cuando deseaba abrazarlo con la más intensa pasión y extendía hacia él sus manos —les contaba—, le había dicho con voz humana que una unión semejante sería criminal, pues eran de la misma sangre y el mismo origen; además, por aquello, uno de los dos moriría a manos del otro; luego —seguía diciendo—, cuando él andaba dando vueltas al asunto en medio de una gran agitación, y deseaba saber por completo la razón de aquel suceso, le pareció que una imagen surgida del mar se ponía en medio, y, siguiendo una orden del primer fantasma, se había lanzado contra él mismo, Ulises, y se había interpuesto entre ambos. Todos los que se hallaban presentes

[305] Se trata de Moloso, hijo de Andrómaca y Neoptólemo, epónimo de los molosos.

le predicen con voz unánime que esta visión sería funesta para él, y añaden que tomara precauciones contra las asechanzas de su hijo. Así, Telémaco, siendo objeto de las sospechas de su padre, es relegado a unos campos que tenía en Cefalonia[306], acompañado de dos centinelas de probada lealtad. Además Ulises, retirándose a otros lugares secretos y alejados, trataba de escapar, en la medida de sus posibilidades, al cumplimiento de sus sueños.

Por el mismo tiempo Telégono[307], al que Circe había tenido de Ulises y había criado en la isla Eea, cuando se hizo mayor, emprendió la marcha en busca de su padre, y llegó a Ítaca llevando en las manos una vara, cuya punta estaba armada con el hueso de una tórtola marina[308], pues ésa era la enseña de la isla en que había nacido. Luego, informado de dónde vivía Ulises, vino a él. Allí, prohibiéndole los centinelas del campo entrar a donde estaba su padre, cuando se obstinaba con mayor vehemencia y era acometido desde lugares diversos, comenzó a gritar diciendo que era un crimen indigno alejarlo del abrazo de su padre. Así, creyendo que Telémaco venía para atacar al rey, se le oponen más duramente aún, pues nadie sabía que Ulises tenía también otro hijo. Entonces el joven, cuando ve que se le expulsaba con tanto encono y por medio de la fuerza, mata en un arrebato de cólera a gran número de centinelas, o los deja sin fuerzas,

---

306 Isla próxima a Ítaca.

307 Se cuenta en este último capítulo la muerte de Ulises a manos de su hijo Telégono. Lo que aquí se relata parece que, en esencia, constaba ya en la *Telegonía*, poema perdido del primitivo ciclo épico, resumido por Proclo en su *Crestomatía*. Era ésta también la versión de la muerte de Ulises que ofrecía Sófocles en su tragedia *Odysseus Akanthoplex*, «Ulises herido por una espina» (conocida también como *Niptra*, «Las abluciones»), en la que Pacuvio se inspiró para su obra homónima *Niptra*.

308 Apolodoro, no obstante, dice, con leve discrepancia, que la lanza de Telégono estaba rematada por la espina de una raya.

tras herirlos gravemente. Cuando le llegó a Ulises noticia de ello, pensando que el joven era un enviado de Telémaco, salió a su encuentro y disparó contra él una lanza que solía llevar para protegerse. Pero, habiéndose el joven, por una casualidad, sustraído a tal herida, arroja él mismo contra su padre la lanza que lo distinguía, tras haber calculado, con el fin de herir, el que sería un impacto sumamente desafortunado. Y cuando Ulises cayó a resultas de aquella herida, se felicitaba de su fortuna y confesaba que le habían hecho un gran favor, puesto que, asesinado por el ataque de un hombre extranjero, había librado a su queridísimo Telémaco de la acusación de parricidio. Luego, conservando todavía un resto de vida, preguntó al joven quién era, y procedente de qué lugar se había atrevido a matarle a él, Ulises, hijo de Laertes, famoso en la paz y en la guerra. Entonces Telégono, dándose cuenta de que se trataba de su padre, se mesó con ambas manos los cabellos, y prorrumpió en un llanto verdaderamente digno de lástima, atribulado por haber sido el causante de la muerte de su padre. Y así, le informa a Ulises, según le pedía, de su nombre y del de su madre, de la isla en que había nacido, y, por último, le muestra la enseña de la jabalina. De este modo Ulises, tras haberle venido a la mente el significado de los sueños amenazadores y la muerte que le habían augurado los intérpretes, herido por aquél del que menos se lo esperaba, murió tres días después, maduro ya y de edad avanzada pero, aún así, con fuerzas suficientes todavía.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS*

* El número romano indica libro y el arábigo capítulo; abreviaturas: *epíst.* = epístola; *pról.* = prólogo.

HISTORIA DE LA DESTRUCCIÓN DE TROYA DE DARES FRIGIO

SINOPSIS

Epístola inicial de Cornelio Nepote a Salustio Crispo: le comunica que encontró este libro en Atenas y lo tradujo al latín literalmente; su autor dice haber combatido en la misma guerra de Troya, y su testimonio merece, por tanto, credibilidad.— 1. Pelias envía a Jasón en busca del vellocino de oro; mientras se construye la nave, Jasón se busca acompañantes.—2. Los argonautas llegan a las costas de Frigia, pero Laomedonte les impide desembarcar; arriban a Colcos, roban el vellocino y vuelven.—3. Hércules, resentido contra Laomedonte, recluta un ejército para marchar contra él; lo mata, toma la capital, hacen prisionera a Hesíone, hermana del rey, y se vuelven a su patria.—4. Príamo, hijo de Laomedonte, fortifica Ilión y envía a Anténor como embajador a Grecia para exponer sus quejas y pedir la devolución de Hesíone.—5. Anténor viene a Grecia, pero los griegos no escuchan sus reclamaciones.— 6. En vistas de lo cual Príamo reúne la asamblea, y deciden enviar un ejército contra Grecia. Reservas de Héctor ante dicho plan.—7. Alejandro les anima testimoniando su confianza en los dioses y especialmente en Venus. A pesar de cierta divergencia de opiniones, entre ellas una profecía contraria de Héleno, se acuerda llevar a cabo la operación.—8. Príamo envía a Alejandro y Deífobo a Peonia para reclutar tropas; informa al pueblo de la embajada de Anténor y de sus propósitos de guerra. Opinión contraria de Panto. El pueblo, en cambio, acepta los planes. Profecía de Casandra.— 9. Marcha Alejandro a la cabeza de una flota hacia Grecia. Me-

nelao se había ausentado de su reino. También Cástor y Pólux. Llega Alejandro a la isla de Citerea.—10. Helena acude a Citerea, deseosa de ver a Alejandro. Alejandro desea también ver a Helena. Ambos se enamoran al contemplarse. Rapto de Helena por Alejandro. La noticia llega a Menelao.—11. Llegan Alejandro y Helena a Troya. Nueva profecía de Casandra. Los caudillos griegos se reúnen con intención de vengar el rapto. Cástor y Pólux desaparecen en una tempestad.—12. Descripción física y moral de los principales personajes troyanos que intervienen en la presente historia.—13. Sigue la descripción de personajes del bando griego.—14. Lista de caudillos griegos que se reunieron en el puerto de Atenas y del número de naves que trajeron consigo.—15. Mandan a Aquiles a consultar el oráculo de Delfos, y allí se le garantiza la victoria de los griegos al cabo de diez años. A Calcante, frigio, el oráculo le ordena ayudar a los griegos con su ciencia profética, y marcha con Aquiles a Atenas. Llegan a Áulide, donde Agamenón aplaca a Diana; desde allí ponen rumbo a Troya, bajo la guía de Filoctetes y llegan a Ténedos.—16. Ulises y Diomedes marchan como embajadores a Príamo. Aquiles y Télefo saquean Misia, mata Aquiles a su rey, Teutrante, y Télefo se hace cargo del reino. Regresa Aquiles a Ténedos.—17. Príamo se niega a la propuesta de devolución de Helena, hecha por los embajadores.—18. Lista de aliados de los troyanos. Al ejército griego llega Palamedes.—19. Siguiendo el plan de Palamedes, Agamenón conduce de día el ejército hacia Troya. En el primer enfrentamiento muere Protesilao a manos de Héctor. Pero Aquiles ayuda a los troyanos a retirarse. Al día siguiente se reanuda el combate. Héctor mata a Patroclo. Áyax sale al encuentro de Héctor pero al reconocer su común linaje, se separan amistosamente.—20. Funerales por Patroclo, Protesilao y otros caídos. Palamedes instiga a los griegos a que le concedan a él el poder supremo. Transcurren dos años en discusiones sobre este asunto, al cabo de los cuales se renueva la lucha encarnizadamente.—21. Alejandro hiere a Menelao de un flechazo, quien aún herido, no cesa de perseguirlo. Pero Héctor y Eneas sacan del combate a Alejandro. Al día siguiente Héctor causa una gran matanza entre los griegos. Agamenón exhorta a los

caudillos griegos.—22. Se combate duramente a lo largo de ochenta días. Agamenón envía a Ulises y Diomedes como legados a Príamo para pedirle una tregua de tres años. Príamo se la concede tras deliberar con el consejo.—23. Al cabo de los tres años se reanuda la lucha. Príamo solicita de nuevo una tregua de seis meses, que Agamenón concede. Al cabo de la cual vuelven al combate y ante los muchos heridos, Agamenón vuelve a pedir otra tregua de treinta días, que le es concedida por Príamo.—24. Andrómaca tiene en sueños una visión premonitoria sobre la conveniencia de que Héctor no salga al combate. A pesar de su obstinación y de las órdenes de Príamo, Héctor sale. Mata a muchos, pero es muerto a su vez por Aquiles.—25. Memnón saca a los troyanos contra los griegos. Agamenón pide tregua de dos meses; le es concedida. Funerales de Héctor. Palamedes promueve otra vez la sedición en el ejército. Agamenón se aviene a que elijan por votación al jefe supremo. Sale elegido Palamedes.—26. Se entabla nuevamente combate. Los troyanos piden tregua. Palamedes se la concede por un año. Agamenón va a Misia como legado para reclamar suministros.—27. Aquiles se enamora de Políxena y se la pide como esposa a Hécuba. Pero, para concedérsela, exigen de Aquiles a cambio la paz y la marcha del ejército griego.—28. Transcurrida la tregua, vuelven a la lucha. Palamedes mata a Deífobo y a Sarpedón, pero a su vez, sucumbe a una flecha de Alejandro. Los troyanos persiguen a los griegos hasta las naves, pero Áyax los rechaza.—29. Los griegos nombran de nuevo a Agamenón como jefe supremo. En el combate Troilo mata a muchos de los griegos. Tregua de dos meses para enterrar a los muertos.—30. Agamenón envía a Ulises, Néstor y Diomedes a entrevistarse con Aquiles para pedirle que saliera a combatir. Aquiles, enamorado de Políxena, manifiesta sus deseos de paz, y recrimina a Helena, culpable de la guerra. Agamenón consulta a los jefes sobre si proseguir o no la guerra. Menelao y Calcante insisten en continuarla.—31. Se entabla de nuevo la lucha. Troilo hiere y mata a los griegos. Agamenón pide tregua de seis meses, que, después de algún titubeo, se le concede. Agamenón visita personalmente a Aquiles y éste accede a enviar sus soldados a la lucha, pero él se mantiene al margen.—

32. Transcurrida la tregua, vuelven de nuevo a la batalla. Ante el acoso de Troilo, Agamenón pide otra tregua de treinta días. Se le otorga.—33. Se combate de nuevo. Sigue prevaleciendo Troilo hasta que Aquiles decide salir a la liza y lo mata. Mata también a Memnón. Príamo pide una tregua de veinte días para enterrar a los muertos, que se le concede.—34. Hécuba decide vengarse de Aquiles por haberle matado a sus hijos. Trama con Alejandro una celada en el templo de Apolo. Engañado con la promesa de que le darían a Políxena en matrimonio, acude Aquiles a dicho templo, acompañado de Antíloco. Al llegar allí los acribillan a flechazos, y Alejandro finalmente los mata. Por intercesión de Héleno se devuelven los cadáveres a los griegos. Agamenón pide una tregua.—35. Los griegos mandan llamar desde Esciros a Neoptólemo, hijo de Aquiles. Terminada la tregua, vuelven al combate. Alejandro hiere a Áyax de un flechazo. Áyax lo persigue y lo mata, pero muere a su vez al serle extraída la flecha. Agamenón rodea la ciudad con el ejército. Entierro de Alejandro en Troya.—36. Llega Pentesilea en ayuda de los troyanos y mantiene a raya a los griegos. Viene Neoptólemo desde Esciros y, tras encararse con Pentesilea, la mata y persigue a los troyanos.—37. En Troya, Príamo reúne la asamblea. Anténor, Eneas y Polidamante son partidarios de pedir la paz. Anfímaco hijo de Príamo les contradice.—38. Príamo increpa a Anténor y Eneas, y decide hacer una acometida contra los griegos. Persuade además a Anfímaco sobre la necesidad de dar muerte a Anténor y Eneas, y trama con él una celada contra aquéllos.—39. Por otra parte, Anténor se reúne con otros próceres troyanos y acuerdan entregar la ciudad a los griegos. Mandan a Polidamante como embajador a Agamenón.—40. Tras alguna discusión, los griegos se conciertan con los traidores, y les prometen salvaguardar sus vidas y las de sus familiares.—41. Polidamante regresa a la ciudad e informa de la gestión. Anténor y Eneas abren de noche las puertas al ejército griego. Neoptólemo mata a Príamo. Eneas esconde a Políxena. Andrómaca y Casandra se refugian en el templo de Minerva.—42. Reparto del botín entre los griegos. Anténor consigue de Agamenón la libertad de Héleno, Casandra, Hécuba y Andrómaca.—43. Neoptólemo quiere sacrifi-

car a Políxena. Anténor la encuentra y la presenta a Agamenón, quien recrimina a Eneas por haberla escondido y le manda salir de allí con los suyos. Parte Helena con Menelao. Héleno con Casandra, Hécuba y Andrómaca marchan al Quersoneso.—44. Fin de la historia de Dares. Balance último sobre la duración de la guerra y los muertos en ella. División en grupos de los supervivientes troyanos.

EPÍSTOLA

Cornelio Nepote saluda a su amigo Salustio Crispo [1].

Estando yo en Atenas [2], mientras me ocupaba en muchas actividades llevado de mi curiosidad, encontré una historia, escrita —según indicación del título— de puño y letra del propio Dares Frigio [3], que, sobre los griegos y los troyanos, él legó a la posteridad. Yo, acogiéndola con sumo entusiasmo, la traduje enseguida. Pensé que no era conveniente añadir ni quitar nada con el propósito de corregirla; de otro modo podría parecer mía. Así pues, opté por traducirla literalmente al latín, tal y como había sido escrita, con veraci-

---

[1] Acudiendo a los nombres de estos dos famosos historiadores republicanos, el falsario —pues es absolutamente inverosímil que el latín de esta obra, con rasgos ya muy tardíos, se quiera poner bajo la autoría de Cornelio Nepote— pretende incluir su obra en el marco de la historiografía y garantizar así la veracidad de los hechos que narra. Cornelio Nepote (99 aprox.-24 a. C.) y Salustio (86-35 a. C.) fueron, efectivamente, contemporáneos, pero no nos consta que mantuvieran entre ellos relaciones de amistad. Sea como sea, lo que comienza como carta acaba, según puede verse, de forma abrupta, para dar paso enseguida a la historia de Dares.

[2] No tenemos noticia en ninguna fuente de que Nepote estuviera en Atenas. Sin duda es una invención del falsario.

[3] ¿Escrita en frigio? ¿En griego? Nada se nos dice al respecto.

dad y con estilo sencillo[4], para que quienes la lean puedan enterarse de cómo se desarrollaron los acontecimientos: a ver si consideran como más auténtico lo que legó a la posteridad el frigio Dares, que vivió en aquella misma época y fue soldado cuando los griegos combatían contra los troyanos, o piensan que se debe prestar crédito a Homero, que nació muchos años después de haberse llevado a cabo dicha guerra[5]. Sobre este asunto hubo en Atenas una disputa, pues se tenía por locura el que hubiera escrito que los dioses habían guerreado junto con los hombres[6]. Pero basta con lo ya dicho: volvamos ahora a lo prometido.

[4] No podemos comprobar, si es que en verdad existió un original de esta obra, si su estilo era verdaderamente sencillo. Pero, si el texto latino que nos ha llegado responde con alguna fidelidad al original, más que de estilo sencillo deberíamos hablar de estilo pedestre y ramplón.

[5] El enfrentamiento con el padre de la poesía está ya servido desde este comienzo.

[6] El texto de Dares, como el de Dictis, suprime por lo general toda intervención de los dioses en la acción.

HISTORIA DE LA DESTRUCCIÓN DE TROYA ESCRITA POR EL FRIGIO DARES

Pelias, rey en el Peloponeso[7], tuvo por hermano a Esón[8]. 1
Hijo de Esón era Jasón, distinguido por su valor; y a quienes estaban bajo la autoridad de Pelias, a todos los consideraba como huéspedes y era por ellos muy especialmente querido. Cuando vio el rey Pelias que Jasón era tan bienquisto por todo el pueblo, temió que tramara asechanzas contra él y lo echara de su reino; dice a Jasón que en poder de los colcos[9] estaba el vellocino de oro de un carnero[10], recompensa digna de su valor; promete equiparle con todo lo necesario para

[7] Pelias es, junto con Neleo, hijo de Tiro y Posidón, según las fuentes mitográficas; pero gobernó en Yolco, en Tesalia, no en el Peloponeso, noticia esta de Dares que es absolutamente discordante con la tradición.

[8] Esón, según las fuentes, era hijo de Creteo, que era, a su vez, el padre putativo de Neleo y Pelias.

[9] Los habitantes de la Cólquide, en la ribera oriental del Ponto Euxino —lo que hoy conocemos como Mar Negro—, al pie del Cáucaso, país gobernado entonces por el rey Eetes, hijo del Sol y padre de Medea.

[10] Era el vellón de un carnero mágico en el que los gemelos Frixo y Hele habían huido, volando, de las asechanzas de su madrastra (más detalles en RUIZ DE ELVIRA, *Mitología Clásica*, págs. 296-299).

que la trajera de allí[11]. Jasón, al oír esto, siendo como era de carácter muy valiente, y deseando conocer todas las regiones, y porque pensaba que se haría más famoso si robaba a los colcos el vellocino de oro, dice al rey Pelias que estaba dispuesto a ir allí, siempre que no le faltasen recursos y compañeros. El rey Pelias ordenó llamar al artesano Argos y le mandó que construyera una nave, todo lo hermosa que pudiera, a gusto de Jasón. Por toda Grecia corrió el rumor de que se estaba construyendo una nave para que Jasón fuera al país de los colcos a buscar el vellocino de oro. Amigos y huéspedes acudieron a Jasón y le prometieron ir con él. Jasón les dio las gracias y les pidió que estuvieran preparados para cuando llegara el tiempo; entretanto se construye la nave y, una vez que hubo llegado la estación del año, Jasón envió cartas a los que le habían prometido ir con él, y sin tardanza se reunieron junto a la nave, cuyo nombre era Argo[12]. El rey Pelias ordenó cargar en la nave las cosas que eran necesarias y animó a Jasón y a los que se disponían a partir con él a que marcharan con fortaleza de ánimo a culminar lo que se habían propuesto. Parecía que dicha empre-

---

[11] Dares omite aquí toda una serie de prolegómenos a la expedición argonáutica como son la llegada de Jasón a Yolco, descalzo de un pie, tras su educación por el centauro Quirón; el oráculo recibido por Pelias de que se cuidara de aquel que viniera calzado sólo de un pie; y el consiguiente envío de Jasón a la Cólquide en busca del vellocino (cf. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica*, págs. 269-273).

[12] Por lo que los marineros que en ella se embarcaron recibieron el nombre de «argonautas», es decir: «marineros de la Argo». Naturalmente, y siguiendo la tendencia racionalista que predomina en todo el relato de Dares, se omiten detalles tradicionales, concernientes a la nave, que inciden en lo sobrenatural y maravilloso, como es el hecho de que fuera construida bajo la supervisión de Atenea/Minerva, y que estuviera dotada de voz por haber colocado la diosa en la proa de la misma un leño parlante, procedente de la profética encina de Dodona.

sa daría fama a Grecia y a ellos mismos. Informar sobre los que partieron con Jasón no nos parece que sea de nuestra competencia; no obstante, quienes quieran saber sus nombres, lean los *Argonautas*[13].

Una vez que llegó a Frigia Jasón, acercó la nave al puerto del Símois[14]; al punto todos salieron de la nave a tierra. Al rey Laomedonte[15] se le anunció que una nave portentosa había entrado en el puerto del Simois y que habían venido en ella muchos hombres de Grecia. Cuando el rey Laomedonte lo oyó, se asustó; consideró que sería un peligro público si los griegos tomaban por costumbre arribar con las naves a sus costas. Envía entonces mensajeros al puerto para decir que se alejen los griegos de sus tierras, y que, si no obedecían su orden, él los echaría de allí con las armas. Jasón y quienes habían venido con él llevaron a mal la crueldad de Laomedonte de ser tratados así por él, no habiendo cometido ellos ninguna injusticia. Al mismo tiempo temían el gran número de los bárbaros, si intentaban quedarse allí incumpliendo la orden, no fueran a ser aniquilados al no estar ellos preparados para combatir; subieron, pues, a la nave, y se alejaron de tierra, marcharon al país de los colcos, robaron el vellocino y regresaron a su patria[16]. 2

---

[13] No sabemos a qué obra sobre este tema se refiere: ¿a las *Argonáuticas* de APOLONIO DE RODAS, a las de VARRÓN DEL ÁTACE, a las de VALERIO FLACO, a las *Argonáuticas órficas?*

[14] El Simois —o Simoente— es un de los ríos de Troya. No hay noticia en las restantes fuentes de esta llegada de la nave Argo a tierras troyanas, y sí que la hay de otras muchas etapas (Lemnos, país de los doliones, Misia, Bitinia, Tracia, país de los mariandinos...) de las que no habla Dares.

[15] Rey de Troya, hijo de Ilo y padre, entre otros, de Príamo.

[16] Mucho resume aquí Dares la solución de la empresa argonáutica, omitiendo los arduos trabajos que tuvo que cumplir Jasón para conseguir el vellocino, el enamoramiento y la ayuda de Medea, la negativa final de

3 Hércules llevó a mal el haber sido tratado injuriosamente por el rey Laomedonte, él y los que como él habían marchado a Colcos con Jasón[17]; viene a Esparta a entrevistarse con Cástor y Pólux[18], y hace con ellos un trato para que castiguen con él las injurias recibidas, y Laomedonte no lleve impunemente el haberlos apartado a aquéllos de su tierra y de su puerto: tendrían muchos colaboradores —decía— si se disponían a ello. Cástor y Pólux prometieron que harían todo lo que Hércules quisiera. Tras hablar con ellos, marcha a Salamina[19] para ver a Telamón[20]; le pide que vaya a Troya con él para castigar las injurias cometidas contra él y contra los suyos. Telamón aseguró que estaba dispuesto a todo lo que Hércules quisiera hacer. De allí marchó a la Ftía[21] a ver a Peleo[22], y le pide que vaya a Troya con él. Y Peleo le prometió que iría. De allí fue a Pilos[23] a ver a Néstor[24], y Néstor le pregunta a qué había venido. Hércules le contesta que estaba profundamente resentido y quería con-

Eetes a darles el vellocino, el robo del mismo, la huida y el viaje de regreso, repleto de peligros (cf. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología Clásica,* págs. 284-290).

[17] Según la mayoría de las fuentes (Apolodoro, Apolonio de Rodas, Valerio Flaco), Hércules, aunque en principio había tomado parte en la expedición, desistió de continuar en ella al perder a Hilas, su compañero, en Misia. Aquí, en cambio, se le hace partícipe de la misma de principio a fin.

[18] Hijos de Júpiter y Leda, hermanos de Helena, los llamados «Dioscuros».

[19] Ciudad e isla del golfo Sarónico, muy cerca de Atenas.

[20] Hijo de Éaco (y, por tanto, nieto de Júpiter), hermano de Peleo y padre de Áyax, rey de Salamina.

[21] Región de Tesalia.

[22] Hermano de Telamón y padre de Aquiles.

[23] Ciudad de Mesenia.

[24] El anciano consejero de los Atridas en la guerra de Troya, hijo de Neleo.

ducir un ejército contra Frigia. Néstor elogió a Hércules y le prometió su colaboración. Hércules, cuando contó con la voluntad de todos, preparó las naves e hizo leva de soldados. Cuando se le ofreció la ocasión de partir, envió cartas a aquellos a los que se lo había pedido para que vinieran con todos los suyos; cuando hubieron llegado, marcharon a Frigia; arribaron de noche al Sigeo[25]. A continuación Hércules, Telamón y Peleo desembarcaron el ejército; dejaron para cuidar de las naves a Cástor, Pólux y Néstor. Al rey Laomedonte se le anunció que la flota de los griegos había llegado al Sigeo, y él mismo con una tropa de jinetes vino hasta el mar y comenzó a combatirlos. Hércules había marchado contra Ilio y comenzó su ataque contra los desprevenidos habitantes de la ciudad. Cuando se le anunció a Laomedonte que Ilio estaba siendo atacada por los enemigos, al punto se da la vuelta, y, encontrándose con los griegos en el camino, muere a manos de Hércules. Telamón fue el primero que entró en la fortaleza de Ilio; a él Hércules en pago de su valor le dio como recompensa a Hesíone, hija del rey Laomedonte[26]. En cambio los demás que habían ido con Laomedonte resultan muertos. Príamo estaba en Frigia, donde Laomedonte, su padre, lo había puesto al frente del ejército. Hér-

---

[25] Promontorio cercano a Troya.

[26] Lo que aquí se cuenta sobre Hércules y Laomedonte difiere de la versión más extendida que hablaba del salvamento por Hércules —en el curso del noveno de sus trabajos— de Hesíone, hija de Laomedonte, cuando estaba a punto de ser devorada por un cetáceo; de la negativa de Laomedonte a entregarle a cambio, como habían convenido, unos caballos de origen divino que poseía, y de la ulterior expedición de castigo contra el rey perjuro que culminaba con la victoria de Hércules, la muerte de Laomedonte, la entrega por Hércules a Telamón de Hesíone, con la que se casa, y la entronización en Troya de Príamo, hijo de Laomedonte, por decisión y arbitrio del propio Hércules (cf. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología Clásica*, págs. 227-230 y 246-247).

cules y quienes habían venido con él hicieron un gran botín y lo llevaron a las naves. Desde allí decidieron marcharse a la patria; Telamón se llevó consigo a Hesíone[27].

4 Cuando a Príamo se le anunció esta noticia de que su padre había sido asesinado, que habían saqueado a los habitantes de la ciudad, que se habían llevado el botín y que su hermana Hesíone había sido otorgada en recompensa, llevó a mal el que Frigia hubiera sido tratada tan injuriosamente por los griegos, y se dirigió a Ilio junto con su esposa Hécuba y sus hijos Héctor, Alejandro, Deífobo, Héleno, Troilo, Andrómaca, Casandra y Políxena[28]. Pues tenía también otros hijos nacidos de las concubinas, pero nadie dijo que fuera ninguno de linaje real sino aquellos que habían nacido de las esposas legítimas. Cuando Príamo llegó a Ilio, levantó unas murallas de mayor anchura, y dejó la ciudad extraordinariamente defendida. Hizo también que permanecieran allí un gran número de soldados para no ser atacado por descuido, tal y como lo había sido su padre Laomedonte. Edificó asimismo un palacio, y consagró allí un altar y una estatua a Júpiter. Envió a Héctor a Peonia[29]; hizo las puertas de Ilio, cuyos nombres son éstos: Antenorea, Dardania, Ilia, Escea, Timbrea y Troyana; y una vez que vio que Ilio estaba asegurada, esperó la ocasión. Cuando le pareció el momento de vengar las injurias cometidas contra su padre, manda llamar a Anténor[30] y le dice que quería mandarlo como embajador

---

[27] Y de ella tendrá como hijo a Teucro.

[28] Todos los mencionados son, en efecto, hijos de Príamo, a excepción de Andrómaca, nuera suya, casada con su hijo Héctor.

[29] Región situada en el norte de Macedonia.

[30] Consejero de Príamo, partidario casi siempre de las soluciones pacíficas, de actuación muy destacada en el transcurso de la guerra —según el relato de Dares—, y que acabó entregando la ciudad a los griegos. De él se contaba además que, después de la conquista de la ciudad, viajó por mar hasta llegar a Italia y allí fundó Padua.

a Grecia; graves injurias —aseguraba— se le habían infligido por parte de aquellos que habían venido con el ejército, al dar muerte a su padre Laomedonte y haber raptado a Hesíone; todo lo cual, sin embargo —seguía diciendo—, lo soportaría con ecuanimidad si le era devuelta Hesíone[31].

Anténor, como Príamo le ordenó, embarcó; y luego que 5
partió, llegó a Magnesia[32] a ver a Peleo; Peleo lo recibió hospitalariamente durante tres días; al cuarto día le pregunta por qué había venido. Anténor le dice lo que Príamo le había encargado: que pidiera a los griegos que le devolvieran a Hesíone. Cuando Peleo escuchó tales palabras, las llevó a mal, y puesto que veía que aquello le afectaba personalmente[33], le mandó salir fuera de sus fronteras. Anténor, sin ninguna tardanza, embarcó; inmediatamente después emprendió ruta costeando Beocia; navegó hasta Salamina para ver a Telamón; comenzó a pedirle que devolviera a Príamo su hermana Hesíone; pues no era justo —decía— que tuviese como esclava a una muchacha de estirpe real. Telamón respondió a Anténor que él no había hecho nada contra Príamo, y que no entregaría a nadie aquello con lo que había sido obsequiado en pago a su valor; en consecuencia manda a Anténor alejarse de su isla[34]. Anténor embarca y llega a Acaya. Dirigiéndose desde allí a ver a Cástor y Pólux, comenzó a pedirles que dieran satisfacción a Príamo y que le

[31] De este modo —y puesto que el relato, escrito presuntamente por un troyano, adopta la perspectiva filotroyana— el rapto de Helena queda en parte justificado como una respuesta troyana al rapto de Hesíone por los griegos.

[32] Región de Tesalia.

[33] Puesto que Telamón, en cuya propiedad se hallaba Hesíone, era hermano de Peleo.

[34] Salamina.

devolvieran a su hermana Hesíone. Cástor y Pólux dijeron que no se le había hecho ninguna injuria a Príamo, y mandaron a Anténor que se fuera. Desde allí marcha a Pilos a entrevistarse con Néstor; expuso a Néstor el motivo por el que había ido. Éste, cuando lo escuchó, comenzó a reprender a Anténor por haberse atrevido a venir a Grecia, habida cuenta de que los griegos habían sido los primeros en ser ofendidos por los frigios. Anténor, cuando vio que no había conseguido nada y que lo trataban injuriosamente, embarcó y volvió a su patria. Informa al rey Príamo de cuál había sido la respuesta de cada uno, y de cómo lo habían tratado, y le exhorta al mismo tiempo a que vaya contra ellos llevándoles la guerra.

6 Inmediatamente Príamo manda llamar a sus hijos y a todos sus amigos: Anténor, Anquises, Eneas, Ucalegonte, Bucolión, Panto, Lampón, y a todos los hijos que le habían nacido de las concubinas. Una vez que se reunieron, les dijo que había enviado a Anténor como embajador a Grecia para que los griegos le dieran satisfacción por haber matado a su padre, y para que le devolvieran a Hesíone. Ellos —decía— lo habían tratado injuriosamente, y Anténor no había conseguido nada de ellos; y así, puesto que no habían querido hacer su voluntad —seguía diciendo— le parecía oportuno a él que se enviara un ejército contra Grecia para castigarlos, y para que los griegos no se mofaran de los bárbaros. Y Príamo exhortó a sus hijos para que fueran los caudillos de esta empresa, especialmente a Héctor, pues era el de mayor edad. Éste comenzó a decir que pondría por obra la voluntad de su padre, y que castigaría la muerte de su abuelo Laomedonte y todas las injurias que los griegos hubieran cometido contra los troyanos, para que no quedara impune esta acción de los griegos; pero que temía que no se pudiera llevar a término lo que se habían propuesto; Grecia —decía—

tendría muchos valedores, Europa contaba con hombres belicosos, pero Asia siempre había vivido en la ociosidad y ésa era la causa de que no tuviera flota.

Alejandro[35] comenzó a animarles a todos para que se 7
preparara una flota y se enviara contra Grecia; él sería el caudillo de tal empresa —decía— si quería su padre; tenía seguridad, en la benevolencia de los dioses, de que, vencidos los enemigos, regresaría de Grecia a la patria tras haber conseguido la gloria; pues a él en el bosque del Ida —seguía diciendo—, en ocasión en que iba de caza, en sueños Mercurio le había traído a Juno, Venus y Minerva, con el fin de que juzgara entre ellas sobre su belleza; y entonces Venus le había prometido que, si decidía que su rostro era el hermoso, ella le daría como esposa a la mujer a la que en Grecia se la tuviera por la de más hermosa figura; tras haberlo así escuchado —proseguía—, había elegido a Venus como la que más destacaba por su rostro[36]. De ahí las esperanzas de Príamo en que Venus iba a colaborar con Alejandro. Deífobo dijo que le parecía bien el plan de Alejandro, y que esperaba que los griegos devolvieran a Hesíone y les pidieran disculpas, si, tan pronto como estuviera todo preparado, se enviaba la flota contra Grecia. Héleno comenzó a vaticinar[37] que los griegos vendrían, destruirían Ilio, y que, si Alejandro se llegaba a traer una esposa de Grecia, morirían sus padres y hermanos a mano del enemigo. Troilo, el menor en edad, pero no menos fuerte que Héctor, aconsejaba que se emprendiera la guerra y que no había que asustarse

[35] A Paris se le llama siempre en Dares con este su nombre alternativo.

[36] De este modo el juicio de Paris queda negado en cuanto a su realidad, y se prescinde así de la intervención divina propiamente dicha. Se omiten también detalles tan sustanciosos y presentes en la tradición mitográfica como la manzana de la Discordia, premio para la elegida.

[37] Pues era adivino, al igual que su hermana Casandra.

por miedo a las palabras de Héleno. Por lo cual acordaron todos preparar la flota y marchar contra Grecia.

8 Príamo envió a Alejandro y Deífobo a Peonía para que reclutaran soldados. Manda que el pueblo acuda a una asamblea, amonesta a sus hijos para que los mayores en edad dieran órdenes a los menores, y expone qué afrentas habían cometido los griegos contra los troyanos; por ello —decía— había enviado a Anténor como embajador a Grecia, para que le devolvieran a su hermana Hesíone y dieran satisfacción a los troyanos; pero Anténor había sido tratado injuriosamente por los griegos, y no había podido conseguir nada de ellos; le parecía bien a él —proseguía— que Alejandro fuera enviado a Grecia con una flota para vengar la muerte de su abuelo y las injurias sufridas por los troyanos. A Anténor le mandó que expusiera de qué manera había sido tratado en Grecia. Anténor incitó a los troyanos a no tener miedo, hizo a los suyos más animosos para derrotar a Grecia, y explicó en pocas palabras lo que había hecho allí. Príamo dijo que, si a alguno le parecía mal que se emprendiera la guerra, manifestara su opinión. Panto revela a Príamo y a sus allegados lo que había oído a su padre Euforbo; comienza a decir que si Alejandro se traía una esposa de Grecia, sobrevendría a los troyanos una total aniquilación, y que era preferible pasar la vida en la inacción que perder la libertad en el tumulto de la guerra y exponerse a un peligro. El pueblo desdeñó la opinión autorizada de Panto y mandaron decir al rey qué quería que se hiciera. Príamo dijo que debían prepararse las naves para marchar contra Grecia, y que instrumentos para ello tampoco le faltaban al pueblo. El pueblo gritó a una que por ellos no había demora para obedecer las órdenes del rey. Príamo les expresó su vivo agradecimiento y disolvió la asamblea. Y a continuación envió hombres al bosque del Ida para que cortaran madera y cons-

truyeran las naves; y a Héctor lo envió a la Frigia superior para que preparara un ejército, y así se hizo. Casandra, después que oyó el plan de su padre, comenzó a predecir lo que iba a ocurrirles a los troyanos si Príamo se empeñaba en mandar una flota contra Grecia.

Entretanto llegó el momento: las naves fueron construi- 9
das y llegaron los soldados que Alejandro y Deífobo habían reclutado en Peonia. Y cuando le pareció que se podía navegar, pronuncia Príamo un discurso ante el ejército, pone a su frente a Alejandro como general en jefe, envía con él a Deífobo, Eneas y Polidamante, y le da la orden de que primero se acerque a Esparta, acuda a Cástor y Pólux, y les pida que le devuelvan a su hermana Hesíone y den una disculpa a los troyanos; y si se negaban a ello, que le envíen rápidamente un mensajero para que pueda mandar el ejército contra Grecia. Después de esto Alejandro navegó hasta Grecia llevando consigo el piloto aquel que ya con Anténor había aprendido la ruta por mar. No muchos días antes de que Alejandro navegara a Grecia, y antes de acercarse a la isla Citerea, Menelao, de travesía hacia Pilos para ver a Néstor, se encontró con Alejandro en el viaje y se preguntaba asombrado hacia dónde se dirigiría la flota real. Ambos al encontrarse se miraron recíprocamente, sin saber adónde iba cada uno de ellos. Cástor y Pólux habían ido a ver a Clitemnestra y habían llevado consigo a su sobrina Hermíone, hija de Helena. En Argos se celebraba la fiesta de Juno durante los días en que Alejandro arribó a la isla de Citera, donde había un templo de Venus; allí hizo un sacrificio a Diana[38]. Los que estaban en la isla admiraban la flota real, y

[38] No se comprende bien a primera vista la razón de hacer un sacrificio a Diana en una isla vinculada especialmente al culto de Venus. Pero en el capítulo siguiente se explica que también en ella, y concretamente en la ciudad de Helea, había un templo consagado a Diana y Apolo.

preguntaban a los que habían venido con Alejandro quiénes eran y a qué habían venido. Les respondieron ellos que el rey Príamo había enviado a Alejandro como embajador a Cástor y Pólux para entrevistarse con ellos.

10 Pero Helena, la esposa de Menelao, estando Alejandro en la isla de Citera, acordó ir allí. Por lo cual se acercó a la playa. Está junto al mar la ciudad de Helea, donde hay un templo de Diana y Apolo. Allí había decidido Helena hacer un sacrificio. Y cuando a Alejandro se le dio noticia de que Helena había venido a la orilla del mar, consciente él de su propia belleza, comenzó a pasearse por delante de ella con deseos de verla. A Helena se le anunció que Alejandro, hijo del rey Príamo, había venido a la ciudad de Helea, donde ella misma estaba. También ella deseaba verlo a él. Y cuando los dos se contemplaron cara a cara, encendidos ambos ante su respectiva hermosura, dieron ocasión para expresarse su mutua admiración. Alejandro manda que todos en las naves estén preparados, que de noche suelten amarras a la flota, que rapten a Helena del templo y la lleven con ellos. A una señal dada invaden el templo, raptan a Helena, sin que ella se oponga, la llevan a la nave y con ella capturan a algunas mujeres. Y una vez que los habitantes de la ciudad vieron el rapto de Helena, lucharon largo tiempo contra Alejandro para que no pudiera llevársela de allí; pero Alejandro, apoyándose en el gran número de sus compañeros, los derrotó, despojó el templo, se llevó consigo cautivos a todos los hombres que pudo, los subió a las naves, soltó amarras a la flota, dispuso volver a su patria, llegó al puerto de Ténedos, donde consoló a la entristecida Helena con sus palabras y envió a su padre noticia de todo lo realizado. Cuando en Pilos se le dio la noticia a Menelao, marchó a Esparta junto con Néstor, y envió un mensajero a su hermano Agamenón, a Argos, pidiéndole que viniera a verlo.

Entretanto Alejandro llega ante su padre con un gran botín, y le refiere el desarrollo de la operación que ha llevado a cabo. Príamo se alegró esperando que los griegos, para recuperar a Helena, le devolverían a Hesíone y lo que de allí se habían llevado robándoselo a los troyanos. Consoló a la entristecida Helena y se la dio a Alejandro como esposa. Tan pronto como la vio Casandra comenzó a vaticinar repitiendo lo que anteriormente había profetizado. Príamo mandó que se la llevaran y la encerraran[39]. Agamenón, cuando llegó a Esparta, consoló a su hermano, y acordó que por toda Grecia se enviaran reclutadores para convocar a los griegos y declarar la guerra a los troyanos. Acudieron, pues, los siguientes: Aquiles con Patroclo, Euríalo, Tlepólemo y Diomedes. Una vez que llegaron a Esparta, decidieron castigar las afrentas de los troyanos y preparar un ejército y una flota; a Agamenón lo nombran general en jefe y guía de la expedición. Envían ellos embajadores para que de toda Grecia se reúnan equipados y dispuestos con sus flotas y ejércitos, en el puerto de Atenas, con el fin de partir todos a la vez desde allí a Troya para castigar las afrentas que les habían inferido[40]. Cástor y Pólux, poco después, cuando oyeron que 11

[39] Esta incredulidad ante las profecías de Casandra y este trato como a loca que se le da obedece al destino de esta hija de Príamo, pues es tradición constante —como señala Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica*, págs. 399-400— que, tras negarse Casandra a complacer a Apolo en sus pretensiones amorosas hacia ella, habiendo recibido del dios el don de la adivinación a cambio de ceder a su pasión, tuvo que soportar como castigo infligido por el mismo dios —que ya no podía volverse atrás de su primera concesión— que sus profecías, aunque siempre certeras, no fueran nunca creídas.

[40] En la versión común —según consta, por ejemplo, en Apolodoro y en la *Crestomatía* de Proclo (cf. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica*, págs. 415-416)— la reunión de la flota griega tiene lugar en el puerto de Áulide. El hecho de que, según Dares, sea en Atenas probablemente obe-

su hermana Helena había sido raptada, embarcaron y la siguieron. Cuando desamarraron la nave en la playa de Lesbos, corrió la fama de que, tras una enorme tempestad, no habían vuelto a aparecer por ninguna parte; posteriormente se dijo que se habían convertido en inmortales[41]; y que asimismo los lesbios habían partido con naves en su búsqueda hasta Troya, y, no habiendo encontrado vestigios de ellos en ninguna parte, lo hicieron saber en su patria.

12 El frigio Dares, que escribió esta historia[42], dice que estuvo sirviendo como soldado incluso cuando se llevó a cabo la conquista de Troya; que vio a los personajes que más abajo se enumeran cuando había tregua; que participaba algunas veces en el combate; y que, además, había oído decir a los dárdanos de qué apariencia y carácter habían sido Cástor y Pólux[43]. Fueron, en efecto, semejantes el uno al otro, de cabello rubio, de ojos grandes, de rostro sin defecto, bien formados, de cuerpo delgado. Helena —dice— era parecida

---

dece a una transposición a época mítica de la preponderancia de Atenas en época histórica, es decir, a un anacronismo.

[41] No es ésta la versión común sobre la muerte o apoteosis de Cástor y Pólux, sino que se decía que, a resultas de la contienda con sus primos los Afaridas, había muerto Cástor y sobrevivido Pólux, y que Júpiter subió al cielo a éste último; pero Pólux, no queriendo gozar de la inmortalidad privado de su hermano, renunció a ella; y Júpiter consintió entonces en que cada uno de ambos fuera inmortal en días alternos (cf. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica,* págs. 408-410). La versión de Dares es puramente racionalista y pretende sugerir que, al desaparecer en medio de la tormenta (como Rómulo y como Eneas), fue la imaginación popular la que los divinizó.

[42] En estas palabras queda claro que el texto que tenemos del relato es una reelaboración —traducción o abreviación— de un original, a cuyo autor se cita en tercera persona. Lo mismo ocurre en el último capítulo.

[43] Nuevamente se aducen los testigos de aquello que se afirma para ofrecer garantías de veracidad y cumplir con las leyes de la historiografía.

a ellos, hermosa, de carácter sencillo, cariñosa, de piernas inmejorables, con un lunar entre las dos cejas, de boca pequeña. Príamo, rey de los troyanos, era —sigue diciendo— de rostro hermoso, corpulento, de voz dulce, de cuerpo moreno. Héctor era tartamudo, blanco, de pelo rizado, bizco, de miembros ágiles, de rostro venerable, barbado, agradable, belicoso, magnánimo, clemente para con los ciudadanos, amable, equilibrado. Deífobo y Héleno eran —según él— parecidos a su padre, pero de carácter diferente; Deífobo era fuerte; Héleno, clemente, instruido, adivino. De Troilo dice que era corpulento, muy hermoso, valiente para su edad, fuerte, ambicioso de la virtud. De Alejandro, que era blanco, esbelto, fuerte, de ojos hermosísimos, de cabello suave y rubio, de rostro agraciado, de voz dulce, rápido, deseoso de mando. A Eneas lo caracteriza como pelirrojo, bien proporcionado, elocuente, afable, fuerte, con inteligencia, piadoso[44], agraciado, de ojos alegres y negros. Anténor —según él— era esbelto, delgado, de miembros rápidos, astuto, precavido. De Hécuba dice que era corpulenta, de cuerpo moreno, bella, de inteligencia propia de varón, piadosa, justa. De Andrómaca, que era de ojos claros, blanca, esbelta, hermosa, comedida, inteligente, casta, cariñosa. De Casandra, que era de mediana estatura, de boca redonda, pelirroja, de ojos chispeantes, adivina del futuro. Dice de Políxena que era blanca, alta, hermosa, de cuello largo, de ojos graciosos, de cabellos rubios y largos, proporcionada en sus miembros, de dedos alargados, de piernas rectas, de pies inmejorables, tal que por su hermosura aventajaba a todas, de carácter sencillo, desprendida y dadivosa.

---

[44] Ésta es la más típica caracterización de Eneas, la que tan claramente expuesta aparece en la *Eneida* de VIRGILIO.

13 De Agamenón refiere que era de cuerpo blanco, corpulento, de miembros robustos, elocuente, prudente, noble, rico. De Menelao, que era de mediana estatura, pelirrojo[45], hermoso, simpático, agradable. Aquiles era —según él— de ancho pecho, de graciosa boca, de miembros robustos y grandes, de largos cabellos muy rizados, clemente, muy impetuoso con las armas, de rostro alegre, desprendido, dadivoso, de pelo oscuro[46]. De Patroclo dice que era de bello cuerpo, de ojos azules, de grandes fuerzas, respetuoso, decidido, prudente, dadivoso. Áyax de Oileo era —según su testimonio— bien proporcionado, de miembros robustos, de cuerpo moreno, divertido, fuerte. De Áyax Telamonio dice que era robusto, de voz sonora, de pelo negro y cabellera rizada, de carácter sencillo, implacable para con el enemigo. De Ulises, que era seguro, engañoso, de cara alegre, de estatura media, elocuente, inteligente. De Diomedes, que era fuerte, bien proporcionado, de cuerpo distinguido, de rostro sobrio, muy impetuoso en la guerra, que se acompañaba de grandes voces[47], de espíritu ardoroso, impaciente, audaz. Néstor era —según él— corpulento, de nariz corva y larga, ancho, de tez blanca, buen consejero, prudente. De Protesilao dice que era de cuerpo blanco, de rostro distinguido, rápido, resuelto, temerario[48]. De Neoptólemo, que era corpulento, vigoroso, colérico, tartamudo, hermoso de cara, encorvado, de ojos redondos, de pobladas cejas. De Palamedes, que era esbelto, alto, inteligente, magnánimo, cariñoso. De Podalirio, que era gordo, robusto, soberbio, triste. De Macaón, que era fuerte, corpulento, decidido, prudente, paciente, compasivo. De Meriones, que era pelirrojo, de mediana estatura,

---

[45] Homero hablaba del «rubio Menelao».

[46] Rubio era Aquiles, sin embargo, según la tradición.

[47] La buena voz era también, según Homero, un atributo de Diomedes.

[48] Por eso murió el primero de todos los griegos.

de cuerpo redondeado, vigoroso, obstinado, cruel, impaciente. De Briseida, que era hermosa, de no elevada estatura, de tez blanca, de pelo rubio y suave, cejijunta, de ojos graciosos, de cuerpo proporcionado, cariñosa, afable, respetuosa, de carácter sencillo, piadosa.

A continuación, equipados con su flota, se reunieron los 14 griegos en Atenas: Agamenón vino de Micenas con cien naves; Menelao de Esparta con sesenta; Arcesilao y Proténor de Beocia con cincuenta; Ascálafo y Yálmeno de Orcómeno con treinta; Epístrofo y Esquedio de la Fócide con cuarenta; Áyax Telamonio trajo de Salamina consigo a su hermano Teucro, de Buprasión a Anfímaco, Diores, Talpio y Políxeno, con cuarenta naves; Néstor de Pilos vino con ochenta; Toante de Etolia con cuarenta; Nireo de Sime con cincuenta y tres; Áyax de Oileo del país de los locros con treinta y siete; Ántifo y Fidipo de Calidna con treinta; Idomeneo y Meriones de Creta con ochenta; Ulises de Ítaca con doce; Eumelo de Feras con diez; Protesilao y Podarces de Fílaca con cuarenta; Podalirio y Macaón, hijos de Esculapio, de Trica con treinta y dos; Aquiles con Patroclo y los mirmídones de Ftía con cincuenta; Tlepólemo de Rodas con nueve; Eurípilo de Ormenio con cuarenta; Ántifo y Anfímaco de la Élide con once; Polipetes y Leonteo de Argisa con cuarenta; Diomedes, Eurialo y Esténelo de Argos con ochenta; Filoctetes de Melibea con siete; Guneo de Cifo con veintiuna; Protoo de Magnesia con cuarenta; Agapénor de Arcadia con cuarenta; Menesteo de Atenas con cincuenta. Éstos fueron los caudillos de los griegos, en número de cuarenta y nueve, que trajeron naves en un total de mil ciento treinta.

Después de su llegada a Atenas, Agamenón llama a los 15 jefes a una reunión; los elogia y anima para que castiguen cuanto antes las afrentas de que habían sido objeto. Les pregunta si alguien tiene algún plan y les sugiere que envíen,

antes de emprender la marcha, unos mensajeros a Delfos para consultar a Apolo, a lo que todos asienten. De dicho asunto se le encarga a Aquiles, que parte junto con Patroclo. Príamo, entretanto, cuando supo que los enemigos estaban preparados, envía mensajeros por toda Frigia para que condujeran allí los ejércitos de los pueblos vecinos, y en su patria apresta soldados con gran afán. Aquiles, habiendo llegado a Delfos, se dirige al oráculo; y desde el santuario se le responde que los griegos vencerían y conquistarían Troya al décimo año. Aquiles cumplió con los ritos, según estaba establecido. Por aquel tiempo había llegado también Calcante, hijo de Téstor, adivino. Enviado por su pueblo, llevaba ofrendas a Apolo para rogar por los frigios; al mismo tiempo consultó sobre el reino y sus asuntos. A él desde el santuario se le responde que marche contra los troyanos en compañía de la flota de soldados argivos, que los ayude con su inteligencia, y que no se marchen de allí hasta que Troya sea conquistada[49]. Una vez que llegaron al templo, Aquiles y Calcante se comunicaron entre sí sus respuestas; alegrándose, consolidan su amistad con la hospitalidad, parten juntos hacia Atenas y llegan allí. Aquiles refiere estas mismas cosas en la asamblea, los argivos se alegran, aceptan a Calcante con ellos y desamarran la flota. Reteniéndolos entonces una tempestad, Calcante les pronostica, después de haber consultado augurios, que deben regresar y dirigirse a Áulide[50]. Parten y llegan. Agamenón aplaca a Diana[51] y di-

---

[49] Según la versión homérica, Calcante es griego de origen y va con los griegos desde el principio.

[50] De modo que ahora enlaza el relato de Dares con la versión tradicional, al situar en Áulide a la flota griega como punto de partida hacia Troya.

[51] Aquí corresponde en la leyenda tradicional el episodio del sacrificio de Ifigenia, que tiene como fin, en efecto, la expiación de un crimen cometido por Agamenón contra la diosa Diana, la muerte de una cierva sagrada (cf. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica*, págs. 416-418).

ce a sus compañeros que desamarren la flota y pongan rumbo hacia Troya. A Filoctetes, que había ido a Troya con los argonautas[52], lo utilizan como guía. Después acercan la flota a una fortaleza que estaba sometida a la autoridad del rey Príamo y la conquistan, y luego de hacer un gran botín se marchan de allí. Llegan a Ténedos[53], donde matan a todos. Agamenón repartió el botín y convocó la asamblea.

Después manda unos embajadores a Príamo por si quería devolver a Helena y restituir el botín que Alejandro había hecho. Son elegidos como embajadores Diomedes y Ulises, que marchan a entrevistarse con Príamo. Mientras los embajadores obedecen las órdenes, Aquiles y Télefo[54] son enviados a saquear Misia. Llegan hasta el rey Teutrante y hacen botín. Teutrante y su ejército vienen contra ellos; a éste lo hiere Aquiles, tras poner en fuga a su ejército; cuando estaba tendido en el suelo, Télefo lo protegió con su escudo para que Aquiles no lo matara; y recuerdan entre sí la hospitalidad que les unía, pues a Télefo, cuando aún era un muchacho, siendo hijo de Hércules, lo acogió hospitalariamente el rey Teutrante. Cuentan, en efecto, que el rey Diomedes en aquel tiempo, mientras cazaba con sus caballos poderosos y fieros[55], fue asesinado por Hércules, y éste ha- 16

[52] Según la versión tradicional, a la expedición argonáutica fue Peante, padre de Filoctetes, pero no Filoctetes.

[53] Isla situada enfrente de Troya.

[54] Aquí, como en muchos otros lugares, el relato de Dares difiere totalmente del de Dictis. Según Dictis (cf. II 1 ss.), Télefo era rey de Misia y fue objeto de un ataque por parte de las tropas griegas en su ofensiva contra los alrededores de Troya; Télefo es herido por Aquiles, pero más tarde el propio Aquiles le cura la herida, y Télefo, agradecido, traba alianzas con los griegos.

[55] Son las famosas yeguas antropófagas de Diomedes el tracio, objeto de captura en el octavo trabajo de Hércules. Obsérvese aquí, como rasgo racionalizador, la omisión del detalle de la antropofagia.

bía entregado a Teutrante todo su reino: por eso el hijo de Hércules, Télefo, había acudido en su ayuda. Pero comprendiendo Teutrante que con aquella herida no podía escapar ya de la muerte, vivo aún, entregó su reino de Misia a Télefo y lo nombró rey. Entonces Télefo enterró con gran pompa al rey Teutrante. Aquiles le anima a que conserve su reciente reino; le asegura que podría ayudar mucho más al ejército si preparaba el suministro de trigo para la tropa que si iba a Troya. Y así Télefo se queda. Aquiles, con gran provisión de botín, vuelve a Ténedos, donde estaba el ejército. Cuenta a Agamenón lo ocurrido y Agamenón aprueba su determinación y lo colma de elogios.

17 Entretanto los embajadores que se habían enviado llegan a entrevistarse con Príamo. Ulises expone los encargos de Agamenón; pide que Helena y el botín le sean devueltos y que den satisfacción a los griegos para que se retiren pacíficamente. Príamo recuerda los ultrajes de los argonautas, la muerte de su padre, la conquista de Troya y la esclavitud de su hermana Hesíone, y por último el modo tan injurioso con que habían tratado a Antenor cuando él lo envió como embajador; en consecuencia rechaza la paz, declara la guerra y manda que echen fuera de sus fronteras a los embajadores de los griegos. Los embajadores regresan al campamento en Ténedos dando noticia de la respuesta. La operación se lleva a cabo de una manera premeditada.

18 Por otra parte estaban allí para socorrer a Príamo contra los griegos los siguientes jefes con sus respectivos ejércitos, de cuyos nombres y regiones hemos pensado que era necesario dar noticia: de Zelia, Pándaro, Anfio y Adrasto; de Colofonia, Asio; de Caria, Anfímaco; de Licia, Sarpedón y Glauco; de Larisa, Hipótoo y Cupeso; de Ciconia, Eufemo; de Tracia, Piro y Acamante; de Peonia, Pirecmes y Asteropeo; de Frigia, Ascanio y Forcis; de Meonia, Ántifo y Mestles;

de Paflagonia, Pilémenes; de Etiopía, Perses y Memnón; de Tracia, Reso y Arquíloco; de Adrestia, Adrasto y Anfio; de Alizonia, Epístrofo[56]. Sobre estos generales y ejércitos que estuvieron a su servicio, Príamo puso al frente como caudillo y guía a Héctor, luego a Deífobo, Alejandro, Troilo, Eneas y Memnón. Mientras Agamenón deliberaba sobre el conjunto de la situación, llegó desde Cormo Palamedes, hijo de Nauplio, con treinta naves; se excusó diciendo que no había podido ir a Atenas por haber estado enfermo; que había venido tan pronto como había podido. Le dan las gracias y le piden que tome parte en la asamblea.

Luego, no viendo claro los argivos si debían salir hacia 19
Troya furtivamente, por la noche, o de día, les aconseja Palamedes, y expone el plan de que la partida hacia Troya convenía que se hiciera de día y hacer salir así a un grupo de enemigos. Y así todos asienten con él. Ponen al mando de todos a Agamenón, tras haber deliberado. Envían embajadores a Misia y a las demás regiones, para que se ocupen de acarrear suministros al ejército, a saber, a los hijos de Teseo, Demofonte y Acamante, y a Anio[57]; luego convoca al ejército para una asamblea, lo colma de elogios y manda, exhorta y aconseja cuidadosamente que sean obedientes a las órdenes. A una señal dada desamarran las naves; la flota

[56] En este catálogo la transmisión textual es defectuosa y problemática; Eisenhut adopta muchas conjeturas, que nosotros, en general, eliminamos.

[57] También en Dictis (I 21) aparece un tal Anio, de cuyas hijas se dice que suministraron al ejército griego vino y otros alimentos (identificable con el que aparece en la *Eneida* —III 80—, sacerdote de Apolo en Delos, y del que dicen las *Metamorfosis* ovidianas —XIII 632 ss.— que sus hijas tenían capacidad de metamorfosear en alimentos todo lo que tocaban, y que por ello Agamenón quiso usarlas para proveer de suministros al ejército griego, aunque su metamorfosis final en palomas frustró tal propósito).

entera, desplegada a lo ancho, se acerca a las costas de Troya. Los troyanos los rechazan valerosamente. Protesilao hace una salida a tierra, los pone en fuga y causa algunas muertes. Héctor le sale al encuentro y lo mata[58]; a los demás los desbarata. De donde se retiraba Héctor, de allí salían huyendo los troyanos. Después que por ambas partes se hizo una gran matanza, llegó Aquiles. Éste logró que el ejército entero volviera la espalda y emprendiera la fuga, y lo empujó de nuevo hacia Troya. La noche interrumpe el combate[59]. Agamenón saca todo el ejército a tierra y construye un campamento. Al día siguiente Héctor saca al ejército de la ciudad y lo forma. Agamenón, desde el otro lado, con un gran griterío, se lanza contra él. El combate se hace violento y furioso; todos los más fuertes caen entre los primeros. Héctor mata a Patroclo[60] y se dispone a despojarlo. Meríones se lo arrebató desde la formación, para que no lo despojara. Héctor persigue a Meríones y lo mata[61]. Y queriendo despojarlo de la misma manera, llegó a socorrerlo Menesteo, que hirió a Héctor en el muslo; pero incluso herido mató a muchos miles[62], y hubiera perseverado en poner en fuga a los aqueos si no le hubiese salido al encuentro Áyax Telamonio. Al enfrentarse con él se dio cuenta de que era de su sangre, pues era hijo de Hesíone, la hermana de Príamo. Por lo cual Héctor mandó que alejaran el fuego de las naves,

---

[58] Este dato es constante en todas las versiones sobre la guerra de Troya, la muerte de Protesilao antes que la de ningún otro de los griegos. Así también en DICTIS, II 11.

[59] Fórmula típica de Dares, que se repetirá monótonamente una y otra vez.

[60] Esto, en la versión homérica y tradicional, ocurre mucho más adelante, como se sabe.

[61] No consta en ninguna otra fuente que Meríones, compañero del rey cretense Idomeneo, muriera en la guerra.

[62] Hipérbole evidente.

y ambos recíprocamente se obsequiaron, y se apartaron amistosamente[63].

Al día siguiente los griegos piden una tregua. Aquiles 20
llora a Patroclo, los griegos a los suyos. Agamenón entierra a Protesilao con un fastuoso funeral, y se ocupa del sepelio de los demás. Aquiles organiza en honor de Patroclo unos juegos fúnebres[64]. En el tiempo de tregua Palamedes no deja de promover la sedición; el rey Agamenón —decía— era indigno de mandar el ejército. Él mismo pone a la vista del ejército sus muchas iniciativas: en primer lugar su expedición, la fortificación del campamento, la ronda de los centinelas, el modo de dar la señal, el control métrico sobre balanzas y pesos, la formación del ejército. Habiendo sido él el promotor de todo esto, no era justo —decía— desde el momento en que el poder a Agamenón le fue otorgado por unos pocos, que aquél mandara a todos los que habían acudido después, sobre todo cuando todos habían esperado inteligencia y valor en sus caudillos. Mientras los aqueos contendían recíprocamente entre sí acerca del mando supremo, transcurrieron dos años, después de los cuales se volvió a entablar combate. Agamenón, Aquiles, Diomedes y Menelao sacan al ejército. Por la otra parte, Héctor, Troilo y Eneas se lanzan contra ellos. Se produce una gran matanza; de uno y otro bando caen los más fuertes; Héctor mata a Betes, Arcesilao y Protoénor. La noche interrumpe el com-

---

[63] Este encuentro de Héctor y Áyax, su reconocimiento como familiares y su pacto para no enfrentarse en el combate en virtud de sus lazos de parentesco, evoca el encuentro homérico de Glauco y Diomedes en el canto VI de la *Ilíada*. Ahora bien, según la versión más extendida, no Áyax, sino Teucro, era el hijo de Telamón y Hesíone; Áyax, en cambio, era hijo de Telamón y Peribea, según esta versión más común.

[64] Juegos cuya descripción y relato ocupa todo el canto XXIII de la *Ilíada*.

bate. Agamenón por la noche convoca a todos los jefes a una asamblea; los anima y les exhorta a que todos salgan al combate y persigan sobre todo a Héctor, puesto que había dado muerte a algunos de los caudillos más valientes de entre ellos.

21 Al amanecer, Héctor, Eneas y Alejandro sacan el ejército. Salen todos los caudillos de los aqueos. Se produce una gran matanza. Muchos miles de soldados de ambos bandos son enviados al Orco[65]. Menelao comienza a perseguir a Alejandro; al verlo Alejandro, atraviesa el muslo de Menelao con una flecha; él, aquejado por el dolor, no deja de perseguirlo junto con Áyax el locro. Cuando Héctor los vio perseguir con ahínco a su hermano, acude con Eneas en su ayuda. Eneas lo protegió con su escudo, y lo llevó consigo a la ciudad, sacándolo de la liza[66]. La noche interrumpe el combate. Al día siguiente Aquiles con Diomedes saca el ejército. En la otra parte, Héctor y Eneas. Se produce una gran matanza[67]: Héctor mata a los caudillos el de Orcómeno, Yálmeno, Epístrofo, Esquedio, Elefénor, Diores, Políxeno; Eneas a Anfímaco y Nireo; Aquiles a Eufemo, Hipótoo, Pileo, Asteropeo; Diomedes a Ántifo y Mestles. Agamenón, cuando vio que habían caído caudillos valerosísimos, mandó que cesara la lucha. Los troyanos vuelven alegres a sus alcázares. Agamenón, preocupado, convocó a los caudillos

---

[65] El Orco es otro nombre del dios de los muertos, Plutón. «Enviar al Orco» es una fórmula eufemística para significar la muerte.

[66] Este salvamento de Alejandro llevado a cabo por Eneas, el hijo de Venus, con la protección de su escudo, podría entenderse como una versión racionalizadora del episodio homérico de *Il.* III 380 ss., en el que la propia Venus saca a Alejandro del combate ante el acoso de Menelao, cubriéndolo con una espesa nube.

[67] Es otra de las frases que se repite a menudo en el texto de Dares, texto, como se ve y como explicamos en la introducción, de un estilo pobre y ramplón.

a la asamblea, y les exhortó a que lucharan con valentía y no desistieran; puesto que la mayor parte de los suyos había sido derrotada, él tenía confianza en que de día en día les irían llegando refuerzos de Misia[68].

Al día siguiente Agamenón obligó a todo el ejército y a 22
todos los jefes a lanzarse a la lucha. Frente a ellos, los troyanos. Se produce una gran matanza; la lucha era dura por ambas partes; muchos miles de soldados cayeron de un lado y de otro, y la batalla no se interrumpía; de manera que durante ochenta días seguidos se estuvo combatiendo denodadamente. Agamenón, cuando vio que morían diariamente muchos miles, y que no daban abasto para enterrar sin interrupción a los muertos, envió como embajadores a Ulises y Diomedes ante Príamo para pedir una tregua de tres años con el fin de enterrar a los suyos, atender a los heridos, reparar las naves, preparar el ejército y acarrear suministro. Ulises y Diomedes van por la noche a entrevistarse con Príamo en calidad de embajadores. Les sale al paso Dolón por parte de los troyanos. Preguntándoles éste por qué venían armados de esa manera por la noche a la ciudad, le dijeron que Agamenón los había mandado como embajadores a Príamo[69]. Y cuando Príamo se enteró de que habían veni-

[68] Allí, en Misia, en efecto, había quedado Télefo como rey, que era aliado suyo; pero el encargo que le había dado Aquiles al dejarlo allí era el de proporcionar, en caso de necesidad, suministros de trigo al ejército, no precisamente refuerzos de tropas (cf. cap. 16).

[69] Esta misión de Ulises y Diomedes es parcialmente correspondiente con el episodio homérico de *Ilíada* X: ambos caudillos salen de noche en incursión contra el campamento troyano y capturan a Dolón, espía troyano, al que matan tras haberle sonsacado abundante información; y paralelo también con el episodio de DICTIS, II 37 (próximo a Homero) en el que los griegos mandan como exploradores al campo troyano a los dos Áyax, Ulises y Diomedes, capturan al espía Dolón y, luego de haberle obligado a hablar, lo matan.

do y les oyó exponer su deseo, convocó a todos los caudillos a la asamblea y les informó de que habían llegado embajadores de parte de Agamenón para pedir una tregua de tres años. A Héctor le pareció sospechoso que hubiesen pedido un tiempo tan largo. Príamo les manda que expongan cada uno su opinión. Todos acordaron conceder la tregua para tres años. Entretanto los troyanos reparan las murallas, atienden cada uno a sus heridos, y entierran a los muertos en medio de grandes honores.

23 Llega el tiempo de la lucha después de los tres años. Héctor y Troilo sacan el ejército. Agamenón, Menelao, Aquiles y Diomedes lo sacan también por su parte. Se produce una gran matanza. Héctor en la primera línea mata a los caudillos Fidipo y Ántifo; Aquiles da muerte a Licaón y a Forcis; y del resto de la soldadesca caen muchos miles por una y otra parte. Se lucha duramente durante treinta días seguidos. Príamo, cuando ve que habían caído muchos de su ejército, envía embajadores a Agamenón para pedir una tregua de seis meses; y siguiendo el parecer de la asamblea, Agamenón concede la tregua. Llega el tiempo de la lucha. Se combate duramente durante doce días. Muchos caudillos de gran valor caen de uno y otro lado, los heridos son numerosos y muchos de ellos mueren en la convalecencia. Agamenón manda embajadores a Príamo y le pide una tregua de treinta días para poder enterrar a los muertos. Príamo se la concede tras haber deliberado.

24 Y cuando llega el tiempo de la lucha, Andrómaca, la mujer de Héctor, tiene en sueños un aviso de que Héctor no debía salir a la lucha; pero al referirle la visión, Héctor la rechaza como palabrería propia de mujeres. Andrómaca, afligida, mandó decir a Príamo que le impidiera luchar aquel día. Príamo envió a la lucha a Alejandro, Héleno, Troilo y Eneas. Héctor, cuando oyó estas nuevas, lanzando muchas

imprecaciones contra Andrómaca, exigió que le trajera las armas, y no se le pudo retener de ningún modo. Andrómaca, afligida, con sus cabellos por el suelo, poniendo ante los pies de Héctor a su hijo Astianacte, no consiguió detenerlo. Alborota entonces la ciudad con su lamento mujeril, corre a ver a Príamo a su palacio, le cuenta lo que ha visto en sueños: que Héctor quería salir a la lucha dando un rápido salto; y luego de arrojar a su hijo Astianacte ante sus rodillas le encarga hacerlo volver[70]. Príamo dio la orden de que todos salieran a la lucha, pero retuvo a Héctor. Agamenón, Aquiles, Diomedes y Áyax el locro, cuando vieron que Héctor no estaba en la lucha, combatieron duramente y mataron a muchos caudillos del bando de los troyanos. Héctor, cuando oyó el griterío y supo que los troyanos pasaban crueles fatigas en la guerra, corrió de un salto a la lucha. Y al momento degolló a Idomeneo[71], hirió a Ifínoo, mató a Leonteo, y a Esténelo le atravesó el muslo con una jabalina. Aquiles, al ver que muchos caudillos habían sucumbido por la diestra de aquél, dirigía su atención contra él para que le saliera al encuentro. Pues consideraba Aquiles que, a no ser que matara a Héctor, muchos del bando de los griegos perecerían por su diestra. Entretanto se adensa el entrechocar del combate. Héctor mata a Polipetes, caudillo muy valeroso, y mientras comenzaba a despojarlo, se presenta Aquiles. Se acrecienta la lucha y surge un griterío de la ciudad y de todo el ejército. Héctor hirió a Aquiles en el muslo. Aquiles, al sentir el dolor, comenzó a perseguirlo con más saña, y no

---

[70] A Héctor.

[71] Noticia totalmente discrepante con la tradición, que establece que Idomeneo volvió a Creta, su reino, después de la guerra (véase Dictis, VI 3).

desistió de ello hasta que lo mató[72]. Muerto éste, hace que los troyanos se vuelvan, entregados a la fuga, y a los heridos en tan enorme carnicería los persigue hasta las puertas. Sin embargo Memnón le hizo frente; y lucharon duramente entre sí, y se retiraron ambos heridos. La noche interrumpe el combate. Aquiles volvió herido de la pelea. De noche, los troyanos lloran a Héctor; los griegos, a los suyos.

25 Al día siguiente Memnón saca a los troyanos contra el ejército de los griegos. Agamenón consulta al ejército y le persuade a que se pida una tregua de dos meses con el fin de que cada uno pueda enterrar a los suyos. Se envían embajadores a Troya a entrevistarse con Príamo; en llegando exponen sus aspiraciones: se les otorga una tregua de dos meses. Príamo enterró a Héctor, según costumbre de los suyos, delante de las puertas, y organizó unos juegos fúnebres. Mientras era tiempo de tregua, Palamedes prosigue de nuevo en sus quejas sobre el mando supremo. De modo que Agamenón cedió a su rebeldía y dijo que él sobre ese asunto admitiría de buena gana que pusieran al frente, como jefe supremo, a aquel que quisieran. Al día siguiente convoca a los soldados a la asamblea; dice que él nunca había ambicionado el mando supremo, y que toleraba con ecuanimidad si querían dárselo a algún otro; él lo cedía gustosamente —decía—; tenía bastante con que se tomara venganza de los enemigos y poco le importaba por obra de quién se conseguía tal objetivo; sea como fuere —seguía diciendo—, tenía su reino en Micenas. Manda que, si alguno quería expresar su opinión, lo hiciera. Palamedes se adelanta y da muestra de su talento. De modo que los argivos gustosa-

---

[72] Nada se dice, en cambio, del encono con que Aquiles maltrató el cadáver de Héctor, según se contaba en HOMERO (*Il.* XXII 395 ss.) y en DICTIS (III 15). Ni se dice nada del rescate del cadáver por Príamo.

mente le entregan a él el mando supremo[73]. Palamedes da las gracias a los argivos, recibe el mando supremo y comienza a ejercerlo. Aquiles critica el cambio en el mando.

Entretanto termina la tregua. Palamedes saca el ejército equipado y dispuesto, lo forma y lo anima. Por la otra parte, 26
Deífobo. Los troyanos luchan duramente. El licio Sarpedón con sus soldados hace un ataque contra los argivos, mata a algunos y los derrota. Le sale al encuentro el rodio Tlepólemo, pero, resistiéndole durante cierto tiempo y combatiendo contra él, cae gravemente herido. Feres, hijo de Admeto, ocupa su lugar, restablece el combate, y luchando de cerca largo tiempo contra Sarpedón, muere. Sarpedón, herido también, se retira del combate. Y así tienen lugar luchas durante algunos días; mueren por ambas partes muchos caudillos, pero, la mayor parte, del bando de Príamo. Los troyanos envían embajadores, piden una tregua para enterrar a los muertos y atender a los heridos. Palamedes hace una tregua de un año; ambos bandos entierran a los muertos y atienden a los heridos. Una vez que se ha dado palabra de ello, van y vienen de una parte y de otra a la ciudad y al campamento de los argivos. Palamedes envió a Agamenón como embajador ante los hijos de Teseo, Acamante y Demofonte —que Agamenón había nombrado a su vez embajadores— para que prepararan el transporte, y trajeran de Misia el trigo entregado por Télefo. Cuando llegó allí, les refiere la rebelión de Palamedes. Ellos lo llevan a mal; Agamenón les dice que él no lo llevaba a mal, sino que se había

[73] En Dictis no se habla, como tampoco en Homero, de este cambio de jefatura en el ejército griego. Lo más que se llega a decir, en DICTIS, II 15, es que había una gran mayoría en el ejército que deseaba que Palamedes tomara el mando supremo, y que por eso se sospechaba que Agamenón, envidioso, no había sido ajeno del todo a la muerte de este hombre.

hecho así por su propia voluntad. Entretanto Palamedes dispone las naves de carga, fortifica el campamento y lo rodea de torres. Los troyanos mantienen entrenado al ejército, restauran cuidadosamente el muro, añaden un foso y una empalizada, y disponen lo demás con presteza.

27 Cuando llegó el aniversario del enterramiento de Héctor, Príamo, Hécuba y Políxena y los demás troyanos marcharon al sepulcro de Héctor. Aquiles se encuentra con ellos en el camino; contempla a Políxena, fija en ella su atención y comienza a sentir por ella un vehemente amor[74]. Entonces, forzado por la pasión, consumía en el amor la vida que ya aborrecía, y llevaba con gran disgusto el que se hubiera privado a Agamenón del mando supremo, y que Palamedes hubiera sido antepuesto a él, Aquiles[75]. Empujado por el amor, da un recado a un esclavo frigio, de probada lealtad, para que se lo llevara a Hécuba, y solicita de ella que le diera a Políxena como esposa[76]; si se la llegaba a dar, él con sus mirmídones —decía— volvería a la patria, y después que él lo hubiera hecho, todos los demás jefes harían a continuación lo mismo. El esclavo marcha a ver a Hécuba, se reúne con ella y le expone el recado. Hécuba responde que estaba de acuerdo si su marido Príamo consentía en ello; hasta que lo trate con Príamo, manda al esclavo que regrese. El esclavo le cuenta a Aquiles su gestión. Agamenón con un gran cortejo vuelve al campamento. Hécuba departe con Príamo so-

---

[74] El enamoramiento de Aquiles al ver a Políxena está también en Dictis, III 2, con alguna variante.

[75] Este disgusto de Aquiles evoca, de lejos, la famosa cólera del héroe, también motivada por asunto de mujeres, con que se abre la *Ilíada*. Pero aquí es Políxena, mientras que allí lo era Briseida, la mujer que da lugar a su enfado; y aquí es una oposición al mando ejercido por Palamedes, mientras que allí era un enfrentamiento con la tiranía de Agamenón.

[76] En Dictis, III 2, el enviado es Automedonte, y no va a Hécuba sino a Héctor para pactar el matrimonio con Políxena.

bre la propuesta de Aquiles. Príamo responde que aquello no podía llevarse a cabo, no ya porque considerara a Aquiles indigno de su parentesco, sino porque si se la daba y él se marchaba, los demás no lo harían, y era injusto casar a una hija suya con un enemigo. Por lo cual —decía—, si quería que ello se llevara a cabo, que se hiciera la paz perpetua y que se marchara el ejército, debía consagrarse el pacto según derecho; si así se hacía, él de buen grado le daría a su hija. Así pues, Aquiles, según se había convenido, envía su esclavo a Hécuba para enterarse de qué había tratado con Príamo. Hécuba da recado al esclavo de todo lo que había tratado con Príamo. El esclavo se lo cuenta a Aquiles. Aquiles se queja ante la soldadesca de que por causa de una única mujer, Helena, se hubiera convocado a toda Grecia y Europa, de que en tanto tiempo hubieran muerto tantos miles de hombres, de que la libertad estuviera en peligro; por ello —decía— convenía hacer la paz y hacer regresar el ejército.

Transcurrió el año. Palamedes saca el ejército y lo for- 28
ma. Por la otra parte, Deífobo. Aquiles, encolerizado, no sale al combate[77]. Palamedes, aprovechando la ocasión, hace una acometida contra Deífobo y lo degüella[78]. Aumenta la violencia del combate; se lucha duramente por ambas partes; sucumben muchos miles de soldados. Palamedes aparece en primera fila, y anima a que lleven con valentía el combate. Contra él acude el licio Sarpedón, y Palamedes lo mata. Tras este suceso mostraba su alegría en la formación.

---

[77] Véase aquí otro eco remoto del famoso episodio de la cólera de Aquiles con que se abre la *Ilíada,* y que constaba también en Dictis, II 34.

[78] Según Dictis, V 12 (y, antes, según Virgilio, *Eneida* VI 494 ss.), Deífobo, después de haberse casado con Helena una vez muerto Paris, fue muerto por Menelao, y, antes, horriblemente mutilado. Discrepa aquí Dares de esa versión de ambos.

Cuando exultaba de gozo y se ufanaba de su hazaña, Alejandro Paris le atraviesa el cuello con una flecha. Los frigios lo advierten, disparan sus dardos, y de ese modo muere Palamedes[79]. Una vez muerto el rey, todos los enemigos emprenden la ofensiva, los argivos se retiran y huyen al campamento; los troyanos los persiguen, asaltan el campamento e incendian las naves. Se le avisó de ello a Aquiles, pero él no se da por enterado. Áyax Telamonio los rechaza con energía. La noche interrumpe el combate. Los argivos en el campamento recuerdan entre lamentos la sabiduría, justicia, clemencia y bondad de Palamedes. Los troyanos lloran a Sarpedón y a Deífobo.

29 Néstor, que era el de mayor edad, llama por la noche a los caudillos a la asamblea, les aconseja y exhorta a que nombren un jefe supremo, añadiendo que, si les parecía, podía hacerse recaer el nombramiento, con muy pocas discrepancias, en el mismo Agamenón. En apoyo de ello les recuerda que, cuando él era jefe supremo, la situación tuvo un rumbo próspero y que el ejército estuvo contento; y les anima a exponer si alguno tiene alguna opinión. Todos muestran su conformidad con él, y nombran a Agamenón como general en jefe. Al día siguiente los troyanos avanzan animosos a la pelea. Agamenón, por la otra parte, saca el ejército. Entablado el combate, ambos ejércitos luchan entre sí. Cuando había transcurrido la mayor parte del día, avanza Troilo en la vanguardia, mata, diezma y pone en fuga a los argivos hacia el campamento[80]. Al día siguiente los troya-

[79] De modo bien diferente se cuenta en DICTIS (II 15) la muerte de Palamedes: asesinado traidoramene por Diomedes y Ulises.

[80] De esta valiente actuación de Troilo no hay rastros en Homero ni en Dictis. Es este relativo protagonismo que cobra el personaje en la narración de Dares lo que fundamenta el todavía mayor desarrollo de su figura en la tradición medieval, especialmente en su aventura amorosa con

nos sacan el ejército; por la otra parte, Agamenón. Se produce una dura matanza y ambos ejércitos luchan duramente entre sí. Troilo mata a muchos caudillos de los argivos; se combate durante siete días seguidos. Agamenón pide una tregua para dos meses. Entierra a Palamedes con un suntuoso funeral, y ambos bandos se cuidan de sepultar a los restantes jefes y soldados que habían muerto.

Agamenón, mientras era tiempo de tregua, envía a en- 30
trevistarse con Aquiles a Ulises, Néstor y Diomedes para que le pidan que salga a combatir[81]. Se niega Aquiles, afligido, porque ya había decidido no salir a la lucha en razón de lo que había prometido a Hécuba; o de lo contrario —aseguraba— él lucharía desde luego con menos bríos, porque estaba muy enamorado de Políxena. Comenzó dando un mal recibimiento a los que habían venido a él, diciéndoles que se debía hacer la paz para siempre, que tantos peligros tenían lugar por causa de una única mujer, que se estaba poniendo en peligro la libertad, y que se estaba perdiendo mucho tiempo; pide la paz y se niega a combatir. A Agamenón se le informa de lo que se había tratado con Aquiles, a saber, que él se negaba obstinadamente. Agamenón llama a todos los caudillos a la asamblea, consulta al ejército sobre qué debe hacerse y manda que cada uno exponga su opinión. Menelao comenzó a animar a su hermano a que sacara el ejército a la lucha, y a decirle que no debía tener miedo si Aquiles ponía pretextos; que él a pesar de todo conseguiría convencerlo de que saliera al combate, y que no temiera si no quería hacerlo. Comenzó a recordar que los troyanos no

Criseida, que aparece por primera vez en el *Roman de Troie* de BENOÎT DE SAINTE-MAURE.

81 Esta embajada a Aquiles para solicitar su intervención en la lucha recuerda aquella otra embajada con parecido propósito que teníamos en la *Ilíada* (canto IX) y a la que se refería también DICTIS (II 48).

tenían otro hombre tan valeroso como lo fuera Héctor. Diomedes y Ulises comenzaron a decir que Troilo era un hombre valerosísimo, no menos que Héctor. Menelao, oponiéndose a Diomedes y Ulises, animaba a que se siguiera haciendo la guerra. Calcante, tras consultar augurios, les anuncia que debían combatir y no tener miedo de que los troyanos hubieran mostrado últimamente su supremacía.

31 Llegó el tiempo de la lucha. Agamenón, Menelao, Diomedes y Áyax sacan el ejército. Por la otra parte, los troyanos. Se produce una gran matanza; se combate duramente; ambos ejércitos se ensañan entre sí. Troilo hiere a Menelao, mata a muchos y persigue a los demás uno tras otro. La noche interrumpe el combate. Al día siguiente Troilo con Alejandro saca el ejército; por la otra parte todos los argivos salen, y se lucha duramente. Troilo hiere a Diomedes, hace una acometida contra Agamenón, e incluso a él lo hiere, y hace una matanza entre los argivos. Por algunos días se lucha duramente[82], muchos miles de hombres de una y otra parte son aniquilados. Agamenón, cuando vio que día a día estaba perdiendo la mayor parte del ejército y que no podía dar abasto, pide una tregua para seis meses. Príamo reúne la asamblea e informa de los deseos de los argivos. Troilo dice que no se debe dar una tregua por tan largo tiempo, sino más bien hacer una ofensiva e incendiar las naves. Príamo manda que cada uno exponga su opinión. Todos acordaron que se debía hacer lo que pedían los argivos. Príamo, en consecuencia, concedió la tregua para seis meses. Agamenón se encarga de dar sepultura a los suyos con los debidos honores. Atiende a Diomedes y Menelao, que habían sido heridos. Los troyanos igualmente sepultan a los suyos. Mien-

[82] Véase en estas frases el típico estilo repetitivo de Dares, que se hace más palmario precisamente cuando se habla del proceso de la guerra.

tras era el tiempo de la tregua, por acuerdo del consejo, Agamenón se dirige a ver a Aquiles para llamarlo a la lucha. Aquiles, entristecido, comenzó a decir que él no les traicionaría, pero también a lamentarse diciendo que convenía pedir la paz; y puesto que no podía negarle nada a Agamenón —decía—, él enviaría a pesar de todo a sus soldados, cuando llegara el tiempo de la lucha, pero que a él lo dispensara. Agamenón le dio las gracias.

Llegó el tiempo de la lucha. Los troyanos sacan el ejér- 32
cito. Por la otra parte salen los argivos. Aquiles, en primer lugar, forma a los mirmídones y los envía preparados a Agamenón. Se produce una batalla más encarnizada que en días anteriores; se ensañan duramente. Troilo en la primera línea mata a los argivos, pone en fuga a los mirmídones, hace incluso una ofensiva contra el campamento, da muerte a muchos y hiere a la mayoría. Áyax Telamonio se le opuso. Los troyanos vuelven vencedores a la ciudad. Al día siguiente Agamenón saca el ejército, avanzan todos los caudillos y los mirmídones; por la otra parte los troyanos salen alegres a la pelea. Entablado el combate, ambos ejércitos luchan entre sí, se combate duramente a lo largo de algunos días, muchos miles de hombres caen de uno y otro bando. Troilo persigue a los mirmídones, los derrota y los pone en fuga. Agamenón, cuando vio que habían muerto muchos de su bando, pidió una tregua para treinta días con el fin de poder hacer funerales a los suyos. Príamo le concedió la tregua. Cada uno se ocupa de enterrar a los suyos.

Llegó el tiempo de la lucha. Los troyanos sacan el ejér- 33
cito. Por la otra parte, Agamenón empuja a la lucha a todos los caudillos. Entablado el combate, se produce una gran matanza; se ensañan duramente. Después que pasó la primera parte del día, en la vanguardia avanza Troilo, mata y derriba; los argivos se dieron a la fuga en medio de un griterío.

Aquiles, cuando se dio cuenta de que Troilo se ensañaba furiosamente, que escarnecía a los argivos, y al mismo tiempo abatía sin descanso a los mirmídones, sale al combate. Troilo rápidamente sale a su encuentro y lo hiere. Aquiles vuelve herido del combate. Se lucha durante seis días seguidos. Al día séptimo, mientras ambos ejércitos, una vez entablado el combate, luchaban entre sí, Aquiles, que, maltrecho durante algunos días, no había salido a la lucha, forma a los mirmídones; les dirige una arenga y les exhorta a que valerosamente emprendan una acometida contra Troilo. Una vez que transcurrió la mayor parte del día, Troilo sale alegre montado a caballo[83]. Los argivos se dan a la huida con un enorme griterío; acuden en su ayuda los mirmídones, emprenden un ataque contra Troilo, y Troilo mata a muchos de su grupo; mientras se combatía duramente, el caballo herido se vino al suelo y echó abajo a Troilo enredado. Rápidamente Aquiles, acudiendo contra él, lo mata[84] y comienza a sacarlo fuera de la liza; pero no pudo conseguirlo Aquiles por la intervención de Memnón. Llegando, en efecto, Memnón, le arrebató por una parte el cadáver de Troilo, e hirió además a Aquiles. Aquiles volvió herido del combate. Memnón con otros muchos comenzó a seguirlo; Aquiles, cuando lo vio, se detuvo; restablecido ya de la herida, y combatiendo durante cierto tiempo con Memnón, lo mata a resultas de los muchos golpes[85], aunque también él salió del combate herido por su contrincante. Una vez que murió el caudillo

[83] He aquí una diferencia notable con los poemas homéricos, donde rarísima vez se presenta a los héroes montados a caballo; normalmente aparecen, cuando van al combate, en carros de guerra, acompañados de aurigas.

[84] De diversa manera se cuenta en Dictis (IV 9) la muerte de este hijo de Príamo.

[85] También de diferente modo está contada en Dictis (IV 6) la muerte de Memnón por Aquiles.

de los persas, los demás huyeron a la ciudad y cerraron las puertas. La noche interrumpe el combate. Al día siguiente, Príamo envió embajadores a Agamenón para pedir una tregua de veinte días, lo que Agamenón concedió enseguida. Así pues, Príamo entierra a Troilo y a Memnón con un pomposo funeral; y ambos bandos se cuidan de enterrar a los demás soldados que habían muerto.

Hécuba, afligida porque Aquiles le había matado a sus 34
dos hijos más valerosos, Héctor y Troilo, trama para vengar su pena un plan propio de una mujer y temerario. Hace llamar a su hijo Alejandro, le pide y lo exhorta a vengarla a ella y a sus hermanos; que le ponga a Aquiles una celada, y que lo mate cuando lo halle desprevenido; puesto que le había mandado a ella un emisario —decía— y le había rogado que le diera a Políxena en matrimonio, ella lo iba a mandar llamar en nombre de Príamo, para firmar y decidir entre ellos la paz y la alianza en el templo de Apolo Timbreo, que está delante de la puerta; Aquiles acudiría allí para dialogar —seguía diciendo— y allí le pondría ella la celada; suficiente había vivido ella si lo mataba. Alejandro le prometió que lo intentaría. Por la noche eligen de entre el ejército a los más valerosos, y los ponen de guardia en el templo de Apolo dándoles la contraseña. Hécuba envía un emisario a Aquiles, tal como había concertado. Aquiles, alegre, enamorado de Políxena, determinó acudir al día siguiente al templo. Y al otro día, acompañado de Antíloco, hijo de Néstor, acude a la cita, y tan pronto como pasan al templo de Apolo, de todas partes se lanzan contra ellos a traición y les disparan flechas: Paris[86] les anima. Aquiles con Antíloco, envol-

[86] Ésta es la única vez que, en el texto de Dares, a Paris se le llama con este nombre; todas las demás veces, como se verá, se le llama Alejandro, o bien, con doble nombre, Alejandro Paris en el capítulo 28.

viéndose el brazo izquierdo en la clámide y cogiendo las espadas con su diestra, los atacan. A consecuencia de ello Aquiles mató a muchos. Alejandro mata a Antíloco, y al propio Aquiles lo acribilla con múltiples heridas. Así Aquiles, a pesar de su valiente comportamiento, perdió la vida a traición[87]. A él manda Alejandro arrojarlo a las fieras y a las aves. Héleno le ruega que no se haga eso; entonces manda sacarlos del templo y entregarlos a los suyos. Una vez que los argivos recogieron sus cadáveres, los llevan al campamento. Agamenón los entierra con un pomposo funeral, y pide a Príamo una tregua para construir un sepulcro a Aquiles, y organiza allí unos juegos fúnebres.

35 Seguidamente convoca la asamblea y dirige la palabra a los argivos. Todos acuerdan que todo lo que era de Aquiles se lo entregaran a Áyax, pariente suyo; y Áyax habló de esta manera: puesto que le quedaba un hijo, Neoptólemo, nadie tendría con más justicia que él el poder sobre los mirmídones; era conveniente —decía— que se le llamara a la lucha y que se le restituyera todo lo que pertenecía a su padre. Este plan fue del agrado de Agamenón y de todos. Se le encarga el asunto a Menelao. Éste marcha a Esciros a ver a Licomedes[88]; le manda que le envíe a su nieto, cosa que Li-

[87] Sobre las distintas variantes de la muerte de Aquiles, véase Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica*, págs. 426-428. No se menciona en Dares el detalle maravilloso de que el héroe fuera invulnerable en todo su cuerpo a excepción del talón, lugar donde —según la mayoría de los testimonios— recibió el flechazo mortal de Paris o de Apolo, o de ambos juntos.

[88] Pues, según la versión tradicional, Neoptólemo (también llamado Pirro) era hijo de Aquiles y de Deidamía, hija de Licomedes, y había sido concebido cuando Aquiles era tan sólo un muchacho; Tetis, madre de Aquiles, había ocultado a su hijo entre las hijas de Licomedes para evitar que fuera a la guerra, y allí, en el palacio de Licomedes en la isla de Esciros, permaneció hasta que Ulises y Diomedes lo descubrieron y se lo llevaron a la guerra.

comedes concede gustosamente a los argivos. Una vez que acabó la tregua, Agamenón saca el ejército, lo forma y lo arenga. De la otra parte los troyanos salen de la ciudad. Se entabla combate; en la vanguardia aparece Áyax sin armadura. Alzándose un gran griterío, perecen muchos de uno y otro bando. Alejandro tendió su arco[89], mató a muchos y a Áyax lo hirió en el costado que llevaba al descubierto. Áyax herido persigue a Alejandro y no cejó en su persecución hasta darle muerte[90]. Áyax, agobiado por la herida, se deja conducir al campamento, y al extraerle la flecha muere[91]. El cadáver de Alejandro lo llevan a la ciudad. Diomedes, con ánimo viril, hace una ofensiva contra los enemigos. Los frigios cansados huyen a la ciudad, y Diomedes los persigue hasta ella. Agamenón sitúa al ejército en torno a la ciudad, y lo mantiene apostado la noche entera en derredor de la muralla, ocupándose de que, alternativamente, hicieran la guardia. Al día siguiente, Príamo enterró a Alejandro en la ciudad; Helena lo siguió dando grandes alaridos, pues había sido tratada por él con todos los honores. A ella Príamo y Hécuba la consideraron como hija y la cuidaron con solicitud, porque nunca había menospreciado a los troyanos ni echado en falta a los argivos.

---

[89] En todas las fuentes Paris (o Alejandro) aparece como experto en el manejo del arco y las flechas, más bien que diestro en el manejo de la espada o la lanza; una cierta cobardía lo caracteriza.

[90] Según la versión tradicional, no obstante, Alejandro muere de un flechazo de Filoctetes.

[91] Totalmente distinta es la versión de la muerte de Áyax en DICTIS (V 15): se da a entender que fue asesinado traidoramente por Agamenón y Menelao. Y ambas versiones, la de Dictis y la de Dares, se apartan por completo de la versión, sin duda, más conocida, que es la de SÓFOCLES en el *Áyax,* según la cual, el héroe, despechado por el poco reconocimiento que le mostraron los griegos, se volvió loco y más tarde se suicidó. Sobre lo cual, cf. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología Clásica,* págs. 429-430.

36 Al día siguiente Agamenón comenzó a formar el ejército ante las puertas, y a provocar a los dárdanos al combate. Príamo se contenía, fortificaba la ciudad y se mantenía quieto hasta que llegara Pentesilea con sus Amazonas. Pentesilea llega después; y entonces saca el ejército contra Agamenón. Se produce un enorme combate; la lucha se prolonga durante algunos días. A los argivos se les hace huir al campamento y se les derrota. Aunque a duras penas, Diomedes la hizo frente; de otro modo, habría incendiado las naves y destruido el ejército entero de los argivos. Interrumpido el combate, Agamenón se mantuvo encerrado en el campamento. Pero Pentesilea diariamente sale, aniquila a los argivos y los provoca a la guerra. Agamenón, por acuerdo del consejo, fortifica el campamento y lo defiende; y no sale a combatir en espera de que llegue Menelao. Menelao va a Esciros, entrega las armas de Aquiles a Neoptólemo, su hijo; éste, después de haberlas tomado[92], en el campamento de los argivos se lamentó sentidamente en torno a la tumba de su padre. Pentesilea, según costumbre, forma el ejército y avanza hasta el campamento de los argivos. De la otra parte, Neoptólemo, caudillo de los mirmídones, guía a las tropas; Agamenón forma al ejército. Ambos corren a encontrarse simultáneamente. Neoptólemo hace una matanza. Se lanza rápida contra él Pentesilea y se comporta valientemente en el combate; durante algunos días ambos lucharon duramente y ambos mataron a muchos. Pentesilea hiere a Neoptólemo; aquél, luego que sintió el dolor, degüella a Pentesilea, reina de las

[92] Habida cuenta de la expresión braquilógica que en este punto ofrece el texto de Dares, el editor Eisenhut ha añadido de su cosecha la secuencia *venit et in* («vino y en...»), que deja mejor explicado y claro el contenido. Pero, aunque se omita la referencia al viaje de Neoptólemo desde Esciros a Troya, el texto puede entenderse tal y como los manuscritos lo presentan.

Amazonas[93]. Tras de lo cual, hace volverse, entregado a la fuga, al ejército entero de los troyanos; vencidos, se refugian en la ciudad; los argivos rodean la muralla con su ejército, de manera que no pudieran salir fuera los troyanos.

Después que vieron esto los troyanos, Anténor, Polida- 37
mante y Eneas van a Príamo y tratan con él para que reúna la asamblea y delibere qué es lo que va a ocurrir con sus destinos. Príamo convoca la asamblea. Aquéllos pidieron que se les concediera la palabra. Les manda decir lo que quisieran. Anténor recuerda que los principales defensores de Troya, Héctor y sus restantes hijos, junto con los caudillos extranjeros, habían muerto, pero que a los argivos les quedaban los muy valerosos Agamenón, Menelao, Neoptólemo —era no menos valiente que su padre—, Diomedes, Áyax el locro y muchos más; y Néstor y Ulises, de extremada sagacidad; que los troyanos, por el contrario, estaban encerrados y abrumados por el miedo. Les trata de convencer de que era mejor que se les devolviera a Helena y lo que Alejandro y sus compañeros les habían robado, y que se hiciera la paz. Una vez que con muchas palabras trataron acerca de cómo conseguir la paz, se levantó Anfímaco, hijo de Príamo, muchacho muy valiente, y atacó con palabras insultantes a Anténor y a los que habían asentido con él; increpaba sus acciones y les aconsejaba que, en lugar de la otra propuesta, había que sacar el ejército, hacer un ataque contra el campamento hasta vencer, o, vencidos, morir por la patria. Una vez que terminó de hablar, se levanta Eneas, contradice a Anfímaco con palabras tranquilas y serenas, y aconseja encarecidamente que se solicite la paz a los argivos. Polidamante aconseja lo mismo.

---

[93] Según la mayoría de los testimonios, no obstante, es Aquiles quien mata a la reina de las Amazonas. Así también en DICTIS, IV 3.

38 Una vez que terminaron de hablar, Príamo se levanta con gran ira y profiere muchos insultos contra Anténor y Eneas. Ellos habían sido —decía— los que tuvieron la iniciativa de emprender la guerra[94] y de que se enviaran embajadores a Grecia. A Anténor lo censura porque aconsejaba la paz cuando él mismo había ido como embajador, había informado a su regreso del injurioso trato recibido, y había aconsejado también la guerra; después a Eneas, que junto con Alejandro había raptado a Helena[95] y el botín; por lo cual —decía— tenía él determinado no hacer la paz. Y ordena que todos estén preparados para que, cuando se dé la señal, hagan una acometida desde las puertas, diciendo que tenía decidido o vencer o morir. Después que dijo esto, con gran derroche de palabras, y los exhortó, disuelve la reunión; lleva consigo a Anfímaco al palacio y le dice que tenía miedo a los que habían aconsejado la paz, no fueran a entregar la ciudad; que ellos tenían entre la plebe a muchos de su misma opinión y que era necesario matarlos. Y si esto se hacía, él, Príamo, defendería a la patria —decía— y vencería a los argivos. Y al mismo tiempo le pide que sea leal y obediente a él y que esté preparado con un grupo de hombres armados; tal plan —aseguraba— se podía realizar sin levantar sospechas; al día siguiente él en la fortaleza, tal y como acostumbraba, celebraría un sacrificio y los invitaría a ellos a cenar; entonces Anfímaco con sus hombres armados

---

[94] Véase el capítulo 5, donde consta, en efecto, cómo Anténor, a su regreso de Grecia como embajador, había aconsejado a Príamo hacer la guerra a los griegos; y el capítulo 8 donde de nuevo aparece Anténor instigando a la guerra contra Grecia. Y respecto a Eneas, consta implícitamente en el capítulo 6 su adhesión a la propuesta de guerra y, en el capítulo 9, su viaje a Grecia como compañero de Alejandro para raptar a Helena.

[95] Efectivamente (cf. cap. 9) Eneas había acompañado a Alejandro en su viaje a Grecia cuando raptó a Helena.

debía hacer irrupción y acabar con ellos. Anfímaco aprueba su plan y promete que lo llevaría a cabo. Y así se aparta de él.

Y el mismo día se reúnen ocultamente Anténor, Polidamante, Ucalegonte[96] y Dolón; comentan su asombro ante la terquedad del rey, puesto que prefería perecer encerrado junto con la patria y sus compañeros antes que hacer la paz. Anténor dice que había encontrado lo que era ventajoso para sí mismo y para ellos en común; y que podría decirles de qué modo se conseguiría si se comprometían con él. Todos se obligan comprometiéndose con Anténor. Anténor, cuando se ve seguro, manda llamar a Eneas, le dice que hay que entregar la patria, y que debía tomar precauciones en favor de sí mismo y de los suyos; había que enviar a Agamenón algún mensajero para tratar de estos asuntos, quien se debía ocupar de llevarlos a cabo sin levantar sospechas; que convenía apresurarse —seguía diciendo—, pues había advertido que Príamo se había levantado enfadado de la asamblea por haberle él aconsejado la paz, y temía que emprendiera un nuevo plan. Así pues, todos dan su palabra; de inmediato envían ocultamente, para entrevistarse con Agamenón, a Polidamante, que era de todos ellos el que menos recelos suscitaba. Polidamante llega al campamento de los argivos, se reúne con Agamenón y le cuenta lo que han acordado los suyos. 39

Agamenón convoca ocultamente por la noche a todos los caudillos a la asamblea, y les refiere esas mismas cosas; les manda exponer a cada uno su opinión. Todos acordaron 40

[96] De Ucalegonte se hablaba en *Ilíada* III 147, donde se le presentaba como anciano del séquito de Príamo, y en Virgilio, *Eneida* II 312, donde se dice —con una notoria metonimia, según la cual el nombre del habitante significa la habitación— que su casa ardió la noche última de Troya.

comprometerse con los traidores. Ulises y Néstor dijeron que ellos recelaban ante una propuesta de este tipo; Neoptólemo les lleva la contraria, y mientras contienden entre sí, acuerdan pedir a Polidamante una señal, y enviársela a Eneas, Anquises, y Anténor por medio de Sinón[97]. Sinón va a Troya, y, puesto que Anfímaco no había entregado todavía a los centinelas las llaves de la puerta, luego que dio la señal, se asegura oyendo la voz de Eneas, Anquises y Anténor, y vuelve a dar cuenta de ello a Agamenón. Entonces acordaron todos que se les diera palabra —y ésta se confirmara con el juramento— de que si entregaban la ciudad a la noche siguiente, mantendrían su compromiso para con Anténor, Ucalegón, Polidamante, Eneas, Dolón y todos sus mayores, así como para con sus hijos, esposas, parientes, amigos y allegados, que se habían puesto de acuerdo con ellos; y que les sería permitido mantener todo lo suyo sin menoscabo. Confirmado este pacto y asegurado por el juramento, Polidamante les invita a que lleven de noche el ejército ante la puerta Escea, en cuya parte exterior estaba esculpida la cabeza de un caballo[98]; pues allí tenían sus guardias por la noche Anténor y Anquises, y abrirían la puerta al ejército de los argivos y les mostrarían una luz: ésta sería la señal para el ataque.

41 Una vez que se exponen los términos del pacto, Polidamante regresa a la ciudad, informa de la gestión realizada y

---

[97] La función que cumple Sinón en el relato de Dares difiere notablemente de la que le asignan Virgilio *(Eneida* II 57 ss.) y Dictis, V 12; en esos testimonios Sinón o bien engaña a los troyanos, o bien es el que da la señal a la flota griega, en medio de la noche, para que acuda a tomar la ciudad.

[98] Este es el único rastro que aquí queda —con evidente voluntad racionalista— de la leyenda del caballo de madera con el que se tomó la ciudad. No hubo tal caballo —según Dares— sino la cabeza de un caballo esculpida en la puerta Escea.

dice a Anténor, a Eneas, y a los demás que lo habían acordado, que lleven a todos los suyos hacia esta zona, abran de noche la puerta Escea, muestren la luz y hagan pasar al ejército. Anténor y Eneas se presentaron de noche, junto a la puerta, recibieron a Neoptólemo, abrieron la puerta al ejército, mostraron la luz, y tomaron medidas para huir de manera tal que encontraran protección ellos y los suyos. Neoptólemo les ofrece su escolta; Anténor lo conduce hasta el palacio, donde se había apostado una guarnición defensiva para los troyanos. Neoptólemo hace un ataque contra el palacio, mata a los troyanos, persigue a Príamo y lo degüella ante el altar de Júpiter[99]. Cuando Hécuba huía con Políxena, se encuentra con ellas Eneas; Hécuba le entrega a Políxena, que Eneas esconde junto a su padre Anquises[100]. Andrómaca y Casandra se esconden en el templo de Minerva[101]. Durante toda la noche no cesan los argivos de saquear y hacer botín.

Una vez que se hizo de día, Agamenón convoca a todos 42 los caudillos en la ciudadela, da gracias a los dioses, elogia al ejército, manda que todo el botín se ponga en medio, y una vez que se hicieron partes para todos, consulta también al mismo tiempo al ejército sobre si les parecía bien que se mantuviera el compromiso con Anténor y con Eneas, y los que con ellos habían entregado a su patria. El ejército entero grita que estaba de acuerdo en ello. Así pues, tras hacerles

---

[99] Según ocurre en todas las demás versiones: véase, por ejemplo, VIRGILIO, *Eneida* II 526-558, y DICTIS, V 12.

[100] Téngase en cuenta el parentesco que —según la versión tradicional— unía a Eneas con Hécuba y Políxena: era yerno y cuñado, respectivamente, de ambas, al estar casado con Creúsa, hija de Príamo y Hécuba. En ninguna otra fuente se habla de este suceso.

[101] En la tradición sólo constaba esto para Casandra, arrancada de allí —como sabemos— por Áyax el de Oileo (véase DICTIS, V 12, al final).

llamar a todos, les devuelve todas sus pertenencias. Anténor pide a Agamenón que le permita hablar; Agamenón le manda hablar. Comienza por dar las gracias a todos los griegos, y al mismo tiempo recuerda que Héleno y Casandra siempre habían aconsejado a su padre la paz y que, gracias al consejo de Héleno, Aquiles había sido devuelto para que lo enterraran[102]. Agamenón, por decisión de la asamblea, devuelve la libertad a Héleno y a Casandra. Héleno suplica a Agamenón en favor de Hécuba y Andrómaca, y le recuerda que siempre había sido del agrado de éstas. También a ellas les fue otorgada la libertad por decisión de la asamblea. Entretanto dividió[103] todo el botín entre el ejército, según convenía; dio gracias a los dioses y sacrificó víctimas. Al quinto día deciden volverse a su patria.

43 Cuando llegó el día de la partida, surgieron grandes borrascas y se mantuvieron durante algunos días. Calcante anunció que no se había dado satisfacción a las almas de los difuntos. A Neoptólemo le vino a la mente la idea de que Políxena, por cuyo motivo había perecido su padre, no había sido hallada en el palacio. Suplica y se queja ante Agamenón, culpa al ejército, manda llamar a Anténor y le ordena que la busque hasta encontrarla, y que, cuando la encuentre, se la lleve a ellos. Anténor va a ver a Eneas y procura con gran tesón que, antes de que partan los argivos, Políxena le sea presentada a Agamenón. Encuentra a Políxena, que había sido escondida por los ya dichos, y la lleva ante Agamenón; Agamenón se la entrega a Neoptólemo, y éste la degüella ante la tumba de su padre[104]. Agamenón, indignado contra Eneas por haber escondido a Políxena, rápidamente

[102] Así consta en el capítulo 34.

[103] Agamenón.

[104] Así también en Dictis, V 13, pero aquí se ofrece la precisión de que fue Ulises el instigador del asesinato-sacrificio.

le ordena salir de la patria con los suyos. Eneas parte con todos los suyos. Después de partir Agamenón, Helena, al cabo de algunos días, con su esposo Menelao es llevada de nuevo a su patria, más triste que cuando había venido. Héleno, con su hermana Casandra y Andrómaca, esposa de su hermano Héctor, y con su madre Hécuba[105] se dirigió al Quersoneso.

Hasta aquí llega lo escrito por el frigio Dares, pues él se 44
quedó allí mismo con el grupo de Anténor[106]. La lucha en Troya duró diez años, seis meses y doce días. Del bando de los argivos cayeron, según indica el diario de campaña que Dares escribió, ochocientos ochenta y seis mil hombres, y del bando troyano, hasta que fue entregada la ciudad, seiscientos setenta y seis mil. Eneas partió con las naves en las que Alejandro había ido a Grecia, en un total de veintidós. Personas de todas las edades lo siguieron en un total de tres mil cuatrocientas. Con Anténor se quedaron dos mil quinientos. Con Héleno y Andrómaca se marcharon mil doscientos[107].

---

[105] Según la más común versión, ninguno de los tres personajes aquí citados quedó libre después de la conquista, sino que Casandra marchó con Agamenón como esclava, Héleno y Andrómaca marcharon con Neoptólemo en las mismas condiciones, e igualmente Hécuba correspondió a Ulises, sólo que se convirtió en perra antes de emprender el viaje (véase a este respecto la versión racionalista de DICTIS en V 16 a propósito de este hecho). Compárese, en general, lo que aquí se dice con el relato de Dictis, más arrimado en este punto a la versión tradicional.

[106] Según casi todas las versiones, en cambio, Anténor salía de Troya y llegaba a través del mar al norte de Italia, donde se establecía y fundaba Padua. Pero véase también el testimonio de DICTIS (V 17) concordante con Dares en este punto.

[107] Asombra la precisión con que se nos ofrecen estos datos, precisión que obedece a una buscada apariencia de rigor propia de la historiografía.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS*

* El número indica el capítulo; abreviaturas: *epíst.* = epístola inicial; *tít.* = título de la obra.

ÍNDICE GENERAL

ILÍADA LATINA

DICTIS Y DARES